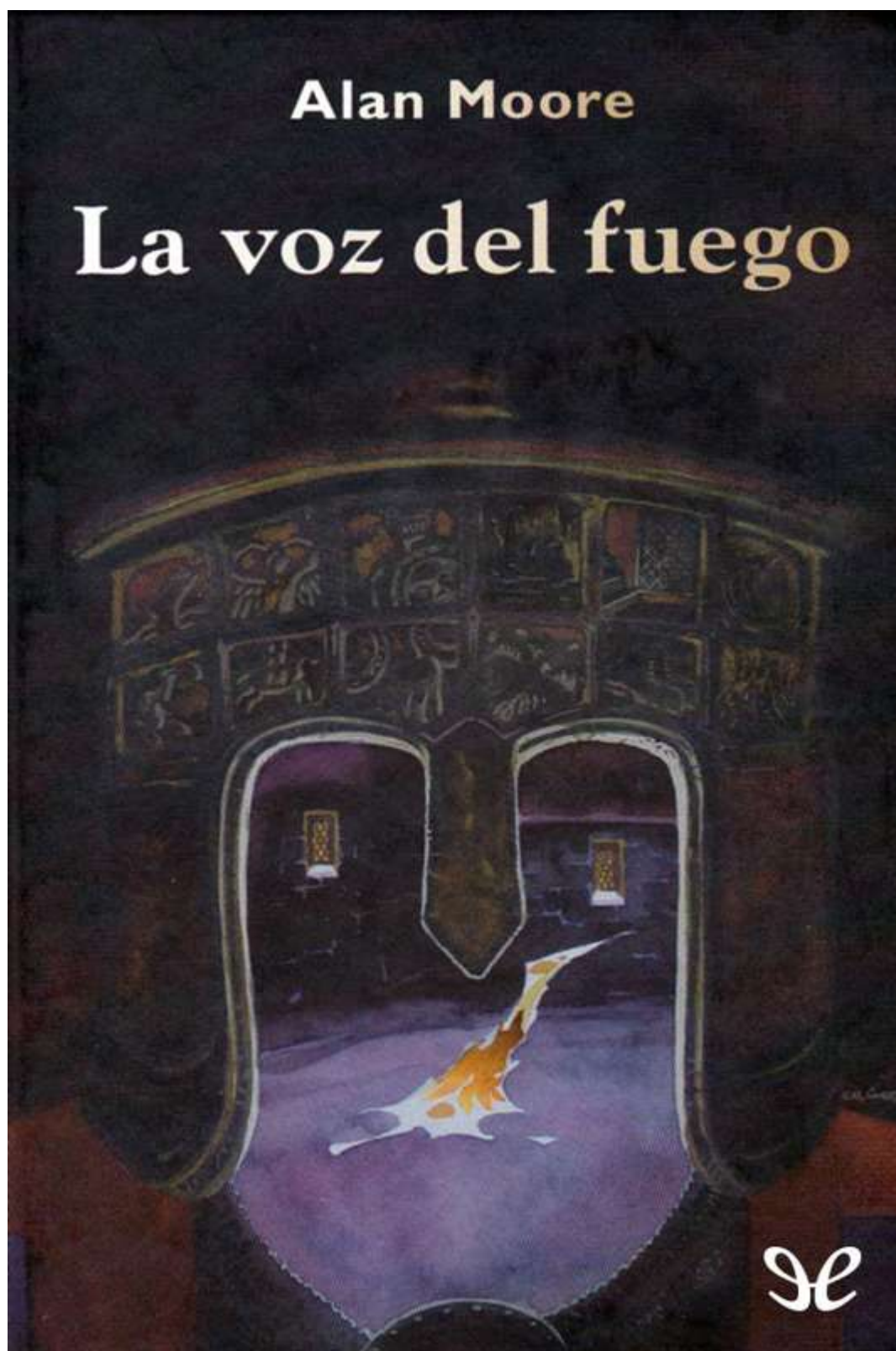


Alan Moore

La voz del fuego



La primera novela de Alan Moore, el creador de *V from Vendetta* , *From Hell* , *Watchmen* , *The League of Extraordinary Gentlemen* y un largo etcétera es una exploración de la humanidad en su lenguaje, sus supersticiones y el sentido de la realidad y la magia.

Un conjunto de historias breves aparentemente inconexas ocurridas en Northampton a lo largo de varios siglos desde la Edad de Bronce hasta la actualidad.



Alan Moore

La voz del fuego

ePub r1.0

evilZnake 23.04.14

Título original: *Voice of the Fire*

Alan Moore, 1996

Traducción: Raúl Sastre

Ilustraciones: R. M. Guera

Retoque de cubierta: evilZnake

Editor digital: evilZnake

ePub base r1.1





ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



El cerdo de Hob

De-trás de la colina, lejos del sol que cae, el cielo se ha vuelto como el fuego, y yo sube, tomar aire es duro, la hierba se vuelve fría en los pies de yo y los moja.

No hay hierba en lo alto de la colina. No hay sino tierra, todo alrededor, esa colina es como un hombre sin pelo en la cabeza. Yo se levanta, y gira la cara hacia el viento para oler, y aún no le llega olor alguno desde muy lejos. La tripa duele, en medio de yo. A la boca llega el aire de la tripa, y lamer eso es como no lamer nada. Un bulto de sangre seca está negro en la rodilla, y pica. Yo rasca, y sale más sangre aún.

En-cima de yo están muchas bestias del cielo, grandes y grises. Se mueven despacio, sin fuerza. Puede que quieran comida, como yo quiere. Una de ellas tiene ahora tanto vacío en la tripa, que la cabeza se le sale y se va flotando lejos, y corre de-trás de ella más rápido, porque quiere cogerla. De-bajo del cielo está la hierba y los bosques que llegan muy lejos, donde yo ve otra colina, tras ella sólo hay arbolitos que crecen alrededor de la orilla del mundo.

Ahora yo mira a-bajo, a la hierba colina a-bajo, y ve cerdos. Cerdos grandes, y largos, uno en la espalda del otro y trotando sobre ella, por lo que parece. Ver eso hace que a yo se le ponga dura. Dentro de la tripa cosecho que yo puede correr colina a-bajo hasta los cerdos, y golpear con una piedra a uno de ellos y hacer que quede sin vida, para comerlo entero. Ésa es la cosecha de yo. Ahora hay que hacerlo.

Desde lo alto de la colina de tierra seca sale yo, corre rápido a través de la hierba fría, se lanza sobre los cerdos cuando no hay un dio para cambiar de forma que no pueda comérselos, como la rata que hace un rato ha cogido y que se ha vuelto piedrecitas. Yo se lanza rápido sobre los cerdos, que aún son cerdos cuando los alcanza. A yo se le ha puesto para arriba, está dura, se mueve de un lado a otro en la carrera, bajo la tripa. Corre rápido, pero oh, los pies de yo vuelan por la hierba mojada y cae, oh, y cae de culo colina a-bajo.

A-rriba rápido, para coger los cerdos. La caída hace lento a yo, ellos pueden cambiar, porque no huele ningún cerdo. Ahora la tripa de yo tiene miedo, por lo que corre más rápido, y mira a los cerdos mientras se a-cerca más a ellos, pero oh. Oh, uno ha cambiado, las patas de atrás no están. La cara negra de ella está doblada del todo hacia a-dentro, y ahora es un agujero lleno de oscuridad. Yo corre más rápido, y aún son un poco cerdos cuando se a-cerca, pero oh, no se mueven, y huelen a podrido. Se vuelven menos cerdos cuanto más pasos da.

Ahora yo está al lado de ellos, y sólo son troncos de madera blanca, apoyados uno sobre otro. Los ojos son agujeros en la madera. Los pies de cerdo son trozos de ramas perdidas. Ah.

Yo se sienta sobre más troncos que hay a-bajo, alisando la hierba de debajo de la colina, y aguas calientes caen de la cara de yo.

Yo sigue teniéndola dura. Se quita lo mojado de los ojos y se pone en pie frente a los troncos para mear contra ellos, que se lo coseche más bien por no seguir siendo un cerdo. Ahora ya no la tiene dura, se le re-coge de nuevo bajo la piel, y yo se vuelve a poner sobre el tronco, donde el humo del agua gris de la marca del pis de yo se levanta.

Oh, muchas oscuridades vienen y van, y no ve a nadie de la gente de yo, que le ha abandonado. No le quieren, y yo está solo de pie en un tronco viejo, y con un vacío en la tripa.

Ahora yo mira por en-cima. El cielo está lleno de las bestias del cielo, y todas ellas son una manada gris que corre de una orilla del mundo a otra orilla del mundo. La oscuridad va a llegar en pocos ratos, por lo que yo no ve la larga forma negra de espíritu, que sigue los pasos de yo. Está todo solo.

La gente de yo no le quiere, y dice que cómo va a comer de la comida de otros si yo no busca comida. En la tripa de yo, oye a la madre de yo diciendo, mientras ella ha vivido, qué vago es yo y que no está bien que ella esté todo el rato intentando buscar comida para yo. Ella dice que a la gente de nosotros no le gusta yo, y que deja estar a yo mientras ella viva, y que después ya no va a ser así, y qué dice yo a eso. Y yo no dice nada, y ella golpea la cabeza y las piernas de yo, y hace un ruido. Oh, madre, no hay nada que hacer. Yo no tiene buenas cosechas en la tripa, como los otros.

Es raro. Yo, un rato, tiene una cosecha dentro, a la que después no sigue otra cosecha, todo está callado por dentro. Otros ratos yo tiene una cosecha y otra cosecha que es parecida le viene, después muchas cosechas vienen seguidas, como cuando la gente de yo camina bajo los árboles. Le vienen tantas cosechas y tan rápido que no hay nada entre ellas. Una cosecha sigue a otra, como los cerdos y los troncos.

Cosecha a madre golpeando las piernas de yo, ahora yo cosecha cuando ha estado tumbado junto a ella y todo va bien. La parte de a-trás de la cabezota de yo está tumbada en la tierra, donde se frota con la arena y el polvo que pinchan la piel de la cabeza de yo a través de su pelo de bebé, como en una baya. La boca de yo está llena de la leche de teta que cuelga en hilillos alrededor de la lengua, y no hay nada en medio de yo que quiera huir, ni que desee otro lugar.

Yo está bajo pieles blancas, junto a madre, a gusto en el olor de ella que tiene un aliento agrio. Ella es grande, y yo pequeño como tino de la manada de Urk.

Ahora hay otra cosecha en yo, ahora yo se vuelve grande y la madre de yo es más pequeña. Nosotros están bajo los árboles. La primera luz llega y yo abre los ojos y ve a madre, con la espalda apoyada entra un árbol blanco. Trocitos de luz caen sobre la cara de ella a través de las ramas que están en-cima de nosotros, y sobre los ojos de ella, y no se mueve ni mira la luz. Ahora yo dice, Madre, a-riba, pero no se mueve, los ojos de ella están llenos de trozos de luz. Un miedo entra dentro de yo.

Eh, madre, dice yo. Nada de cosas raras. La gente de nosotros se levanta y quiere continuar el viaje. A-riba, que nosotros no queden detrás de ellos. La mano de yo frota ahí en la pierna de ella para que se levante rápido. Está más fría que las piedras, bichos de los que pican saltan de ella.

Yo dice más alto, a-riba, y ahora la coge y tira de ella y la golpea. Pero yo no tiene bastante fuerza, y ella cae. Los trozos de luz se han movido de los ojos de ella y cuelgan de los árboles. La cabeza está dentro de un agujero con lluvia, el pelo flota.

Yo no sabe cómo ayudarla, yo salta sobre ella y se la mete dentro de ella, para que no esté fría, y que se mueva. Tiene las piernas duras, una junto a otra, rodilla con rodilla. Yo no tiene fuerza para abrirlas, y a yo no se le levanta. Yo se la pone blanda contra el pelo de la tripa de ella, y empuja, y empuja. La cabeza en el agujero de lluvia se mueve. El pelo de la tripa está frío, y el olor de ella es otro. Empuja y empuja.

Un hombre de la gente de nosotros viene, y aparta a yo de ella. Dice que yo es una mierda y le intenta golpear, pero yo se aleja un poco, bajo los árboles. Ahora mucha gente está junto a la madre de yo. Sacan la cabeza del agujero de lluvia y dicen que no hay calor dentro de ella, que no hay aire en ella, y eso. Ahora viene el Hombre de la Cosecha de nosotros, y se a-cerca a la madre de yo, vestido con un cinturón de cuero que hace que le pique el culo, que es donde se rasca todo el rato.

Dice que ya no está viva, y que es culpa del trabajo que esté así, por lo que parece. Dice que la en-tierran, después nosotros se irán.

Una mujer que dice cosas que duelen dice en alto que si la madre de yo no está viva es porque su hijo vago ha hecho que ella esté así, que ha hecho que ella trabaje todo el rato para encontrar comida para él. Y muchos dicen sí, y que tiene razón y eso.

Aún más alto dice la mujer que dice cosas que duelen que si la madre de yo va a ser en-terrada, cavar ese agujero no es cosa de la mujer que dice cosas que duelen. Sí, dice un hombre mientras a-parta a yo de la madre de yo. Que el chico la en-tierre, que trabaje para ella por un rato.

Ahora el Hombre de la Cosecha dice sí, y se rasca el culo. Hay que coger al chico, dice.

Yo intenta correr. Ah, son hombres, tienen piernas más largas que yo, y yo tiene tanto miedo que mientras corre se cae en un arbusto de brezo. Le sacan de ahí, lleno de raspones, para llevarle ante culo de pluma, que está junto a madre. La cabeza está en lo mojado. Trocitos de luz gatean despacio desde el árbol, para cruzar la hierba y volver a los ojos de ella.

Se rasca el culo y le da a yo el hacha de piedra de madre, pero las manos de yo no tienen fuerza para sujetarla. Se cae, y el Hombre de la Cosecha golpea la cara de yo y la sangre sale de la nariz. Ahora recógela, dice, y cava el agujero para ella. Que los espíritus que huelen extraño no vengan a ella, ya que el aliento de ellos a nosotros pone malos. Que el pájaro podrido y el perro podrido no vengan. Que la tierra se tome lo que a la tierra se debe y coseche bien de nosotros, que no se vuelva dura bajo los pies de nosotros. Eso dice el Hombre de la Cosecha ahora, y yo, lamiendo la sangre de la nariz, cava fuerte en la tierra.

Bajo la hierba la tierra es fría, gris y suave mientras puede sacarlo todo de una vez. Yo cava entre la raíz y la piedra, y el cavar de yo es lento. La luz del sol vuelve a la cara de madre, pasa por la mejilla y se detiene entre la hierba y las flores. Yo levanta una piedra, y de-bajo hay muchos gusanos. Ahora yo cava duro entre ellos con el hacha de madre, y salen aún más. Sale sangre de los dedos de yo mientras cava. Ahora hay sangre en la piedra de madre. Hay sangre en el agujero de madre.

La gente de yo está de pie alrededor del agujero, se apoyan en un pie, luego en otro, quieren irse lejos de aquí, quieren seguir con la rutina y caminar por la orilla del mundo de un rato de hielo a otro, buscando ratas con púas, y cerdo, y raíces que mascar.

El sol camina por en-cima de nosotros, las bestias del cielo que corren ante él tienen miedo de que pueda quemarles hasta que no quede nada, sólo el cielo. Yo cava, y el Hombre de la Cosecha se enfada por lo lento que es yo y dice que pare, y dice que el agujero es bastante, y eso, aunque yo aún está a la altura de la tripa en el agujero. Le dice que salga y la tire.

Yo sale, gris hasta las rodillas por la tierra, y la mira. Toda blanca. Toda desnuda, qué rápido se ha ido todo de ella. Yo da un paso, al que sigue otro. El pelo de ella es gris como la tierra. Rápido, dice culo de pluma, eh, levanta a ella, y eso. Yo da otro paso, y de esta forma se a-cerca a ella.

Se agacha, para coger los pies de ella. Ahora está más fría, y no hay luz en ella. Levanta las piernas de madre, todas blancas por a-rriba y ve que de-bajo de ella está oscuro, como lleno de sangre. Yo tira, la mueve un poco del agujero de lluvia, arrastra el pelo como hierba de-bajo de ella, y se tira un pedo. Así llegan al agujero, yo y la madre de yo. A-dentro, dice culo de pluma, y cúbre-la.

Yo la echa. El agujero no es grande para ella. Una pierna sobresale, por en-cima del agujero, que no puede bajar. La cubre, y las manos de yo están grises de tierra, esa tierra cae en los ojos de ella, en la boca, el agujero de la tripa, y ahora la cara no está, y ahora los brazos y tetas no están, y ahora no es sino una pierna blanca que sobre-sale, a la que yo echa tierra alrededor, y aprieta la tierra suave y gris entre los dedos de los pies de ella. Yo pisa la tierra, y culo de pluma pone el hacha de piedra de madre junto al agujero, al otro lado de donde la tierra se levanta alrededor del pie, como una colina de bichos del pis.

Yo dice que ahora que está en-terrada, nosotros pueden viajar a buscar ratas con púas, y cerdo, y raíces que mascar. Y la gente de yo mira a otro sitio, y se hace el silencio entre ellos. Y ahora, culo de pluma hace un gesto con el ojo. Y mueve su cabeza.

Un gesto que dice no.

Solo a los pies de madre. La gente de yo ya no está con yo, lejos están, de-bajo de los árboles y cruzando la colina, y se van, y no vuelven aquí jamás. La tierra gris en las manos y los pies de yo está seca, dura, puede quitársela en trocitos rascando. La tierra que yo puso alrededor del pie de madre se ha vuelto dura, y se cae a trozos. Ve los dedos del pie, y ahora mientras la tierra cae de ellos, ve una forma distinta a los dedos. Madre.

Ahora tiene otra cosecha, viene la oscuridad y yo va a estar junto al pie de madre sin lugar adónde ir. Todo el rato está yo con madre, y no quiere irse lejos de ella ahora, y aun así un dolor en la tripa le dice otra cosa. Está ahí ratos y cosecha entre irse o quedarse.

Se levanta, se aleja y vuelve, ahora está quieto, ahora se levanta y anda. Salta sobre la tierra, y golpea un árbol y arranca hierba, y muchas cosas se dicen al pie de madre. Yo se queda y no se mueve, y en la oscuridad hay ruido de perros de cola de fuego en la hierba, y de manadas de perros a través de las colinas. Yo tiene miedo, y el dolor en la tripa es más grande. Caga junto a un árbol, entre raíces, y la mierda es como agua.

Llega la primera luz, y la tripa está vacía. Yo dice, pie, quieto aquí. Se aleja para buscar algo de comer, después vuelve con comida para nosotros. El pie está ahora quieto, parece que dice que ella le escucha todo el rato, aunque nunca la ve haciéndolo. Yo se aleja de ella despacio, y muchos árboles después se para, y mira a-trás, y ahí está el pie. Levanta el brazo y con un gesto dice que todo va bien, y sigue caminando.

Hay menos árboles, y hay más brezo. Yo sigue el camino alrededor del brezo, desde donde mira a-trás y no ve el pie, pero puede encontrarla aún oliendo la mierda de yo, y yo no tiene miedo. Sigue caminando, entre árboles, y brezo, y eso.

Mientras cosecha, cuando está cogiendo las bayas de sangre, cae la primera lluvia fuerte, parece que muchas de las bestias del cielo están meando a la vez. Se agacha rápido de-bajo de un arbusto de bayas, y entra ahí, donde hay una cueva de brezo. Yo ahí está seco, y se come muchas de las bayas de sangre. Fuera de la cueva de yo la lluvia cae fuerte, aunque dentro se está tranquilo y está algo iluminado, y la tripa de yo está bien. Ahora se limpia las bayas de sangre de la barbilla. Cierra los ojos, se lame la mano, y oye llover.

Pasa un rato en que no vienen cosechas, después todo se vuelve raro. Yo ya no está en la cueva de brezo. Está de-bajo de los árboles, y todo está oscuro salvo donde la madera blanca sigue luminosa. Cómo la oscuridad llega tan pronto no puede cosechar, ni cómo yo ha acabado aquí. Yo mira alrededor con miedo, y ve una forma de pie entre los árboles. Es la madre de yo. Se apoya tranquila con una mano en el árbol y le mira. Qué alegría, yo se a-cerca más a ella, y ahora le ve las piernas, y una de ellas es ahora un hilo ensangrentado, no hay nada de cintura para a-bajo. Del muñón pasa a mirar la cara de madre. Se la ve enfadada, parece que yo no le gusta. Adónde hit ido el pie de yo, dice.

Entonces, yo grita de miedo, alto y claro mientras mira al cielo y más allá de la oscuridad, y vuelve a caer en la cueva de brezo, donde afín hay luz. Esto pasa rápido, y no cosecha lo que ocurre. No oye la lluvia, ya que se ha ido lejos, se pone en pie y se agacha bajo el agujero, y así sale del arbusto.

Por todos lados está mojado, y ahora hay muchos agujeros de lluvia en la tierra. Lo mojado levanta un olor a tierra y hierba, y su olor es bueno, y fuerte, y nada viejo.

No huele la mierda de yo. La lluvia, se lleva la mierda de yo y ahora no la huele, la mierda de yo donde está el árbol. Donde está el pie.

Yo corre hacia un lado alrededor del arbusto, luego hacia el otro, para poder ver dónde la hierba está lisa, y así ver el camino por el que ha venido. Ahora ve la lluvia caer fuerte, y por ningún lado encuentra la hierba lisa que es el camino. De-bajo de los árboles corre, y no huele nada, sólo hierba. Ahora corre por ahí, por allá, junto al árbol y el brezo, y grita al pie, y grita a madre. Corre por todos lados, bajo las zanjas y sobre la gruesa piel de hierba en las piedras, y aquí va a caer sobre la tierra y no cosecha dónde está.

Yo ya no ve el pie. El arbusto de bayas de sangre parece que no está, de forma que no puede encontrarlo ya. Así sale de ahí, y camina de-bajo de mucha oscuridad y luz, y en todo lo que camina no encuentra dónde están.

Yo camina sobre la hierba del claro y salta un río pequeño. Pasa al lado de árboles, las pieles secas de ellos están alrededor de los pies de yo, y encuentra un montón de fruta choza que crece en la hierba, es buena para comer porque es oscura en la orilla de a-bajo. Pasan los ratos y no

encuentra nada, y sigue caminando y sigue sin encontrar nada, y luz, y oscuridad, y luz y oscuridad.

Camina por donde no puede ver por en-cima de la hierba, es tan alta, y encuentra un pájaro que ya no está vivo. Tiene tanto vacío en la tripa como para comerlo, aunque está lleno de gusanos. Ahora vomita, y se caga por las patas a-bajo, y luz, y oscuridad, y caminar.

Desde hace muchos ratos de hielo, la gente de yo dice que hay poca comida que buscar, que para nosotros los ratos son tan difíciles como caminar, y se han vuelto aún más duros. Rato de hielo tras rato de hielo la gente que se queda en un lugar es más, nosotros, la gente que camina son menos, no son tantos ahora. Uno tan solo como yo, es una tripa vacía y no hay nada que hacer.

En un rato, se encuentra con gente que se queda en un lugar, con sus chozas de cimas con punta de piel de animal colgada a las ramas, en lo alto de la colina. No hay tantas chozas como dedos en la mano de yo. Huele el fuego, y las carnes de fuego de ellos, que es lo que quiere la tripa de yo.

Sube la colina, y al de poco de subir ve un hombre en la cima, y él ve a yo, con vómito y sangre en la cara, y mierda en las piernas. Dice que yo parece el culo de un cerdo, y qué quiero de ahí, y eso, y lo que dice es raro, con muchas cosas que yo no cosecha. Otro hombre, de tripa más grande, ahora llega a la cima de la colina, para mirar a yo. Bajo la tripa él la tiene muy pequeña, más parecida a la de un bebé.

Ahora les dice que la madre de yo ya no está viva, y cómo la gente de yo le ha abandonado. Dice que sólo quiere un poco de comida, que tiene una cosa en el estómago.

Los hombres se miran el uno al otro, y ahora el que la tiene pequeña se agacha para coger su palo de lanzar. El dice que aquí tiene una cosa, dice si la quiere en el estómago de yo. El otro hombre coge una piedra, y la lanza fuerte hacia yo. La piedra le golpea en la pierna, es afilada y rompe la piel de de-bajo de la rodilla de yo, donde hay sangre. Grita y cae, hay una gran herida en la pierna de yo. El hombre coge otra piedra, y dice marcha ya, culo-mierda, y dice que no quiere oler a yo más por ahí. El hombre de gran tripa levanta el palo de él, para lanzárselo a yo.

Ahora yo se levanta, con dolor en la pierna, y anda raro bajando la colina, como un perro enfermo. De-trás, el hombre lanza la otra piedra que tiene, pero no golpea a yo, la piedra cae suave en la hierba. Camina tan rápido como puede, y no mira a-trás, y eso es todo, el rato de yo con la manada de la gente que no se mueve.

Yo sigue caminando despacio, y arrastrando la pierna por detrás. Llega la oscuridad y encuentra un árbol donde crecen manzanas-teta. Aún están duras, y come poco de ellas. Mira la pierna herida y ve cómo la

sangre está seca con la tierra gris y con la mierda, que la sangre ya no sale, lo que está bien. Se tumba junto a un árbol y cierra los ojos para que nadie le pueda ver. Cosecha en nada.

Llega la luz, a caminar más. La pierna está bien para andar, pero aún hay picor en ella. Sigue caminando, y eso, y ahora con el sol a-riba sale de debajo el bosque blanco a un claro, de hierba toda larga y negra, con árboles alrededor. Entre la hierba destaca una gran piedra vieja, como con marcas de gusanos y redes de bichos. Yo ahora cierra los ojos, y se asusta tanto que no puede respirar.

La gente de yo dice que no son buenas, esas marcas. Las marcas toman su forma del árbol, del perro y eso, y hacen como que son el árbol, que son el perro, aunque sólo son marcas. Al mirarlas, todas las cosechas que tiene uno se hacen raras, y no puede cosechar qué es el mundo y qué es la marca. Ha oído decir que muchas marcas son tan viejas que están hechas por los Urk y la gente de esa manada de hace grandes ratos de hielo. Ahora la manada Urk ya no está en el mundo, aunque muchos dicen que esa gente pequeña está colina a-bajo, muy dentro de las cuevas, escondida para cogernos a nosotros los de a-riba. No es bueno mirar las marcas.

Cierra los ojos, toma otro camino alrededor de la hierba y la piedra. Cae por una raíz, y se roza la cara con el brezo, aun así no abre los ojos hasta que la piedra está lejos de-trás de yo.

Fuera ya de los árboles, y subiendo la colina que está con el sol como el fuego de-trás, yo ve cerdos, y ahora baja y los cerdos se convierten en troncos, y ahora aquí está yo, sobre ellos, sin más ratos en los que cosechar.

Yo se rasca el trozo de sangre seca que tiene en la rodilla, y mira a-riba al cielo. Una oscuridad ha llegado mientras yo se sentaba cosechando, ya no puede ver a las bestias del cielo pero puede ver los pequeños ojos que tienen, brillando ahí en lo alto en la oscuridad. Yo está todo frío, y se tumba de-bajo del tronco para evitar el viento. Cierra los ojos, la oscuridad llega dentro de yo como llega en el mundo.

Ahora está oscuro, y yo está de pie sobre los troncos y no cosecha cómo es que está de pie, con los ojos abiertos. Con un poco de miedo mira alrededor, y ahora oye ruido de-trás de yo, como alguien que camina sobre la piel seca de los árboles. Yo se gira para ver, y el miedo que tiene no se hace más pequeño.

Hay una perra negra, de pie en la hierba, a no más de un hombre y algo más de yo. Ella le mira, con ojos tan brillantes como el fuego y grandes como el tronco de un árbol. Yo se mea en las piernas, que se calientan, y se enfrían.

Alrededor de los pies de la perra negra algunas cositas se mueven, y mirarlas no es algo mejor que mirar a la perra negra. Son negros, y no

tienen ojos, yo cosecha que son los bebés de la perra negra, que arrastran y se rascan de-bajo de la madre. Tienen lenguas que son largas y blancas como gusanos, y mueven las lenguas de-lante de ellos, para lamer y oler el aire. No hacen ruido, y yo les tiene más miedo a ellos que a ella que está sobre ellos.

La perra negra mira a yo, y la fuerza para moverse se le va, yo se queda como una piedra. Yo cosecha en perras negras, pues las cosechas de yo puede que le ayuden. La gente de yo dice que las perras negras son perros grandes y que dan miedo, que la manada de las perras negras ha vivido en el mundo durante gran rato de hielo, como los Urks, y ahora como la manada Urk ya no está viva. Ahora sólo caminan los perros espíritus de la manada, a-riba en este mundo y a-bajo en el otro, y cuando la tierra se vuelve fina entre los mundos, como en los cruces de caminos y los puentes sobre ríos, la perra negra viene aquí.

Yo cosecha, y no hay nada que le ayude en las cosechas de yo. Ahí está, más grande que yo, la perra negra le mira con ojos como el sol, y yo no puede apartar la mirada. Entre sus grandes patas delanteras se arrastran los bebés de ella, lamen y huelen, pero yo no puede apartarse de los ojos de ella, que se hacen más grandes y más grandes, hasta que parece que todo alrededor de yo está en llamas. Se hacen tan brillantes que yo no puede mirar, y ahora cierra los ojos, y puede ver la luz a través de la piel de los ojos.

Ahora todo está raro.

Yo no está ya de pie, está tumbado en la tierra de-bajo del tronco, la luz de la perra negra aún ve a través de los ojos cerrados. Ahora los abre, despacio, con mucho miedo.

La luz ya no viene del ojo de la perra negra. La luz es la luz del sol, que sigue a la oscuridad, y ahora mira y ve que la perra negra ya no está aquí, ni los bebés. Ahora se levanta, las piernas de yo están todas mojadas con pis, y camina hacia donde ha visto a la bestia espíritu. Se agacha para mirar. No hay en el suelo formas de pie, ni otra señal de ellos.

No cosecha qué cosechar. Yo no ve ningún cruce de caminos, ni puente de río, aun así la perra negra vino a yo. Yo cosecha sobre esto, y ahora la tripa de yo hace un ruido para decir que yo tiene que caminar más, y encontrar comida para él.

Camina, y tras un rato se gira, para mirar a-trás. Ve los troncos, y ahora vuelven a ser cerdos y yo ya no está cerca de ellos. El cerdo de a-riba, se la mete a ella por de-bajo, y parece que él pasa un buen rato. Cosecha que si corre de nuevo van a cambiar, y se van a convertir en troncos para enfadarle. Escupe, se gira, y sigue caminando.

Por en-cima, a través de las ramas de los árboles, está el sol, que sigue a yo. Anda a través del bosque de camino a otra colina, cuando ve unos

cerdos en la cima que se levanta de la tierra. Desde lejos, la colina parece pequeña, aunque ahora se hace grande, alrededor. La tierra debajo de las pisadas de yo primero sube suave, ahora más y más, y durante largos ratos sube la colina por debajo de muchos árboles. A yo le cuesta respirar, y la pierna de yo quema como el fuego, y así llega a lo alto de la colina.

Aquí, los árboles paran, y ya no hay más, después sólo hay troncos cortados. Hay tantos troncos cortados, por el camino debajo de la colina, que el cielo se ha vuelto más grande donde la cima del mundo está desnuda. Se sienta aquí en este tronco para mirar.

Yo está en-cima de un gran valle, que va de aquí a la orilla del mundo. Aquí y allí hay árboles, aunque hay más troncos cortados, y hacen un claro que da miedo. Valle a-bajo está el río, con un puente lejano para cruzarlo por lo que parece, así es como la perra negra vino a estos lugares. Entre el río y yo hay otra colina, más baja, adonde yo mira y ve algo que en ningún rato ha visto.

Hay una obra, ahí en la colina, más grande de lo que puede cosechar. Es un círculo, y tiene círculos más pequeños dentro, como un gusano seco tumbado en la hierba. Los círculos que tiene son muros, y al lado hay muchos agujeros de cavar en el suelo, más bajos que el agujero que yo ha cavado para madre y otro más. Yo cosecha que la tierra se saca de los agujeros para hacer el muro.

El círculo que está más dentro de la obra tiene muchas bestias dentro, todas blancas. Ahora el viento cambia, y yo las huele, la mierda de ellas y eso, y cosecha que son bueyes aur, aunque hay más que los que la gente de yo ha visto de rato de hielo a otro rato de hielo. Ahí, en medio de este círculo que está más dentro hay una choza de madera, con bueyes alrededor. Lo ratos pasan, y de la choza sale un hombre que viste pieles, para mear, después vuelve dentro. Puede estar en la choza para cuidar a las bestias.

El muro redondo dé bueyes aur tiene muchos agujeros, para salir y entrar, y los agujeros se cierran con maderas para parar, para que las bestias no se puedan marchar. En un círculo más fuera, cruzando el muro de los bueyes, hay cerdos. Hay muchos, y están con pájaros que no vuelan que se rascan con las patas de ellos. La tripa de yo hace un ruido, de dolor.

Después del muro de cerdos hay otro círculo que destaca más, pero hay poco sitio para moverse, entre él y el círculo de cerdos. Hay gente que anda, no tanta como bestias, y se paran a hablar entre ellos, un poco más a-bajo de yo. Yo no puede cosechar cuánta gente puede trabajar para hacer esta obra, que es tan grande.

A través y a-bajo de la pequeña colina, lejos de ellos, yo ve muchas chozas que acaban en punta, allí al lado del río. Hay tantas como los dedos de las manos y de los pies de yo, y allí muchos humos se levantan.

Cosecha que eso es obra de la gente que se queda, para cuidar sus bestias, aunque es difícil cosechar que hay sitios de gente que se queda tan grandes como éste en el mundo.

Yo no cosecha cómo hacen esta obra junto al puente de un río, donde la tierra entre los mundos es fina, si hasta un bebé cosecha que eso no es bueno. Puede que no cosechen a la perra negra y los que se le parecen, yo ha oído que la gente que se queda puede que no coseche más que un bebé. La gente de yo dice muchas cosas como éstas sobre la manada que se queda. Unos dicen, cómo el hombre que se queda encuentra compañera, y otro dice, él espera a que a ella se le enreden los cuernos en el brezo.

Le duele la pierna, donde otros hombres que se quedan le han lanzado una piedra, y yo no quiere más de eso. Ve que puede bajar la colina, cruzar al otro lado de las chozas que acaban en punta, y así llegar al puente del río para poder continuar.

Yo se levanta, y ahora baja la colina, entre muchos troncos cortados. Todos acaban en punta, el valle es como una boca, y los troncos cortados son como los dientes. A yo no le gusta todo esto tan abierto, donde los árboles pasan por el hacha. No es bueno.

Ahora yo está de-bajo de la pequeña colina, por lo que la colina se vuelve más grande, y ahora oye el ruido bajo de los bueyes aur, lejos por en-cima de él. La colina está en el camino de la caída del sol, por lo que yo anda por el otro camino, el del sol que se levanta. La tierra se vuelve más blanda en la parte baja del valle, cuanto yo más baja, aún más blanda se vuelve, camina hasta las rodillas cubierto de tierra, el caminar es lento. Los árboles cortados no son tantos como colina a-riba, y el pudrir está dentro de ellos, todo negro, marcados con pelo de hierba y llenos de agua de mocos, donde hay muchos bichos que pican.

Lejos de-trás de yo suena el grito bajo del buey aur para encontrar compañera. Yo saca el pie de agujero que chupa lleno de humedad y tierra, y sigue andando. Yo no puede ver el puente del río, como lo ha visto desde a-riba, porque está de-trás de los árboles que están todos juntos de-lante de yo, aun así yo busca un camino para ir donde cosecha que está el cruce del río.

Despacio, a través la hierba y de la tierra que traga. La tripa de yo duele. Está tan vacía que todo está raro en yo, y está tan asustado que la cabeza de yo flota, como las bestias del cielo. La tierra se traga la pierna de yo. La tierra vieja cosecha que no ha puesto el pie de madre en ella y quiere su parte, como se le debe un pie aún, toma el pie de yo a cambio. Esta cosecha asusta a yo, que pone la pierna en lo alto como los pájaros que andan, y corre tan rápido como puede a los árboles, que están sobre tierra más seca.

Ahora está junto a los árboles. Yo puede caminar y no hundirse en la tierra, aunque ya no tiene fuerzas para caminar más. Los árboles están

juntitos, y yo sólo cosecha en llegar al puente. Camina bajo los árboles, y se apoya en ellos para estar en pie, y caen más ratos mientras yo camina. La herida en la pierna de yo duele como fuego. Yo cae. Se levanta. Cae. Se levanta, y ahora cruza los árboles que están juntos, hasta la otra orilla de ellos y mira. Yo cosecha que ahora se siente más bien, y está con más fuerzas. Se cae.

No se puede levantar. Tumbado de espaldas está yo en la hierba, la cabeza apoyada contra la raíz de un árbol. En-cima de yo no hay nada, sólo muchas ramas de árboles, a todas se les ha caído la piel. Mira a-bajo, pasa por la tripa de yo, las piernas y pies y mira más allá de los árboles hacia el río, donde el ruido de las aguas es alto. Yo no ve el puente. No está donde yo cosecha. Puede que no encuentre el camino para el puente a través de los árboles juntos. Ahora los bichos de la mierda vuelan alrededor de la sangre seca de la rodilla de yo, que está negra, y los bichos de la mierda se quedan en la pierna de yo, y no tiene fuerzas para apartarlos.

Mira el camino del río, mejor eso que mirar la pierna de yo. Entre el río y aquí en donde los árboles juntos ve una tierra que se eleva, con hierba alrededor. En la subida...

En la subida hay una cosa toda blanca, más alta que un hombre y otro más, en su cima hay pelo que vuela con el viento, todo negro y largo. Es una mujer, toda blanca, aunque da miedo de lo grande que es, y no está en este mundo. Yo cierra los ojos, para que no vea a yo.

Ahora abre los ojos, pero poco, y yo ve que ella no se mueve. Abre más los ojos, porque esto parece extraño, y ve que cambia. Ahora no es una mujer.

Choza. Es una choza, todo lo que cuelga es piel de buey aur y por eso es blanca. Tiene una punta afilada, de donde cuelgan largas pieles, todas negras que vuelan con el viento. No cosecha si hay gente en la choza, ni cómo la cabaña de ellos está aquí sola, lejos de la manada que se queda y de la gran obra colina a-rrriba.

Yo mira duro la choza, ya que yo no tiene otra cosa que ver. Alrededor de yo, los bichos de la mierda hacen ruiditos, que ahora se vuelven más altos. Mira, y no puede ver nada, sólo algo gris, con una forma blanca donde la choza está, y ahora el blanco es gris, el gris es negro, y el negro es nada.

Ruido. Yo escupe y le sabe raro. Ahora hay ruido de gente, uno dice algo a otro. Uno es grande y viejo, por el ruido que hace, y el otro pequeño. El pequeño dice sí, y dice una cosa que no puede oír, y dice algo de agua. Ahora hay un poco de luz que cruza la piel de los ojos de yo, y eso es bueno.

Flores, yo huele muchas flores, y como que no es un rato sin nada, sino un rato de flores. Abre los ojos, y ve la choza. Una de las pieles de buey

aur que hacen la choza ahora está levantada, y sale alguien agachado, de pelo largo y con luz con un cinturón de cuero alrededor, y vestido con pieles hasta las rodillas. Es una chica, por lo litio parece, y no más grande que yo. Huele, para oler la raja de ella, y no huele nada sólo flores, y no ve flores, aunque ve a la chica. No cosecha si es una flor que parece una chica, o una chica que huele como una flor.

Entre las manos ella sostiene algo, todo gris. Se aleja de la choza, y también se aleja de yo, baja la tierra que se eleva y va de camino al río. Camina entre la hierba, pero no se hunde, parece que anda por un camino donde el suelo está seco. Ahora ella está lejos, yo no puede verla por en-cima de la hierba, y el olor a flor llega ahora menos.

Ahora algo se mueve en la choza, a la que yo vuelve a mirar. La piel blanca está a-riba, y alguien que es grande sale agachado, desnudo salvo por el cinturón y la piel que se la cubre. Es un hombre. Un hombre que da miedo.

Se levanta, para mirar alrededor, aunque no mira a yo. Es un hombre más viejo de los que yo ha visto, tiene el pelo blanco y largo, el pelo de la barbilla igual, y oh, la cara. La cara está marcada con fuego negro, sólo los ojos son blancos. Tiene un cinturón pequeño alrededor de la cabeza, de donde salen palos con muchas puntas, parece un buey con cuernos de rama. En una mano lleva flores y en la otra palos. Ahora mira más alrededor, y se tira un pedo, y se sienta en-frente de la choza de piel blanca de él.

Yo no ve lo que hace, pero hace algo rápido con las manos, y pasa más ratos así. Humo. Yo huele humo. Él ha hecho un fuego, y ahora ha puesto más palos dentro, para hacerlo más grande. Coge piedrecitas y las pone ahí, una sobre otra, alrededor del fuego, para hacer una casa al fuego.

Está apoyado de espaldas a la choza, y ahora coge una cosa de madera y piedra, no más larga que la mano de yo, toda plana y con punta. Esta hacha de mano la pone en otra piedra que está cerca, donde la rasca a-de-lante y a-trás; como para hacerla más afilada. Ahora yo se tumba de espaldas, y oye el ruido de eso, y el sol baja aún más en el cielo.

Con el olor a humo viene más olor a flor, y yo levanta la cabeza para mirar al río. La chica vuelve con hierba de la tierra que se eleva entre los pies y las pieles que lleva se mueven alrededor de las rodillas. Entre las manos aún hay una cosita, toda gris, y mientras anda yo ve salir y caer algo mojado en los brazos de ella. Yo cosecha que ella sostiene una obra como las del pequeño valle, que en el río ha llenado. Ella ahora camina despacio sobre la tierra que se eleva, donde el hombre con cabeza de palos coge el agua para colocarla sobre la casa del fuego.

La chica se sienta al lado del fuego de rodillas, y no se mueve. El sol baja más, y mientras la luz del cielo se hace menos, la luz del fuego se hace más, el espíritu negro de la chica se a-larga sobre la choza de-trás

de ella. Aún más largo es el espíritu del hombre de cabeza de palos, todo negro con palos que se mueven como muchos gusanos sobre la cabeza. El coge flores y las echa en el agua, en-cima del fuego, de donde sube el humo gris de agua.

Bajo la luz del fuego, yo ve ahora un muro bajo, hecho con tierra, que está de-trás de la choza. Ratos a-trás yo no ha visto esto. Quizá es para guardar bestias, como las más grandes de la obra de la colina, aunque lo ve poco, y no cosecha. El fuego se eleva más alto. Los espíritus negros se apoyan a-de-lante y a-trás a través de la piel de buey aur.

Algo blanco gordo y suave como polvo de hielo se levanta de la obra sobre la casa del fuego, se cae de la orilla de la obra, y la cosa blanca cae toda ella para ahora hacer un ruido de gato en el fuego. El hombre de la cabeza con palos pone un poco de piel sobre sus manos para que no se quemen. La saca de la casa del fuego, y la pone ahora junto a él.

Saca un poco de la cosa blanca y gorda de la obra, una mano llena y otra igual. La chica sentada de rodillas no se mueve. La oscuridad está en el cielo. Los espíritus negros se apoyan en la choza. Ahora el hombre de palos en la cabeza pone la cosa blanca en la cara de la chica, y ella no se mueve, la cosa blanca es gorda de-bajo de los ojos, y en la boca de ella. Cae en trocitos sobre la piel que lleva sobre las tetas.

La chica no se mueve. Ahora el hombre de cara negra meneas mis manos por todo el cuerpo, parece que busca algo, y ahora algo gris y cálido cae sobre yo, y cierra los ojos. Huele humo. Huele flores y yo oye más ruido de algo que se rasca, se rasca por de-lante, por de-trás, y por de-lante.

Y por de-trás.

Oscuridad. Muchas pequeñas cosechas. Frío. La pierna duele como el fuego y oh. Oh yo. Oscuridad. Nada. La pierna duele, oh. Oh Madre, yo no ha vivido más ratos de hielo que los dedos de yo. Oscuridad. Oscuridad, la tripa duele y está fría. Madre y yo caminan bajo los árboles, andan raro y se apoyan uno en el otro, porque ella sólo tiene una pierna, igual que yo, nosotros tienen las piernas cortadas llenas de sangre. Oscuridad. Oscuridad, frío, y nada en la tripa de yo. Flores. Oscuridad.

Luz. Yo huele... luz, a través de la piel de los ojos. Yo huele flores y... abre. Abre los ojos y... flores, y yo mira hacia a-riba a...

Ella mira hacia a-bajo a yo. La chica que huele a flor. Está sentada de rodillas junto a yo, mientras yo está tumbado en la hierba bajo los árboles juntos. La obra gris tiene entre las manos, mientras sostiene agua del río dentro. El largo pelo de ella pincha la tripa de yo, y así se miran el uno al otro, y yo no cosecha nada que decir.

Come esto, dice, y yo no dice nada, sólo mira. Ahora ella pone la obra en la boca de yo, el agua de él llega cálida a la barbilla, a la lengua, y es leche, y la leche es tan buena. Yo come, y le gustan los ratos en los que la mira, por en-cima del borde de la obra. Cómo, dice ella ahora, ha llegado yo aquí. Lo que dice es raro, dice cosas de otra forma, aunque yo puede cosechar lo que dice. La boca de yo está llena de leche, por lo que no puede decir nada, aunque la leche cae y ya no hay más, y ella quita la obra de ella de la boca de yo. Cómo es que yo ha venido aquí, ella dice un rato más.

Ahora yo dice muchas cosas, y todas de-prisa. Dice del pie de madre, y de la gente de yo que se va lejos. Yo dice del pájaro podrido con gusanos, y de la manada que se queda que lanza una piedra y hace daño a la pierna de yo. Entonces, la chica hace un buen gesto, y dice que ha quitado el pudrir de la pierna de yo, y ahora cosecha que la pierna no le duele, y mira a-bajo hacia ella.

No hay sangre seca. Bajo la rodilla hay mierda y tierra toda mojada, y donde estaba la herida en la pierna de yo hay piel de árbol, toda suave y cálida. Yo mira de la pierna hacia ella y dice, por qué, cómo, y eso. Ella dice que le ha encontrado esta mañana con la primera luz, y ha visto que la pierna de yo está herida. Ha arrastrado a yo más cerca de los árboles juntos, para esconderlo, y hacer cosas buenas con la pierna de yo en ratos que yo no cosecha.

Todo esto dice ella, y ahora tiene más cosas que yo puede comer. Saca un palo de carne seca de las pieles de ella, que pone en la mano de yo. Yo levanta la carne en palo hacia la boca, y mascarla es duro, aunque lamerla está bien. Tiene que decir más de cómo yo ha llegado, ella dice.

Yo tiene carne seca en la boca, y muchas de las cosas que dice yo ella hace que las vuelva a decir más ratos, así es más bueno para cosechar. Yo dice de caminar, y de los cerdos que se vuelven troncos, y dice de la perra negra. Ella mueve la cabeza a-de-lante y a-trás, para decir que los cosecha. Yo dice de cómo ha llegado al valle, y ha visto la gran obra de la colina, por lo que ha ido por otro lado y así ha llegado hasta aquí.

Ella dice si hombres en la obra han visto a yo, y yo dice no, y ella dice que eso es bueno. Por qué eso es bueno, dice yo. Oh, ella dice ahora, ellos son hombres fuertes de la manada que se queda en el río. Si ellos ven a yo, puede que le lancen una piedra. Yo mira la pierna, y cosecha que lo que dice ella es cierto.

Ahora yo mira junto a ella, a través de la hierba donde la choza está en la tierra que se levanta, y el río se aleja, de-trás de la choza. En el río hay formas que se mueven, que yo cosecha que son la rata de cola plana de ellos, están por todo alrededor haciendo chozas de río para ellas. Cómo es que ella huele a flores, dice yo.

Hay una forma, dice ella, de coger el olor de la flor y hacer entonces un agua que huele, que puede ponerse en la piel o el pelo. Ahora ella ya no mira a yo, mira hacia el río. Lo que dice ella se vuelve más bajito.

Hob quiere que ella huela a flores, dice ella, así él puede cosechar dónde está mientras él no la ve. No dice nada más, y mira a lo lejos. Ahora arranca un poco de hierba, y se la mete en la boca. Yo no cosecha a Hob, dice yo, y da un tirón con los dientes a la carne seca. Ella ya no mira a yo, pero levanta la mano y con el dedo sigue el camino de la choza. Esa choza es de Hob, dice ella.

Yo ha visto a Hob, dice yo. Es un hombre de cara negra con palos en la cabeza.

Ahora ella se gira rápido y mira a yo. Cómo es que yo ha visto a Hob, dice, y mira a yo raro. Yo dice ahora sobre cómo la ha visto ir a por agua del río, agua que Hob ha puesto en la casa para el fuego, de donde ha salido una cosa blanca. Yo dice de cómo ha visto a Hob poner la cosa blanca en la cara de ella, después de eso no ha visto más.

Ella se tumba despacio, de nuevo en la hierba, con los brazos todo apoyados en los ojos, para parar la luz. Eso blanco es agua de olor dice ella, para hacer que huela como una flor. Yo cosecha ver cómo el hombre de la cabeza con palos pone flores en el agua, donde se ha vuelto blanca, y cosecha que lo que dice ella es cierto.

Nosotros se tumban en la hierba. En el cielo sobre nosotros hay bestias del cielo que ahora corren de-trás del sol, y no al revés. Lo cogen y se lo comen, ya no hay más sol y la luz se ha ido del cielo. El viejo río es ahora gris, y la hierba igual que éste es gris. Yo dice que por qué ella busca comida para yo, y pone bien la pierna de yo. Ahora se levanta un poco mientras sigue tumbada, se apoya en un brazo y mira a yo. El pelo con luz cae sobre los ojos de ella, lo a-parta.

Está sola salvo por Hob, dice ella. Ella no tiene a nadie con quien decir cosas, ni con quien caminar en buenos ratos. Hob es viejo, hay oscuridad en sus cosechas, para él ya no hay buenos ratos, y tiene poco que decir. Ella ha encontrado leche para yo y le ha ayudado con la pierna para que yo decir a ella de las muchas cosas que yo ha visto en el mundo, y así tener buenas cosechas cuando está sola con Hob.

La piel de la cara de ella es suave, con solo una marquita en la mejilla. Un bicho de alas con marcas vuela alrededor del pelo de ella, y ahora se para en el cinturón de piel blanca, que tiene alrededor de la cabeza. Cómo es que está con Hob, dice yo, si está oscuro, sin más buenos ratos.

Ahora ella respira como el viento suave, y dice que ella viene de una manada que no se mueve que está lejos, y que tiene que trabajar para Hob. Lo que dice Hob está por en-cima de mucha gente de la manada que no se mueve, porque es un...

Aquí ella dice algo que yo no cosecha, y yo dice que cómo, y ella dice que es como el Hombre de la Comida, pero con algo más raro.

Hob ya no tiene hijos que trabajen para él en las grandes obras de él, dice ella ahora, por eso ella tiene que venir y trabajar, y poner la comida al fuego, y buscar madera y eso. Hace un gesto nada bueno al decir esto. Ahora llega un sonido bajo de buey de aur, lejos allá en lo alto, y la hierba alrededor de la choza es gris y se mueve como humo en el viento. Dónde está Hob, dice yo.

Antes de la primera luz se va, dice ella, para caminar hasta la manada de la gente que no se mueve río a-bajo. Él tiene muchas cosas que hacer, después vuelve aquí.

En ese rato un miedo le viene a yo. Cosecha la cara negra de él, los palos como cuernos de una bestia, y dice que qué bien que yo ha caminado más lejos, de forma que él no ha podido encontrar a yo. Ahora intenta levantarse, pero aún hay pocas fuerzas en yo.

La chica hace un gesto aún menos bueno, y ella le dice que la pierna de yo está sin ratos para ponerse bien, y que aún no tiene la tripa llena, y lo que dice es cierto. Ella dice que yo se puede esconder donde Hob no lo encuentre, que sólo ella va a cosechar dónde está yo. De-trás de la choza, ella dice, hay una obra-muro hecha de tierra, para guardar cerdos. Hob ya no tiene cerdos, y la obra está vacía, por eso puede esconderse ahí. Yo cosecha que esta obra la ha visto a la luz del fuego.

Ahí se puede quedar yo, dice ella, mientras la pierna se pone más bien, y busca comida para yo. Si Hob ve que se va más comida, ella le va a decir que la comida se la han llevado las ratas.

Esto es algo más raro de lo que yo puede cosechar. Cosecha en ello de una forma, de otra, aun así cosecha que no está bien. Cómo puede ser, dice yo ahora, que yo se vuelva una rata.

Ella hace un buen gesto, y dice que yo no se vuelve una rata, ella sólo le va a decir esto a Hob. Yo le mira a ella. No cosecha aún lo que dice, y ver esto hace que ella haga un gesto aún más bueno. Es que, dice ahora ella, yo no puede cosechar que uno puede decir algo de una cosa cuando esa cosa no lo es.

Ésta es una cosecha que en ningún rato yo ha oído, decir que una cosa es, algo que no es. Es una cosecha más grande de lo que puede soportar dentro de yo en un sólo rato. La mira a ella con la boca abierta. Yo sacude la cabeza, diciendo no.

El buen gesto de ella se vuelve más grande, y dice qué bueno es para ella encontrar a alguien como yo, que es tan raro en la cosecha y en el decir. Ahora, ella dice, mientras yo no tiene ningún rato para

cosecharlo. A atravesar la hierba y a llegar al escondite de la obra al lado de la choza de piel blanca, dice ella.

Ella se pone en pie, y coge la mano de yo, y la mano de ella es ahora pequeña, y cálida. Ahora, dice ella, y tira, y de esta forma le ayuda a levantarse. No hay fuerzas en yo, y ella pone el brazo en la espalda de yo, para ayudarlo a caminar. Parece que yo camina con la cara entre las flores, para olerlas.

Nosotros bajan despacio de los árboles juntos, y ahora caminan por la hierba, donde hay un camino seco entre la tierra húmeda y que chupa. El camino va por la tierra que se eleva donde la choza de piel blanca está, y ahora nosotros suben, el brazo de ella en la espalda de yo, y llegan al lado de la choza. Nosotros andan un poco, pero las fuerzas se van de yo, las piernas tiemblan.

Visto desde aquí, la choza es más grande de lo que yo cosecha, aunque sólo está hecha para un hombre y una chica. Por primeros ratos yo cosecha lo que es Hob, con mucho decir por encima de la gente. Los ratos son así de buenos para él. Puede que los ratos van a ser tan buenos para yo. La chica tira de la mano de yo, y de esta forma nosotros caminan alrededor de la choza donde llegan a la casa del cerdo.

Los muros de tierra de la casa llegan hasta el cuello de yo, hay un agujero en el muro con maderas que no dejan salir. La tierra de abajo de la casa del cerdo está toda cubierta de hierba seca, gruesa y cálida, y donde una pared sigue a la otra, a la altura de las rodillas, hay una chocita hecha de ramas. Yo huele poco a cerdo aquí, yo huele más a flores. Ella abre las maderas que no dejan salir, y dentro de la casa del cerdo nosotros entran.

Hob no mira aquí dentro, dice ella, ahora que ya no hay un cerdo aquí. Ella dice que si se esconde en la hierba seca, mientras ella va a trabajar para Hob, después ella va a volver con la oscuridad con comida para yo. Ahora ella pone otro palo de carne seca en la mano de yo, para que coma entre ratos, y ahora abre las maderas que no dejan salir para irse. Yo quiere que ella pueda quedarse más ratos con yo. Yo re-busca en las cosechas de yo para una cosa que cuando yo pueda decirla, ella se vaya más despacio.

Yo dice que cómo ella ha dicho que Hob no tiene ya hijo. Se ha ido el hijo, igual que el cerdo de la casa en la que está yo ahora se ha ido.

Entonces ella mira al suelo, una oscuridad tiene en la cara. El hijo de Hob ya no viene por aquí, dice ella, y según lo dice se va. Por el agujero del muro se marcha, cerrando las maderas que no dejan salir detrás de ella. Camina alrededor de la choza y no puede verla más, pero yo aún la huele, como flores que caen de un árbol.

Yo gatea dentro de la chocita de ramas, y de-bajo de la hierba seca. Pone el palo de carne seca en la boca de yo para mascar, y la tripa de yo está bien. Está sin fuerzas por el andar de yo desde los árboles juntos, ahora se tumba con la mejilla en la hierba que pincha, y chupa la carne, y cierra los ojos.

A hora los abre. Todo está oscuro. Hay una cosa en la boca de yo. Oh, es carne con palo. El final se ha vuelto blando como la mierda, y el sabor de la carne es fuerte en la lengua de yo. La mejilla de yo le pica, y no cosecha dónde está, aunque cosecha las flores, y la chica, la choza y la casa del cerdo, y cosecha el camino de yo hasta aquí.

Cruzando la casa del cerdo está la choza de piel blanca, de donde yo oye el ruido de un hombre diciendo muchas cosas, y el ruido de una chica diciendo cosas a él. Yo cosecha que Hob ha vuelto aquí de hacer cosas en la manada que se queda.

Ahora todo está callado. Yo está en la hierba seca, mascando carne, y los ratos se van así.

Oye el ruido de las maderas que no dejan salir que se mueven en su agujero, y huele flores, y es algo tan bueno. La chica entra en la casa del cerdo, y cruza hasta la chocita donde yo está. Yo intenta decirle muchas cosas, aunque ella le pone la mano en la boca, una forma de decir no hacer ruido. Ahora ella dice en bajo, más como el ruido que hace el viento en la hierba.

Ella dice que, todo bajito, que viene con comida para yo. De las pieles saca carne de fuego y una cosa de mascar que yo no cosecha, toda dura por fuera, aunque blanda por dentro. Se la coge a ella para mascar, y le dice, cómo puede ser, que sea dura y blanda.

Ella hace un ruido como de gato, como diciendo que yo hace más ruido del que debe. Ella dice que la cosa de mascar está hecha en el fuego con polvo tomado de hierba de sol, que crece por aquí, a la que se le echa un poco de agua. Yo come, y esto es algo bueno, y la carne de fuego ahora está buena en la boca de yo. Es buey, por el sabor. Ella se sienta de rodillas junto a yo, y no hace ruido. Ahora con la boca vacía yo no cosecha nada que decir salvo del hijo de Hob, y cómo es que no está ya más por aquí.

Ella le mira a yo, una rata que vuela hace círculos a través del cielo por en-cima de la casa del cerdo. Ratos callados pasan, y ahora ella dice con oscuridad, ah, es largo de decir, y no hay nada bueno en ello. Ahora está callada, mientras yo cosecha que ella no va a decir nada más, aunque yo no está a gusto con esto.

Ella dice que Hob ha vivido desde hace muchos ratos junto al río con el hijo, la gente de la manada que no se mueve viene para que Hob pueda cosechar por ellos, y para ellos hace muchas cosas. Por todo lo que

hace, la gente de la manada que se queda le busca pieles, y comida, y muchas cosas para Hob, como es deber de ellos.

De todo lo que hace Hob, ella dice, hay una cosa más grande que las demás. Ella dice que hay muchas manadas que no se mueven, cruzando el mundo del agua al gran agua, y todas esas manadas tienen hombres con palos en la cabeza como Hob. Los hombres con palos en la cabeza van todos a un lugar, donde cosechan y se dicen cosas unos a otros, después de eso todos dicen de un gran hacer, mientras cosechan entre ellos. Yo se pone de otra forma en la hierba, para oír esto bien.

Ella dice que las cosecha de los hombres con palos en la cabeza es hacer un camino, un camino más grande del que hay, un camino que va hasta la orilla del gran agua de donde el viento cálido viene, y que sigue hasta donde hay muchos árboles de donde el viento frío viene. El camino va a ir por la colina allá en lo alto, y por la orilla del valle.

Esto es mucho más lejos de lo que yo puede cosechar, porque yo en ningún rato ha visto el gran agua. Sólo ha oído decir de él. Qué hay de bueno en hacer un gran camino, le dice yo a ella, mientras ella está en la oscuridad y juega con el pelo de ella. Ella dice que el camino es para el ir y venir de mucha gente, para que hombres de una manada que no se mueve puedan ir hasta otra manada que no se mueve que está lejos, y lleven piedras y pieles con ellos, por los que les dan pieles y obras de la otra manada a cambio. Así, todas las manadas que no se mueven vienen con cosas que ratos a-trás no han podido cosechar, y los buenos ratos vienen a todos mientras estén a lo largo del camino.

Si un camino así se hace, ella dice, aún más buenos ratos van a venir a la manada de aquí ya que van a venir de manadas de otros lugares, porque aquí hay un puente en el río, los hombres que caminan no pueden ir por otro lugar, van a venir aquí, y muchas cosas buenas van a venir con ellos.

Yo se gira sobre la tripa, la hierba seca se le clava. Yo está tumbado con el culo y las piernas dentro de la chocita de ramas, y la cabeza de yo y los brazos fuera. Vuelve la cabeza, para mirar al cielo, donde todas las bestias del cielo han cerrado sus ojos, porque yo no ve ninguna luz. Yo cosecha en el camino, mientras la chica dice todo sobre ello, pero yo no lo cosecha del todo. Le dice a la chica, cómo se hace el camino si no hay muchos pies que caminen sobre él. Y cuánta gente va a caminar a lo largo de este camino si no cosechan adónde van.

Ahora lo que dice ella se vuelve raro, y duro de cosechar. Ella dice que hay una forma por la que un hombre puede cosechar un camino si el camino en el que está es tan largo como todo el mundo, y adónde va es esto, el mundo, dice. En todas las manadas que no se mueven los hombre de cabeza con palos dicen algo, extraño y largo, que dice muchas cosas. Dice de la manada donde está el hombre con palos en la cabeza, y dice de las colinas y los caminos donde la manada de él está, de forma que la gente que viene de otros sitios puede encontrar un

camino a él. Ahora todas las cosas que dicen los muchos hombres con palos en la cabeza las han puesto en fila, para hacer un decir aún más grande, que dice de un camino desde la orilla del agua de viento cálido hasta el viento frío donde hay muchos árboles.

Cómo puede ser esto, dice yo. Si la cosa que dicen es tan grande, un hombre no puede cosecharla entera en un rato. Ah, dice ella ahora, ahí es donde viene lo raro. Los hombres con palos en la cabeza hacen esta gran cosa que dicen ellos de una forma que un hombre puede oírlo en un rato y ahora un rato más, así puede cosechar después todos los ratos esa cosa que han dicho. Ese decir está hecho con ruidos, uno parecido al otro, que tiene la forma de lo que se dice como nada más tiene, que es más bueno para seguir cosechándolo.

Aquí ella ya no dice más, aun así se levanta un poco más y toma aire. Ahora hace un ruido suave en el que se dicen cosas, y es más bueno que lo que yo ha oído ratos a-trás salvo en los pájaros, y que dice ella es algo así.

Oh, dice el chico que camina, cómo puede encontrar ahora una compañera,

Arriba en la orilla del valle, en la oscuridad del árbol, junto a la colina del gusano de tierra

Mientras yo aún no está en-terrado en la tierra gris se tumba con ella

Arriba en la orilla del valle, en la oscuridad del árbol

Junto a la colina del gusano de tierra y la curva del río

Aquí se tumban, él y ella, bajo la hierba.

Esto pone un frío que se queda en la tripa de yo al oírle a ella. Ahora ella está callada, y no dice más, pero yo puede oír las cosas que ha dicho, porque hacen círculos y círculos como un pájaro con las alas rotas dentro de yo. A-rrriba en la orilla del valle, en la oscuridad del árbol...

Ahora llega un gran ruido desde la choza de piel blanca, cruzando la casa del cerdo, y es Hob. El dice alto, dónde está la chica, y si es la chica la que hace ruido de-trás de la choza de él, y eso. La chica salta y dice, todo bajito, que ella se va lejos para que Hob no vaya a buscarla y encuentre a yo. Ella quiere salir caminando a través de la hierba seca, el olor a flores alrededor de ella quiere re-tener. Espera, dice yo bajito, por miedo a que Hob le pueda oír. Yo dice que no le ha dicho del hijo de Hob, ni cómo se fue lejos, que es lo que quiere cosechar.

El decir de eso es largo, dice ella, más grande de lo puede decirse todo en un sólo rato. Con la primera luz Hob se va a ir, entonces ella va a

volver aquí y yo va a oír más, del hijo de Hob. Ahora ella se agacha, y lame la mejilla de yo.

Ella se pone en pie, y se gira, y se va lejos rápido como un buey de cuernos en rama, por el agujero del muro, de la casa del cerdo, lejos en la oscuridad y ya no se la ve. Su olor a flor se lo lleva el viento, y el viento quiere que nadie lo huela, sólo él. De-bajo de la tripa de yo, a yo se le pone dura, la hierba seca le pincha ahí. La saliva de ella se ha vuelto fría ahí en la mejilla de yo.

Cosas que se dicen llegan bajito desde la choza de piel blanca, cosas del hombre a la chica y de la chica al hombre, y ahora todo está callado. El olor a flor de ella se ha ido del todo, yo huele más a cerdo aquí que ratos a-trás. Huele el pudrir del árbol cortado lleno de agua de mocos, y huele el río lento, moviéndose lejos. Se gira hacia a-riba, con la espalda en la hierba seca, mirando al cielo. No hay nada en el cielo, sólo oscuridad.

Yo cosecha en cómo uno puede decir una cosa, que esa cosa no es, y aún más, en todo lo que un hombre puede hacer con cosechas así, que son tan grandes. Yo cosecha sobre cómo una cosa larga que se dice puede ser como un camino, de forma que el hombre pueda caminar por todo el mundo. La chica, ella pone muchas cosechas raras en la tripa de yo de forma que dentro de yo no está tranquilo. Se gira a un lado, y a otro sobre la hierba seca, y ahora quiere mear.

Yo no puede mear, junto a la choza de piel blanca, donde Hob puede olerle. Yo gatea desde la obra toda de ramas, para levantarse y salir de la casa del cerdo. Fuera del agujero del muro, camina callado de-lante de la choza, donde hay una pequeña colina de ramas y brezo, donde la chica y Hob re-buscan muchas maderas de fuego para ponerlas por aquí. Yo ahora camina alrededor de la colina de palos, y llega a la orilla de la tierra que se eleva.

Ahí en el cielo por en-cima de yo todas las bestias del cielo se apartan, una de otra, y de-trás de ellas está la luna. Por la luz de ella yo ve la hierba que se levanta afilada y blanca, de forma que puede ver dónde la hierba está pisada y lisa, como pasa con el camino que la chica sigue al río, para buscar agua. Yo baja de la tierra elevada, y llega a un camino seco donde no hay tierra que chupe y por el que puede caminar.

La pierna no le duele a yo, las fuerzas vuelven a él, y yo mira a-bajo para verla. La piel de árbol que la chica ha puesto de-bajo de la rodilla aún sigue ahí, sigue en la pierna de yo por la tierra y el agua. Esto es bueno, y sigue caminando, y por este camino llega donde el río oscuro y lento se mueve entre los árboles, donde a yo le gusta ir. Yo no cosecha si puede caminar tan lejos para mear, aunque andar está bien y quedarse tumbado en la casa del cerdo no.

Ahora camina a lo largo del río y a través de los árboles, donde ahora a lo lejos ve de-lante de yo el puente del río que ha visto desde la orilla del

valle. Es tan grande, todo hecho de árboles, y ahora cosecha por qué hay aquí tantos troncos cortados. El puente está tumbado sobre muchas chozas del río, como las que hace la rata de cola lisa, y el ruido del río es fuerte de-bajo de él. En la otra orilla, cruzando el río, yo ve el camino ir lejos, todo luz bajo la luna blanca.

Hay ganas en yo. Hay ganas de caminar a través del puente, bajo el camino de luna blanca que se va del valle y no volver aquí más. La madre de yo no le ha hecho para que se quede al lado de chozas con el hombre con palos en la cabeza y la chica que huele a flor y cosas raras así. Yo es uno de la manada de la gente que camina, y está hecho para caminar. Yo tiene ganas de salir de este agujero, donde todo está mojado y huele a pudrir. Un lugar donde la gente se queda al lado del río, donde la perra negra camina. Eso no es bueno.

Aun así yo cosecha muchas cosas. Si camina solo y no encuentra nada que comer, la tripa de yo va a estar vacía, como en los ratos en los que yo aún no ha llegado aquí al lado de la choza de piel blanca. Cosecha en la chica, con el cinturón de piel de buey que sostiene el pelo brillante y largo de ella, y huele a flor por todos lados y ella le ha dicho muchas cosas buenas. Ahora yo cosecha sobre el hijo de Hob, tiene ganas de oírlo, y yo mira ahora al puente y el camino blanco que lo cruza, y oye el ruido alto del río, que cae ahí en la oscuridad.

Ahora yo mea en un árbol, y se gira, y anda junto a la orilla del río, y a través de la hierba, sube la tierra que se eleva y camina alrededor de la choza de piel blanca, y llega junto a la casa del cerdo. Entra gateando en la choza de ramas y gatea de-bajo de la hierba seca. Ahora cierra los ojos, y todo el mundo se va de yo.

Flores. La primera luz. La chica dice, ahora Hob se va a la manada de la gente que no se mueve río a-bajo. Ahora, a-rrriba, y eso. Ella coge de la coleta a yo y da un pequeño tirón. Ahora, ella dice, y dice que tiene comida para yo. Ahora abre los ojos, y yo se levanta.

Ah, es bueno que yo no ha cruzado el puente en la oscuridad, para no verla más. Ella se sienta junto a yo con la luz del sol en ella, la piel de ella es más blanca que el cinturón de buey aur que le recoge el pelo. En una mano sostiene una cosa de mascar que está hecha de hierba de sol, mientras que en la otra mano tiene manzanas con tetas.

Las manzanas con tetas son suaves y buenas para comer, el agua de ellas corre por la barbilla de yo. Ella hace un gesto bueno a esto, y dice que ha encontrado otra cosa para yo, aunque no la puede comer. Ahora yo mira, y junto a ella ve pieles. Son pieles para las piernas, para la tripa y pieles secas hechas para los pies. Cómo es que tiene las pieles, dice yo, y al decir escupe un poco de la manzana con tetas que va a caer en la mano de ella. Ahora ella levanta la mano, y saca la lengua y lo lame, y todo mientras mira a yo. A yo le empieza a picar.

La pieles son del hijo de Hob, dice ella, y no dice más, y mira al río, lleno de la luz del sol, lo que hace que los ojos de ella se hagan pequeños. Yo dice que cómo se ha ido el hijo de Hob sin las pieles de él.

Ella mira más al río. Dice que él no tiene ganas de ropa donde ha ido.

Ahora ella se levanta, y se gira hacia yo. Ella dice, ahora, a ponerse las pieles para que nosotros puedan caminar por la orilla del río. Yo se levanta, y hace lo que ella dice, se pone las pieles alrededor de las piernas de yo, la tripa de yo, la espalda de yo, y ahora en los pies de yo, y el roce de las pieles es raro.

Salen de la casa del cerdo y pasan al lado de la choza, donde la colina de ramas de fuego está de-lante, que es más grande que yo. Pasan por la tierra que se eleva y a través de la hierba a la orilla del río, donde ratos a-trás yo ha venido a mear. Ahí nosotros caminan al lado del agua. Yo dice que ella ha dicho de los hombres con palos en la cabeza y del gran camino que se dice, aunque ella no ha dicho qué tiene que ver con esto el hijo de Hob, o cómo se ha ido.

Ella dice que si yo se sienta con ella de-bajo de los árboles al lado de la orilla del río, ella va a decir todo a yo. Y ahora nosotros han encontrado un árbol, y se sientan aquí en la hierba, ella con las piernas colgando y los dedos del pie en el agua, donde hace anillos (le luz.

Ella dice ahora sobre los hombres con palos en la cabeza, y sobre el camino que se dice. El camino es la más rara y más grande de 1,1s obras que hay en el mundo desde ratos a-trás, más grande que las piedras redondas que están de pie que la gente dice que se han hecho allí en el gran claro, lejos en el camino del sol que se eleva. Ella dice que para hacer este camino que se dice los hombres con palos desean una fuerza y una cosecha rara que ratos a-trás no ha estado en ellos. Una fuerza que viene del otro mundo, de-bajo de la tierra, donde los espíritus de ellos caminan.

Hob y la manada de cabezas con palos toman esta fuerza del inundo de los espíritus, dice la chica, y los espíritus cogen algo a cambio de los hombres con palos en la cabeza. Ahora ella está callada. Cómo cogen los espíritus algo a cambio para ellos, dice yo.

Ella dice que los espíritus cogen lo que los hombres con palos en la cabeza quieren más en este mundo, lo que esto pueda ser. Esa cosa pasa por el hacha de los hombres con palos en la cabeza y hacen que no viva más, y los espíritus se lo llevan al otro mundo. A cambio los espíritus ponen fuerza en el hombre con palos en la cabeza, y algo raro en las cosechas de él para que pueda hacer bien el camino que se dice.

Y con Hob, dice yo, cuál es esta cosa que quiere más que nada en este mundo, esta cosa que los espíritus hacen que él pase por el hacha. Ella

saca los pies del río, blancos y fríos, con gotitas de agua que sobresalen. Es el hijo de él, ella dice. Es el hijo de él.

A través del agua se levantan muchos pájaros de boca lisa, haciendo mucho ruido, y vuelan lejos por encima de lo mojado y el agua, de camino a la orilla del valle. Un gusano de piel de árbol cae en el pie de yo, uno de la manada de los que tienen pelo en la espalda. Yo lo levanto entre los dedos, y tira, de forma que se hace trocitos, juega con él largos ratos de esta forma, y lo lame de la mano de yo. La chica se gira desde el río, para mirar a yo. La gente que camina pasa por el hacha a los hijos, ella dice.

No, dice yo. Ni a bestia ni pájaro, salvo si están mal en la cosecha de ellos. Yo no ha oído en ratos atrás una cosa que dé tanto miedo o tan rara como ésta. Pasar por el hacha a bebés no es más bueno de lo que yo puede cosechar. Yo dice más cosas así, y dice, si a Hob no le gusta el hijo como para poder hacerle eso.

No es eso, dice la chica. Que no es eso. A Hob le gusta y quiere más al hijo dentro de él que un hombre a una compañera. Como el fuego quiere al árbol de madera seca. Él no quiere hacer que el hijo no viva.

Yo dice, Hob puede decir no a esto, y decir que no pasa al hijo de él por el hacha, ya que está por encima de mucha gente.

La gente quiere el camino, dice ella. La gente quiere pieles y comidas, y los buenos ratos que con el camino aquí van a venir. La manada que se queda durante largos ratos ha buscado comida y pieles y todo eso para Hob, y ahora quieren que haga el camino para ellos, a cambio. Si no pasa al hijo por el hacha y no hace bien el camino, no va a estar ya por encima de ellos. Si no lo hace bien con ellos, parece ser que él y su hijo se van a tener que ir de aquí. Echados, y a re-buscar comida, donde puede que ya no vayan a vivir más.

Qué cosecha el hijo de Hob de todo esto, dice yo. Ella mueve el cuello y los brazos, un gesto de que no lo cosecha. Ella dice que si el hijo de Hob cosecha de una forma u otra, no le sirve para nada. Si él huye lejos de la manada que se queda no va a tener qué comer, él no va a estar vivo largos ratos. Si no huye, Hob le pasa por el hacha. El hijo de Hob puede hacer una cosa, puede hacer otra, pero ni una ni otra es buena para él.

Ella levanta los brazos, para hacer larga su espalda. La pequeñas tetas empujan la forma que tienen contra la piel de la tripa. Ahora está de pie y diciendo a yo, ahora, nosotros pueden caminar más lejos a lo largo de la orilla del río. Ella le da la mano, para que yo la coja y se levante, la mano está mojada con el calor de ella.

Ahora nosotros caminan al lado de río, y no dicen nada, pero caminan cubiertos hasta las rodillas a través de la colina de piel seca de árbol, y con el caminar las tiran por todos lados. Nosotros salen de debajo de los árboles, donde ven un puente lejos. El puente es más grande a luz del

sol que lo que yo ha visto en la oscuridad, y le dice esto a la chica. Ella se para, y se gira para mirar a yo.

Ella dice que cómo yo ha visto el puente en la oscuridad, y yo dice que ha venido aquí para mear, y luego ha vuelto a la casa del cerdo. Ella mira a yo, como cosechando esto, y ahora hace un buen gesto. Ahora, ella dice, nosotros pueden subir al puente del río.

Nosotros caminan a lo largo del camino, y el puente del río se vuelve más grande al acercarse más, yo no cosecha cuántos árboles se han hecho caer para hacerlo. Aquí, en la orilla del puente hay maderas negras y viejas que lo levantan, que le hacen estar más alto que la orilla del río para así poder cruzarlo. La chica ahora está tumbada sobre la tripa en el puente que se eleva, tiene la nariz contra las maderas negras para mirar entre ellas. La pieles de ella tienen buena forma alrededor del culo de forma que la cosecha viene a yo es de levantarlas y mirar, pero ah, no lo hace. Aquí, dice ella, hay que mirar por aquí, entre los troncos.

Yo se tumba junto a ella, en el puente, y mira por donde dice ella, a través de las maderas negras hacia la oscuridad entre ellas. Por ratos pequeños yo no ve nada, sólo oscuridad, aunque ahora ve más bien, y ve la forma toda delgada y blanca, que está en la oscuridad, y que no se mueve. Yo no puede cosechar si es un hombre o una mujer, aun así ve que es todo huesos y piel seca, y nada más. Tiene las pieles llenas de agujeros por todos lados, no hay pelo en la cabeza de hueso, está como arrancado. Los agujeros de los ojos parecen mirar a nosotros, y a-bajo de la cabeza de hueso están los dientes haciendo un buen gesto a yo.

Es una mujer, la chica dice. La mujer ha sido puesta viva aquí, para que su espíritu pueda mantener el puente y haga bueno el puente, que no se caiga, y que el fuego no llegue. Ahora la chica está de pie y no dice nada, y camina de pie y sobre el puente, por donde yo le sigue de-trás. Mientras ella camina hace otro decir, raro y como el de un pájaro, pero no dice de la orilla del valle y de la oscuridad de los árboles y eso. Este decir es más rápido al decirlo, y oírlo está bien, y es algo así...

Ella está tumbada de-bajo del puente,

Y es sólo huesos, nada más que huesos,

La buena mujer de yo, está ahí tumbada,

Y por el camino del río se van ellos.

Nosotros cruzan el puente, y caminan de tronco redondo en tronco redondo, despacio, para que nosotros no caigan por la hierba moco que crece ahí en-cima, y llegan al medio, donde una orilla no está más lejos que la otra. Ahora el viejo viento es fuerte, y el río hace ese ruido alto de-bajo de nosotros de forma que uno no puede oír al otro decir. Ella dice algo que yo no oye, y yo dice cómo y dice más alto, y eso. Ahora

por en-cima del ruido del río ella dice, mira ahora. Mira a la otra orilla, y con los dedos de ella hace un gesto hacia donde quiere que yo mire.

Ahí cruzando el agua ahora yo ve a muchos hombres de la manada que no se mueve, buscando bestias. Están con el palo de cazar en la mano, y arrastran a un buey de cuernos en rama de-trás de ellos. Yo está asustado, porque cosecha que la chica ha dicho que ellos puede que le lancen una piedra a yo, ellos son así de brutos. Esto ahora yo se lo dice a ella, e intenta huir del puente, pero ella le dice que pare. Ella dice que mientras ellos cosechen en ella, yo no va a ser herido mientras está al lado de ella. Mira, dice ella ahora, los hombres nos hacen un gesto a nosotros. De-vuelve un gesto a ellos, dice ella, un gesto de que todo está bien.

Los hombres de lejos levantan la mano, yo levanta la mano igual. La chica no se mueve. Ella dice que está bien, que ellos ven que yo está con ella. Cómo es esto bueno, dice yo, y ella dice que como los hombres ven que ahora ella cosecha a yo, no van a lanzar más piedras a yo. Lejos en la otra orilla los hombres caminan alrededor de los árboles, donde nosotros no ven más de ellos. Eh, dice la chica, nosotros pueden volver a la choza de piel blanca mientras Hob aún no ha vuelto de la manada de la gente que se queda río abajo, adónde él ha ido.

Nosotros caminan lento sobre las maderas mojadas, de vuelta. Bajan la subida del puente del que vienen, y yo cosecha ahora sobre la mujer hueso tumbada en la oscuridad de-bajo de los pies de nosotros, en todo lo que ella ha cosechado, dentro de la cabeza fina y vacía de ella.

Es un largo camino, a través de los árboles en la orilla del río, a través de la hierba y así nosotros llegan al lado de la casa del cerdo. El sol está a-riba en el cielo, por lo que después de ahora sólo va a caer. El espíritu negro de yo se vuelve pequeño y asustado, se esconde de-bajo de las piernas de yo.

Apoyada en el muro de tierra, la chica dice que se va a hacer cosas para Hob. Se rasca el cuello, como que le pica, y dice que puede que no venga a la casa del cerdo en la oscuridad, porque Hob quiere que ella haga muchas cosas. Ella va a volver a ver a yo cuando toda la oscuridad se haya ido y la luz haya vuelto aquí. Ella dice que yo tiene la cosa de mascar de la hierba del sol, que yo no va a estar con la tripa vacía entre ratos.

Yo dice sí, y ella está en lo cierto, y eso, aunque yo tiene oscuridad en lo que dice, ella puede cosechar que a yo no le gusta que ella esté largos ratos lejos de yo. Ah. Parece que ella no ha escuchado la oscuridad en lo que dice yo. Se gira de camino al agujero en el muro y a las maderas que no dejan salir para dejar a yo, donde se para y se gira. Ahora ella hace un buen gesto a yo.

Ella dice que las pieles sobre yo están bien. Dice que las pieles hacen que mirar a yo sea más bueno. Pasa a través del agujero de la pared,

donde cierra las maderas que no dejan salir, y se va lejos, donde no la puede ver, pero yo cierra los ojos, donde puede ver aún el buen gesto de ella, en la cosecha de yo.

Está tumbado bajo la hierba seca junto a la choza de ramas, y ahora se quita las pieles, para mirar la rodilla. La piel de árbol que la chica ha puesto en la pierna está más seca, y la tierra con agua que la sujeta a la pierna está también seca. Coge la piel de árbol entre los dedos, y la levanta de la pierna, de-bajo hay piel suave que crece, y la herida en la pierna de yo ya no está.

Ahora se pone las pieles de nuevo en la pierna. Ella dice que yo se ve más bueno con ellas, y cosecha que así es, aunque el roce de las pieles es raro. Desde de-lante de la choza de piel blanca se oye a la chica ir de un lugar a otro, para hacer cosas que yo no puede ver, aunque el olor a flores está por todos lados. La mano dentro de la piel rasca la carne suave que crece bajo la rodilla, y que pica. Yo masca la cosa de hierba de sol, mientras muchas cosechas le vienen.

Cosecha que la pierna ya no duele, y que puede seguir caminando. Si yo se queda más largos ratos en la casa del cerdo, Hob no va a poder evitar encontrarle, y es más bueno que yo se vaya lejos de aquí. Aunque ahora cosecha que poca comida va a encontrar si camina solo, y así la tripa va a estar vacía. Yo cosecha ahora en la chica, en lo pequeños que son los pies de ella, lo delgado de los huesos del medio y de la parte de abajo de las piernas. Yo cosecha el pelo de ella, todo luz y en-vuelto con buey aur blanco. Quiere dentro de yo tirar de esa piel de ella para que la luz le caiga sobre los brazos, y cosecha que irse de aquí es no verla más.

Dentro de la tripa de yo las cosechas se enfadan, y ahora se lanzan y se muerden unas a otras, como los gatos. No hay calma en yo. Oye un ruido al lado de la choza, de un hombre que dice a una chica, y cosecha que Hob ha vuelto. A yo no le gusta Hob, y todas las cosechas de yo cosechan igual, se calman en la tripa de yo, donde se tumban y todas cosechan oscuridad sobre Hob.

Yo masca la cosa de hierba de sol suave y gris y el sol baja en el cielo. El espíritu de yo, que ya no está asustado, apoya la larga y negra cabeza que tiene en medio de la casa, y pone la oreja sobre la piel de buey aur, como para oír más bien lo que se dice ahí.

Cruzando el río, ve que el sol está herido mientras llega la caída del sol. Yo cosecha que las bestias del cielo lo han cogido y lo han roto, la sangre de él ha caído sobre ellos, y todo el cielo se ha vuelto sangre. Yo intenta oír el ruido de dolor del sol, pero está demasiado lejos como para poder hacer ruido.

Yo no se mueve en largos ratos, el dolor llega a los huesos, por eso gatea fuera de la choza de ramas para ponerse en pie. Camina a-de-lante y a-trás, para hacer más buena la pierna, y mira fuera, cruzando el muro de la casa del cerdo y cruzando así el mundo.

A lo lejos ve a Hob, se agacha de-bajo del muro para que no le vea. Pone los ojos por en-cima de la cima del muro para mirar un poco. Está en el cruce de la hierba con los árboles juntos, al otro lado del río. La orilla del mundo de-trás de él se vuelve toda humo y sangre. Hob está de pie, con la luz en la espalda y se ha vuelto todo negro, como el espíritu. Los palos de la cabeza son como manos delgadas y negras, que arañan el cielo y cogen todas las cosechas de él, para que no vuelen lejos.

Él se agacha, ahora se pone en pie para caminar, y ahora se vuelve a agachar. Yo cosecha que él está re-cogiendo madera, porque ve ahora ramas de-bajo del brazo de él. Puede que sean para la colina de ramas que está frente a la choza de buey aur. El camina como uno que hace lo que cosecha y cosecha lo que hace, que es algo que se dice que madre todos los ratos ha hecho, pero yo no. Ahora se agacha ahí, ahora en otro lugar, y las muchas ramas bajo el brazo de él ya se han vuelto muchas más.

Ahora se gira, de forma que una orilla de la cara que da miedo está llena de luz, y la sangre del sol moja los cuernos de ramas de él. Cosecha que Hob no es de la tierra, como yo y la gente que camina de yo, nacidos de la tierra y que viven de la tierra y son en-terrados en ella y eso. Él es del fuego. Tiene el negro del fuego alrededor de los ojos. Tiene la sangre del fuego en los cuernos.

Él vuelve aquí a través de la hierba, por lo que yo se agacha más bajo de-trás del muro, y gatea de rodillas como un cerdo hasta la choza de ramas, aunque no entra. Se pone hierba seca en-cima para estar caliente, y mira al cielo, donde la sangre del sol está seca y se vuelve negra, como la rodilla de yo.

Hay un camino, ahí fuera en la oscuridad, hecho de cosas raras que se dicen. Va de una orilla del mundo a otra, y muchos hijos han pasado por el hacha para hacerlo. Puede que sean los huesos de ellos los que se van a poner bajo el camino, como las mujeres de huesos puestas de-bajo de los puentes. Un camino de huesos, alrededor de todo el mundo, de forma que los huesos son la cima del mundo que está de-bajo de nosotros, donde las perras negras caminan a través de la oscuridad, con los pequeños Urks sentados en las espaldas de ellas mientras rascan la carne de niño de los huesos que cuelgan por en-cima de ellos.

Este mundo se ha vuelto grande y oscuro alrededor de yo, y el muro de la casa del cerdo parece estar tan lejos. Yo tiene ganas en la tripa de la chica, de que ella se tumbe al lado de yo, como la madre de yo pero más buena para oler. Este mundo hace pequeño a yo, que por miedo no puede moverse o hacer algo. Cierra los ojos, y el cielo se va, y el mundo se va, aunque la oscuridad no se va, y se queda ahí. No hay forma de parar la oscuridad.

Ahora viene otro rato raro. Yo oye un ruido, y cosecha que es la madre de yo, andando con una pierna entre los árboles para encontrarle, y abre los ojos para verla, pero no la ve. Sólo está la casa del cerdo, en

calma en la oscuridad, y el ruido viene de de-trás del muro donde está el agujero de maderas que no dejan salir. Yo se levanta, para caminar hasta el muro bajo la luz de luna, que ha subido alto en el cielo mientras yo no estaba cosechando. Está junto al muro, y mira ahora a través de él.

Por toda la tierra que se eleva, la hierba se vuelve blanca y afilada como hielo bajo la luna. Hob camina por la hierba que llega a su tripa, y al lado de él camina un niño. Son blancos como la luna y la hierba, y todo es blanco, y ahora ve que la cara de Hob ya no es negra pero donde ha habido negro hay una oscuridad frotada en el agujero de los ojos de él, que no se va con el agua.

El niño camina junto a Hob, y el pelo que tiene en la cabeza es negro y está cortado. Ve que no tiene pelo en la barbilla o en la cara, por lo que cosecha que no es tan viejo como yo. Fuera de la hierba, la forma blanca de ellos sube al pequeño grupo de árboles juntos, y Hob camina con el niño de la mano. La luna da luz en las espaldas y el culo de ellos, lo blanco se va ahora entre los árboles y se hace trocitos ahí en las ramas negras, donde yo no ve más.

Yo no ve nada en largos ratos, y se sienta de nuevo en la hierba seca. Cosecha que el niño es el hijo de Hob. Cosecha en madre, apoyada en el árbol y diciendo dónde está el pie de yo. Es una oscuridad rara. La oscuridad hace que podamos ver los perros espíritus, y a la gente que ya no está viva. La hierba seca es cálida. Ahora la oscuridad empuja la piel de los ojos, y no tiene fuerzas para mantenerlos a-riba. Llega lo cálido. La oscuridad.

Tiene frío en los pies, y frío en las manos. Intenta abrir los ojos, pero siguen cerrados con moco de ojo, que rasca ahora, más bien para abrirllos. La luz viene, pero viene toda gris. Las bestias del cielo son tantas como para hacer una sola bestia, tan grande que cuelga por todo el cielo. El viejo viento es duro, y hace un sonido de perro por en-cima de la casa del cerdo.

Ahora huele a carne de pescado, hecha en fuego. Ahora huele a manzanas. Huele a flores.

Eh, dice ella, aquí está la comida. Adónde quiere ir yo con esta luz, ella dice.

Yo come la manzana y el pescado, mientras ella se sienta al lado de yo, toda callada de rodillas. Yo se pone en pie, para mear. El viejo viento es tan fuerte que hace que el olor de la meada de yo marche lejos, de forma que yo puede mear en el muro de la casa del cerdo sin miedo a que Hob pueda encontrarle. A yo se le pone grande, aunque se vuelve más pequeña cuando el agua sale de ella. Yo se gira, y ve que la chica se la mira a yo, y hace un buen gesto al verla.

Con esta luz nosotros van a subir a la orilla del valle, ella dice, por encima de la obra que guarda a las bestias en lo alto de la colina. De allí, dice ella, pueden ver la manada que no se mueve del río, y muchas cosas.

Yo la esconde dentro de las pieles de la tripa. Sí, dice yo, está bien, y eso, aunque el calor llega a la cara de yo. Ella se pone en pie para caminar hacia el agujero de maderas que no dejan salir. El viento empuja el pelo largo y con luz de ella, ella a-prieta más fuerte su cinta de buey aur alrededor de él. Tan bien se ve, volando en el viento. Eh, dice. A subir a la orilla del valle.

Caminan entre la hierba y a través de los árboles juntos, y ahora a-bajo con lo mojado y la tierra que chupa, donde hay troncos cortados todo negros y podridos. La chica camina por un camino de-lante de yo, ella no pisa agujeros que chupan, ni yo mientras la sigue, y así nosotros suben la colina de camino a la orilla del valle. Alrededor de nosotros hay troncos cortados, y el cielo abierto está en-cima de nosotros. Por el camino del sol que se cae está la colina con la obra en-cima, donde yo huele a buey y cerdo, y oye los ruidos de ellos, porque el viento viene de ellos de camino a yo.

Mientras yo y la chica suben la colina, el viento hace que muchas pieles secas de árbol corran a nosotros, a través de la hierba. De orilla a orilla vienen, rápido, son como bestiecillas que corren por de-lante del fuego de árbol.

Ahora nosotros llegan a-riba y más a-riba, y miran, y ven que nosotros están por en-cima de la colina con la obra, entonces suben aún más. En la obra hay bueyes aur todos sentados, al lado de cerdos tumbados junto al muro de tierra, para esconderse del viento. Yo sigue a la chica, y no dice nada, tomar aire es duro y el viento se lleva todo lo que se dice lejos de nosotros. Suben más y más, por el camino de los árboles, que se alzan negros del todo por en-cima de nosotros, en la orilla del valle. La chica camina de-lante de yo, y ahora el viento frota el olor de flores de ella en la cara de yo.

Por el camino de los árboles paran y se sientan en un tronco cortado, y por largos ratos es duro tomar aire y no pueden decir. Yo mira la obra, en la colina ahí de-bajo de nosotros, donde un hombre pequeño que guarda el rebaño sale de una cabaña de madera que está en el medio del círculo de más dentro de la obra. Camina entre los bueyes aur, cruza el círculo, y atraviesa el agujero de madera que no deja pasar que está en el círculo donde hay cerdos y pájaros que no vuelan. En las manos lleva una obra, que parece estar llena de polvo de hierba de sol, y lanza el polvo a los pájaros que no vuelan, para que puedan comer. Ahora vuelve a la choza de madera, y no se le ve más.

Yo se gira a la chica, mientras se sienta en una tronco cortado. Qué edad tiene Hob, dice yo.

Ella mira a yo, y ahora a-parta la mirada, para tirar de la piel de buey que está sobre el pelo de ella que vuela con el viento. Dice que Hob tiene más edad que ella, y yo, y otro como yo. Es el hombre más viejo del que ha oído decir. Yo dice que esto es raro, y que no es bueno que un hombre pueda seguir vivo largos ratos así. Esto lo dice con oscuridad, para que ella pueda cosechar que a yo no le gusta Hob. Quiere que a ella no le guste Hob, que a ella le guste más yo. Aun así ella sólo hace un buen gesto, y ahora mira a través del valle, y no dice nada.

Yo dice que ha visto a Hob y al hijo de Hob, a la luz de la luna.

Ella se gira rápido a yo, y le mira duro, y lo que dice lo dice bajito. Cómo así, dice.

Yo dice todo lo que ha visto, y ella no dice nada a yo. Yo dice que es como los ratos raros en los que ve a la perra negra, y a madre. Es algo que ve que llega con la oscuridad y el cerrar de ojos. Ella mueve la cabeza, ahora de-lante, ahora a-trás, un gesto de que es cierto lo que yo dice.

Ella dice que en los ratos de oscuridad, cuando nosotros cierran los ojos, van a otro mundo, donde está la perra negra, y donde hay gente que ya no está viva, y muchas cosas raras así. Ella dice que es este mundo el que hace más raro aún lo que dice de Hob y el hijo de Hob.

Cómo puede ser, yo dice. Cómo algo raro que se dice como eso se vuelve más raro aún. La chica mira a yo, y no hace un buen gesto. No hace ningún gesto. Mira a yo, aunque la mirada de ella está lejos.

Ella dice que la manada que se queda va a hacer que Hob mate a su hijo con un hacha, y si Hob no lo hace, Hob y su hijo van a ser echados, y no van a seguir vivos. Aunque Hob no quiere matar con hacha al hijo de él. Él cosecha y cosecha sobre esto, y no puede hacer nada, salvo una cosa.

Yo dice, qué es eso que puede hacer.

Ella dice que ahora es donde viene lo raro. Ella dice que Hob le va a matar con el hacha, de forma que ya no viva más. Aunque nadie puede decir si el niño muere por el hacha en este mundo, o si muere por el hacha en otro mundo cerca de éste. Ningún hombre salvo Hob puede cosechar ahora cuál es, dice ella, este mundo u otro. Esto es una cosa que yo no puede cosechar. La mira a ella, y no dice nada.

Ahora dice ella, si Hob mata con el hacha al chico en otro mundo, el niño está aún vivo en este mundo de aquí. Y si Hob le mata con el hacha en este mundo, el niño aún vive en otro mundo, ése donde yo los ha visto a él y a Hob bajo la luz de la luna, como yo le ha dicho a ella.

Esto se vuelve más duro de cosechar cuanto más oye yo. Yo no dice nada, pero mira lejos, donde las chozas de los que se quedan están al

lado del río. La gente que se queda hacen todos muchas cosas, por lo que parece. Las pieles de luz cuelgan a-riba en las chozas, y muchos fuegos hacen que todo se llene de humo, alrededor la gente camina de-prisa, por todo alrededor, por aquí y por allí. Yo cosecha que son buenos ratos para ellos, pero cómo es eso no lo cosecha.

La chica se ha levantado ya del tronco, está ahora de pie y camina, despacio, en pequeños círculos sin ir a ningún sitio, golpea las pieles secas de los árboles con el pie de forma que vuelan alrededor. Su circulitos se vuelven aún más grandes, y se aleja más y más de yo, llega a la orilla de los árboles que se levanta de-trás de nosotros. Yo cosecha cuando ella se gira que vuelve hacia yo, pero oh. Oh, ella camina de-bajo de un gran árbol oscuro, y se va donde no puede verla. Todo solo está yo, con troncos de árboles cortados alrededor, de-bajo del cielo abierto que da miedo.

Yo se levanta rápido, y corre hacia los árboles del camino por el que le ha visto irse. Yo dice alto, vuelve, y dónde está, y cosas así, pero nada dice ella y yo ahora llega entre los árboles oscuros y altos y se para a mirar alrededor. Por todos sitios hay árboles, hay más detrás de ellos, y muchos caminos oscuros pasan por ahí. Yo intenta oír el ruido de los pasitos de ella por las pieles de árbol, pero todo está callado, ella no hace ruido.

Ahora huele a flor, a través de los árboles en-frente de yo, pisa despacio por el camino del olor, y llega a-donde los árboles están podridos y ya no huele más a flor. Pero, ah. El viento hace que el olor venga más aquí, y con más fuerza, a lo largo del camino al sol que se cae de yo. Aún no ha puesto un pie o el otro en este camino cuando oye a ella decir algo, como desde lejos.

Oh, cómo puede encontrar ahora una compañera,
dice el chico que camina...

El olor llega más fuerte, yo corre más rápido en el camino, los pies hacen ruido fuerte a través de las pieles secas de los árboles debajo de ellos. Por en-cima de esto oye lo que dice ella, algo pequeño que flota entre la altura de los árboles.

A-riba en la orilla del valle, en la oscuridad del árbol,
junto a la colina del gusano de tierra...

Yo llega al arbusto de brezo, donde se gira para seguir el olor. Es como correr y coger a una bestia para comer, y cosecha en la tripa que esto es algo bueno y raro, y la sangre corre rápido dentro de yo. Las pieles de árboles vuelan alrededor de donde el pie cae como muchos pájaros secos.

Mientras yo aún no está en-terrado

en la tierra gris se tumba con ella...

Ahora el olor a flor está por todos sitios, y a yo se le pone para a-rriba, de forma que roza de forma áspera las pieles de la tripa. El ruido de ella se hace más fuerte, eso es que no está lejos. *A-rriba en la orilla del valle, en la oscuridad del árbol...*

Ve la luz del sol de-lante de yo, de donde el olor y lo que se dice se hace aún más fuerte, y yo corre por ese camino. *Junto a la curva del río y la colina del gusano de tierra...*

Hay un claro entre los árboles, lleno de luz del sol, de donde viene la voz de ella, de donde viene el olor de ella a flor, yo cosecha que no está lejos. *Y ahí se tumban, él y ella...*

Yo camina a través de los árboles oscuros y altos para salir de ellos, rápido, y se para en el claro, donde los árboles alrededor están de pie en círculo. Para yo es duro respirar, y hace ruido alto, menos esto todo está callado. La chica no está aquí, pero el olor a flor aún está aquí, y no cosecha cómo ella...

Mira a-bajo. Alrededor de la pierna de yo y a través del claro hay flores, muchas flores color sangre todo luz y que le llegan a las rodillas, mientras yo camina entre la sangre. No hay ruido. No hay chica. Ella se ha vuelto una flor.

Ruido. Miedo. Yo camina rápido hacia a-trás, y oh, y muchas pieles de flores de sangre vuelan como muchos bichos con marcas en las alas, y la chica se levanta de donde se esconde entre ellas, y hace un buen ruido a yo.

Camina a través de las flores hacia donde ella está, ella hace ruido hacia yo con la mano en la boca y la tripa tiembla. Es tan bueno, verla a ella, aunque ha dado un susto a yo al no poder encontrarla, por lo que está enfadado. Dice que no está bien que ella se esconda y haga correr a yo, si ella quiere que yo parezca un bebé, y eso. Yo dice más cosas, y se enfada aún más, de forma que todo lo que dice sale con escupitajos.

Ella le mete mano ahora a yo, a través de las pieles, y coge la piel de alrededor fuerte, yo le dice que pare.

A-bajo, ella dice, y se la estira a yo y yo se pone junto a ella entre las flores de sangre. Las piernas de yo tiemblan, lo duro se ha ido de ellas y a yo se le ha subido. Parece que las cosechas de yo se han ido de la tripa de yo, de forma que ahora están ahí entre los dedos de ella.

Las pieles de la tripa de yo forman una choza pequeña. Ella quiere vérsela a yo, y tira de las pieles que lo cubren, como un hombre tira de

la piel de una bestia a la que ha hecho morder el polvo. A yo se le ha puesto de pie al aire frío en este claro rodeado de árboles, oscuro y caliente, y ahora los dedos de ella lo cogen alrededor, y están aún más fríos, pero está bien. La manos de ella suben, bajan, y la piel de yo hace así también, y oh, el roce es tan suave, y ahora los dedos de ella se calientan.

Ahora yo pone la mano de-bajo de las pieles de ella, para que pueda poner el dedo en la raja de ella, pero ella cierra fuerte las piernas y coge la mano de yo entre ellas, suaves y fuertes y mojadas del calor. No, dice ella, y dice que si no tiene la mano lejos de la raja de ella, no frota más a yo.

Hace lo que ella dice, aunque dice si puede chuparle las tetas, y ella dice que no, y que ningún hombre puede poner la mano sobre ella. Dice que yo sólo puede tumbarse en las flores de sangre, mientras ella le hace esa cosa buena a yo. Yo se tumba, de forma que las flores de sangre se vuelven altas como árboles raros alrededor de la cabeza de yo, desde abajo donde yo las ve. Levanta la cabeza, para ver lo que hace la chica.

Se agacha, y apoya la cabeza de forma que su pelo largo y con mucha luz cuelga como hilos de árbol tapándosela a yo. Ahora coge con la mano un buen montón de pelo, para cogerlo entre sus dedos alrededor de lo duro de yo. Oh, ella frota a yo con el pelo, a-riba y a-bajo, tira rápido y duro de él como para hacerse daño en la cabeza, aunque no hace ruido sólo frota y frota, y el frotar es bueno, y cosechar en ello es aún más bueno, ese pelo de ella tan suave y lleno de luz del sol que mueve fuerte por lo duro de yo, despacio como el gusano con choza, desde el culo, a través de lo gordo, hasta la punta donde pica con gusto, ahora sale un poquito de leche de tripa sobre él, como las gotitas de lluvia que caen sobre la hierba mientras llega la primera luz, y ella frota más rápido, más fuerte, y yo cosecha que esto no es el frotar del pelo en la mano, sino el roce del pelo de alrededor de la raja de ella, y oh, y la cosecha de esto baja rápido a la tripa de yo, y le sube por ahí y oh, la chica lo coge más fuerte de forma que duele pero el dolor es bueno, y aún más fuerte, para parar la leche de la tripa de yo, pero es ahora, y ahora, y ahora, y un hilo de leche cae en la mejilla de ella, en el pelo, y moja la piel de buey aur alrededor de la cabeza de ella, y más, y más, sobre las piernas de yo y por los dedos de ella, moja la hierba y hace blancas las flores de sangre y oh madre. Madre.

Silencio. Por en-cima de nosotros, del claro, entre los árboles una manada de pájaros negros vuela como uno solo, por aquí y por allí con el viento, cuanto más alto suben más pequeños son, tanto que parecen bichos. La chica se frota la mano con la hierba, para quitarse la leche de tripa. Ahora dice con el dedo donde mirar, y yo mira donde la leche de yo cuelga como un puente de hilos entre las flores de sangre, lejos. Ha llegado más lejos de lo que yo ha cosechado, yo y ella hacen un buen ruido a esto.

Más silencio ahora. Lejos con el viento viene ruido de la gente que se queda, pasan buenos ratos alrededor de los fuegos. Se oye el ruido de muchos que dicen, y hay gran ruido de golpes como el que se hace al golpear una piel sobre una madera redonda, y hay ruido de un hombre haciendo viento con un tubo de hueso con agujeros. Hay ruidos de bebés y perros. Ahora el viento viene de otro lugar, y el ruido se va. La chica dice de bajar ahora, y volver a la choza de Hob, para que él no vuelva allí y encuentre que ella no está. Ella dice esto mientras yo puede ponérsela de nuevo en las pieles de la tripa, y hace un buen gesto a ella.

Ella se pone de pie, yo se levanta también, pero las piernas de yo siguen temblando y no hay fuerza en ellas. Eh, dice ella, y coge la mano de yo en la mano de ella y caminan a través de las flores así, y a través de los árboles, y mientras bajan la colina desnuda de troncos cortados. Todo esto mientras yo no cosecha otra cosa que la mano de ella, los dedos de nosotros cogidos unos de otros. Yo se siente mejor en la tripa, que en todos los ratos que yo ha vivido. Van colina abajo, por el camino de la tierra que chupa y los bichos que pican, con el pudrir en los troncos cortados y el pudrir en el aire. El olor a flor en la chica hace que los bichos que pican se acerquen a nosotros, de forma que yo está todo el rato apartándolos.

Suben por la tierra que se eleva con los árboles juntos, ahora bajan por la hierba y así hasta la choza y la casa del cerdo. Durante largos ratos han estado a-riba en la colina, el sol se ha ido de lo alto del cielo, y está más bajo. El frío ha venido, ahora yo tira más fuerte alrededor de las pieles del hijo de Hob, que ya no está vivo ni las quiere. La chica abre las maderas que no dejan salir y le dice a yo que entre en la casa, que ella va a buscar más comida para yo mientras Hob aún no ha vuelto aquí.

Eso hace yo, y se sienta en la hierba seca con cosechas de muchas cosas. La chica se ha ido, para re-buscar dentro de la choza de piel blanca y encontrar alguna cosa para comer. Yo cosecha en cómo ella ha cerrado las piernas, para que no pueda frotar la raja de ella, ni las tetas, y que ella dice que ningún hombre pone la mano sobre ella.

Ahora yo cosecha todo eso.

En la oscuridad, ella está sola en la choza con Hob. Él es más grande, y le hace hacerlo. Se la ha puesto dentro de ella, y la monta. No. No, no es bueno que yo quiera cosechar. Puede que él haga que ella roce lo duro de él con el pelo de ella, como a yo, y cosechar en esto no es más bueno. Hob quiere que ella no monte con ningún hombre, sólo con él, y ha puesto miedo dentro de ella, por eso yo no puede poner la mano sobre ella. Un enfado le viene a yo. Es como si ella no es de ella, sino que es de Hob.

Cosecha que eso no es bueno para ella, que ella está guardando todos los ratos al lado de un hombre oscuro y raro en las cosechas, como Hob. Es más viejo que los árboles, y ha acabado con un hacha con el

hijo en este mundo, de forma que sólo en el otro mundo Hob le ve ahora. En el otro mundo, donde la manada Urk se sienta sobre la perra negra, de-bajo de la cima de la cueva toda hecha de huesos de niños, donde Hob ha hecho ir al hijo de él, donde los espíritus le dan a Hob a cambio cosechas para que pueda hacer su raro camino con cosas que decir. No es algo bueno si no hay decir para ello. Yo va a hacer que la chica no se quede aquí más. Yo va a hacer que ella y yo marchen lejos, y caminen, y sigan caminando, y no se queden. No está bien que la gente se quede. No hay nada bueno en ello.

En la choza de piel blanca cruzando la casa del cerdo yo oye a la chica que sigue buscando comida. Cosecha cómo va a ser, si huyen lejos, ella y yo. Cosecha cómo no se le ha dado bien la comida cuando ha estado solo, aunque la chica es más buena en la cosecha que yo, y puede que re-busque muchas cosas para nosotros, como ha hecho la madre de yo. Estas cosechas son tan buenas. Nosotros pueden cruzar el puente de la mujer de hueso, y cruzar el mundo por ahí, yo y la chica que huele a flor. Llegan ratos en los que ella no está con Hob y ya no tiene miedo de él, donde yo hace que ella se quite las pieles, y abre las piernas tan lejos como ellas quieran ir.

Dentro de las pieles de yo, a yo le pica un poco, pero aún no tiene fuerzas para levantarse.

Ahora huele a flores, y la chica ha venido desde la choza hasta el muro de la casa del cerdo, y pasa por el agujero de madera que no deja salir. Viene con carne de pájaro y la cosa de hierba de sol. Se sienta de rodillas, y pone la comida sobre la hierba seca, para que yo pueda verla.

Yo no mira la comida, pero dice rápido las cosas que ha cosechado. Dice que no es bueno que ella se quede con Hob, y cómo yo y ella pueden irse lejos, pero nosotros solos, y re-buscar la buena comida que quieran sin tener que dar nada a cambio. Yo coge la mano de ella, y ahora la coge fuerte, y dice que cosecha que a ella no le gustan todos los ratos en los que busca madera para Hob, ni aquéllos en los que pone la carne de él al fuego. Dice que ella no tiene buenos ratos con Hob, que ella quiere que yo se quede aquí para tener buenos ratos con ella, como ella ha dicho a yo. Ella ahora está callada, pero mueve su cabeza a-de-lante y a-trás, con un gesto de que así es.

Yo dice que si se va lejos y camina por todo el mundo con yo, todos los ratos van a ser buenos ratos con nosotros. Yo dice muchas cosas como ésa, hasta que no puede cosechar qué más decir, y ahora todo está callado y los ratos pasan, y ella no dice nada. Oh no. Yo cosecha que lo que ha dicho no es bueno. Ella no viene con yo. Ella va a hacer que yo se marche solo, para no verla ya más. La tripa de yo está llena de miedo, hay tanto silencio en la casa del cerdo.

Ella mira a yo. Hace un buen gesto.

Sí, dice ahora. Sí.

Esto es mejor de lo que yo puede cosechar. Ella dice que pueden irse con la oscuridad, cuando la primera luz aún no ha llegado. Ella dice que si nosotros quieren caminar lejos, lo mejor es que tengan la tripa llena. Ella va a volver cuando la primera luz aún no esté aquí, con más cosas para comer y más buenas que las que yo ha visto. Nosotros van a tener los estómagos llenos, y después van a caminar lejos, yo y ella.

Ella dice que se va, ya que Hob en pequeños ratos vuelve. Ella dice que yo va a estar una oscuridad más en la casa del cerdo, donde ratos después va a tumbarse con ella. Se agacha, y lame la mejilla de yo, y lame la boca de yo. Yo le lame la cara a ella, donde el sabor de la leche de tripa es fuerte, y está seca en la mejilla de ella. Ella se pone de pie, y hace un buen gesto. Cuando la primera luz aún no haya llegado, ella dice, y sale del agujero del muro, cierra las maderas y se va.

El sol está a-bajo en el cielo, y yo come la carne de pájaro hasta el hueso. Hob ha vuelto aquí, y oye el decir de la chica y él en la choza. Hob dice algo, la chica hace un buen ruido hacia él, y esto es bueno, cosecha que la chica quiere que Hob esté bien con ella, que él no pueda cosechar que ella intenta irse lejos, y no volver a él más.

Yo hace un buen gesto a esto. Es tan bueno que la chica pueda decir algo a Hob que no es. Si ella es buena cosechando así, va a cosechar bien para re-buscar y encontrar comida para yo. A través de la hierba, cruzando el río, el sol está tan grande y tan a-bajo que el calor de él hace salir humo de la orilla del mundo. El río está quieto de forma que a través de él se puede ver el cielo del otro mundo volviéndose oscuro ahí de-bajo de las aguas, donde otro pájaro vuela, sin hacer ruido.

Ahora no queda carne de pájaro, de la misma forma el sol se ha ido del cielo. Ahora sólo hay oscuridad, y el mascar en el hueso.

No se ve nada, pero el oído se hace más fuerte. Oye el ruido de la rata a través de la hierba seca de la casa. Del río que dice plip, plip, plip, en la oscuridad. Ahora viene un ruido de lejos como si la manada de la gente que se queda caminase por el río. Todos ellos hacen un buen ruido, y tan alto que yo puede oírlo, aunque lejos están. Alto y lejos viene el viento de la boca por un tubo de hueso, hay ruidos de pieles que se golpean, y ellos tienen un decir raro, como el que la chica dice a yo. El viento se va, ahora viene, no puede oír todo lo que dicen pero un decir oye.

Hacer un fuego y hacerlo caliente

y él es sólo huesos, nada más que huesos,

El camino es largo, pero nosotros no,

y por el valle se van nosotros, se van nosotros...

Hay más, pero la gente que se queda baja lejos río a-bajo, de camino a las muchas chozas de ellos de forma que no puede oír más lo que dicen, ni a las pieles que se golpean, ni a los tubos de hueso con agujeros. Río a-bajo, los muchos fuegos de ellos hacen que el cielo se vuelva un poco como sangre, a-riba en lo alto cuelga la oscuridad. Yo se pone una mano y la otra en las pieles de la tripa de yo, para cubrísela y calentarse las manos, y cerrar los ojos. No hay nada...

... sólo oscuridad.

Y flores.

Abre los ojos. La cara de yo está fría. Una luz gris ha llegado en la oscuridad por el otro lado del río, como ha pasado muchos ratos. Huele a flores, y oye el decir bajito de la chica desde fuera de la casa del cerdo, al lado de los agujeros de madera que no dejan entrar que están abiertos.

Aún no ha llegado la primera luz, ella dice, y está aquí con mucha comida. Fuera, dice, para que nosotros puedan comer, después van a caminar lejos.

Ahora yo cosecha en todo lo que nosotros han dicho para hacer, y tiene mucho miedo en la tripa. Caminar el mundo con una chica. La chica encuentra comida, y yo se tumba con la chica. Ah, buenos ratos van a venir más de lo que puede cosechar. Ahora rápido, ella dice. Ahora rápido.

Yo se pone de pie, y cruza la casa para llegar a las maderas que no dejan salir. Yo cosecha que es bueno que ella haya encontrado pieles para yo, hace tanto frío, tras el rato desnudo viene despacio el cambio al rato de hielo. Los ojos se vuelven más buenos para ver en la oscuridad, donde ahora yo ve a la chica. Está sentada de rodillas, fuera de la casa. De-lante de ella hay manzanas, cosas de mascar y carne de muchas manadas. Yo huele a comida, y huele a flores, y quiere oler eso todos los ratos. Quiere que la chica esté junto a yo todos los ratos mientras yo viva, y que no se vaya como la gente de yo. Como la madre de yo. Ella mira fuerte a los ojos de yo. Fuera, dice ella. Fuera.

Yo pasa a través del agujero de madera que no deja salir, y sale de la casa. Está a sólo un paso y otro de ella. Yo hace un buen gesto, ella no hace ningún gesto, sólo le mira a los ojos. Ahora saca un brazo, y no cosecha si es para coger comida, o para coger su largo cabello lleno de luz para frotar.

Una mano en la espalda de yo.

Un brazo alrededor del cuello de yo. Olor a hombre. Piel caliente. El brazo sobre el cuello es fuerte, la tripa de él está a la espalda de yo. Y no puede tomar aire. Yo no puede decir. Miedo. Miedo y olor a hombre, se la huele. Los pies no están ya en la tierra. La chica mira dura a los

ojos. El gran brazo hace que duela mucho y el respirar de yo se para, oh madre, y ahora una cosa con luz viene rápida y hace un poco de frío en el cuello de yo, donde llega ahora un gran calor.

Yo cosecha que el hombre ha echado agua caliente por la tripa de yo para que yo se moje, aunque no cosecha cómo. Yo se mueve allí, allá, pero oh, no vale de nada, y más calor húmedo cae en la tripa de yo y la fuerza se va despacio de yo. El brazo se mueve de-bajo de la barbilla pará que yo pueda respirar, y el brazo ha bajado ahora por la espalda de yo y por de-bajo del culo de yo para levantarlo. Ahora está en unos brazos fuertes. Mira a-riba, y unos ojos todo blancos miran hacia a-bajo a yo, aunque no hay cara. Sólo lo negro y la oscuridad. Ahora bajo los ojos aparece otra cosa blanca, y son unos dientes, y Hob hace un buen gesto.

Oh, él ha encontrado a nosotros. Ha cosechado que nosotros se van a marchar. Gira la cabeza y mira a la chica, para que yo pueda decirle que corra, pero algo malo entra en la boca de yo de forma que no puede decir nada, sólo escupir. La chica mira a yo, pero no hace ningún gesto de miedo, ni intenta correr. No se mueve, no hace gesto alguno. Ahora Hob camina, con yo en el brazo de él. Las fuerzas se han ido de yo como cuando está enfermo. Puede que yo no se pueda ir. La chica se queda de pie para seguir callada a Hob y a yo. Huele a flores. Huele a hombre. Huele a sangre.

Yo saca aguas calientes de los ojos, e intenta decir que va a hacer de todo por Hob si no le hace daño. Yo se va a ir. Yo no va a volver a ver a la chica. Intenta decir todo esto, pero tiene la boca llena y no puede decir nada. Hob lleva a yo alrededor de la casa del cerdo, de-lante de la choza de piel blanca, donde hay una luz como de un pequeño fuego, y ve ahora la cara negra de él y los cuernos de madera, y ve que tiene sangre sobre él. Como yo. Oh no.

Ahora él tumba a yo, como un bebé, en una cosa que pincha de-lante de la choza de buey aur. Le vienen muchos pinchazos en la espalda y las piernas, cosecha que le ha puesto en una colina de ramas, como las que le ha visto hacer. Ahora aparta la mano de él de yo. Yo está tumbado en la colina de ramas sin nada a lo que sujetarse, intenta moverse, pero no puede hacerlo. No tiene fuerzas. No hay fuerzas en yo. No puede mover nada, sólo la mano para frotarse el cuello.

Hay un agujero en el cuello de yo, de donde sale lo húmedo, de donde sale la sangre, que no para. Hob. Hob ha golpeado con el hacha de mano el cuello de yo mientras yo no ha cosechado. Oh, toda la sangre de yo cae por la tripa, el cuello, y la colina de ramas de-bajo de yo. No huele a flores. No huele a nada sólo a sangre.

Hob se aleja de la colina de ramas y de yo, y se a-cerca al pequeño fuego de-lante de la choza, donde se agacha. Su forma espíritu se levanta alta y negra sobre la piel blanca de buey aur, y coge un palo del fuego, ese palo viene con fuego también. Ahora Hob se gira para volver

hacia yo, el palo de fuego que tiene en la mano hace luces de blanco húmedo sobre la tripa, los brazos y la orilla de la mejilla negra de él.

Yo mira a la chica, y no cosecha por qué ella no le ayuda. Está de pie lejos de donde yo está tumbado sobre la colina de ramas, y se quita la piel de buey aur del pelo, y no mira a yo. La piel cae, es una cosa pequeña y blanca en la oscuridad. La chica gira la cabeza hacia la luz, y yo ve que lleva una piel para esconder una marca nada buena ahí en la cabeza. Por en-cima de los ojos hay un desgarró que da miedo. No hay sangre, sino la piel levantada en la orilla, a lo largo de la línea del pelo.

Ahora los brazos y las piernas de yo tiemblan, y no puede pararlas. El culo hace un mido, la mierda cae sobre las piernas de yo. No quiere que la chica vea esto. No quiere verla. Yo gira la cabeza, despacio, y ahora mira a-riba. Hob ha vuelto aquí, y está por encima de yo. Ojos blancos. Dientes negros de-bajo de una oscuridad donde no hay cara, y de donde se elevan cuernos de ramas.

Está bien, dice a yo, y pone ahora el palo de fuego en la colina de ramas. De las maderas de de-bajo de yo viene un ruido como el de muchos bichos diciendo cositas como, toma, da, ya, y así. Ahora el ruido de los bichos se vuelve el ruido de ratas, y las ratas dicen brasa, y las ratas dicen crepitar y eso. Huele a sangre. Huele a humo. Oh, ya. Oh, dónde está la chica.

La chica está de pie y se quita las pieles de las tetas. Las pieles son gruesas, la tetas son muy pequeñas ahora. Son blancas a la luz del fuego, y no son tetas para nada. El sonido de ratas se vuelve sonido de gatos ahora, y hay algo cálido de-bajo de yo y dentro de la colina de ramas. De donde muchos humos se levantan alrededor.

Lo cálido se vuelve caliente, de-trás de las piernas, y el calor se vuelve dolor, yo intenta mover las piernas, pero no pueden ir a ningún lugar en el que no esté el calor. Yo ahora huele a pelo quemado, y son las pieles de yo, hace un ruido, un ruido alto y lleno de dolor, aun así el decir de yo se vuelve profundo y blando. Hay sangre en la boca de yo. En la barbilla de yo.

Yo no quiere estar ya más vivo sobre el fuego, así. No está bien. Duele más de lo que puede aguantar. El fuego está en la espalda de yo, de-bajo de la cabeza, y hay lucecitas que se levantan alrededor de camino al cielo oscuro sobre todos nosotros. Yo no puede respirar. La chica se quita las pieles de la tripa y las de las piernas, hace tanto calor. Está toda desnuda. Entre sus piernas hay...

Ella se pone la mano en la cabeza, donde el desgarró de la piel que da miedo está de-bajo del pelo, y pone el dedo sobre la orilla de la piel, de la que tira y...

Humo y sangre en la boca. El pelo lleno de luz cae en la oscuridad, le sigue la piel de la cabeza. Ella la tiene más grande que yo, no la ha olido

por las flores. Yo no tiene aire para hacer ruido. La chica cambia. La chica cambia a chico, como la rata que se vuelve piedras y los cerdos que se vuelven troncos. Es el cambio que hay en las cosas. Es este cambio que da miedo lo que hace que todo el mundo no esté bien. El humo se levanta y cae como un río gris sobre yo, y llega un dolor tan grande como el cielo. Sin aire, y lo que yo ve se vuelve todo oscuridad.

La oscuridad es rara y muchas cosas, con muchas cositas que se ven cuelgan en el humo. Yo ve a hombres de pelo de fuego que pueden hacer que el fuego corra como sangre de las piedras. Ve un lugar en el que la piel del hombre ha caído negra desde el cielo. Ve un camino, del agua hasta el gran agua de largo, donde las luces van ahora a-de-lante y a-trás, más rápido, y son muchas más que los peces. Yo ve una obra como una cabeza de hueso, grande y negra, y toda de fuego. Dentro de la boca de la obra se sienta un hombre con fuego que le sale del pelo y lleno de dolor. Yo ve ahora a mujeres sujetas a troncos, con fuego alrededor de sus pies. Nosotros se miran, unos a otros, desde los fuegos. Ahora no hay dolor. Sólo hay humo.

De-trás del humo ahora ve perros con ojos tan grandes como troncos cortados. Yo levanta la mano, para quitárselos de en-cima, y la mano esta llena de fuego. La piel se levanta en pequeños círculos y hace ruido de gato, de-bajo de ella todo está negro. A través del humo ve a Hob. El chico está al lado, el fuego brilla en los trozos del pelo negro de él. Hob ha encontrado trocitos de tierra gris, los ha alisado, y con el palo en la mano hace marcas en ellos. No es bueno, hacer una marca.

El fuego está en el pelo, y por ese camino entra en la cabeza de yo, en la tripa de yo, y una cosecha entra en yo con el fuego. No es una cosecha de yo, sino una cosecha del fuego, llena de decir raros que ninguna lengua puede hacer. Fror. Becadom, sissirisic y juf. Hob se a-cerca más a yo, para oír. Hace una marca en la tierra gris, y luego otra, cruzándola.

Yo abre la boca, para hacer un ruido de dolor, y el decir del fuego viene a través de yo, y se eleva, y se eleva, con granitos de luz, de-bajo del viejo y oscuro cielo.

Los campos crematorios

2500 a. C.

Flota río abajo, lejos de mí, como una gran mano blanca que arrastra sus dedos entre el agua color rana, con mechones de pelo negro creciendo entre ellos.

—¿Vas al sur, hasta el Puente en el Valle? Podríamos caminar juntas hasta allí por seguridad —me dice.

Viaja para ver a su padre, quien se está muriendo, y me cuenta que es un hombre sabio quien un verano hace mucho tiempo va por el camino del Puente en el Valle, pasando por los Grandes Bosques del Norte, hasta tan lejos como el fin de la tierra, donde comienza el mar frío y gris. Tiene hijos con una mujer de allí, un niño y una niña. Se lleva al niño consigo y deja a la niña. Pasan largos inviernos. Ella no ve a su padre. Él no la ve. Ahora él se muere.

—¿El Puente en el Valle? —respondo—. Sí, está en mi camino, hay un pequeño sendero al lado del río que podríamos tomar, si me sigues.

Alrededor de su cuello, lleva un collar de cuentas azules.

Ahora casi se pierde de vista, no es más grande que un grupo de huevas que se desliza a través del vientre suave y verde del río, hinchado por la lluvia. Se enreda en el cuero cabelludo de un sauce que le persigue, continúa su camino y me abandona mientras me quito las ropas entre los juncos, susurrando como una chica de aldea.

—¿Te gusta mi collar? —me pregunta, y me cuenta cómo arriba del camino y más allá del Gran Bosque del Norte los hombres hacen fuegos con minerales en la orilla. La hierba del mar se seca en largas hileras sobre rocas mojadas, luego se quema dentro un horno que es un agujero en la arena, sobre el que se coloca otro recipiente. Ahí está el mineral, el cobre fundido corre tan rápido como la sangre por los surcos de la arena hasta las depresiones que lo moldean. Los jugos de las hierbas que se queman se mezclan con la arena que se convierte en un grumo suave alrededor del fuego. El cobre hace que se ponga azul, y las chicas jóvenes lo astillan en forma de cuentas.

—Bueno, ¿dónde está ese pequeño sendero? —me pregunta.

—No muy lejos —es mi respuesta—. No muy lejos.

Levanto los codos por encima de la cabeza para quitarme la vieja camisa manchada, la humedad que hay en mis manos baja hasta mis

brazos, tan rápido como cobre fundido, hasta reposar entre mis pechos. La lavo, agachada en la orilla del río, mientras nubes marrones se desenredan, alrededor de mi cintura, en el verde embarrado.

—Tu padre no te conoce, cuándo eres un bebé te deja con tu madre y no vuelve. ¿Por qué manda a buscarte ahora que se muere?

Entonces vuelve su cabeza hacia mí, lo que hace que todas sus cuentas tintineen, y me dice que su padre, al ser un hombre sabio, tiene muchas tierras además de muchas riquezas. Cree que o bien su hermano, al que no ve desde su nacimiento, está muerto; o está peleado con el viejo enfermo. O bien su padre, al no tener hijos con los que compartir sus riquezas, está pensando que debería dárselas a ella.

Alrededor de nosotros, la lluvia golpetea las hojas. Estamos cerca de la orilla del río.

Me seco con hojas muertas, que se astillan, crujen, y se agrupan sobre mi piel erizada y mojada. Entre mis harapos enredados manchados de negro, brilla algo de bronce que me hace daño a la vista y me llama la atención.

Me agacho a cogerlo. Mis dedos, que se cierran sobre la madera en la que apoyo la mano, ponen un diente plano y de metal a contraluz.

Lo limpio con juncos puntiagudos, hoja contra hoja.

—Oh no —exclama—. ¡Oh no, no! No lo hagas.

—¿Cómo te llamas?

—Usin. Me llamo Usin. Oh, déjame marchar. Déjame marchar y no hagas nada más.

—¿Cómo se llama el anciano?

—¿Qué quieres de él? ¡No me puedes obligar a hablar!

La oreja. El pulgar. Los pájaros se dispersan desde los juncos hacia el cielo, aletean totalmente alarmados.

—¡Olun! Olun, ése es el nombre de mi padre. Oh. Oh, estas cosas que haces. Oh, portarte así conmigo.

—Calla. Ya está. Ahora silencio.

Luego, le quito las ropas y la arrastro. Llega el chapoteo apagado y profundo y mi sorpresa al descubrir que ya no llueve. Todo nace para morir. No hay mujeres espíritu en los árboles. No hay dioses bajo la tierra.

Son tan bonitas, su azul sobre mi garganta marrón se parece a los charcos en un sendero. Sólo sus botas no me quedan bien, así que las meto en mi bolsa, que ya es bastante pesada sin ellas. Oh, se me vuelca hacia un lado al llevarla, desando mi recorrido entre los hierbajos que pinchan y la flor de perro y voy hacia arriba, hacia el camino.

Así, he de ir con los pies desnudos hasta el Puente en el Valle. Aquí no hay nada que ver salvo el camino ante mí, y mis pobres pies helados sobre él, ésa es mi visión normal de las cosas. El barro, grueso como la crema de buey, enseguida me tiñe hasta las rodillas de amarillo.

Ando con dificultad a través de la ceniza, entre las montañas de las tierras altas, de niña. Los campos grises me rodean por todos lados, los bueyes se mueven pesadamente a través del polvo que les llega hasta la altura del pecho. Una oscuridad se cierne sobre el mundo, donde el día llega y no trae luz. El sol es escaso y extraño. Los cielos al acabar el día tienen el color de las venas. Rayos de luz verde agujerean el manto de las nubes e iluminan los esqueletos de los árboles, con sus columnas vertebrales abiertas y las costillas arrancadas, blanqueados, retorciéndose desde las dunas de polvo.

Nuestras cosechas están enterradas. Nada crece, y nubes pálidas y lentas se alzan a cada paso que damos. Las cenizas pintan mechas en el pelo de color cobre, las caras de los niños están blancas por lo mismo, su amargor está en toda nuestra comida. Nuestros animales se quedan ciegos, sus ojos están inyectados de sangre, la parte del centro se convierte en una placenta de un color gris apagado, como pasa con una capa de grasa colocada sobre carne cruda.

Abandonamos nuestras casas, nuestros poblados, hay tantas personas como cuando la gente se reúne para levantar piedras. Más allá del bosque, nos dicen, hay un viejo camino recto que nos va a guiar, ahora que no hay estrellas. Entre las cenizas, pájaros ciegos picotean y gritan. Viajamos en dirección sur, algunos de nosotros caminamos en silencio.

El camino es más ancho, subiendo el sendero de la frontera del valle. ¿Los pies de cuántos hombres muertos se requieren para crearlo? Me enfurece y entristece pensar que un día yo voy a estar en la tumba y el camino aún va a estar aquí. Sus surcos profundos son más viejos que los padres de nuestros padres. Sus charcos inundados, y la aterradora rectitud de su trazado, aún siguen aquí. Aún siguen aquí.

Se levanta empinado ante mí, firme bajo mis pasos, aunque caminar sé torna difícil. Los guijarros afilados cortan mis pies, el barro sobre ellos se seca formando una piel que el sol cuarteas. Cambio mi bolsa de una mano a otra, murmurando, diciéndome a mí misma que he de abandonar el camino en lo alto de esta colina y he de andar sobre la hierba suave que lo bordea, hasta llegar al Puente en el Valle desde el este.

La luz del día comienza a desvanecerse, pronto las zanjas junto al camino son de un verde brillante moteado con gusanos de fuego. Los murciélagos cantan. Se oye el grito de un pájaro de vista nocturna. El sonido de mis pasos son bofetadas en el crepúsculo.

En algún lugar río abajo alguien se precipita a través de la oscuridad por delante de mí, aún no está hinchada, pero ya no tiene color. Hay caracoles sobre sus muslos. Con la cara vuelta hacia abajo, sin pestañear, ve el lecho del río deslizándose allá abajo, ve cada piedra, cada hierba mordida por los piscardos. Ve las conchas rotas, y las líneas inteligentes que se ramifican dejadas por las corrientes invisibles sobre el lento y suave lecho. Los ojos muertos no se pierden nada.

Al este, por el borde del camino. Siento entre mis pies la hierba fresca y húmeda, y al fin, debajo de mí, veo los fuegos en la oscuridad del valle. Un círculo de luces plumizas, demasiado pocas como para ser una aldea. Entonces, ¿qué es? Dejo la bolsa en el suelo y me subo a un tronco caído, mis ojos se fijan en las luces del fuego hasta que se me aparecen con más claridad.

Lo que veo es la cima de una colina, más allá de la ladera oriental del valle. Se trata de un círculo formado por unos muros bajos y fracturados de tierra que ahí se levantan, también hay otro círculo parecido pero más pequeño en su interior, y dentro de éste otro círculo aún más pequeño. El anillo central está oscuro, es un agujero. Los fuegos, que son sólo un puñado, arden dentro del círculo más grande situado más allá, algunos de ellos son poco más grandes que unas ascuas, a punto de apagarse.

En el más brillante hay un grupo de gente de pie a su alrededor. Atrapadas entre sus talones, sus sombras alargadas se alejan asustadas de las llamas, aunque no saltan o bailan. ¿Qué están quemando ahí, de noche con tanto silencio?

Descansar sobre este tronco renueva mis fuerzas, y se me hace menos duro levantar la bolsa una vez más. Me pongo en pie. Bajo por la colina entre tocones negros por un lugar donde todos los árboles están quemados. De la parte baja de la colina coronada por los círculos, en la dirección del viento, llegan voces de mujeres, gritando, enredadas con el humo.

No. No, no gritan, es un sonido más bajo pero que tiene menos sentido.

Al pie de la colina, el suelo se convierte en una ciénaga, aun así hay un camino elevado que atraviesa la parte sur del fondo del valle donde la noche, que yace por encima de la línea que forman los árboles, brilla con un rojo apagado, como un metal que se enfría revelando la existencia de los fuegos de la aldea que arden por debajo. Parece una larga caminata, pero eso me va a dar tiempo a pensar en todo lo que hay que hacer, decir, y ser.

Usin. Al decirlo suena claro y sencillo. Usin, la hija de Olun. El nombre es como un caparazón abandonado, una cáscara. La criatura viva que una vez se escondió en ella ya no está. El nombre yace vacío, hueco, y sin usar. Espera a que los cangrejos ermitaños se arrastren dentro y se lo prueben.

Usin. Un nombre abandonado. Que ahora es mío.

Enfrente, el camino se arrastra a través de los hierbajos hasta adentrarse en la aldea para morir. A lo largo de él están esparcidas las huellas y los deshechos de este lugar, uno de sus lados está iluminado de rojo por los fuegos que se aproximan: un cuenco roto, gris y lleno de agujeros; un guante; pedernales sin filo; una especie de hombre pequeño hecho con huesos de pollo.

El poblado es grande, está rodeado a medias por un círculo de endrinos, que viene a amontonarse contra un muro. La casa redonda ocupa su centro, es un gigante enorme, con un collar formado por las antorchas que cuelgan de sus hombros oscuros, por encima de las chozas que se arremolinan contra sus costados humeantes como cachorros buscando el pecho de su madre.

Paro para mear a cierta distancia de la puerta norte de la aldea, cuando me agacho tengo la suerte de darme cuenta, en pleno acto, de que hay un jardín de torsos al lado de mi camino. Atravesados, y colgados de estacas. Sin extremidades ni cabeza. Sin duda alguna, se trata de los últimos restos de algunos estafadores y ladrones colgados ahí como advertencia, banderas pesadas de carne. Es una práctica común, a lo largo del camino.

Hay tantas estacas como patas en un perro, y todas salvo una son mujeres. No, no, al verlo más cerca, éste de aquí podría ser otro hombre. Están tan destrozados por los rigores del tiempo y los cerdos salvajes que es difícil saberlo. Éste tiene el pelo rojo y brillante alrededor de su sexo, y ésta un dibujo de una serpiente hecho con agujas marcado sobre un pecho, el otro no está.

Limpio mi raja con hierba, y me subo los pantalones de Usin por encima de la cintura, no hay otra cosa que hacer salvo proseguir el viaje, hacia los muros de endrinos, que se presentan de un negro intenso frente a los fuegos que contienen en su interior. Un nido aterrador, lleno no de huevos sino de brasas, ardiendo en la noche.

El Puente en el Valle. Qué nombre tan estúpido. Que hay valle está claro, pero no hay un puente a la vista. Seguro que los habitantes de este poblado no lo llaman así de ninguna manera. Me apuesto a que a su pueblo lo llaman «La Aldea», al igual que hacen todos los paletos que hay en los poblados a lo largo del camino. «La vida nos sonríe en la Aldea, ¿no es así mujer?». «Sí, puede ser, pero es aún mejor en un sitio arriba al norte llamado la Aldea, donde vive la gente de mi madre». «Bueno, la Aldea es un buen sitio si buscas reses, pero si quieres cerdos

mejor vete a la Aldea». «Mi hermano nos puede aclarar esto. No vive en ninguno de estos sitios, sino en un poblado al sur. Tiene un nombre raro y que suena a lejos de estas tierras pero se me ha olvidado, aunque puede que sea "La Aldea", ahora que lo pienso». «¡No se oyen muchos nombres así!».

Cruzando el mar, al final del mundo, donde están los hombres negros, hay poblados con nombres diferentes en lenguas diferentes, y todos ellos significan aldea. También hay aldeas en la luna, sus corros de chozas pueden verse cuando está llena.

Mis nombres son mejores, me los invento a partir de los fastidios y penalidades que estos agujerillos pestilentes rancios e infectos me hacen pasar en mis viajes: La Bestia de los Cojones y La Montañita de Mierda. La Ciénaga del Bizco. La Colina en la que Montan a la Hermana y Los Campos del Culo Gordo.

¿El Puente en el Valle? No. Este lugar se merece un nombre mejor. Los Tontos del Pantano, con suerte.

O Asesinato en el Barro.

Hay una choza de vigilancia en la puerta más al norte, erigida contra el muro de endrinos. Dentro, un joven alto con una marca de nacimiento roja que va desde el ojo al mentón está sentado desplumando unas aves junto a un hombre más viejo, su padre, o, quizás, el padre de su padre. Están iluminados por una antorcha, y cubiertos de plumas hasta las botas.

Ahora, al acercarme, las manos del viejo quedan a la vista. Tiemblan, tiritan por la edad o la parálisis, los nudillos de una mano se cierran rápidamente sobre el pálido cadáver rosa, los dedos de la otra hurgan por debajo de su cuello. Ambas manos están negras hasta un poco más allá de la muñeca, no están así por la suciedad o por las quemaduras del sol como las de esos comerciantes que vienen de otras tierras, sino que se trata de una mancha vieja y profunda que se torna azul a lo largo de sus bordes, como pasa con las manos de los que tiñen ropas.

Una piña seca se astilla bajo mis pies descalzos. Ambos alzan la vista. El joven de las mejillas coloradas deja en el suelo el ave a medio desplumar y busca su lanza a tientas, hasta que la encuentra. Habla como queriendo ponerme en mi sitio, pero su voz medio quebrada y el tono le traicionan de modo que chilla en vez de parecer adusto y severo. No me mira a los ojos, pero deja que su mirada alcance mi cuello donde el fuego de la antorcha provoca destellos azules sobre mis cuentas.

—¿Qué buscas en la Aldea?

Eso es. La Aldea. Bueno, ya he ganado la apuesta.

—Me llamo Usin. Soy la hija de Olun, he venido hasta aquí desde el Norte para ver a mi padre, que está enfermo. ¿Alguno de vosotros me va a llevar a verle?

El muchacho de la cara furiosa se gira hacia el centinela de más edad sentado a su lado con las manos temblando como el ala de un pájaro muerto. Hay un intercambio de miradas y me entra el miedo: Olun, el hombre sabio, ya está muerto y enterrado, con todos sus bienes, bajo las flores. Sus secretos traquetean de manera inútil en su cráneo, todo lo demás ha pasado a manos de su hijo. En el lecho de muerte ha suspirado: «¿Está aquí mi hija?» ha sido pronunciado. Llego demasiado tarde. Es demasiado tarde para mis planes.

El centinela más anciano lanza un escupitajo amarillento a las plumas que están a sus pies.

—Olun, el hombre Hob, lleva aquí muchos años.

Vuelve a escupir. Sus manos temblorosas del color de las sombras intentan señalar al grupo de casas a sus espaldas.

—Esta noche ha reunido a la aldea alrededor de la casa redonda para hablar, aunque tememos que no le quedan muchas cosas que decir. Si quieres, podemos andar ese camino juntos. ¿Te parece bien que te deje solo desplumando esas aves, Coll?

Se lo dice al de los papos jugosos, quien parece contrariado y enfurruñado. Da su respuesta gruñendo, para parecer más hombre.

—Sí. Tardas tanto en quitar una pluma mientras tiembles como un perro con la espalda rota, que yo solo tardo lo mismo. Anda, vete, y déjame en paz.

El centinela más viejo se levanta y, escupiendo una vez más sobre las plumas, sale de la choza. Coge mi brazo entre sus dedos llenos de espasmos y me guía a través del camino entre las chozas hacia un gran círculo de postes, a los que les han quitado la corteza mostrando así su madera blanca al desnudo, y que están coronados por juncos. Las antorchas húmedas sisean, como un nido de serpientes bajo un alero. Un bebé llora, detrás de nosotros en la noche de la aldea.

—Conozco a Olun, como muchacho y como hombre desde hace muchos años —me dice—. No eres como él, ni como el joven Garn.

El hermano se llama Garn.

«Ya. Me parezco más a mi madre». Esto parece calmarle, posa una mano negra y temblorosa sobre mi hombro, y me guía a través de velos de juncos que se apartan hacia el humo y el hedor.

La casa redonda. Hay mucha gente, los demasiado viejos o demasiado jóvenes como para hablar están tendidos sobre esteras de juncos, hay formas provocadas por las llamas que se deslizan por las protuberancias de sus espaldas y por sus hombros pecosos en una neblina de sudor, y aliento, y de pieles a medio curtir. Entre las sombras del bajo techo, un manto de humo se dispersa cuidadosamente por el aire. Tiembla con cada movimiento que se da en la sala de abajo, se dobla, se deshilacha, se desenmaraña.

En el lado más lejano del círculo, cruzando un manto de miembros peludos e iluminados por el sebo, se sienta una mujer monstruosa, que se hunde entre las pieles, y en cuyos muslos cuelgan largos mechones de pelo gris. Una profunda cicatriz blanca recorre un ojo y cruza la nariz. El otro, desde una cuenca rodeada por grasa, brilla como una cuenta prensada dentro de una masa. Alrededor de su cuello de rana jadeante hay un ornamento de oro. La Reina.

A ambos lados de ella, detrás, hay un hombre en pie... no. Está el mismo hombre en pie. ¿Cómo puede ser esto? Mi mirada se detiene en uno y luego en el otro. Hacia atrás y hacia adelante, una y otra vez. No hay ni la más pequeña diferencia entre ellos. Tienen la cabeza, las cejas y la cara afeitadas, permanecen en pie con sus largos brazos cruzados, con sus ojos azules mirando fijamente, con sus labios que se parecen a los de las serpientes.

Cada uno sonríe torciendo la boca hacia un lado distinto. ¿Por qué esto me asusta?

—Ésta es la Reina Mag —me susurra al oído, el hombre de los puños negros, por encima de mi hombro—. Ésos que están a ambos lados de ella son Bern y Buri, pero no hay nadie salvo ellos mismos que sepa cuál es cuál. Son sus chicos duros. Mejor dejarles en paz.

—¿Qué son? —pregunto hablando tan bajo como el centinela. Mi vista se posa una y otra vez sobre esos dos monstruos que parecen iguales y no puedo apartar la mirada.

—Monstruos de nacimiento, pero ni se te ocurra decirlo cuando te pueden escuchar. Se dice que su padre puso su semilla dentro de su madre mientras ella se apoyaba en un roble partido por un rayo. Al nacer, la mayoría decimos que hay que matarlos, pero Mag dice que no. Su rareza le gusta y se los reserva para ella. Ahora que ya son mayores, hacen que la gente se cague de miedo, y a Mag eso también le gusta.

Ambos giran sus cráneos de color gris arena como si fueran uno solo y miran hacia mí a través de la habitación. Tienen una única sonrisa, cada uno porta la mitad de la misma. Una idea se me viene de repente y hace que aparte la mirada de ellos: ellos son los que se ocupan del jardín de torsos. Reúnen los miembros y juntan las cabezas que han caído.

Al bajar mi mirada, ésta se detiene sobre una figura ruinosa, que descansa en una cama hecha de palos de madera que yace frente a la reina que está sentada. Esa figura está hablando, con una voz árida más baja que el zumbido de una abeja, desde que he entrado en esta sala no le he escuchado, hasta ahora. Un hombre. Que una vez estuvo gordo y que tiene una enfermedad que le está comiendo por dentro. Que hunde sus ojos y seca sus labios hasta que parecen higos, encogidos hasta el extremo de mostrar todas las encías vacías.

Mientras todos van vestidos con túnicas, él yace desnudo salvo por una capa fina y rara de plumas de mirlo que está debajo de él, extendida sobre su camastro. Su polla es larga y delgada, y no tiene pelo en la base. Lleva una cornamenta de ramas, su frente está rodeada de puntos escuetos, la piel cuelga de sus huesos en pliegues, y está lleno de marcas. Este cuerpo agotado está abarrotado de imágenes hechas con una aguja. Cada rincón de él, del tamaño de un pulgar, desde la cabeza a los pies está lleno de tatuajes.

—Ése es Olun —dice el aliento rancio en mi oído.

Una fría línea azul le divide por la mitad desde las pelotas hasta la frente. Hay una rueda roja, dibujada sobre su corazón con muchos más círculos más pequeños alrededor. Las cruces y las flechas dan vueltas y más vueltas sobre la tripa y el pecho. En sus muslos hay un mosaico verde.

La vista no puede encontrar un sentido dentro de esas espirales y curvas, no hay una imagen de una serpiente ni de un oso, como suelen tener los hombres del norte. Tiene la forma de algo que nadie puede ver en este mundo, lo que es una locura, un disparate en su ejecución, que habla sobre lo que no podemos saber. El cuero cabelludo presenta una estrella. Algo parecido al útero en la palma de una mano.

Las palabras que pronuncia son escasas y áridas como el caparazón de un escarabajo, las escupe, parece que su sabor no le gusta.

—Las hojas caen muertas con la llegada del invierno.

(Las hojas. Caen. Muertas. Con la llegada. Del invierno. A cada palabra, se detiene para tomar aliento).

—Los lagartos ya duermen. Los días más cortos ya llegan. Las cosechas están recogidas. La cabaña está llena. Ahora debemos dar las gracias.

Algunos hombres entre la multitud asienten con la cabeza. Un niño pequeño va a mear a la pared de la choza de la mano de su padre, luego le llevan de vuelta, por entre la alfombra de piernas enredadas. Olun está hablando, las cuencas contemplan un velo quieto y liso, la red de humo que flota justo por debajo del techo.

"Hace mucho, mucho tiempo, hay un hombre sabio que sabe hablar con los dioses que habitan debajo de la tierra. Ellos le dicen que debe realizar una ofrenda y dar gracias a la tierra por ser buena, y dar tanto fruto.

—¿Qué es lo que debo ofrecer? —pregunta el hombre Hob.

—A tu hijo —responden los dioses.

Al oír esto se echa a llorar, les implora el perdón a su hijo, pero los dioses son severos y le encomiendan hacer lo que le han dicho, ya que debe mostrar que les ama a ellos más que a la sangre de su sangre. Y así lo hace. Ata a su hijo y lo lleva a la orilla del río, donde hay una hoguera preparada.

(La orilla. Del río. Donde hay. Una hoguera. Preparada). Coloca a su hijo sobre la madera. El fuego está listo y el puñal afilado.

Entonces los dioses que habitan debajo de la tierra hablan y le dicen que es un buen hombre porque su fe y amor a sus dioses es mayor que el que profesa por la sangre de su sangre.

—Estamos tan contentos —le dicen— que perdonamos a tu hijo. Mira, más allá hay un cerdo atrapado en el barro, baja a tu hijo del fuego, y deja que transformemos al cerdo en un muchacho para que lo mates en su lugar.

Y así se hace. El muchacho cerdo arde, el hijo es perdonado, y desde entonces en esa noche ofrecemos un muchacho cerdo al fuego.

Cuando llega la luz siguiente, tenemos un día para recoger la madera.

Un día para perseguir al cerdo.

Una noche para agradar a los dioses."

Entonces suspira. «Los dioses son buenos». La multitud murmura un eco confuso a sus palabras, una voz dividida en trocitos y alojada en muchas gargantas. Un día para recoger, un día para perseguir, y una noche para agradar a los dioses. Los dioses son buenos. Parece ser que estos murmullos son una señal de que Olun no va a decir nada más esta noche, ya que la gente se levanta con intención de marchar. Pasan a nuestro alrededor como una marea de escoria, escurriéndose por la puerta y saliendo hacia la noche, tosiendo y riendo. Sólo grupos dispersos se quedan susurrando en la sala.

Unos dedos negros, que se estremecen, se posan sobre mi columna y me empujan desde atrás para que avance.

—Ve ante tu padre —me dice el centinela.

Mi padre muere por las picaduras de las abejas mientras cruzamos el Gran Bosque del Norte, todos caminamos con dificultad entre hondonadas profundas de hierba húmeda y abundante que nos llega por la tripa. Por encima de nosotros, donde las ramas altas de los árboles crean una telaraña de ramas que tapan la luz, un pájaro canta, nítidamente y solo en la tarde sofocante.

Mi padre grita, levanta bruscamente la pierna para agarrarse la planta del pie, entonces cae hacia atrás con un gemido y pasa a ser tragado por la hierba. Mi madre y yo le alcanzamos, pero se retuerce, hace ruidos con la garganta, el sudor forma de manera repentina una capa brillante sobre su nariz, sobre su frente. Primero resuella, luego tiene estertores. Sus dos ojos están abiertos, pero apagados, no ven nada. Una de sus manos agarra la hierba que está debajo de él de vez en cuando, pero aquí hay poco que yo pueda ver y nada que hacer. Dejo a mi madre arrodillada junto a él, se me ocurre volver sobre sus últimos pasos a través del lago de hierba.

En la parte aplastada donde se ha cogido la pierna y ha gritado yace una abeja medio machacada, una mancha de color peligroso se extiende a lo largo de la huella de su talón. En algún lugar en la hierba mi madre se agacha. Pruebo el sabor de mis dedos, agrios como el metal, que llenan mi boca para detener la risa.

El pájaro sigue cantando. Desde su sitio en la parte alta del bosque puede mirar hacia abajo y verme, ver a mi madre y a mi padre y a la abeja, aunque al estar separados por la hierba nosotros no nos podemos ver. Como en una pintura nos observa, toda la muerte de padre queda atrapada con rapidez en el ojo azabache del pájaro.

La reina bruja resuella algo a los dos que se parecen. Alzan sus grandes cabezas como lunas y observan cómo camino hacia el anciano sobre la cama de palos de madera y plumas situada debajo de ellos. No les miro a los ojos. No quiero parecer asustada. El suelo lleno de tierra, está caliente como un culo bajo mis pies lentos y poco dispuestos.

Una mujer se agacha junto a la cama, colocando la capa de hombre Hob, hecha de plumas de mirlo, sobre sus hombros famélicos y desnudos, doblándola de manera que cubre los ornamentos sin sentido realizados mediante pinchazos sobre sus costillas, sobre su pecho hundido.

Esta mujer es grande; tiene la cadera como la de un hombre y es poco atractiva. Lleva el pelo recogido en un único bulto sobre la cabeza, su color es el del pedo de un bebé, y lo sostiene con una púa de madera. Tiene las mejillas coloradas. La cara es plana, y de mandíbula amplia y en sus ojos de buey se ve poca inteligencia.

Su tiempo para tener hijos ya ha pasado, no obstante, es demasiado joven como para ser la compañera del anciano. ¿Será otra hija? No. No, un hijo, una hija, eso es lo que me han dicho, tanto la chica como el

centinela. ¿Entonces qué? ¿Su hermana, o la hija de su hermana? ¿Una esclava? Alrededor de su cuello grueso y gris hay una pieza de bronce fino, rayada con marcas en forma de lágrima y que cuelga de un cordón que se retuerce bajo la luz del sebo.

Ahora, al acercarme, ella se gira para mirarme, con una expresión sosa y estúpida en la que no hay signos de inteligencia. No le presto atención. El anciano yace envuelto en su capa de plumas, de modo que parece un mirlo espantoso que tiene la cabeza y los pies de un anciano. Sus ojos están cerrados, hablar parece agotar toda la vida que lleva dentro. Habla. Háblale al anciano. Es a él a quien debes hablar.

—¿Padre?

Mi voz. Debe sonar aún más parecida a la suya, a la de la chica que me he encontrado en el camino. Puede que él recuerde la forma de hablar de hace mucho tiempo de la madre de ella, dándose así cuenta de que yo soy alguien que viene de otro lugar. Piensa. Intenta recordar cómo ha hablado esa chica, en la orilla del río. «¿Vas al sur hasta El Puente en el Valle?». «¿Te gustan mis cuentas?». Su voz más en la nariz que en la tripa como la mía. Sí. Sí, eso es. Ahora, llámale una vez más, pero como la chica habla en mis pensamientos. Y más alto.

—¿Padre?

Sus párpados manchados de tinta, hundidos profundamente en las cuencas y desmoronados por los bordes como agujeros de un oso de tierra, se mueven lentamente hacia atrás sobre las esferas húmedas y amarillentas de abajo. Un ojo es de color verde y negro, como el agua en un tocón. El otro ojo es blanco. Blanco y ciego.

Ahí yace, mirándome fijamente, frunciendo el ceño lentamente. Las marcas se arrugan en su frente. Algunas de las líneas pintadas con aguja están borrosas en sus contornos por el envejecimiento de la piel, convirtiéndose en una mancha descolorida de azul sucio, aunque en el centro son nítidas. Parece que le rehacen las marcas de año en año, se las marcan aún más profundamente para mantenerlas claras y nuevas. Su ojo verde me mira entornado, el blanco mira a la nada. Junto a su cama, la mujer grande y lenta se sienta de cuclillas para observarnos, no hay más vida en su cara que la que contiene una piedra.

—Padre, soy Usin. —Intento hablar a través de mi nariz, no por la garganta.

—Soy Usin. Tu hija.

Tu hija arrastra sus pies comidos por las anguilas a través de la arena del fondo del río y baila en dirección al mar. Su pelo flota y se parece a la hierba, que es más hermosa cuando está bajo el agua.

Ahora, está más allá de este lugar, viajando en su lenta danza a través de la noche. Sus pasos son torpes, ya no excita a ningún hombre con el movimiento de su carne, ni jamás puede volver a hacerlo. Sólo la corriente la abraza, fuertemente contra su fétido pecho.

Él me mira fijamente. Un silencio largo e inquebrantable que se extiende y extiende, y sólo ahora habla.

—¿Hurna? Vuelvo ya a mi choza.

No me habla a mí. Aunque me mira fijamente a los ojos todo el rato, no me habla a mí sino a la mujer enorme y silenciosa que nos mira. Se llama Hurna, entonces. Deja de estar de cuclillas y se levanta, desplegando con desgana su enormidad, todo esto sin decir palabra. Se coloca de espaldas a la cama de palos de madera y luego se agacha para coger las asas que salen de su parte delantera. La levanta. Un gruñido muy pequeño se le escapa, aunque más que por el esfuerzo lo hace para señalar que ha terminado una tarea.

Tras levantar al anciano de forma un poco torcida, pero no lo bastante como para hacerle caer de la cama, arrastra la litera hacia la puerta de la casa circular, donde el hombre con las manos teñidas y temblorosas aún espera y nos observa. La cama deja un par de surcos por detrás, que arañan la tierra negra, mientras el anciano aún me sigue mirando a pesar de que se lo llevan, arropado en su sudario de mirlo.

—¿Y bien? ¿Vienes, hija?

¡Ya está! Ha hablado. Me ha hablado y me ha llamado hija.

—Voy, padre. ¿Necesita tu mujer ayuda para llevarte? Lanza un sonido que es un chirrido. Se me ocurre pensar que está riendo.

—¿Hurna? No es mi mujer. Lo único que hace es limpiarme el culo y darme de comer, me lleva de aquí a allí, y a cambio he de soportar todos sus desvaríos sobre el mundo del espíritu y sus estúpidos dioses.

Sus. Estúpidos. Dioses. Las palabras salen entre respiraciones poco profundas. La mujer tira de la litera, despacio y con equilibrio; no parece haber escuchado al hombre Hob quejándose de ella. Les sigo, camino detrás de ellos entre las líneas marcadas sobre la tierra. En lo profundo de mi garganta está el olor del humo del sebo y de las plumas.

Echo un último vistazo atrás: los muchachos monstruosos están sentados sobre las pieles que están a cada lado de su hinchada reina. Uno de ellos, Bern o Buri, arrima su cabeza para besarla por debajo del brazo. El otro tiene su mano bajo las pieles de ella. Aparto la mirada rápidamente. Salimos del velo de juncos para adentrarnos en el aire helado y lleno de estrellas. El centinela de los temblores y de las manos negruzcas me observa pasar, pero no me habla ni me sigue.

Cuando ya estoy fuera, veo que Olun y la mujer que le remolca cual caballo no me han esperado, sino que se han adentrado en los serpenteos de un sendero dormido y hundido en la oscuridad marcado por las pisadas que se encuentra entre las chozas que se agolpan. Me hacen correr para alcanzarles, camino al lado del camastro de Olun y hablo con él una vez que he recuperado el aliento. A nuestro alrededor, hay movimientos y murmullos en las viviendas de techo de heno, cuerpos que se preparan para la noche envueltos entre harapos y paja.

El anciano gira la cabeza, me contempla desde su cama de palos de madera que traquetea a mi lado.

—Qué bien está todo —dice— ahora que mi hija ha venido. ¿Cuántas noches has pasado en el camino?

Ésa es una respuesta que la chica muerta no me ha dado, en la orilla del río, es una de las cosas que no se me ha ocurrido preguntarle. Es demasiado tarde como para cortarle otro pulgar. Mi ingenio, sólo él debe salvarme.

—Más días de los que puedo contar —es mi respuesta, después, rápido, a otra cosa—. Todas estas noches, el sueño me pasa de largo y no me lleva consigo, tanto miedo me da saber que estás enfermo.

El anciano sonrío, los labios se retiran descubriendo los pocos dientes amarillentos que le quedan. La calavera está impaciente, deseosa de que llegue pronto el día de poder abandonar la carne seca y la piel curada por el sol, para emerger de la cabeza de Olun con una sonrisa victoriosa sobre la carne derrotada. Estos dientes, incrustados en las encías marchitas, no son sino heraldos de lo que va a suceder. Por encima de su sonrisa, el anciano posa su ojo ciego y blanco sobre mí, de perfil entre sus párpados grises. Parece mirarme fijamente.

—¿Te crees que no sé lo que tramas? —dice, la sonrisa es aún más amplia, y en mi estómago algo pesado cae y se mueve y hace que mi culo se apriete con fuerza. Lo sabe. El anciano conoce mi plan, las cuentas prestadas, la cosa muerta del río. ¿Qué me queda por decir o hacer salvo huir y esconderme?

Habla de nuevo, y me retiene con su sonrisa, con su ojo de serpiente muerta. «Crees que te vas a ganar mi favor con tus palabras, ¿verdad?». Se ríe al verme, mirándole fijamente como un gato estrangulado llena de miedo y asombro. «Piensas quedarte con el tesoro del anciano al morir el anciano. Aún tienes algo de tu madre dentro de ti,» y se vuelve a reír, y cierra los ojos y se ríe tanto que la risa se convierte en una tos húmeda y profunda.

No lo sabe. Cree que soy una granuja codiciosa, pero cree que soy su hija. Doy gracias a todos los dioses, aunque en verdad no hay ninguno.

La respuesta se me ocurre con facilidad, le añado un cierto aire de sentirse dolida por su afirmación mezclado con un toque de vergüenza que una chica así podría tener: «¿Cómo puedes burlarte así de tu hija, que ha caminado tan largo camino para estar junto a ti? ¿Cómo puedes decir que no se preocupa por ti? Ay, estoy considerando volver, ya que quiero bastante poco a un padre así o sus riquezas».

En este momento la tos para. Ahora tiene aspecto de estar preocupado, menos seguro de que me tiene en sus manos.

—No. Debes quedarte, y ni caso a mi lengua. Es sólo una broma de un anciano, nada más. Tú eres sangre de mi sangre, la única, debes quedarte conmigo hasta que llegue mi final.

El ojo que ve busca mi mirada, temeroso de que pueda alejarme de él con todas sus burlas. Me necesita, y no está seguro de que yo lo necesite: la victoria es mía. Respondo con desdén y de manera desconsiderada, para obligarle a morder el anzuelo con más fuerza.

—¿Ah sí? Dices que soy la única que es sangre de tu sangre. ¿Qué hay de mi hermano Garn? Le has otorgado tus favores a él antes que a mí, una vez con anterioridad. ¿Por qué no te consuelas con él y me dejas en paz en mi casa del norte, si tan mala opinión tienes de mí?

Entonces aparta la mirada, y por un rato no habla. Sólo hay silencio salvo por el arrastre y traqueteo de su cama a través del suelo y las piedras; salvo por la respiración ruidosa de la mujer mientras camina con dificultad hacia delante, mientras le arrastra entre las chozas.

—Garn no es mi hijo. —Sus palabras son duras como el pedernal. Alza la vista hacia las estrellas y no me mira.

Lo mejor que puedo hacer es mantenerme callada, esperar que diga algo más sobre esto. Las chozas avanzan lentamente a nuestro alrededor. La mujer jadea como un gran perro, y ahora el anciano habla de nuevo.

—Es nuestra costumbre pasar nuestras enseñanzas al hijo, como es nuestra costumbre buscar compañeras en tierras lejanas ya que eso da fuerza a la sangre. Por eso a Garn se le lleva lejos y a ti se te deja junto al gran y frío mar. Es nuestra costumbre pasar nuestras enseñanzas al hijo, pero Garn...

Se detiene y aclara su garganta, escupe algo oscuro en la oscuridad que nos rodea.

—Garn no va a aceptar su tarea, y se opone a cumplir con su deber. Dice que él no es un hombre sabio y que trabaja con el metal, lo cual él cree que es un arte más adecuado a nuestros tiempos. Dice que no le preocupa saber o no las artes secretas y antiguas. No podemos hablar

sin reñir, así que no hablamos nunca. A pesar de que sabe que estoy enfermo y mi vida se acaba, no da su brazo a torcer, ni deja a un lado sus hachas de piedra y moldes. Sólo estás tú para aprender de mis enseñanzas antes que no me quede aliento, muchacha. Sólo tú.

Su mirada es lastimosa, la lanza sobre mí como una bestia achacosa. Cuando los hombres son débiles, mi corazón se encallece aún más, pero en mi voz sólo hay cariño, susurro para no despertar a los que duermen en los montículos coronados por juncos de alrededor.

—¿Qué enfermedad tienes, padre? ¿Está en tu respirar, ya que no tienes aliento para hablar?

Su cama se zarandea con fuerza, arrastrada a través de un agujero que aparece repentinamente en la tierra. Gruñe, incómodo, y luego suspira.

—Esta aldea forma parte de mí en demasía. Sus enfermedades son las mías. Si hay escarabajos en el grano en los campos del sur, algo roe mis órganos vitales. —Su mano se mueve, como un cangrejo frágil, por su tripa.

—Y si las viejas piedras de La Colina de la Bestia caen en la mina y el abandono, entonces en mi espalda los huesos se debilitan como la piedra amarilla y se desmoronan cuando uno roza contra el otro.

Ahora levanta sus dedos, hace un gesto hacia el ojo inútil y blanquecino, como la leche cortada. «Esto pasa cuando el pozo en los prados al este de aquí se seca. Si el túnel de debajo de la aldea se inunda, y una caverna se hunde, eso me deja meando sangre de una luna a otra. Si se queman los árboles de la gran cadena de colinas del este para nivelar la cima, mi polla ya no se levanta. El pelo se me cae y se me queda como la de un bebé».

Más adelante, situada un poco apartada de las demás chozas, una gran sombra se encorva en nuestro camino, ahí es hacia donde la mujer Urna se dirige con dificultad, ella arrastra al anciano en su estela, y éste me arrastra de igual modo con sus palabras.

—La gente es lo peor de todo. Cuando Jebba el del Diente Roto se vuelve loco y mata a su mujer y sus hijos, entonces me sale líquido de los oídos. O, si los hermanos Muchoscaballos se pelean, mis dientes sufren de un frío que quema. Y ahora con todos los hacedores de mal que tenemos por aquí, los ladrones de bolsas y los estafadores, todos los ladronzuelos que roban y viven en poblados elevados sobre troncos zancos junto a la ribera. Me salen piojos por ellos.

Se ríe de oreja a oreja, y muestra sus dientes solitarios, que se duelen de todas las palabras furiosas que se cruzan los hermanos Muchoscaballos, quienesquiera que puedan ser.

—Alguna vez, me apetece coger uno gordo y reventarlo con el pulgar. Al día siguiente, corre la voz de que algún estafador gordinflón del pantano se ha quedado atrapado entre sus troncos zancos al caerse éstos, de modo que le han aplastado y le han partido prácticamente en dos.

En este momento se vuelve a reír, una risa que es como el crujir del ala de un pájaro muerto, y aquí nos detenemos, la mujer deja de tirar cuando llega ante la masa oscura que es la choza del anciano. Aparta la maderas que no dejan entrar por la cuerda que gira, de donde una luz roja y apagada mana, como la de un agujero de tortura, y mientras arrastra al anciano hacia dentro él aún sigue riendo y me hace un gesto, con el pulgar y el dedo. Sus uñas negras se besan.

En La Montañita de Mierda una muchacha no mucho mayor que un bebé me dice que no puede encontrar a su madre entre la muchedumbre del mercado, parece que me toca a mí cuidarla en vez de a su madre. De un hombre negro con una túnica cuyo color no soy capaz de describir, me trae un puñal nuevo y brillante y una moneda de plata como pago.

Sobre La Colina en la que Montan a la Hermana un molinero me da medio cerdo por casi tantas bolsas de tierra como dedos hay en una mano, pero las bolsas tienen sólo un dedo de grano esparcido por la parte de arriba para ocultar la tierra que hay debajo.

En El Camino del Aburrido me maldicen por comerciar con deposiciones de perro envueltas en corteza como remedio contra la sífilis.

Un anciano de Acequia Apestosa me da la mitad de una piel de grano por metérmela en la boca, luego se duerme para acabar despertándose con la bolsa de su tesoro y la tripa rajadas.

En los Campos del Culo Gordo, recuerdo el túmulo abierto por la noche, mis hombros doloridos de tanto cavar, y un trapo que cubre mi nariz. Los dedos podridos se hinchan bajo los anillos, y hay que sacarlos retorciendo. La carne ablandada se arruga en la articulación, y se sale del todo cuando el anillo queda totalmente arrancado.

En Empalagoso aquella chica grande y gorda y su media barra de pan...

El anciano chasquea sus uñas de color escarabajo y en silencio aplasta una garrapata.

Dentro, la gran choza en forma de campana es un pulmón formado por juncos y piel sobre un armazón de madera, está llena del olor a pis agrio y humedad que señala que algo es viejo, aunque está sazonado con aromas extraños. Es grande, aunque se hace pequeña por todo el desorden almacenado ahí dentro, aquí hay fantásticos acantilados de máscaras de piel de perro y escudos con caras de dioses, de cascabeles, huesos con plumas y hombres hechos de barro cocido. Pájaros extraños, muertos pero sin pudrirse, tiesos y que miran fijamente, enjaulados

entre maderas entrecruzadas. Un embrollo de ratas encurtidas todas unidas por las colas y clavadas en la corteza. Un corazón curtido y barnizado. Rocas en las que están las huellas de monstruos, cuencos para cocinar y carretes de hilo de tripa, todo esto y mucho más se encuentra en estas colinas de pedregal peligrosas para caminar y que llegan hasta la oscuridad que pende del techo.

Hay pasillos con la anchura de un hombro abiertos entre las pendientes escarpadas de un embrollo de herramientas y palos fetiche, entre las guirnaldas polvorientas y secas y las prendas de piel de anguila. Es como si esto lo hubiera visto antes, ¿quizás en un sueño de bebé olvidado?

Hay un puñado de ámbar que contiene en su interior un horroroso monstruo de mar, su cuerpo es liso y tiene mechones de gusanos de sangre que le salen de la espalda, se yergue sobre muchas patas finísimas, y en un extremo tiene la cabeza donde se encuentra una cara que me obliga a apartarme. Hay un cuenco por el que se puede ver a través, y una niña nonata, enroscada, su cabeza ciega pintada de tiza blanca y luego coloreada de forma alegre, como una puta.

En algún lugar hacia el centro de este laberinto excéntrico de forma circular, un foso con brasas vomita una luz enojada. Como con gotas de mineral fundido llena de rojo los ornamentos derruidos; esta luz es atrapada por velas de barco pintadas, y apoyada por las sombras; se desgrana en finas líneas humeantes de rosa y de verde oscuro sobre la delgadez de sus contornos. Un negro total cae sobre los pasillos entre las cosas inútiles, rasgado aquí y allí por rayos de luz forjada en sangre que se derraman por los montones que forman los caminos laterales de aquellas esquinas donde un canal se bifurca en otro.

No se puede ver nada de Olun en su cama de palos de madera, salvo cuando pasan a través de este rayo de luz que parece una chimenea iluminada por un resplandor repentino de fuego de guerra. Les sigo utilizando sólo el oído: la litera araña la tierra negra ya marcada, el ruido sordo del pie de la mujer se ve amortiguado, al percutir contra dicha tierra, lo que me produce cosquillas debajo de la desnudez de mi talón. Ahora les pierdo en una curva y me doy prisa para darles alcance, doblo la esquina a tiempo de ver la cara del anciano escarificada por las agujas llenarse de repente de rojo y de brillo al salir de la oscuridad mientras pasa por una franja de luz. La franja se hace más ancha. Estamos adentrándonos en el círculo del espacio abierto alumbrado por las brasas sobre el que gira este camino laberíntico de barriles apilados, cosas caídas de un sueño, y trozos extraños.

La mujer, Hurna, con su cara chata reluciente de sudor, baja al anciano y el camastro para que reposen junto al fuego sepultado, después se va sin mediar palabra a por madera para devolverle la llama. Se pierde en un momento, andando a trompicones con grandes pasos de oso dentro del laberinto de reliquias.

El anciano está cansado, me manda dormir en una esquina lejana cubierta de pieles y apartada. Me dice que no preste atención si él y Hurna se ponen a hablar alrededor de las brasas durante un rato. Es obvio que no desea mi compañía, bueno, mi cama está hecha de pieles, y las colgaduras me tapan la luz del hogar.

Enseguida, me llega el sonido que señala que Hurna ha vuelto con la leña, el estrépito de cuando la deja caer. Entonces hablan, bajito, la primera vez que ella habla de modo que puedo oírla. Parece que es más simple y estúpida de lo que aparenta, que ya es decir.

Espero que hablen de montar, o de algo que merezca la pena escuchar, pero no. Habla lánguidamente sobre un dios que nos devora, eso a mí no me parece un dios. Dice que una vez somos devorados, podemos renacer entre los dioses. ¿Cómo qué? ¿Cómo un pedo que se balancea en el agua de su agujero de cagar de oro? Las cosas nacen y luego se comen, no puede ser al revés, no por lo que yo sé.

De vez en cuando, la voz del anciano la interrumpe y dice con su voz rota algo ingenioso con desdén, para retirarse de nuevo y permitir así que la respuesta de la mujer se arrastre y se pierda en la noche. Ella mantiene y hace que avance la charla, como una litera cuyo peso viene dado por las palabras bruscas y pesadas.

Bajo las pieles y desnuda salvo por las cuentas, mis ojos están cerrados pero no mi oído. Sus palabras flotan a través de mí. La esencia. El espíritu del mineral. Las limitaciones de la carne. El cambio. Ser transformado, volver a ser concebido en la pasión, la pasión, la pasión de la ceniza...

Los campos de ceniza. Soy una niña pequeña. Esta nieve está seca, y es de un gris cálido, sus flancos suavizados y redondeados son perfectos para caminar, se trata de un polvo más fino que el maíz de molino, tan fría y resbaladiza como el agua sobre mi pie que ahora se hunde en ella, y se hunde, esperando encontrar el suelo, y se hunde aún más, no hay nada firme bajo la ceniza para detener mi caída...

Me despierto. Las pieles están amontonadas sobre mi cuello. Las colgaduras están iluminadas de rosa por el otro lado y la voz de la mujer sigue aún más allá de ellas. Mi espalda está llena de sudor y entre mis pechos la humedad brilla. Estas pieles me dan demasiado calor. Saco mis brazos y mis hombros de ahí abajo. Eso está mejor. Estoy más fresca. Me giro y me inclino hacia el otro lado. El aro de alambre de las cuentas ahora se me clava en el hombro y he de apartarlo. Ahí está. Ahora me siento totalmente bien, tan agotada y cansada que no se me ocurre pensar dónde descansa mi pierna, o mi mano. Soy toda una única pieza suave, que no conoce las diferencias entre las distintas partes que me conforman.

Las palabras de la mujer, ahora libres de todo significado, son sólo sonidos, guijarros grises, lustrosos, y húmedos que caen despacio a

través de la nada, aquí en mis párpados: La colina de la bestia. El anillo del corazón. En la urna con las reinas. El gusano engañado. Huesos molidos y trillados. Y cuando tú. Y cuando todos nosotros. Cuando nosotros. Cuando nacemos con la primera chispa...

En mi oscuridad, los caprichos del color viran hacia el azul, no, el rojo, y corren a formar un círculo. Forman una telaraña hacia fuera, hacia fuera y el centro se convierte en el verde derretido propio del invierno profundo y, con una luz trémula, se rompe, las ondas, el río, la orilla del río, y aquí viene, la chica, con la garganta totalmente desgarrada pero no le da importancia, y sonrío, encantada de encontrarse conmigo.

—Sube un poco a la ribera del río —me dice—. Hay un gran perro negro ahí arriba que dice que te conoce.

Me da la espalda y camina, encabezando la marcha. ¿Adónde ha ido a parar el río? Hay arbustos a cada lado y montones de trastos entre ellos, pilas de cosas extrañas e ingeniosas que me resultan muy conocidas, aunque sus nombres no me vienen ahora a la cabeza. La chica me llama desde ahí delante, a lo largo del pasillo.

Intento alcanzarla pero algo se enreda en mis pies y me hace avanzar lentamente. Su voz se aleja de mí. Ahora está hablando con alguien, aunque sus palabras son sosas y no tienen nada de vida. Así es como deben de ser las conversaciones entre los muertos. Sigue empujando. Empuja más para ir tras ella. Ahora está más oscuro. ¿Es ella la que me está llamando? Ahora está más oscuro...

La luz. La luz de la mañana. ¿Qué lugar es éste en el que me despierto? Olun. La choza del anciano. El padre de la chica. La chica junto a la orilla del río.

Ah, sí.

Aún estoy medio dormida, todavía me siento confusa, hablo entre dientes conmigo misma mientras me pongo su ropa, mi ropa, luego acudo lentamente hacia el centro circular de la choza de Olun. No hay nadie. El foso del fuego está frío y apagado. A las hileras grisáceas y de color de hígado de las rarezas que me rodean les ha robado todo su encanto de medianoche un sol que se ha hecho sitio entre husos polvorientos a través de los resquicios del techo de junco que está encima.

Ahora hay una quietud y un silencio antiguo en todo ello, en estas columnas del ornamento y de lo que permanece. Los senderos estrechos que forman barrancos atravesándolos no son tan laberínticos bajo la luz perlada de la mañana, lo que hace fácil dar con la salida, a trompicones, y farfullando saludar al día. Entorno los ojos ante esta luz brillante; veo cómo el mundo se desliza por mis pestañas.

—¿Usin? ¡Usin!

Lo repite otra vez antes de darme cuenta de que ése es mi nombre. Me giro. El anciano yace ante mí en su balsa de ramas, aunque ahora no está envuelto en plumas sino cubierto por entero con una túnica formada por muchas pieles de perro, de modo que los morros negros aparecen aquí y allí por encima de una boca que es como una abertura desgarrada, por debajo están los agujeros con forma de párpado y que sirven para sujetar.

Junto a él la comida está repartida en cuencos de bronce pulido. Un pescado caliente yace boquiabierto. Sus ojos cocidos y nublados por la alarma y una gran infelicidad me contemplan fijamente. Cerca de él, hay un plato no más grande que un pulgar lleno de puré de cerezas amargas. Trozos de pan gris con piel de corteza para untar.

Una piel de leche de cabra tibia para que la comida entre mejor.

—Hurna y yo comemos al alba. Ahora está rezando con su gente y no va volver por aquí hasta el mediodía. Puedes comer ya.

Me señala la comida, con un espasmo de su mano estampada.

Observa cómo me pongo en cuclillas con las piernas cruzadas, cómo saco la daga de mi bolsa y atravieso el pez a lo largo del dorso, alrededor de su cola, por la línea de las agallas de su garganta; un vapor gris se levanta desde donde la piel negra se separa, arrancada por mi filo. Saco la espina con el pulgar. Quito las puntas de pelo de hueso de las costillas, de los surcos de carne blanca humeante. Ahora saco el ciempiés frágil que es su columna junto a toda la cara y las aletas del culo, para apartarlas. Extraigo un gajo de carne caliente que llevo en la punta de mi daga hasta situarlo entre mis labios, lo que me hace pensar en cómo fue empleado ese filo la última vez.

Masticarlo me lleva un rato, tragarlo un poco menos. Debajo del borde de un plato de bronce brillante, el esqueleto similar a un helecho me mira fijamente, con ojos de muchacha, junto a mi plato. Masco, trago, cojo algo más, pero esta vez con los dedos. Olun me observa, y cuando ve que mi boca está demasiado llena como para interrumpirle sin atragantarme, habla.

—Mientras Hurna no está aquí podemos subir por el sendero del río, quizás hasta el puente y volver. Si tú vas a recibir mis posesiones, del mismo modo debes poseer el conocimiento sobre la tierra y todo lo que yace en ella.

Me doy cuenta de que ha dicho «podemos subir», cuando sólo yo estoy capacitada para eso. Quiere decir que le lleve a rastras, ocupando el lugar de la mujer de pies de buey, ¡y mi constitución es tan enclenque! Las escamas de la criatura en mi boca y la mención a sus posesiones son lo que me detiene a la hora de decirle al muy vago lo taimado y bastardo que es.

No vuelve a hablar mientras como el pescado, el pan, o la leche llena de tierra, aun así, de vez en cuando, abre la boca como para hacerlo, aunque no emite ningún sonido. Ahora me doy cuenta de que se trata de bocanadas que da para tomar aire.

El cocido de cereza es demasiado ácido para mí, lo dejo sin apenas probarlo. Después, tras agacharme para apretarle más su capa de perro antes de levantar su camastro y arrastrarlo, levanta una mano y me limpia con cuidado la leche de cabra que se me ha quedado en el labio inferior, el extremo del dedo tiene un sabor rancio y ahumado. Sonríe, los ojos se le arrugan en las cuencas de piel de telaraña. Tres dibujos de pececillos realizados en un rojo vivo sobre un párpado se pierden dentro de las profundidades repentinamente llenas de fisuras.

Ni mi padre ni mi madre han tenido la necesidad de que yo los arrastre por todo este camino. Mi padre que reposa en la tumba por un picotazo de abeja allá en la hondonada del Gran Bosque del Norte, no me pide que le arrastre, putrefacto, por toda la tierra. Tampoco llevo a mi madre cuando enferma, mientras nos prostituímos en las minas al este de aquí, ambas hemos caminado juntas desde la muerte de padre, y cuando su tos comienza a alejar a mis clientes no puedo hacer otra cosa salvo abandonarla.

«Descansa aquí. No me va a llevar mucho tiempo encontrar algo de leña y volver. Descansa, Madre. Descansa y espérame,» y la mañana me encuentra en otro lugar, camino abajo, sola.

Los dos están muertos y se han ido, a ninguno ha habido que llevarles a ningún sitio.

Aprieto con dolor las asas de la litera, tengo las manos marcadas y se me están llenando de callos, y apenas hemos salido de la aldea, apenas hemos salido de la madeja de caminos de polvo enredado donde los niños ríen y se pelean entre las chozas bulliciosas, sus formas finas y marrones entran y salen de mi vista como espíritus en la bruma de la hierba que se fuma, las nubes de los estofados caldosos y tristes al olfato forman una niebla enfebrecida que humedece las mejillas.

Aunque lo arrastro detrás de mí sobre su camastro me doy cuenta de que parece que el anciano me está empujando, pinchándome para marchar más allá de los círculos formados por las chozas hasta la puerta norte del poblado. Nos cruzamos con el chico con la marca de nacimiento que ha hecho guardia a mi llegada. Camina con una chica bajita y gordita cuyos hombros moteados son pálidos como la leche bajo su pelo dorado de color sangre, el muchacho no me mira.

La choza de vigilancia junto a la puerta está vacía cuando pasamos por ahí, raspándonos con los helechos de los lados, hacia el campo situado más allá. La choza de vigilancia vacía me preocupa, pero una vez que atravesamos la puerta la razón está clara: el hombre atrofiado de las manos teñidas de negro está fuera, con su rostro mirando hacia la

barrera de espinas, una polla delgada pende sin fuerza de sus manos temblorosas. Se encuentra solo de guardia así que ha cruzado la puerta para hacer un pis, pero por lo que parece se queda de pie y no sale nada.

Cuando pasamos a su lado, conmigo en primer lugar, y el anciano por detrás a rastras, levanta la mirada, ve a Olun, y dice en alto:

—Así que tienes una hija. Eso es nuevo.

—Sí —responde con voz ronca Olun—. Sí, eso es nuevo.

Así pasamos y tomamos el sendero junto al río, formado de tierra amarilla pisoteada y desgastada situada entre los matorrales. Hojas de color de bronce se amontonan junto a los árboles que se alzan como viudas con los hombros desnudos y rotas por la pena, sus cabezas se inclinan hacia abajo y su pelo gris atrapa la piel del río en el lugar donde las corrientes que se dividen como ramas forman un trenzado plateado. Alzo la vista desde mis pies congelados que caminan torpemente hasta llegar a la altura de mi hombro y me giro, veo inclinado al centinela de manos que parecen guantes de hollín, aún mirando a los endrinos y esperando que el dique se rompa.

Pasamos junto al río rozándonos con todo y con estrépito, a contracorriente. La cama de ramas cruje, arrastrada a lo largo del sendero tan desgastado que está a mis espaldas, como un fuego en la maleza detrás de mí ahora me alcanza una voz, es la del anciano, también es ronca como un crujido.

—Si has... —una respiración— de sucederme...

Otra más. Su discurso se rompe con estas luchas constantes y desesperadas por tomar aire, son remolinos repentinos en el fluir de su voz.

—Si has de sucederme, entonces debes conocer mi sendero. Si vas a ser el sabio al irme yo, bueno, entonces vas a recibir mis posesiones, pero también has de poseer mi sabiduría.

Al oírle hablar, se me ocurre que aunque es viejo aún conserva la razón. Lo puedes saber por la manera en la que liga una palabra con otra, con claridad a pesar de que la respiración le interrumpe. Mi madre, más joven que él, sólo ha dicho en sus últimas lunas «Cagar», «Mojado», y «¿Adónde ha ido?». El tal Olun no es un necio, por lo que soy toda oídos.

La voz de fuego sigue escupiendo palabras, por encima de los crujidos de la litera. «Mi forma de sabiduría es mi camino, aún lo recorro en mis pensamientos, aunque ya no puedo caminar en este mundo».

No hace falta que me lo diga, mis manos están llenas de ampollas y los hombros me duelen por arrastrarle.

Respira de manera ahogada y frenética y luego continúa.

—Este camino de sabiduría está marcado a través de malezas de pensamientos por largas lunas de repetición; a pesar de ello, no significa nada si no tiene su reflejo en este mundo, el mundo por el que caminamos y morimos.

Él me deja lo de andar a mí y, a cambio, la muerte se la queda él.

—Por lo tanto, mi sendero de pensamientos lo extraigo de todos los senderos a mi alrededor en la verdad de la vida. Estos territorios que abarcamos también se expanden hacia dentro, donde hay monumentos de ideas, simas, cimas y arroyos para que los pensamientos nocturnos planten ahí sus semillas. Si quieres conocer mi sendero y seguir su camino, entonces conoce la tierra alrededor, tanto el camino y la aldea, su puente y su ribera. Conoce las chabolas marginadas, las piedras antiguas y los vestíbulos de los barrancos. Marca cada sendero de arriba y conoce cada sendero de abajo, su camino secreto desde la cripta al agujero del tesoro.

Durante el rato que está hablando, estoy tranquila. Aunque la palabra tesoro no he de dejarla pasar, y me pide que diga algo.

—¿Qué sendero bajo tierra es ése, y cómo voy caminar por él, si todos sus caminos son secretos?

Muestra desdén, con su respuesta zanja la cuestión.

—Tenemos nuestros caminos Urken bajo el suelo. Sólo el Hob o la mujer Hob conocen sus caminos, que pasan de mano de sabio a mano de sabio a través de los tiempos. Muchos tesoros de nuestro arte están ahí, pero eso lo vas a saber al estar lista, llena de sabiduría de los caminos más sencillos de arriba que son igual de importantes para tu tarea. Ese día, bien puedes bajar y caminar las leguas iluminadas por velas tú misma, donde estos pies viejos míos caminaron una vez por las laderas de gusano y la fría roca, las cuales ahora sólo camino en mis sueños de perro. Antes de ese día debes recorrer todos los senderos superiores, y conocer las historias que están a lo largo de los mismos.

Eso me preocupa. Parece ser que al anciano se le ha ocurrido pensar que le voy a arrastrar arriba y abajo por todos estos senderos de los que habla, esto no me gusta, de ninguna manera. En lo que respecta a las historias que están a lo largo de los mismos, las que cuelgan ahí en el jardín de torsos ya me resultan conocidas, y no deseo oír más historias así. Me doy cuenta de que, ya que no hemos pasado por donde se ve esa carroña empalada, el sendero por el que he venido la noche pasada debe de estar en algún lugar al este de este camino del río, lo

que me alegra bastante. Sigo andando con dificultad, las hojas me pegan patadas alrededor de los pies.

Ahora Olun me exige que pare un momento, y me ordena que deje de mirar al río y mire al este, donde se alza una colina de cuya cima sale humo retorciéndose en forma de jirones. Es la colina por la que he bajado hasta el valle de suelo cenagoso al llegar aquí, los fuegos de su cumbre aún arden de día. A lo lejos, más allá de los campos, aún se puede ver en ese pico a gente pequeña en pie alrededor de las llamas. Sus cánticos, tenues y distantes, nos llegan con cada nuevo cambio de viento, hay una voz de tono más estridente que el resto, que llega más lejos.

—Ésa es Hurna —afirma el anciano, riéndose y esparciendo saliva por sus pieles con caras de cachorros de perro. No añade nada más, pero me ordena que coja las asas y continúe. Nuestras sombras se marchitan bajo el sol en ascenso. El tiempo pasa.

Por delante, a mi derecha se mece un prado empantanado de juncos, una hondonada de lanzas pálidas que presenta una cosecha de tierra sólida que sobresale de su centro como una isla en un lago de cañas, sobre él hay un montículo de madera, como para un fuego. Hay algunos niños jugando ahí cerca, unos muchachos que se agachan ante otro igual que ellos, que está tumbado de espaldas. Lo golpean con sus puños, lo manosean, y dan fuertes gritos.

A medida que nos acercamos, y pasamos a su lado, me doy cuenta de que no es un niño lo que yace entre ellos sino una imitación de un muchacho, cuyos harapos vacíos llenan y atiborran con paja para darle forma.

—Así que se están preparando para el chico cerdo en el campo de Hob —dice Olun, pero es mejor reservar mi aliento para tirar de él, y no para preguntarle el porqué de todas las locuras que se le ocurren decir. Sigo caminando a pesar de todo. Las hojas se elevan como pájaros, y sigo, y sigo, y sólo ahora, cuando la espalda casi se me rompe y los dedos me fallan, veo ahí el puente, ahí al extremo más alejado de este camino del río, flanqueado por un pasillo de abedules que están perdiendo la corteza, que palidecen plateados bajo la luz. Casi. Casi hemos llegado.

El anciano me cuenta todos sus secretos justo antes de morir, y me permite adentrarme en los túneles situados bajo el poblado, donde hay cuencos de plata y pulseras de oro. En la tranquilidad de la noche, me llevo este tesoro lejos camino abajo, donde mi nueva casa me espera. Cambio mis nuevas riquezas por tierra, por reses y pieles bonitas y bellos esclavos, de modo que todos los que pasan junto a mi choza pueden ver su grandeza y sus tierras llenas de ganado y decir, «qué mujer tan magnífica ha de vivir ahí».

Como sólo los peces más exóticos y los trozos de carne más tiernos sacados de cachorros de bestias. Guerreros altos y pintados guardan

mis días; los más fuertes me prestan su servicio por la noche, y cada luna mis aldeanos me ofrecen su gratitud y sus bolsas de grano. Sus hijos bailan entre las columnas decoradas con rosas sobre las que se erige mi silla.

Así que éste es el puente. Su curva la forman grandes troncos negros que se van puliendo unos a otros a lo largo del tiempo, se alza suavemente alejándose de nosotros hasta llegar a su joroba, por encima de la espuma y las agitadas profundidades de abajo. A pesar de poner todo mi cuidado a la hora de tirar tanto de él como del camastro a través de estas maderas llenas de protuberancias, el anciano gruñe y chasquea la lengua y se queja cada vez que se golpean sus huesos.

Aquí, casi al final de la cuesta, la superficie ennegrecida muestra grietas entre las maderas. Parece que hay un pequeño foso cavado bajo esta parte sur del puente. Entorno los ojos, esforzándome por ver, pero fuera lo que fuese lo que una vez ha podido haber para ver dentro de ese agujero hace tiempo que ya no está. Sólo hay tierra pálida y moteada, iluminada de forma brillante en los sitios donde la luz del sol se escurre entre los troncos del techo sobre el cual nosotros caminamos ahora.

—Para aquí —dice Olun en cuanto llegamos a la mitad del puente, me ordena bajarle y que me siente junto a su camastro sobre los troncos mojados, mientras las aguas rugen debajo de nosotros. El frío me atraviesa el culo. No hablamos mucho. Hace un comentario sobre mis cuentas, esos destellos azules que cuelgan en su hebra de cobre alrededor de mi cuello, y me pregunta cómo están hechas.

Me asusta la facilidad con la que este relato robado sale a trompicones de mis labios: los fuegos en la, arena, las algas cubiertas de cenizas, vistas a través de las nieblas de la orilla, ardiendo. Hombres con manos arrugadas y llenas de cicatrices provocadas por las quemaduras que vierten el mineral y maldicen si salpica, el tufo de la barba chamuscada, un calor que abrasa los pulmones y, después, las arenas vidriosas endurecidas alrededor del agujero del horno, sobre las que se derrama el jugo amargo de las algas marinas y la encina de mar y el azul cobrizo. Mis palabras manan sin esfuerzo, y evocan a chicas alocadas en la playa, cuyas faldas se oscurecen a altura de los bajos al mojarse con las olas, que recogen las cuentas color cielo en las dunas tocadas por el fuego, al hablar parece que conozco estas cosas.

El anciano asiente con la cabeza y sonrío y mira río abajo donde las aguas coloreadas de verde por las piedras se pierden entre la tierra baldía llena de ortigas del este. Un bote de madera se enfrenta a la corriente, en él dos hombres cuyos hombros impulsan y empujan los remos, hacen surgir una espuma reluciente cada vez que cortan el oleaje burbujeante. Se adentran en un desvío camuflado por los árboles, y desaparecen.

A mi derecha un hombre llama a otro, lo que me lleva a girar la cabeza y mirar. Por encima del extremo más alejado del puente hay alguien

agachado echando un vistazo a la hondonada acampanada y circular que se encuentra bajo este arco, donde las sombras del agua crispada se retiran para formar un puente fantasma invertido bajo el torrente borroso.

Ahora esa silueta está de pie, se trata de un hombre gris de gran barriga, el cual llama de nuevo a algunos compañeros que están sentados compartiendo pan arriba en una pendiente junto a la orilla del río. Éstos responden al hombre junto al puente y parecen reírse de él. Él habla otra vez y señala hacia las aguas poco profundas ocultas bajo el puente. Uno de los comensales da a otro su pan y se pone en pie, corre a trompicones por la orilla para unirse al otro junto al puente, donde ambos ahora se agachan para intentar mirar. Más gritos. Otro hombre baja la pendiente para llegar a ellos, e incluso otro más.

Se trata de algún juego para abandonar un rato su duro trabajo entre las acequias y los campos, que no me interesa demasiado. Vuelvo mi vista hacia el anciano, vestido con perros en su lecho. De perfil, su calavera es redonda y tiene pico, es como un pájaro gris afeitado. El ojo que está más cerca de mí contempla la nada, una cuenca blanca y helada en el invierno de Olun. En su mejilla de cuero, una banda parcheada con cicatrices de color.

Me ha preguntado por mis cuentas: Puede que espere que yo a su vez le pregunte por sus tatuajes.

—Estas marcas que llevas tienen un estilo que no me resulta familiar. No parecen tener ni pies ni cabeza.

Gira su calavera con forma de carcasa de ave para poder verme con su ojo bueno, tomando aire para hablar. Su aliento, que huele como una carne cálida que ha estado colgando mucho tiempo, arremete rancio contra mi rostro y hace que retroceda.

—Oh, tienen pies, muchacha, y cabeza. No pienses que no. Son dibujos de cuervos.

¿Dibujos de cuervos? ¿La mancha de azul gusano de su hombro, los bucles rojos desde el pezón hasta la columna? ¿El firmamento de su cráneo, sus papos garabateados, sus labios acaparados por los helechos? Ahí no hay nada parecido a un cuervo o un pájaro de ningún tipo. ¿Qué quiere decir?

Aparto la mirada de este laberinto de piel, para encontrarme con la suya y seguir preguntándole, aunque parece olvidarse de mí. Mira por encima de mi hombro hacia el extremo norte del puente, sólo su ojo muerto brilla, su vista va más allá del otro lado, lo que me hace temblar con la idea de no estar aquí. Está claro que está examinando algo que está a mis espaldas. Echo un vistazo, para verlo por mí misma.

Lo hombres se encuentran en las aguas poco profundas, vadeando a la altura del muslo mientras se reúnen alrededor del puente. Tocab con unos palos algo alojado ahí para engancharlo; se gritan unos a otros como niños nerviosos, mientras tocan eso, chapotean, y empujan: Id con cuidado. Ahí, atentos. Ya sale. Aquí lo tenemos...

Es grande. Carne gris que se balancea sobre las aguas. Los hombres jóvenes se reúnen a su alrededor. ¿Un ternero ahogado al que se le ha llevado la crecida del río, o...?

Un pensamiento me viene de repente. Los jóvenes agarran con fuerza a la criatura por debajo de sus brazos y la arrastran formando un surco plateado hasta la orilla, donde la sacan chorreando, y cae pesadamente y desnuda sobre la hierba de manera que podemos verla bien.

Oh no.

Sus pechos son como pescado cocido. Tiene la lengua llena de algas y mira fijamente. ¿Por qué no está ya a medio camino del mar, cubierta hasta las costillas de cieno o estrangulada entre las redes de pescar cangrejos, absorbiendo el mar, yaciendo quieta entre una extensión de manos cortadas que aún se retuercen y gesticulan? ¿Cómo es que, muerta, se le ocurre parar aquí en el lugar que ha estado buscando al estar vivita y coleando? ¿Cómo pueden tener los muertos un destino al que ir? De la boca corre un hilillo de agua. Está llena de sanguijuelas, de joyas de flemas negras pegadas a su empeine.

No la conocen, ¿verdad? Tampoco el anciano. Ella no ha venido por aquí antes. Sólo es presa de la carroña. Una pobre cosa que viene del río con mordeduras de peces en la garganta, asesinada, pero no es la hija de nadie. Usin. Ése es ahora mi nombre, y el suyo se lo ha llevado el agua junto a todo su color y su sangre. No es sino fruta podrida de la marea, desnuda y sin nombre, que lucha por mantenerse a flote en las franjas de suciedad que señalan hasta donde sube el agua, ya no es un problema para nadie. Las ondas de la corriente aparecen copiadas, como réplicas empapadas, sobre su piel escrita y llena de pequeños arroyos. La nariz es una caverna, y una de las mejillas está agujereada por los espinos.

El anciano me ordena que le levante y que empuje su cama construida con ramas a través de los troncos elevados hasta donde están reunidos los aldeanos, allá abajo en su extremo más lejano. Las piernas con la piel erizada hasta donde llega el agua con sus húmedas piedras preciosas, la parte de abajo marcada por ganchos y espirales, los aldeanos se quedan quietos como piedras alrededor de la que aún más quieta está.

Al oír el traqueteo de la litera arrastrándose cerca por la madera, los hombres alzan la vista, fruncen el ceño cuando me ven pero lo desfruncen al ver a quién traigo arrastrando tras de mí. Olun levanta la cabeza desde su camastro y estira el cuello para ver más allá de los que

están de pie junto al cadáver. El hombre de tripa prominente, que es quien ha visto el cuerpo primero bajo el puente, se toca con un dedo la frente y dice entre dientes, «Que la fortuna acompañe al Hob,» después aparta la mirada de Olun, y se queda contemplando fijamente la hierba como con miedo. Los demás hombres hacen lo mismo. ¿Qué es lo que hay que temer de este saco de huesos pintado? Aun así se muestran agitados ahí debajo de nosotros en la orilla del río y esperan a que hable.

—Esta mañana ha habido sangre en mis deposiciones, lo que revela que hay problemas en el puente, y eso me trae aquí.

Los hombres se miran los unos a los otros, asustados y atemorizados de que este hecho fuese conocido por Olun mucho antes de pensar en echar un vistazo debajo del arco del puente envuelto en sombras. La risa se me ahoga y hace burbujas en mi nariz: si todos los de esta tribu son tan tontos del culo como éstos, no me extraña que crean que Olun es el hombre sabio. Esta misma mañana me ha hecho arrastrarle durante leguas, aunque sin hacer ninguna mención de este presagio que le han dado sus intestinos, menudo engañabobos. Se me ocurre que vive de los tontos crédulos, al final va a ser cierto que soy la astilla del mismo palo. Bueno, con todo, casi podría ser mi padre.

El hombre tan gordo que parece preñado mueve una mano hacia la mujer con el cuello cortado que está a sus pies.

—Bueno, he aquí la causa de tu presagio. La encontramos debajo del puente, hecha papilla al haberse golpeado contra las presas de los castores.

Por todas las marcas, ¡he ahí la razón! Por eso no está ya danzando de camino a la Tierra Caliente en la resaca o destrozada a picotazos en un arrecife de sal: ¡el puente está construido sobre las presas de los castores! El hombre gordo se calla de nuevo, espera una vez más a que Olun pronuncie alguna palabra, sus compañeros se mueven inquietos a su lado.

Ahora Olun hace una cosa rara y aterradora. Cierra un párpado de color chillón sobre el ojo que ve, de modo que el ojo ciego de color blanquecino parece mirar fijamente la carne repanchingada de la muchacha, fría entre la hierba.

—Le han cortado la garganta. Le falta una oreja, y del mismo modo el pulgar.

Está claro que el anciano se ha fijado en estas cosas antes de cerrar su ojo bueno, aunque resulta extraño ver cómo la examina con su ojo malo. Supercherías y nada más, si bien saberlo no lo hace menos espantoso.

—Lo último que hacen es arrojarla al río, ya que le rebanan las tragaderas antes. Del mismo modo, antes de morir la torturan

cortándole la oreja y el pulgar, así que debe de sufrir todo eso en primer lugar. No la mutilan por diversión, ¿por qué si no detenerse en una oreja, en un pulgar? Estas crueldades están hechas con un propósito, y una vez cumplido el propósito, la muerte las sigue de inmediato. Ocurre en algún lugar río arriba, no hace más de un día.

No, no es sólo la estupidez de su tribu lo que le hace parecer más listo. Aquí actúa con astucia. Es lo bastante astuto como para dar miedo. Miro hacia abajo, me doy cuenta de que el cuello de la mujer está marcado por una mancha, de verde moho. Mancha que no he visto al lanzarla al río, quizás la sangre después del tajo la ha ocultado.

—Aseguraos de que nadie la mueva. Id a contar a la casa redonda lo que hay aquí.

Tras esto, me ordena llevarle de vuelta por el río, traqueteando por la pendiente sur del puente, y a través del césped desgastado que circunda la ribera. Pasamos de nuevo por el estanque cenagoso pintado de blanco por los juncos, junto a su isla con una corona de leña donde los muchachos lampiños se divierten desnudos, boca abajo sobre las rocas cocidas por el sol. Por encima de esta pira está sentado su muñeco, su cabeza de paja se inclina a un lado, contemplándonos mientras pasamos, aunque aún no tiene cara. Las mismas hojas se levantan, formando un chapoteo seco y dorado alrededor de mis talones.

El silencio permanece hasta que estamos casi a medio camino de casa, donde mi pregunta no puede seguir sin respuesta.

—¿Y ahora qué va a pasar con esa pobre mujer asesinada? —Lo digo como quien no quiere hablar de ello, como si no me importara.

Su voz viene desde atrás por encima del chirriar y crujir de su camastro, un susurro pronunciado con sufrimiento.

—Oh, no hay mucho de qué hablar. El río nos trae cosas así de vez en cuando. Toda clase de acontecimientos tienen lugar entre los desfiladeros del norte, y sus restos acaban aquí: niños recién nacidos no deseados por sus padres, reses con demasiados ojos, o los ancianos que estorban. Por si llevan la marca de la plaga en ellos los enterramos al cabo de un día, ofreciéndoles flores en vez de bienes. Aquí ésa es la costumbre...

Se detiene. Con el viento este llega un lamento que viene de lejos. Me doy la vuelta para mirar y, ante mí, se extienden los campos empapados y más allá la colina con su cima rodeada de humos. Las pequeñas figuras levantan sus brazos, desconsoladas en la distancia.

—Aunque hay algunos que desean hacer las cosas de otra manera —concluye el hombre sabio, y continuamos hasta llegar al fin al poblado protegido por los helechos. Una vez ahí, Olun le cuenta al centinela, con

sus manos de murciélago aleteando, lo de la mujer asesinada junto al puente, y le ordena correr la voz.

—Que la fortuna acompañe al Hob —dicen todos los aldeanos mientras dibujarnos un surco en la tierra situada entre ellos, al volver arrastrando el camastro hacia la morada de Olun—. Que la fortuna acompañe al Hob.

Se me ocurre pensar que se dirigen a los dos.

No. No, a mí no. Ser una mujer Hob no es para mí, aprender cada cántico es algo muy pesado, tener una choza en la que no te puedes mover por todos los objetos siniestros que hay. Conocer cada mandamiento y cada ceremonia, vestida con una túnica llena de caras. No.

Tampoco es agradable la idea de malgastar lunas aprendiendo todas las supercherías del anciano. No se puede saber cuánto tiempo va a pasar hasta su muerte. Depende de mí encontrar una manera más rápida de sonsacarle sus secretos.

Ahora que lo pienso: puede que reniegue de su hijo y no le quiera, pero el hijo conoce las enseñanzas del padre. Sí. Sí, ésa es una buena idea, hacer una visita a mi hermano Garn, antes de que las sombras se alarguen mucho más, puede ser algo bueno. Me puede hablar de los túneles que su padre recorre en los sueños de perro. Pero ¿qué son los sueños de perro?

Tras un rato, la gran Hurna vuelve andando torpemente a la choza de Olun después de sus rezos en la colina, su cara basta está totalmente roja y toda brillante tras realizar sus plegarias bajo el humo. El anciano le dice que es una vaga, y que necesita que le cubra con masilla las zonas doloridas. «Hoy están mal», se queja. «Tienes mucho trabajo por delante».

Ella asiente con la cabeza, sin rechistar, le aparta del sol y le lleva por el montón de maravillas que llena su choza. Al quedarme sola, se me ocurre que ahora puede ser un momento tan bueno como cualquier otro para visitar al hijo del hombre Hob. Se oye a Hurna hablar muy dentro de la choza, intenta aún persuadir al anciano para que abraza su fe mientras cura sus marcas en la piel. Los retazos de su conversación vagan por las maderas que se balancean colgadas a un lado de la entrada.

—El mundo está hecho de fuego, que es de ese modo superior, y acaba en el fuego como dicen todos los profetas. El suelo de la tumba puede traer pestes y epidemias para atormentar a los vivos, pero los que elegimos el camino brillante dentro del momento de sueño no dejamos sufrimiento detrás. Todo lo que es puro dentro de nosotros se eleva, salvo nuestros residuos. Los que proclamamos este credo... —y sigue y sigue, con su voz insípida como el murmullo de una colmena. Es

increíble ver cómo estos seres piadosos se las arreglan para ser a la vez unos locos y unos aburridos. Mejor me escabullo, entre las chozas adormiladas y les dejo parloteando, en este mediodía.

No hay mujeres espíritus en los árboles, no hay dioses bajo la tierra, salvo si están tan chalados como Hurna. Toda la gente nace simplemente porque una pobre chica de campo enseña el culo en las hierbas altas, y entonces la montan, y tampoco hay apenas una razón mejor en nuestra muerte. ¿Qué dios es ése que nos derriba con el veneno de una abeja pisoteada? ¿Quién nos coloca en este lugar y luego inunda las cosechas de modo que no hay suficiente comida para alimentarnos?; ¿quién nos lanza cenizas desde el cielo y ciega nuestro ganado? Si son los dioses, tienen un extraño sentido del humor.

Y aun así, en cada aldea, hay hombrecitos de caras gordas y muchachas enfermizas que se azotan a sí mismos y ayunan para complacer a algún espíritu oso, o a algún árbol que se imaginan que habla con ellos. ¿Cómo pueden exigir costillas famélicas y espaldas azotadas además de los sufrimientos que ya hacen caer sobre nosotros? Si nosotros en este mundo somos crueles por necesidad pura y dura, ¿cuánto más malvados son los dioses que sin razón alguna nos atormentan hasta la muerte? Tales cosas no pueden ser.

No son los dioses quienes nos dan la bienvenida más allá de la tumba, sólo los gusanos.

Los niños pequeños chillan y revolotean entre las chozas de la aldea, donde los hombres ahúman pescado sobre pequeños fuegos y las mujeres sacan con el pedernal los últimos trozos llenos de sangre de la carne de las pieles a las que han quitado la lana. Sus madres mastican la piel para ablandarla. Los chillidos y gritos de cháchara están por todos lados. Entre el vapor del caldero un perro cojea junto a la pelvis hecha trocitos de otro que acaba rápidamente entre sus mandíbulas. Con ojos llenos de mal genio me observa pasar.

Un hombre demacrado que muele el grano sobre una piedra plana me dice que Garn ha levantado su forja en la parte este del valle, sobre La Colina de la Bestia. Esto me viene bastante mal, ya que mis pies desnudos deben recorrer otra vez la gran caminata de esta mañana, pero no hay otro remedio, y hace un buen día.

Fuera de la puerta norte del poblado, un grupo de hombres está reunido alrededor del borde de una fosa recién cavada, en cuyo interior un oso de tierra se pelea contra una manada de perros. Uno de los perros está casi destripado, sufre desgarros producidos por el golpe de la zarpa del oso de tierra. Arrastra sus cuartos traseros sobre la tierra ensangrentada y aúlla, sus entrañas sobresalen a través de la herida de la tripa.

El otro perro es más fuerte y está loco de hambre, eso se ve en sus ojos. Intenta morder y embiste, logra dar un golpe que pinta de rosa la franja

blanca de la frente de su adversario, el líquido cae como un hilillo hasta que el oso de tierra se ve cegado por sus propios fluidos. Los hombres se arremolinan junto al agujero y se ríen, de modo que un temblor se propaga por sus pechos suaves y del color gris de las arañas. Aplauden. Juegan con sus pelotas sin darse cuenta.

En el foso, ahora ocultos a mi vista por un muro de espaldas llenas de verrugas, el oso de tierra grita triunfal, o agónicamente.

Continúo mi camino, un sendero que sale serpenteando por las puertas de la aldea a través del pantano, es entonces cuando el huerto de torsos se me echa encima con su carne azulada incluso antes de acudir a mis pensamientos.

Parecen cabezas cortadas gigantes, con su sexo como boca y los pezones como ojos, cada uno con un penacho de moscas de la carne arrastrándose en la brisa. Hormigas pecosas se mueven, por el rabillo de mi ojo. No mires. Sigue caminando, y deja de olfatear la fragancia a gusano en el aire.

Cruzando las grandes extensiones de tierras húmedas se encuentra el montículo de flancos desnudos que llaman La Colina de la Bestia, los fuegos de su cumbre están ahora apagados, su corona plateada de humo está desperdigada, y todo lamento ha desaparecido. Por encima de esto, en la ladera este del valle, un hilo gris se retuerce hacia arriba solo a través del cielo pálido desde la forja de alguien que trabaja con el cobre.

Ésta es la última era del mundo, hemos llegado tan lejos como podemos llegar en nuestro camino de lo que es natural. Hemos domesticado y amansado a la bestia nacida para vagar libre. En chozas nos pegamos a la tierra pantanosa como conchas de caracol, el modo de vida de los padres de nuestros padres ha sido llegar a un lugar para después marchar. Cocinamos la sangre de la tierra y dejamos que se coagule en coronas y dagas; imponemos nuestro camino recto sobre los campos tortuosos y comerciamos con pieles negras. Pronto, los océanos se van a alzar y se nos van a llevar. Pronto, las estrellas van a caer.

Atravieso las extensiones de tierra exuberante y cuyas heridas son los charcos; los macizos temblorosos llenos de musgo fangal; mientras nubes oscuras como mosquitos pequeños amenazan lluvia sobre un arroyo tan gris como el estaño. Las enormes ovejas silvestres que pacen en las laderas más bajas me miran desde la distancia, me ven dar vueltas a su alrededor con recelo y seguir hacia el borde del valle, camino arriba junto a la pared situada más al norte de La Colina de la Bestia.

Ahora estoy en la cima de la colina, y echo la vista atrás. Los muros de tierra que forman un círculo en su cumbre, vistos a la luz del día parecen dejar claro que alguna vez en su interior ha habido bestias, aunque ahora sirven a otro propósito. Entre los círculos inclinados

enormes flores de hollín se cauterizan en la tierra, los pétalos de sombra brillan alrededor de un centro gris que se desmorona, aún caliente. No hay gente a la vista, así que continúo mi escalada hacia donde los árboles se han quemado hasta convenirse en tocones a lo largo del filo desigual del cielo rasgado. Un humo del color de los dientes ondea desde la forja a jirones, banderas breves y sucias que me guían hasta ahí.

La guarida de Garn se erige en soledad entre los feos tocones de puntas chamuscadas; es todo techo, tiene unas paredes tan pequeñas que apenas pueden verse bajo el cono verde espectral de los juncos. La forja está hecha sólo de piedra, y enmasillada con barro. Sobresale de la choza a la altura del cuello, y junto a ella está Garn agobiado por el calor. Debe de ser él, sus ojos se parecen tanto a los del hombre sabio, aunque tiene una constitución muy diferente.

Va desnudo hasta la cintura y lleva un mandil colocado un poco más abajo. Está gordo, pero está duro, tiene marcas gruesas como losas alrededor de unos brazos rojizos y brillantes, su pecho ancho como un roble que no porta cuello alguno acaba directamente en una cabeza de toro. Sus rasgos parecen muy pequeños, todos juntos entre la distancia de unas mejillas suaves como las de un bebé, bajo la total falta de expresión de su frente húmeda.

En una mano enorme agarra una barra agrietada que sostiene el metal con el que va a trabajar sobre el carbón hasta que tenga el color del sol al amanecer. Entonces la levanta, se mueve con energía, hacia el bloque donde golpear en el que, con un martillo de piedra, aporrea su longitud iluminada sobrenaturalmente hasta ser una hoja fina a lo largo de uno de sus bordes. El impacto y el sonido metálico, el impacto y el sonido metálico, una estela de chispas surge de repente con cada golpe, el sonido se hace visible en un canto brillante que se va apagando mientras se desploma en la tierra.

Ahora la hoja se apaga, la arroja a un abrevadero de madera vieja, lleno de musgo, donde el agua tose una vez para tragársela, después da una bocanada de vapor que moja aún más los papos del que trabaja con el cobre. Me dirijo hacia él entre las maderas derribadas por el fuego, la ferocidad de su determinación me mantiene callada y entonces alza la vista y entorna los ojos para poder distinguirme ya que el sol está a mis espaldas. Su barbilla es redonda, como una manzana cangrejo que se mece medio hundida entre la carne ondulante. Una perla salada gotea en ella, luego otra, levanta una mano para cubrir sus ojos con una media máscara de fría oscuridad.

—¿Qué quieres? —su voz es maravillosamente suave para provenir de tal bestia del horno que resopla y brama entre gases llenos de chispas.

—¿Te llamas Garn?

Ahora baja su mano y se vuelve hacia la forja.

—Sí, ése es mi nombre. ¿Qué quieres? —Trabaja con un fuelle hecho de pulmón de caballo, avivando de nuevo el carbón.

—Me llamo Usin. Soy Usin, la hija de Olun.

Entonces el fuelle toma aire, poco a poco se ve liberado de su tarea de modo que las brasas se enfrían y forman una capa como de polvo de polilla. Ahora la enorme cabeza se gira una vez más hacia mí, sus ojos se entornan mostrando sospecha. Preocupado, limpia con sus labios la parte de atrás de una gran zarpa y se deja una mancha negra que va de la boca a la barbilla. El silencio se mantiene un rato, ahí en la arboleda de cenizas, las esquinas llenas de hollín de su boca regordeta como la de un bebé comienzan a estirarse, de forma desganada.

—¿Ha mandado a buscarte a ti cuando no ha podido conmigo? Ahora quiere cargarte a ti con sus cadáveres y sus cortezas pintadas, ¿verdad? Bueno, que la fortuna le acompañe.

Su cara muestra un gesto de desprecio, se aparta de mí, y se pone a darle al fuelle de manera furiosa.

—Que la fortuna acompañe al Hob —añade hablando por encima de su hombro, desde donde escupe un salivazo de amargura que chisporrotea en los carbones taciturnos.

—¿Eso es todo lo que le tienes que decir a tu hermana? —Mis palabras tropiezan un poco traicionando mi valentía, vacilando. Me da miedo por su tamaño y ferocidad.

—¿Mi hermana? —No mira a su alrededor, sino que estruja aún más su artificio hecho de yegua, avivando las brasas hasta que alcanzan su mediodía.

—El viejo afirma que no soy su hijo, y en lo que a mí respecta él no es mi padre, entonces, ¿cómo puedes ser tú mi hermana? Lo único que buscas es el tesoro del viejo, si no, ¿por qué has recorrido este camino? No es que te preocupes por él, de alguien que no ha deseado nunca verte desde que eras un bebé.

El brillo del carbón ahora colorea sus brazos y frente. El fuelle cesa, y da unos pocos pasos lentos hasta un tocón cercano, donde yace el mineral en bruto, todo frío y basto. No me mira en todo el rato, pero habla, y lo que dice está lleno de rencor.

—Si tanto deseas sus riquezas, entonces quédatelas. Es algo sucio, lleno de delirios e ideas extrañas. Que te aproveche. Ahora déjame en paz con mi trabajo. Ya ha sido suficiente haber pasado todos mis años jóvenes en ese laberinto cubierto que él llama choza, así que no quiero saber nada más de eso. Es algo malo, eso es, todo eso de arrastrarse bajo tierra y hablar con los muertos. Tú dame mi mineral limpio y déjame.

Ahora elige una fea vara manchada que tiene el color de las hojas alrededor de nuestros pies, y vuelve con ella a la forja.

El camino que han de seguir mis preguntas es claro.

—¿Qué es eso de arrastrarse bajo tierra? ¿Tú has visto, con tus propios ojos, a Olun hacer esas cosas?

Garn coge su barra para manejar el mineral otra vez, y mete el lingote en la grieta de la barra. Gira la cabeza para mirarme, su carne joven está llena de enfado, luego aparta la mirada. Con su vara partida empuja la veta de mineral profundamente dentro de la boca del horno y lo aguanta ahí.

—¿Qué? ¿Verle bajar por agujeros o adentrarse en huecos? ¿Estás loca? No está permitido ver esos caminos secretos salvo si eres un hombre sabio. Ahí es donde guarda su tesoro, ¿sabes?, y donde van todos los huesos de Hob y la mujer Hob.

Me sonrío, y tiene cara de saber algo que no dice, su voz ha ido bajando hasta ser como la de alguien que trama algo con otro.

—Pero he aquí el truco: no vas a saber ni un poco de su secreto, salvo si lo conoces por entero. Has de saber, como él, cada sendero y pasaje perdido de hierba, y el nombre de cada campo. Has de saber, tal como él sabe, cuándo vienen las inundaciones, y cuándo los que se llevan el ganado se acercan con sigilo o dónde tienen sus escondites. Tener cada árbol; roca; sendas que no has caminado en años, presentes en tus pensamientos a cada momento por un extraño arte que ningún hombre normal puede comprender. Cada pozo y banco de pesca. Cada tumba y veta enterrada.

Esto último me deja asombrada. Entre el carbón, la barra de Garn tiene el color ora de la sangre seca, ora de la sangre fresca.

—¿Cómo puede ser algo malo poseer tal conocimiento? ¿Tú, que trabajas el metal, seguro que para ti es mejor tener conocimientos sobre las vetas y los filones?

Niega con la cabeza. «Si toda su sabiduría es mía, entonces trabajar con el metal ya no es más mi arte. Si todos sus pensamientos son también mis pensamientos, entonces él es yo y yo soy un hombre Hob como él, y me quedo sin ningún pensamiento propio. Estos pensamientos, no son ni siquiera suyos, ni siquiera de su padre ni de los padres de sus padres. Esas ideas en él que dan forma a todo acto o palabra suya son tan antiguas como las colinas. Parece que el viejo y los ancianos que han estado antes que él son uno, un solo ser, una única manera de mirar, única y eterna a través del tiempo. No es algo natural».

«Mi forma de mirar no es la misma que la suya, ni he de renunciar a ella para que su vieja forma permanezca. Mi forja, mi fuego, mi conocimiento del calor y las temperaturas mejores, éstas son cosas que encajan en el mundo que ahora tenemos. Todo eso de buscar cosas bajo tierra con una vara y sus cánticos a mí no me valen, aún me provocan malos sueños, y han hecho que me aleje de él y de lo que hace. Esta colina es mi lugar. Hay algo en ella que la hace adecuada para los hornos, y el fuego se siente bien aquí».

Ahora el metal en la forja es casi demasiado brillante como para contemplarlo. Lo levanta con la barra en forma de pezuña y se lo lleva al bloque de golpear.

—No tienes por qué subir hasta aquí arriba para huir de un viejo que no puede caminar. ¿Por qué no escoges un lugar en la aldea más cercano a tus clientes?

Garn se queda inmóvil con el martillo levantado, a punto de comenzar una vez más el estruendo que dispersa a los gorriones, pero se detiene, alza su cabeza para mirarme fijamente con ojos tan llenos de desdén y odio que me hace dar unos pasos hacia atrás para alejarme de él.

—¿Vivir en la aldea? ¡Ja! ¿Y cómo puedes escapar de Olun dentro de la aldea? ¿Es que no me estás escuchando?

Me habla entre dientes, con un siseo más agudo que el del abrevadero al apagar el fuego: «Él es la aldea».

Y tras decir esto, se aparta. El martillo se alza y cae. Su repique ensordecedor me invita a marcharme, me lleva por ese claro de carbón, de vuelta al sendero que se retuerce junto a La Colina de la Bestia, y hacia abajo, hacia el suelo del valle. Desciendo, a lo lejos al sureste el poblado ya puede verse, las sombras largas tocan los campos. Es el final de la tarde.

Detrás de mí, mientras bajo, el martilleo se desvanece. Por encima de las chozas lejanas, hay una nube de humo.

Estoy inquieta. Me roe algo por dentro a lo que no puedo dar nombre, ni tampoco sé de dónde proviene, es como un cuerno grave tocando en mi corazón, un frío que congela mi vejiga. ¿Acaso algo va mal?

La Colina de la Bestia, el pantano, y los torsos. Al final, las puertas de la aldea aparecen ante mi vista, pero todo son gritos y alboroto. El humo pende por todos lados, una espiral que corona al sol que se pone y ahoga al poblado en una luz ardiente; son unas acumulaciones grandes y asfixiantes que parecen más hechas de ruido que de vapor, que tapan el lamento de los fantasmas, el griterío de bebés invisibles. Mi andar se acelera, corro hacia el muro de espinas enredadas y humo.

El hombre joven de la marca de nacimiento en la cara sale de su choza de vigilancia cuando me oye llamarle.

—¿Qué sucede aquí? ¿Es...? —Ahora el humo me muerde la garganta y me hace toser, no puedo hablar más.

Las lágrimas relucen sobre su mejilla moteada, aunque si se debe a la pena o al humo es algo que no sé.

—Ha habido un fuego, entre los graneros del este. Ya está apagado. Nadie ha muerto, pero hay tantas chozas convertidas en ceniza como garras en la pata de un búho.

Me abro camino entre los montones enroscados como serpientes, los velos aletean y la brisa los abre para mostrarme a una mujer agachada limpiando la cara llena de hollín de su niño pequeño, o a un par de hombres de pie junto a una ruina que arde débilmente, haciéndose bromas pesadas el uno al otro.

—¿Has visto cómo nuestro Padre ha salido bien de ésta?

—Sí, pero he pensado coger al muy vago y arrastrarle dentro de nuevo.

El velo vuelve hacia atrás. Se ríen, y no me ven pasar a su lado.

Más allá de la parte sur del poblado está la choza de Olun, no ha sido tocada por el fuego ni le ha fastidiado mucho el humo gracias al viento del sureste. Esta misma corriente de aire me trae ahora un sonido que acelera de nuevo mi paso. Olun chilla más alto que el gran cerdo negro que corre perseguido por el dios muerto. Llego a la choza y me abro camino ahí dentro, la choza resuena por la avalancha de tambores embrujados y confeccionados con piel de enemigo, un estruendo que me guía a través de los amontonamientos morbosos hasta el centro circular.

Desnudo sobre su cama de helechos se retuerce y llora, Hurna está arrodillada a su lado con su cara carnosa, mientras aplica trapos húmedos alrededor de su pecho, medio iluminado por la fosa del fuego.

Me acerco, me agacho para poder mirarle más de cerca, está claro que tiene una quemadura monstruosa bajo un pezón arrugado. Las ampollas lloran un líquido desde la carne chamuscada y arenosa que corre entre sus conchas, aros y símbolos tatuados. Grita de nuevo, entonces se hunde en delirios provocados por la fiebre.

Poso mi mirada en Urna, que me mira también, son unos ojos impasibles tan planos como las cabezas de los clavos.

—¿Cómo se ha quemado Olun? El incendio de la aldea no ha llegado tan lejos.

Encoge sus hombros que son tan grandes como los de un chico que se dedica, a arar, gruñendo su respuesta. «Cuando el fuego ha empezado, en las chozas del este, antes de llegar la noticia. Tu padre ha gritado y ha ordenado verme, y ahí sobre su pecho, me he encontrado una quemadura horrible».

Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibuja entre sus labios finos y secos. «Para mí, es una señal de que debe cambiar de fe».

El anciano grita de nuevo.

Si el fuego quema una aldea, ¿pueden sus cicatrices surgir en alguien que piensa que es la aldea? ¿Son el mismo penacho de humo el que sale de sus pulmones y el que sale de los estrechos senderos del poblado? ¿Un fuego para freír unos peces curados se le va a alguien de las manos y a media legua de distancia un pecho se ampolla por su calor? No. Tales cosas no pueden ser, a menos que las pisadas de nuestros días resuenen en sus venas; a menos que el pis de los perros en los tocones lejanos amarillee ahora sus dientes. ¿Nuestros cielos se oscurecen si cierra los ojos, nuestra ribera se desborda si moja su litera por la noche? ¿Esa brisa que huele a carne estropeada que sopla entre nuestras chozas, es su aliento? ¿Y qué hay de la muchacha muerta que se mueve entre las olas corriente abajo a través de su intestino, de modo que la sangre mana por donde sus uñas de cadáver dragan el lecho suave como una esponja, y que es vomitada al final contra la presa hecha de troncos de su trasero?

No. No, debe de ser que el anciano se ha quemado él mismo, a menos que Hurna chamusque su pecho por diversión. Ha sido de una manera u otra, porque un lugar no es una persona, no hay entendimiento entre la carne y el campo.

Nosotros morimos. El camino permanece.

Los movimientos, derrumbes y hundimientos apenas oídos del carbón que se apaga son la única señal del paso del tiempo en la choza de Olun. Eso, y que los lamentos del anciano se han ido desvaneciendo poco a poco, sus contorsiones dolorosas se han ido deteniendo hasta convertirse en un tic; un estremecimiento de vez en cuando.

Sus gemidos se vuelven más suaves aunque no menos urgentes, suenan como lanzados desde un lugar remoto, el anciano vaga perdido lejos de nosotros, sus gritos de ayuda se desvanecen mientras se adentra en los senderos del crepúsculo tejidos a través de la aldea extraña y compleja de sus sueños. Desnudo sobre la cama de ramillas entrelazadas se queda quieto; duerme.

Sentadas una a cada lado de él dentro de nuestro cono de luz de brasas, la gran Hurna y yo no tenemos mucho que decir. Compartimos un cuenco de requesón con trozos de un pan con los que hacer sopas. Desde los empinados alrededores de curiosidades, los pájaros muertos

nos observan mientras untamos y nos limpiamos la barbilla. Sus ojos me turban, llenos de un conocimiento sombrío sobre la muerte.

Al acabar su pan y el requesón, Hurna se sienta en silencio durante un rato, con un extraño gesto en la cara hasta que suelta un gran eructo que retumba y retumba como unos sapos cantando a coro. Parece mucho más cómoda después de esto, rápidamente empieza a hablar de su fe, aunque, por lo que veo, quiere hablar más de la mía.

—Tú te crees todo esto, ¿verdad? —aquí hace un gesto hacia las estalagmitas tambaleantes de basura que están a nuestro alrededor, como laderas amenazantes. Me encojo de hombros como respuesta, lo que ella se toma como una invitación a hablar; como que estoy de acuerdo con su forma de ver las cosas.

—¿No? Bueno, no tienes pinta de creerlo, y no tienes que culparte por ello. Ideas viejas y sucias, eso es todo lo que son, y tenemos suerte de que la mayor parte de la gente buena de estos tiempos conozca un camino mejor.

—¿Oh? ¿Y qué camino es ése? —pregunto con poco interés, y a pesar de ello se agarra a esa respuesta como un hombre con labios leporinos a un cumplido.

—Mi camino. El camino de mi gente. No tratamos con dioses que moran bajo la tierra y que reciben a los muertos. La tierra no es sino el más bajo de los espíritus, tiene a la madera y al agua, al aire y al fuego por encima de ella en importancia. La Tierra es desde donde debemos elevarnos, ¡no enterrarnos! El joven Garn, eso lo ve bastante bien, pero Olun no escucha.

Entonces inclina la cabeza hacia el anciano, que se mueve nerviosamente en su camastro desnudo salvo por sus líneas y espirales, sus dibujos de cuervos.

—Tu padre se aferra a su viejo camino y no hace ni caso. Incluso cuando le decimos que al morir puede descansar en el círculo interior de La Colina de la Bestia, en una urna con las reinas, a él parece no importarle.

Sus ojitos estúpidos muestran cierta astucia.

Si hablas con él, si le cuentas que nuestro camino es superior, a lo mejor hace caso a lo que tú le dices, y puedes triunfar donde yo o Garn hemos fracasado.

Me enfurece que urda tramas en contra del anciano de esta manera. Eso es cosa mía.

Mis palabras son mordaces. «A mí no me importa dónde ponen a un hombre, o a una mujer, cuando está muerto. Enterradles allí donde

caen, o...». Me doy cuenta de que estoy a punto de decir «Tíradlos al río», mi rápido ingenio me rescata justo a tiempo: «... o dejadles colgando para los pájaros. Esto puede ser una gran preocupación para ti y Olun, pero no lo es para mí. Toda esta charla me cansa. Mi cama está blanda, mi padre parece que duerme tranquilamente, y es hora de que yo descanse. Ten una noche tranquila».

La dejo sentada en cuclillas con cara de pez junto al camastro, me abro camino entre los colgajos decorados hasta mi cama: hay un pozo profundo y quieto de piel y comodidad esperándome; esperando mis huesos cansados de tanto caminar todo el día. Tras quitarme todo salvo el hilo de cobre del que cuelgan mis cuentas, las pieles se cierran sobre mí como si fueran aguas oscuras y cálidas. Me hundo. Me hundo más profundamente en la negrura que se arremolina.

Aparece un gran perro, sus grandes ojos están vacíos salvo por un blanco parecido al relámpago, se trata de un resplandor sin llama que puede quemar el mundo. Ahora una luminosidad intensa mana de su boca, se abre paso a través de la crudeza de su mandíbula, y pulmones...

El grito y la luz del sol me despiertan, estoy tan atrapada en mis pensamientos al levantarme que el sonido y la luz parecen ser una sola cosa. El grito es mío, lo detengo en cuanto me doy cuenta de ello.

¿Cómo ha llegado la mañana tan pronto? Parece que hace nada he cerrado mis párpados y ya están estos rayos groseros abriéndolos, a pesar de que pueden estar pegados con arena y pestañas. El olor a comida hace que me quite mis pieles nocturnas y me ponga mis ropas. El sueño que me ha despertado con un susto tremendo ha desaparecido, a pesar de mis esfuerzos no lo recuerdo. Oh, bueno.

Mi estómago ruge y me ordena que me levante para localizar la madeja de olor a comida que está enredada entre los vertederos de tradiciones populares, maldiciones, y recuerdos. ¿Qué gran festín ha preparado para mí Olun esta mañana? Mi mano da un empujón a las maderas de la puerta en su cuerda chirriante para poder salir y ver mi comida.

La muchacha muerta está a mis pies, estirada y boca arriba sobre el polvo frente a la choza. Una acusación hecha por unos ojos nublados que me miran fijamente, una cara sin expresión a pesar de que hay una sonrisa negra justo debajo de su barbilla, por encima de las manchas de verde cieno que marcan su cuello estrangulado. Un blanco azulado. Un brillo sutil, cierto color a luna en su piel. Sus dientes posteriores, apretados, desnudos a la vista por el agujero horadado por los peces en su mejilla.

En el extremo más alejado del cadáver, mirando hacia mí, los chicos duros de la reina bruja, Bern y Buri, están en cuclillas sobre sus piernas relucientes como un solo hombre cuya sombra ha cobrado vida, ambos desnudos salvo por las vainas para la polla hechas de bagre vaciado

cuyos ojos se salen de sus cuencas por el horror de su situación desesperada, cuyas feas bocas de finos labios boquiabiertos exponen pinchos amarillentos como colmillos. Los matones salidos de un molde y sus bagres me miran fijamente.

Lanzo una mirada llena de pánico que va desde los chicos duros afeitados hasta la muchacha muerta tirada ahí entre nosotros y que vuelve hacia atrás, entonces mi vista se posa en Olun, quien reposa su cuerpo embadurnado de sueños poco detallados sobre un codo tatuado que descansa en la cama de ramas, quien ha sido arrastrado justo al lado de su hija asesinada. Aunque está mejor que anoche, aún parece estar enfermo y débil, mucho peor de lo que últimamente me ha parecido. Sobre su pecho lleva atado un vendaje hecho de trapo y barro para contener el lagrimeo de una quemadura que desafía el sentido común, de cintura para abajo está cubierto por las túnicas de piel de perro. A cierta distancia está Hurna, parece atontada mientras remueve un revoltijo de pez y comida sobre un fuego vacilante.

El anciano estira su cuello formado por gruesas cuerdas para tratar de verme con sus ojos desparejados, y me pregunta: «¿Por qué has dado ese grito? Lo hemos oído desde aquí fuera».

El ruido sordo de mi corazón me impide entender lo que dice, y evita que responda. Lo único que puedo hacer es mirar con los ojos bien abiertos al hombre brujo con la piel cubierta de dibujos y a su hija marcada por el río.

—¿Qué hace aquí? —eso es lo mejor que llega a salir a regañadientes de mis labios, prietos hasta quedarse sin sangre como riendas sobre el terror que se adueña de mí.

Olun baja la vista hacia la muchacha fría y quieta a su lado y se sorprende, parece darse cuenta en este momento de que está ahí, luego me, vuelve a mirar.

—¿Ella? Es nuestra costumbre inspeccionar a los muertos que no conocemos antes de enterrarlos para ver si portan las marcas de la plaga u otras señales. Esto se lleva a cabo en la casa redonda en condiciones normales, pero al estar enfermo debido a la quemadura no tengo fuerzas para desplazarme tan lejos, así que Bern y Buri la han traído aquí. Siéntate y observa. Recuerda que a mi muerte, estos deberes van a ser tuyos, además de otros muchos más.

¿Qué puedo hacer sino arrodillarme como me indica? Los dos chicos duros me muestran su sonrisa dividida mientras Olun se gira una vez más para inspeccionar a la muchacha. Respondo con una sonrisa vacilante.

Al cerrar su ojo bueno, Olun contempla sólo con su orbe ciego y escarchado a la muerta. Una garra quebradiza se acerca lentamente para reptar por su tripa, fría como la piedra pulida. Amasa y examina

sus pechos flácidos, luego se escabulle aún más lejos, más allá de la línea verde alrededor de su cuello, para permanecer un rato en los duros labios de la herida profunda que hay bajo su mandíbula. Un dedo sigue su recorrido a lo largo de la misma y luego sube para hurgar en el agujero roído en su mejilla, y acariciar la costra roja con forma de tubo donde una vez ha estado su oreja. Un escalofrío me recorre cuando habla, aunque no hace frío teniendo en cuenta la estación en la que estamos.

—La han sacado del río hace un día. Quizás ha estado otro día flotando antes de ser encontrada, y por lo tanto la han matado no muy lejos de aquí; río arriba al norte. Le han cortado la garganta con una daga o un cuchillo de hoja corta, afilada y dura como para atravesar el hueso, como ha ocurrido con su pulgar.

Aunque pueden ver que me esfuerzo en no mirarles, los hermanos Bern y Buri me hablan a turnos, obligándome a alzar la vista.

—Me parece que ha muerto el día que tú has llegado. —Estas palabras las dice el hermano de la izquierda. Su voz es parsimoniosa y arrastra las palabras, en ella hay un tono extraño y alegre, aunque no se ríe ni entorna sus ojos mientras se pone en cuclillas y me mira por encima de la mujer salvajemente asesinada.

—Desde el norte. Ha llegado aquí desde el norte, igual que ella.

Es el otro hermano el que habla ahora, aunque en su voz y sus maneras son tan iguales como lo es su apariencia. ¿Qué es lo que quieren oírme decir?

El hermano que está más a la izquierda habla de nuevo. «¿Al recorrer el camino has oído algo en los puertos de montaña acerca de ladrones?».

Me medio ahogo por miedo a lo que pueden saber, esta idea es una balsa a la que me agarro agradecida.

—¿Ladrones? ¡Claro, puedes estar seguro de ello! Los viajeros que me he encontrado en estos últimos días en el camino no me han hablado de otra cosa. Se habla de una banda grande y fiera de hombres, aunque en mi caso los salteadores no se han cruzado en mi camino. En mi viaje aquí no ha habido incidentes.

Ambos hermanos fruncen los labios a la vez y luego asienten con la cabeza pensativos.

—¿Una banda de ladrones? —pregunta el de la derecha—. Puede ser. Cosas así hemos visto antes. Tienes suerte de no haberte encontrado con ellos.

—Sí —añade el hermano de la izquierda— teniendo en cuenta que has debido de estar a no mucho más de una legua o así cuando se ha cometido este asesinato. Has tenido mucha suerte.

Todos nosotros asentimos seriamente con la cabeza, reconociendo mi fortuna, y dejando que Olun continúe con su investigación.

Utilizando sólo el ojo ciego que permanece abierto el anciano mueve la palma de su mano bajo el montón de carne de la tripa de la mujer para explorar el monte de helechos rizados ahí en su bifurcación. Sus dedos sabios se mueven entre sus espirales y tirabuzones, apartándolos para ver mejor la loma fría y blanca de donde esta espesura surge.

—No hay moratones. —Entonces, el anciano chasquea su lengua mostrando decepción y un escalofrío repentino me recorre: antes de cerrar el ojo que ve no ha apartado el pelo para mirar. ¿Cómo puede saber si hay un moratón ahí o no sólo tocando? La mano baja aún más. Los dedos luchan por entrar como gusanos ciegos, deseosos por entrar en su abertura estrechada por la rigidez de la muerte, pero no consigue nada. La frágil mano pintada se retira. El hombre brujo habla.

—El velo de su raja está intacto.

Entonces los chicos duros alzan la vista a la vez con el mismo ceño fruncido y tenso en sus cejas afeitadas.

—Entonces, ¿no la han montado a la fuerza? —pregunta Buri, o Bern.

—Qué raro —replica Bern, o Buri—. Es una muchacha bonita y si le roban y la matan entonces ¿por qué no montarla primero?

No necesita añadir «eso es lo que nosotros haríamos», porque se lee en sus ojos. En vez de eso, frunce aún más el ceño y, tras pensarlo un poquito, se aventura a expresar su siguiente comentario:

—¿Tiene la sífilis?

El anciano niega con la cabeza de modo que las estrellas dibujadas ahí pierden el rumbo y descienden en picado.

—Nada de sífilis. No tiene la marca de la plaga tampoco. Se la puede enterrar. —Entonces vuelve el rostro hacia mí, y me muestra todo el dolor y la fatal debilidad esculpido en sus líneas. El anciano está más cerca de la muerte de lo que he supuesto antes de hoy, y aún no me ha hablado de sus túneles o de sus agujeros llenos de tesoros.

—¿Usin? —Dice ahora—. Aquí hemos terminado. Puedes ir a darte un festín con Hurna mientras preparamos a esta pobre niña para el entierro.

Aunque la compañía de Hurna no me resulta agradable, no me aflige cumplir lo que Olun dice, ya que es un gran alivio estar lejos de estos hermanos que parecen iguales y del cadáver que examinan tan a fondo. Su olor amargo me invade, camino desde la choza hasta donde la adusta mujer de dios confuso se agacha junto al fuego y da al pescado forma de pastelitos grises y planos.

Me da uno que es como un animal a medio formar, tan horrible que parece que le han aplastado bajo una roca al nacer. No hablamos, aún permanecemos pensativas por las palabras que cruzamos anoche. El olor de la muchacha muerta está por todos lados, alrededor de mi pelo y ropa, y tengo poco apetito. Me lleva tanto tiempo mascar cada bocado del pastel de pescado que no soy capaz de acabar más de la mitad.

Mi mirada abandona a Huma y se desplaza hasta el grupo que está ante la choza. Parece que los hermanos matones están ocupados envolviendo el cadáver con una tela de un color tierra apagado, el anciano les mira mientras reposa ahí junto a ellos en su camastro. Cuando está a punto de enrollar el sudario sobre su cabeza, uno de los chicos duros señala hacia la raya de agua brillante y verde como la de un tocón que rodea su garganta abierta por abajo. Murmura algo a su hermano, luego al anciano, quien asiente con la cabeza y contesta, pero están demasiado lejos de mí como para oír una palabra. Los hermanos se encogen de hombros, y continúan preparando a la muerta.

A mi lado, Hurna resopla de repente como para mostrar desprecio. «Más le vale no esperar de mí que le ayude a cumplir con este rito asqueroso. Eso depende de ti, muchacha. Te puede venir bien: uno debe prestar más atención a cómo se entierra a los muertos si uno mismo debe andar el largo camino a su tumba».

Se ríe y sus tetas se agitan. Por encima de mi cabeza un cuervo mira hacia abajo al pasar y chilla una vez, como alertándonos de que algo se acerca y no puede ser visto salvo por ese aviso que vuela en lo alto. Las nubes se juntan en el horizonte al este. En la aldea, los niños persiguen a un cerdo pintado entre las chozas, ora gritan de alegría, ora se quejan mientras la criatura asustada va de un lado a otro, como una mancha de color chillona que pasa como un rayo entre los graneros y donde se guardan los caballos, gritando. ¿Qué esperanza puede haber para algo tan estridente y de colores tan vivos? Ninguna. Seguro que ninguna.

Hay un miedo que va acumulando peso y forma en de mi tripa día a día, que se hace más impaciente e intranquilo como un bebé gris y frío moviéndose en mi útero. Una parte de mí me dice que he de irme de aquí, antes de descubrir con la visita de otro amanecer a una muchacha muerta frente a tu puerta. Márchate con la luz del lobo cuando no hay aún nada despierto salvo los pájaros; escabúllete entre las chozas que roncan para no volver jamás. Esto no es seguro.

Hay sombras que proyectan grandes amenazas detrás de cada casualidad, de cada comentario hecho por azar, y se quiere decir más de

lo que se dice. Vete. Retoma el camino y deja atrás esos comentarios hechos entre susurros.

Y ahora otra parte de mí replica: No puedes marcharte, dice, y echar por la borda la única oportunidad que puedes tener jamás de conseguir una buena vida y riquezas, no cuando su hedor está tan cerca. Piensa en los túneles que pueden serpentear, inundados de oro, debajo de donde estás sentada; en los pozos llenos de tesoros lo suficientemente profundos como para durarte todos tus días. ¿Acaso eres una niña, asustada por unos sueños provocados por un requesón malo que te has comido antes de ir a la cama? ¿Qué lloriquea cuando hay chirridos en la oscuridad? Esos terrores nocturnos no deben apartarte de las cosas que el anciano te ha de dejar, que son tuyas por derecho. Quédate. Quédate y tómate tu tiempo, al final vas a acabar llevando un vestido largo de color y cenando copiosamente.

Pero ¿qué hay de ella, de la chica muerta? Si te descubren...

Ni lo pienses. No hay nada que establezca una relación entre tú y ella. Claro, incluso ahora los chicos duros, iguales como bayas en la ramita de un muérdago, preparan un ataúd en el que poder llevarla a enterrar. No va estar mucho tiempo por encima del suelo, y al caer la tierra sobre su cara, vas a poder sacarla de tus pensamientos.

Pero si su ojo muerto ve de verdad un mundo que no podemos ver...

Todo eso no son sino supercherías. Olvídalo y piensa, en vez de en eso, en el oro de Olun.

Pero...

Oh, callaos, los dos. Tengo un hueso de pez alojado entre mis dientes, y desde su choza el anciano me pide que le arrastre hasta los campos de tumbas. Ya voy, padre. Ya voy.

Para variar, no vamos muy lejos. Caminamos desde el poblado hacia el sur, con Bern y Buri llevando a la fría difunta desnuda sobre el ataúd hecho de forma apresurada, mientras yo y Olun les seguimos rozándonos con todo. Por encima de nosotros, las hojas muertas crujen formando grandes muchedumbres que murmuran sobre cada rama anhelante.

El lugar de las tumbas está situado sobre una elevación libre de hierba que es más alta que las tierras cenagosas y encharcadas que empapan todo alrededor. Las mujeres de la aldea ya están ahí reunidas cuando llegamos. Alzan la mirada, en silencio, con los ojos entornados, arrodilladas de modo que forman un círculo en un lugar donde todo el césped ha desaparecido, la carne de la tierra de ahí abajo ha sido sacada a paladas y apilada a un lado como contaminada, revelando una herida del tamaño de un hombre. Se acucillan alrededor de la tumba y con sus muchas manos trenzan un círculo de cabezas de flores.

Las mujeres se apartan para permitir a los hermanos afeitados y su carga sin vida moverse entre ellas, dan pasos largos, extraños y delicados para no perturbar el trenzado floral. Una vez junto a la tumba, Bern y Buri colocan el féretro sobre la hierba, uno de ellos baja al foso para coger el cuerpo que el otro levanta ahora, sus dedos aprietan los rizos bajo sus brazos. Así la bajan hasta boca de la tumba, con los ojos aún abiertos, mirándonos fijamente hasta que se hunde desapareciendo de nuestra vista con unas sacudidas inoportunas, cada bandazo y zarandeo va acompañado de los gruñidos de Bern y Buri. Tras colocarla sobre el lecho de la tumba, el matón sube para unirse a su hermano en el borde. Los cuervos revolotean ahí arriba, como copos de ruido chamuscado que se dispersan y se vuelven a juntar en el cielo vacío.

La ceremonia resulta ser algo aburrido y sin altibajos de emoción, sin alivio, esta luz matutina triste y tranquila aún la hace más plana: las palabras de la tumba hacen escala en la piel de serpiente de Olun que se cae desbastada, cada frase lanzada brevemente en las orillas del habla se ve luego arrastrada de vuelta por la resaca de la respiración tensa y quebrada; las mujeres, con sus cánticos, dan la respuesta aprendida hace tiempo y de forma dura sobre los agujeros de madres, maridos, hijos, y ahora se los entregan generosamente a una desconocida; Bern y Buri levantan un hacha de tierra, una cada uno, antes de que se acaben los cánticos, permanecen en pie apoyándose en un pie u otro impacientes por rellenar el agujero y volver con su reina, aquélla de la que se amamantan.

El eco del cántico a los huesos se desvanece, y se ve sustituido por otros ritmos. Bern y Buri, por turnos, colocan un hacha de tierra profundamente dentro de la colina de tierra desechada junto a la boca de la tumba, y entonces toman la tierra sobre sus hojas para arrojarla sobre los ojos de la muchacha muerta. Se oye el golpeteo y el martilleo arenoso, el repiqueteo de las hachas que se elevan y aporrean, una y otra vez. Su cuerpo yace inmóvil bajo esta brusca lluvia seca como en algún poblado abandonado allá en las tierras altas del norte donde toda vida ha desaparecido, silenciosa y quieta bajo la incesante lluvia de cenizas y barro que cubre ahora sus caminos arrugados y los árboles de espino amarillo encrespado, que borra del todo sus hendiduras y sus lomas. Sólo quedan los pechos y la cara. Ahora nada salvo su mandíbula; su barbilla. Ya no está.

La tumba está llena. Las mujeres elevan sus cánticos de nuevo, y Olun esparce dientes de perro sobre el montículo húmedo y aún sin pisar. Los pétalos de las flores trenzadas comienzan a retorcerse y oscurecerse. Todos vuelven a casa, con Bern y Buri marchando a zancadas a través de los campos, las mujeres les siguen formando un grupo estirado y ordenado. Nos chocamos y tropezamos por su culpa, pero enseguida están demasiado lejos como para llamarles, nos dejan a Olun y a mí solos.

—¿Por qué has esparcido dientes de perro sobre su tumba?

Planteo la pregunta más por romper el silencio lúgubre de los pantanos que por un gran deseo de saber la respuesta, a pesar de ello el anciano responde.

—Los perros espíritu la van a acompañar a buen puerto, y a guiar a través de los senderos subterráneos hasta la aldea de los muertos. — Parece que está a punto de decir algo más, pero le viene una tos espantosa y no puede hablar.

—Entonces, ¿sólo tú y los hombres muertos conocéis estos senderos subterráneos? —Ésta es mi siguiente pregunta, que realizo una vez su carraspeo se desvanece.

—Eso es bastante cierto. Parece ser que uno debe tener uno o ambos pies plantados en el mundo subterráneo para conocer sus recovecos. — Entonces se ríe, con un ruido quebradizo que está lleno de mucosidades, muy parecido a cuando aplastas un caracol—. Salvo el Viejo Tunny. Conoce cada recodo del sendero, pero toda su sabiduría está en sus dedos. No en su cabeza. Él...

Entonces el hombre sabio se detiene, como pensando que es mejor no contarme nada más. Al menos, eso es lo que me parece. Pasa un momento, luego otro. Aún no llega voz alguna por encima de mi hombro desde donde arrastro el anciano, ahí a mis espaldas. Al darme la vuelta, la razón de su silencio me queda clara: los ojos se le salen de las órbitas como dos huevos pintados. Bajo la desquiciada red de símbolos que marcan su carne, la piel se ha vuelto lentamente de un azul fantasmal.

¡Ahora no! ¡No antes de que contármelo todo! Dejo caer el camastro para correr, mis gritos alertan al poblado antes de poder llevarme mis pies hasta la mitad del camino. Salen andando torpemente de sus chozas, despacio primero y luego más rápido cuando ven quién grita y entienden lo que debe de estar pasando. Se apresuran formando una fila que camina hacia mí a través de la larga hierba gris del prado, limpiándose las manos en sus túnicas o subiéndose las mallas mientras corren.

Aún está vivo cuando volvemos adonde está, parte del color azul ha desaparecido ya, su pecho de pájaro ha vuelto a dar bandazos hacia arriba y hacia abajo. Intenta hablar mientras un hombre de hombros como los de una gran res saca a Olun de la litera para subirle en sus brazos y llevarle como a un bebé. Sus labios se mueven, frunciendo sus cicatrices coloreadas, pero de ahí no salen palabras. Le llevan a través del campo, rodeado de los cuchicheos y susurros de los aldeanos que se arremolinan a su alrededor como un enjambre tembloroso, hacia las colmenas lejanas del poblado, que ya zumban y bullen de murmullo y lamento.

Yace bajo el suelo, su boca abierta está llena de tierra, enganchado entre sus dientes hay un bordado seco y amargo de pelo de raíz. Ha venido aquí a por las posesiones que va a dejar su padre, y ahora está más cerca de ellas que todo lo que mi inteligencia me ha acercado, hay senderos secretos de oro a su alrededor mientras ella duerme y hiede y se descompone. La gravilla enjoyada se aloja entre los dedos de sus pies, masticada por los gusanos de plata en las casas del tesoro desaprovechado de los muertos; los muertos están solos en el mundo al no tener avaricia que satisfacer, ni miedos que superar ni necesidades que deben aplacar. Sus cuencas están llenas hasta los bordes de una riqueza más espléndida que la que sus ojos vivos jamás han podido conocer, y eso no les preocupa absolutamente nada. Mi cuerpo, tibio y ansioso, se mueve al son de tambores más primitivos.

Fuera, más allá de las rarezas amontonadas de la choza del anciano, el mediodía viene y va, marcado por los chillidos de pánico del cerdo pintado mientras lo matan, y que se ven ahogados por la risa de los niños, cerca de la casa redonda a juzgar por el ruido.

Olun se muere. Tirado ahí, me mira a través de la fosa de brasas apagadas y no parece respirar en absoluto, sólo suspira de vez en cuando, sus ojos que no pestañean y permanecen fijos en mí, tanto el ciego como el que ve. Se hunde en su muerte y se aleja, sin responder a pesar de mis preguntas y demandas urgentes.

—Por favor, padre. Tenemos tan poco tiempo y has de darme toda tu sabiduría. Enséñame. Dime cómo ser un sabio como tú antes de que la muerte corra una cortina entre nosotros.

Olun sonríe, el dibujo de corteza que es su cara se divide de manera atroz, e intenta hablar.

—La cortina... —Entonces tose, se para, se recupera, vuelve a empezar —. La cortina se ha rasgado. Hay una manera de poder hablar con los muertos y de obtener su sabiduría. Paciencia, hija. Paciencia.

¿Paciencia? ¿Acaso todas las molestias que me he tomado; arrastrarle; escuchar sus aburridos balbuceos no demuestran paciencia?

—Entonces, ¿cómo? ¿Cómo va a poder llegar tu sabiduría a mí si estás muerto? Por favor, padre. ¿Por qué no me lo cuentas ahora, mientras queda tiempo?

De nuevo, sonríe, la corteza decorada se desconcha. «Una prueba. Una prueba final. Si vas a ser el sabio, entonces debes aprender a escuchar la voz de aquéllos que llevaron ese nombre antes que tú. Vamos, hija, no parezcas asustada. A aquéllos cuyo ingenio es rápido y tienen ojos para ver no les resulta tan difícil conocer las enseñanzas de los muertos».

Mi boca se abre para lanzar una queja, aunque Olun levanta una mano temblorosa para detener mi protesta antes de que nazca.

—No hablemos más sobre esto, porque hay otro asunto que tratar; algo que debes darme mientras aún hay aliento en mi boca. Algo tuyo, para darme consuelo en la tumba.

¿Pero qué es esto? ¿No tiene prisa en darme lo que me pertenece, y me pide un regalo? Mi lengua se torna agria, como con bilis. «Has dicho que vamos a poder hablar después de tu muerte. ¿Qué mayor consuelo puede haber aparte de ése?».

Dice que no con su cabeza salpicada de constelaciones. «No. Aunque mi voz te va a hablar desde más allá de la tumba, no funciona al revés. No vas a poder hablar conmigo, aunque yo sí voy a poder hablar contigo de cierta forma. Para ello, necesito algún objeto, alguna posesión de mi hija para sostenerla junto a mí en la oscuridad y hacerme sentir menos solo. Ésa es nuestra costumbre. ¿Por qué no esas cuentas alrededor de tu cuello?».

La mejor opción parece consistir en mentir y complacer a este viejo necio, de modo que pueda ceder y contarme todo lo que sabe. No respondo nada y sólo encojo los hombros, coloco mis manos detrás de mi cuello para buscar a tientas el nudo del alambre de cobre que mantiene en su sitio las cuentas ensartadas. Mis dedos tienen una breve pelea a ciegas y el aro dé chispas azules está ya libre, se lo tiendo al anciano en el camastro.

No coge las cuentas, ni las mira. En vez de eso, su mirada reposa aún en mí, sus ojos parecen permanecer fijos sobre mi mentón o mis hombros como contemplando el collar de cuentas que ya no pende de ahí. Al fin, sus ojos reposan sobre el regalo que mi mano le tiende. Se acerca, me lo quita, lo sostiene frente a su rostro, y entonces comienza a llorar.

—Mi hija. Oh, mi hija... —Caen aún más lágrimas, sus palabras se arrastran hasta formar un gemido, un resoplido idiota. Me llena de intranquilidad ver esta debilidad en su actitud, él que tiene bajo su yugo a una aldea asustada. Pensar que tal pena le invade, sólo por separarse de mí. ¿Cómo puede este mundo perdurar, si todos sus sabios son tan débiles?

Alza la cabeza y me mira una vez más fijamente a los ojos y hay algo virulento en su mirada. Quizás está enfadado consigo mismo, por berrear como un bebé ante su hija. Me habla, aunque su voz ahora está sin vida y es fría. «Ve a por Hurna de inmediato. Deseo hablar con ella a solas».

No me queda otro remedio que hacer lo que ordena. Pasando por encima de obstáculos hechos de varitas chillonas y capuchones adornados con huesos de pescado, me abro camino desde el interior de la choza hasta llegar fuera donde la mujer con cara de masa para cocer

está sentada y cuida de sus fuegos para cocinar. Parece estar sorprendida de ser convocada de esta manera y, tras mirar con cara de incredulidad durante un rato, cruza rápidamente por la puerta de maderas que no dejan pasar para estar junto a Olun.

Me siento sobre el polvo cansada y decepcionada apoyando la espalda contra los muros desnudos de madera, mi vista se posa sobre lo que ocurre entre las chozas de la aldea. Junto a la casa redonda los hombres con cuchillos de cobre despellejan la cara del cadáver de un cerdo pintado. Mis ojos se cierran, tapando un mundo que rápidamente se va más allá de mi entendimiento. Formas espeluznantes se transfiguran y se funden frente a una oscuridad gruesa como una costra.

Las maderas redondas aún se aprietan contra mi espalda, la tierra pateada duramente reposa contra mi columna. En la oscuridad moteada detrás de mis párpados hay gritos distantes, toses, y crujidos, los sonidos de la aldea penetran en mi sueño, me sirven como recordatorios de que el mundo aún está a mi alrededor. Los medio sueños vienen. Los pensamientos se transforman en imágenes, luego se disuelven.

Garn martillea abejas sobre su piedra de golpear hasta que una pulpa negra y amarilla se escurre por un lado. Está de pie cubierto hasta las rodillas de ceniza que se alza lentamente en una marea gris y cálida, que cubre sus muslos, su tripa, todo excepto su cabeza, que tiene los rasgos de un cerdo, ahora las mujeres del poblado cruzan las planicies de polvo levantadas para anudar un círculo de flores de azul brillante alrededor de su garganta. Sus tallos dejan manchas de un verde intenso sobre las elevaciones redondas de grasa y ahora alcanzo a comprender que el cuerpo de Garn ya no está bajo la ceniza: la cabeza está cortada, y el torso de carne cuelga cerca, inmóvil sobre un palo de madera. La piel que sobresale está pintada por todos lados con imágenes de pájaros.

Desde la aldea en otro mundo llega un grito, ante el cual los pájaros se alzan en un revoloteo de alarma ciega y me llevan con ellos hacia arriba por encima de la ribera donde, mirando hacia abajo, veo a una mujer cortar la garganta a otra, quitarle sus ropas, y lanzarla a las aguas indolentes. Elevándome aún más, hasta que la gente ya no es visible y todo lo que vemos son campos y colinas; los racimos de puntos de verde pálido son las chozas lejanas. Estas vistas, aunque extrañas y emocionantes, me resultan familiares pertenecen a algún sitio que conozco desde hace mucho tiempo, pero ¿dónde? ¿Y cuándo? Mi cuerpo sube y sube hasta que el olor acre de la piel mojada de perro me despierta.

Mis ojos se abren sobre una tarde que ha avanzado desde que los he cerrado, no obstante el perfume desagradable a chucho permanece. ¿Hay perros alrededor? Un sueño a medio recordar pasa ante mí, un destello de un vientre de animal de tonalidades negras justo debajo de la superficie de mis pensamientos que se vuelve a sumergir y desaparece, sin ser reconocido. Me pongo en pie entumecida, me parece que el

rastros del olor vienen de la choza de Olun y por lo tanto me abro camino ahí dentro donde el olor se hace más fuerte, lo bastante como para que me piquen los ojos. ¿Cuán grande ha de ser este perro para tener un olor tan intenso?

Me abro camino a empujones por entre los montones espeluznantes y caminos engañosos llenos de obstáculos, el olor a perro que cae sobre mí como lluvia se vuelve más insoportable a cada paso que doy hacia el centro circular, hacia su hediondo corazón.

No hay perros.

El foso del fuego, ahora prendido, da forma a una danza roja que atraviesa las curvas y fisuras de la choza del anciano. En el otro extremo, Hurna está sentada y me mira, con los brazos en jarra sobre sus rodillas demacradas y la cabeza ladeada. Se oye el chisporroteo y siseo de las brasas, pero todo lo demás está en silencio en este claro rodeado de trastos. Algo en los ruidos de la choza está mal. Hay algo que falta; algún sonido que ya no está aquí. Escucho por un momento, la omisión está clara: el ritmo de su respiración.

El hombre brujo yace en su camastro, bañado por los fantasmas de las llamas que se mueven y agitan en las sombras, haciendo que sus tatuajes se retuerzan a pesar de que él está quieto como una piedra. La mirada fija, húmeda y ciega se dirige hacia donde el fuego del foso es transportado hacia fuera en jirones desiguales a través del agujero de la chimenea, sus ojos alcanzan su conjunción final, ahora ambos están nublados y congelados. Su pecho se ha calmado, las manos reposan sobre él unidas y petrificadas alrededor de mi aro de cuentas que a la luz del carbón tiene un brillo violeta. Se mea, su ofrenda final, que empapa la túnica de piel de chucho sobre la que yace, de donde el olor a perro surge fuertemente y se mantiene bajo el calor del fuego.

Ahora dime tus secretos, anciano, tal y como prometiste. Mueve tus labios sellados por la muerte y háblame.

—Ha ocurrido cuando me has mandado dentro a hablar con él —dice Hurna. Está tranquila y sonríe, sentada en cuclillas bajo la luz de la chimenea junto al cadáver de Olun.

—Conversamos un poquito, y luego ha muerto. Pero no te preocupes... —En este momento ella nota la angustia en mis ojos, que confunde con compasión—. Olun ha tenido una muerte digna. Ahora su espíritu camina por el sendero brillante, y lo mejor de todo es que no ha dejado tareas penosas para ti. Los preparativos de su funeral están en marcha y no tienes grandes labores que realizar. Todo está bien.

¿Qué todo está bien? ¿Qué los dioses maldigan a esta mujer con la ceguera! ¿Cómo puede estar todo bien si Olun ha muerto antes de compartir el secreto de sus riquezas conmigo? ¿Cómo puede ella estar ahí sentada sonriendo y contenta cuando todos mis planes se

desmoronan? Bajo mis pies los túneles de oro se derrumban, se alejan más allá del recuerdo. ¿Qué se puede hacer para traerlos de vuelta?

Un pensamiento cruza mi mente: al regresar con Olun a la aldea del funeral de la muchacha muerta, le he preguntado si no hay otro hombre vivo salvo él que conozca el sendero subterráneo, los caminos de los muertos. La risa del anciano, como las esquirlas de las conchas de los caracoles al aplastarse; su respuesta que burbujea en la brea desde los fragmentos marcados con espirales: «Salvo el Viejo Tunny. Conoce cada recodo del sendero, pero toda su sabiduría está en sus dedos. No en su cabeza».

—¿Quién es Tunny?

Hurna me mira, asustada primero y sorprendida después por mi arrebatado, porque ella no puede ver qué relación tiene Tunny con la muerte de mi padre. Frunce el ceño, y cuando habla sus palabras son lentas, llenas de una dulzura que me enfurece. Parece que está hablando a un bebé.

Tunny es el centinela, el viejo con las manos temblorosas, pero ahora tienes otras cosas en las que pensar. Es el disgusto por la muerte de tu padre lo que confunde tus pensamientos. ¿Por qué no descansas, y me dejas los preparativos del velatorio de Olun a mí? Necesitas un tiempo para llorar su pérdida, y...

Le doy la espalda, avanzo tropezando por entre los armatostes y estorbos hacia el aire de fuera del atardecer.

Sus gritos de consuelo me siguen. «No corras. Estás enfadada, pero no hay necesidad de ello. Está en un sitio mejor. Ahora está en el sendero brillante...».

Una extraña excitación invade el poblado mientras el crepúsculo descende y los objetos pierden su forma y perfil para mezclarse con la luz que cae. De todas las chozas emerge gente, riendo, charlando y encendiendo antorchas, unas con el fuego de otras, componiendo llamaradas de amarillo sobre el gris que se extiende. En grupos llenos de susurros se dirigen pausadamente hacia la puerta norte, forman un gran y tranquilo enjambre de luces ámbar que viaja en la misma dirección que yo. Me ven correr entre ellos, me precipito veloz hasta la choza de vigilancia con el sudor de la desesperación en mi frente y aun así no me prestan ninguna atención, están ensimismados en su propia algarabía.

Al anciano centinela de manos negras y temblorosas no se le ve por ningún lado y parece ser que en su puesto no hay nadie, hasta que un gruñido ahogado me hace mirar dentro. A mis espaldas el gentío iluminado por las antorchas atraviesa las puertas de la aldea y camina a lo largo del sendero del río, como una fila de luces que flotan.

Dentro de la choza de vigilancia, junto a la pared, la mujer del pelo rojo con los hombros pecosos está sentada al lado del joven con la marca de nacimiento cuyo nombre, ahora me viene a la memoria, es Coll. Tienen los calzones bajados alrededor de sus tobillos y los labios de ambos están lo bastante apretados como para que se amoraten. Cada uno tiene en las manos el sexo del otro.

—¿Dónde está Tunny?

Unos dedos asustados se retiran de repente de entre los muslos del amado para ahuecarse encima de los propios. Sus labios se despiden, unidos solo por una cadena plateada de saliva.

—¡Monta por ahí! No está aquí. ¡Monta por ahí y déjanos en paz! —La cara estropeada del muchacho se pone tan roja que todas sus marcas se ven consumidas y se pierden en el torrente de sangre al ponerse colorado.

Pero mi pregunta es urgente y no cabe dejarla aparte.

—¿Dónde está, entonces? Vamos, dímelo rápido y así te libras de mí.

—Se ha ido a ver la noche del cerdo en los campos de Hob. Ahí es donde va todo el mundo esta noche, y tú no estás ahí, qué lástima.

Entonces, se calla, cambia de cara y sonrío abiertamente mostrando las manchas sobre sus dientes. «Salvo si quieres quedarte, y probar un poco de esto tú misma».

Mi bola de saliva se rompe contra su mejilla. Maldice, se pone en pie y empieza a acercarse a mí, pero sus calzones le impiden andar y va demasiado lento. Sólo sus gritos de rabia me persiguen más allá de los muros de endrinos, a través de una oscuridad llena de chillidos, gritos, y llamas que siguen el camino.

La noche del cerdo. Fuegos y muñecas, un puerco pintado, y procesiones trémulas, juncos desparramados resplandecientes que se mueven junto a la orilla del río reflejados en sus profundidades como peces en llamas. Un olor, algo que empaña el aire de emoción y una especie de fiebre en las caras de los niños. Es la noche del cerdo. Cada año estas pasiones y estas luces, que han provocado chispas tanto en sus padres como en los padres de sus padres, y más atrás y atrás hasta llegar a la era en que los Urken brincan y balbucean en los humos del otoño. Esta noche no es una sola noche sino tantas como las estrellas, una cadena de noches dibujada a través de las eras con un punzón de ritual y adornada con fuegos antiguos en vez de cuentas.

Los juncos lívidos, pálidos y asustados, se inclinan en una súplica temblorosa ante el viento, hay un grupo de ellos rodeados por tierra de cuyo medio sobresale una calavera compuesta de pedernal gris como el

seso y de piedra amarilla aplastada que porta una corona de madera ardiendo. De todos los aldeanos que se agolpan en el campo de Hob, solo unos pocos tienen su sitio sobre esta protuberancia, tienen las caras rojas y brillantes por el sudor, y las espaldas envueltas en sombras a medida que se reúnen alrededor de la pira. El resto están obligados a colocarse alrededor de los límites de los prados empapados sobre la tierra más dura y elevada, mientras los niños corretean adelante y atrás a lo largo de las estrechas columnas del camino que unen esta rueda humana con su ardiente centro.

La gorda Mag, la reina bruja, tiene su sitio en la cima del montículo, con Bern y Buri flanqueándola. Las voces de los hermanos llevadas por la brisa a través de la ciénaga de juncos parecen más fuertes y guturales que cuando han hablado conmigo. Ambos están borrachos de grano, uno de ellos maneja torpemente la funda de la polla y orina sobre fuego. Un riachuelo de cobre mana de los labios de anguila echados hacia atrás de su funda, cuyos ojos se quedan mirando, horrorizados. Su hermano y la reina bruja ríen y aplauden. El Viejo Tunny no parece estar entre los que se encuentran en el montículo.

Encima de la pira, entre el humo que asciende en jirones y las llamas está sentada una figura. Es esa especie de muchacho sin cara extraño que yo y Olun. hemos visto confeccionar a los niños cuando le he arrastrado por aquí de camino al puente. Me abro camino alrededor del borde del prado para ver si Tunny está entre la multitud que se reúne ahí, unos velos de fuego y humo me esconden el cuerpo lleno de paja; pero ahora la brisa los retira...

No es una especie de muchacho el que se abrasa sobre las maderas que crepitan. Es un niño. Tiene una cara que parece girarse hacia mí, tiene los ojos llenos de dolor y miedo y unos labios que se mueven para dar forma a palabras desconocidas y aterradoras. Su hocico...

No. No es un muchacho. Es un cerdo. Un cerdo que tiene el cuerpo de un muchacho. Se trata de la figura hecha de trapo y paja aunque ahora lleva la cara que le han despellejado al puerco de colores chillones que han matado esta tarde. Por la forma en que están colocadas las maderas parece inclinarse y ladearse hacia mí; es el aire de calor ondulante el que da vida al chillido congelado de su boca. Un frío que pica se arrastra con piernas de araña sobre mi nuca y después desaparece. Sigo adelante. Sigo adelante entre los extraños que empujan, en los ojos de cada uno de ellos arden pequeños fuegos.

Extendida a lo largo de la media luna elevada de los lindes, la multitud se solidifica en coágulos separados de gente, no más de un puñado en cada grupo que crece desordenado. Beben; ríen; levantan a sus niños más pequeños para que vean el fuego a través del lago espectral de juncos. Algunos se han retirado hacia los campos cercanos para montar, tocados por la fragancia salvaje de esta noche como les ha ocurrido al centinela con la marca de nacimiento y a su chica del pelo de cobre. Sus grititos de dolor agradecido vagan desde las hierbas que pican, así

como sus respiraciones calientes y asustadas. Ahí arriba, las lascivas estrellas que parecen cuentas en un collar miran hacia abajo y se llenan de celos deseando ser de carne y hueso.

Por delante de mí un fuego para cocinar se erige sobre los límites del campo de Hob, como un hermano más pequeño de la llamarada central. Por encima de él, chisporroteando desde el culo a la molleja, gira un cerdo muerto cuya cara han despellejado, gira una y otra vez lenta y ampliamente, su carne siseante parece recordar antiguos revolcones en el frío barro. A lo largo de uno de sus lados la carne ha ido desapareciendo hasta llegar al hueso, las costillas blancas y desnudas forman una sonrisa a través de unas encías rosas y llenas de chisporroteos.

No muy lejos, Tunny se mantiene separado del resto, una cosa demacrada y larguirucha con el cráneo inclinado hacia atrás que saborea el olor del fuego del cerdo asado; un olor a raja le llega desde las hierbas situadas detrás de él. A su lado, olvidadas, cuelgan sus manos manchadas y temblorosas. Gira la cabeza al acercarme y me reconoce.

—Ah. Bueno. Tu padre ha muerto, ¿no? —Hablar se le hace raro, no está acostumbrado a dar consuelo a nadie.

—Sí, mi padre ha muerto. Me ha hablado de ti antes de morir. Ha dicho que puedes tener cosas que contarme.

—¿Oh? ¿Y qué cosas son esas? —El Viejo Tunny parece confundido, los dedos teñidos se agitan aún más en su costado.

—Los senderos subterráneos que corren bajo la aldea. Olun ha dicho que los conoces, eres el único en todo el mundo aparte de él.

A través de los macizos de juncos enfermizos, el humo y la risa son llevados desde el montículo coronado por el fuego donde arde el chico cerdo. Tunny frunce el ceño y niega con la cabeza. «¿Qué senderos subterráneos? Eso es un hablar de sabios, y eso no significa nada para mí. Olun apenas me ha dirigido un saludo o siquiera se ha despedido de mí desde que mi aflicción me ha obligado a abandonar mi ocupación y a asumir el destino de un centinela modesto».

Sus ojos miran a lo lejos, sofocados por los recuerdos. Mi mirada baja desde sus ojos hasta sus extremidades negras y temblorosas. En mis pensamientos, algo tenebroso se arrastra hacia la luz.

—Antes de ser su centinela, ¿has sido...?

—Su tatuador. Sí.

—¿Has sido tú el que ha marcado a mi padre con sus dibujos de cuervos?

Suelta una risotada como un rebuzno que parece demasiado Potente para un pecho tan prieto y estrecho. En el montículo ya no queda nada del chico cerdo salvo un montón chamuscado que resopla y estalla y se arruga entre las lenguas crepitantes de luz.

—¿Sus dibujos de cuervos? Si así es cómo él los llama, vaya, entonces sí, ésa es mi obra, aunque a mí no me parecen cuervos. No tienen ningún sentido y no obstante me los hizo copiar con mucho cuidado a partir de sus cortezas pintadas, parece ser que cualquier otro garabato estúpido no vale. Cuando acabamos, quema las cortezas pintadas y hace una cosa apropiada, presta atención. Cada año viene a mí y hace que se las repase para mantenerlas marcadas, pero entonces mis manos se ponen malas y Olun ya no acude más, ni nadie más. Quién le hace los tatuajes ahora, no lo sé. —Se detiene, arruga la nariz y mira entornando los ojos hacia mi cuello—. ¿Quién te ha hecho eso que tienes alrededor de tu cuello? Debe de ser alguien de la aldea, porque el día de tu llegada no has traído nada ahí.

¿De qué habla? Mi mano vuela por su cuenta para inspeccionar la piel suave debajo de mi mandíbula. No hay una cicatriz que pueda sentir, ni una marca levantada de tatuaje fresco. Este necio de manos agitadas está o bien confundido o bien ciego, y tengo mucho en qué pensar sin tener que prestar más atención a los balbuceos de un centinela sin seso. Sigue mirando mi cuello mientras me deja darle un apretón en la mano que se estremece y darle las gracias por su ayuda, luego observa cómo le doy la espalda, y marchó hacia la multitud iluminada por el fuego a lo largo de la pradera.

La cosa tenebrosa de mis pensamientos se arrastra aún más cerca. Los dedos del Viejo Tunny conocen el sendero subterráneo, aunque no hay conocimiento en su cabeza. El Viejo Tunny, el tatuador. Realiza las marcas de Olun, sus dedos ennegrecidos se mueven, año tras año, sobre estos caminos disparatados y zigzagueantes, sobre los dibujos de cuervos del anciano que no parecen cuervos, aunque ahora todo está claro. No se trata de imágenes de cuervos.

Son lo que los cuervos ven.

El río desde arriba se convierte en una línea, un hilo tortuoso de azul. Los campos mosaico están cosidos con zarzas, las chozas se ven tan pequeñas como anillos de dedos y los bosques han sido reducidos en forma de babosas gordas y verdes, todo ello con los bordes arrugados y con caminos que parecen venas. Así es como el anciano conoce cada camino y desvío. Por eso Olun siente que la aldea forma gran parte de él: toda ella está grabada en su piel. Sus colinas, sus charcas. Sus senderos subterráneos. Sus criptas y agujeros de tesoros. Así es como va a hablar conmigo estando en la tumba.

A empujones y empellones vuelvo a la ribera de río que llega vagando hasta la aldea. Echo una última mirada hacia el montículo y me sorprende ver que la reina bruja está sentada sola frente a la pira, Bern y Buri han marchado a otro sitio. Mi mirada se mueve a través de la multitud harapienta que se halla alrededor de los lindes del campo de Hob y al final va a reposar en los hermanos monstruosos, de pie junto al asador en el que el cerdo pintado se asa. El Viejo Tunny está junto a la pareja, se le ve hablando con ellos asustado. Ahora levanta una mano y hace gestos hacia sus tragaderas. Ambos hermanos asienten con la cabeza. Miran fijamente a través del campo amarillo de juncos que parpadea, esforzándose por ver a través del fuego el sendero del río y a mí, aunque no pueden verme tan lejos del fuego.

Les doy la espalda, mis pasos apresurados me llevan hasta el regazo de la oscuridad, de vuelta a la aldea y a los restos valiosos y fríos del anciano. Incluso si Hurna le está metiendo en la tumba, eso no es un obstáculo para alguien tan hábil en la resurrección de los muertos como yo. Los pies me hormiguean mientras aporrean la ribera, se sienten cálidos por la sensación de todo mi oro que se agolpa bajo ellos.

¿Hay algo en mi cuello?

Dentro de mí, la cosa tenebrosa se arrastra lentamente hacia la luz. Aquí falta algo, un conocimiento que aún no está al descubierto. Me viene una imagen de Hurna, de cuclillas junto al cuerpo de Olun, sonriendo bajo el resplandor del carbón del interior de la choza. ¿Por qué está tan contenta? En la cima de La Colina de la Bestia a mi izquierda hay luces que danzan, desde donde un lamento sepulcral distante se alza desnudo en la noche.

—Está en un sitio mejor. —Dice ella.

—Ahora está en el sendero brillante.

Cuando al fin lo comprendo, un grito rasga mi garganta.

Olvida la aldea. Ahora ahí no hay nada para mí. Corre. Sube La Colina de la Bestia. No es demasiado tarde. Mis lágrimas pueden estar equivocadas, al hacer un mundo de una palabra, de una mirada. Sigue corriendo, hacia arriba y arriba.

Además, ¿qué razón puede haber para consentir Olun tal cosa? No tiene amor alguno por Hurna o sus dioses, y dice una y otra vez que quiere que yo me quede sus conocimientos y sus posesiones al morir. No tiene por qué cambiar de opinión...

... pero entonces está la manera en la que me mira después de coger mis cuentas. Sus ojos y su voz se tornan fríos y luego pide hablar con Hurna como si... No. Olvídalo. No es nada. A mi costado, dolor. Mi respiración jadeante se parece mucho a la de Olun.

Me paro a medio camino de la cima a descansar y miro hacia atrás donde se pueden ver un par de antorchas, que se mueven junto al sendero del río dirigiéndose hacia las laderas más bajas de La Colina de la Bestia. Parecen venir desde los Campos de Hob, siguiendo el camino que yo he recorrido hasta aquí. Un grupo de participantes en la fiesta, quizás, todos hartos de comida y borrachos de grano, que se dirigen a La Colina de la Bestia para pedir perdón a algún dios por su glotonería antes de volver a casa. Los fuegos que iluminan su camino se deslizan a lo largo de la rivera, su paso encaja perfectamente, parece que los que portan las luces caminan a la par. Comienzan a subir La Colina de la Bestia. Corre. Sigue corriendo.

A través de la cima aplastada se extienden los círculos de muros rotos, uno dentro de otro, antiguos bancos de tierra apilados por hombres que ahora yacen reclamados por la hierba y que parecen de un metal plateado bajo las estrellas. Lejos, en la parte más lejana de la cima de la colina, más allá del círculo más pequeño y más centrado, un grupo de mujeres está reunido, y todas se lamentan.

Forman un círculo alrededor del fuego.

Gritando y chillando, les ordeno parar, mi cuerpo desesperado corre precipitadamente y se tambalea a través de la extensión de hierba y oscuridad que hay entre nosotros, me escabullo entre los huecos derrumbados que separan los muros hechos de turba y salto charcos tan anchos como pequeños estanques para llegar por fin a ellas, sollozando, medio desplomándome a los pies de Hurna, quien permanece en pie junto a la pira.

Sonríe afectuosamente. Lejos, atravesando el campo, dos antorchas alcanzan la cima de la colina y se mueven hacia nosotros. Bern y Buri. La voz de Hurna es cordial y comprensiva, rebosante de soso afecto fraternal.

—Nos alegramos de tu decisión de participar al fin en nuestra ceremonia. Y tu padre. Tu padre también está contento.

Alza la mirada hacia la torre que forma el centro del resplandor, que es mucho más alta que el fuego de la noche del cerdo.

Él está sentado erguido sobre su trono ardiente, ha sido reducido por las llamas a un espantoso niño de carbón. Sus cuencas ennegrecidas miran fijamente, parecen escrutar mensajes en el fuego, intimidaciones de un indulto. Detrás de estas órbitas abiertas de par en par, zarcillos de un gris suave arden desde un cerebro de hollín. Sobre su pecho, atrapado en un puño cerrado por la muerte, dedos de ceniza se cierran sobre las cuentas de su hija. Su piel se cae para alzarse como polillas grandes y lentas de ceniza en el firmamento, suben por encima del calor y se enfrían, se precipitan en espirales que descienden perezosamente, que llueven sobre mí.

Ahora Bern y Buri están de pie a mis espaldas, pacientes y silenciosos, en espera de que me gire y me encare a ellos. Desde el cielo un fragmento negro y frágil, que cae como en un sueño, va a la deriva hasta reposar en mi brazo. Sobre él, apenas visible contra su negrura, aún puede verse el trazado plateado y tenue de las líneas: una curva delicada que es quizás un riachuelo o si no algún sendero sepultado, los grupos de marcas parecidas a arañas pueden ser los árboles vistos desde arriba.

Se rompe en mi muñeca y cae sobre la tierra, donde es recogido por el viento para esparcirlo sobre los campos crematorios.

En la Ribera

43 d. C.

El trenzado de los juncos y el corte de los zancos. Un pico hueco que lanza dardos; su uso y fabricación . Hay como una voz dentro de mí que repite continuamente las aburridas instrucciones sobre cómo se hacen estas cosas. Lleva tanto tiempo en mi interior que ya no la oigo. Y cuando lo hago, me calma ya que no tengo que pensar en nada más salvo en esta lista aburrida e interminable y de este modo puedo quedarme dormido por fin con ella danzando en mis labios: *El trenzado de los juncos y el corte de los zancos. Un pico hueco que lanza dardos; su uso y fabricación* .

Antes de vadear río arriba hacia el rompiente, vuelvo la vista atrás para ver a Salka y a nuestros hijos jugar. Sobre su pecho penden gotas de agua, se gira y me atrapa con sus ojos negros durante mucho tiempo, luego aparta la mirada y mete la cabeza una vez más bajo la piel del río. Los niños chapotean y dan vueltas; riñen entre ellos pero abandonan la discusión en favor de otro desacuerdo aún mejor, aún más estrepitoso.

Este mirar atrás siempre que salgo y dejo a mi familia, que es como si reuniera a todos mis seres queridos en mis ojos y los atrapara ahí, se ha convertido últimamente en una costumbre. Aún me reconcome la preocupación de que algún día podría apartar la mirada y, cuando volviera a mirar, me encontraría con que ya no están. Parece ser que no puedo librarme de esta sensación, así que les miro fijamente hasta que sus figuras se pierden entre las ondulaciones de luz deslumbrante que bailan en el agua. Me doy la vuelta, y me alejo a contracorriente, una corriente espumosa que se parte con fuerza allá donde se encuentra con mis muslos.

Una vez tuve una esposa diferente, y otra familia. No vivíamos aquí en la Ribera sino a cierta distancia al este, arriba en la gran colina redonda que se alza sobre un terreno quemado. Una mañana me desperté y me fui caminando entre los pucheros hirviendo del desayuno a cazar y pescar, y eso fue todo. Ahora no puedo recordar si crucé alguna palabra amable con mi esposa aquel día al marchar, sólo sé que me enfadé cuando descubrí que la cuerda de apretar de mi bota estaba sin arreglar, y pensé irritado en lo vaga que era. Pude haber dicho alguna cosa, algunas palabras, aunque no puedo recordarlo. Anudé los cordones lo mejor que pude ante la falta de aguja e hilo, me até la bota y salí cojeando a encontrarme con el alba. Y eso fue todo.

Le di un beso de despedida a mi hijita, pero no pude encontrar a mi hijo para despedirme de él con otro beso. Ella acababa de comer requesón. Sobre mi mejilla su dulce aliento me dio algo de calor, y eso fue todo.

Mientras caminaba a través de todas las redes y lanzas que había colgadas entre las chozas que se iban despertando, vi a mi madre a lo lejos, en la parte más lejana del poblado. La llamé, pero era vieja y no me oyó. Y eso fue todo.

Me paré a hablar con la mujer de Jemmer Pickey, y mientras hablábamos pensaba en ella sin sus faldas y pieles, aunque sabía que eso nunca pasaría. Me despedí, y seguí mi camino.

Cerca de la puerta principal, entre las piedras viejas y llenas de hierba de la Forja de Garnsmith vi al hombre Hob de la aldea de pie perdido en sus pensamientos, la cornamenta amarillenta, atada alrededor de su ceño fruncido, se le caía. Rodeando sus pies había muchas marcas, dibujadas en el mísero suelo con su vara de muérdago. Hablaba para sí mismo, mientras retorció las marañas grises de su barba entre la punta de sus dedos manchados, parecía más intranquilo de lo que jamás le había visto. De repente alzó la vista y me contempló mientras pasaba a su lado. Parecía tener intención de hablar, aunque luego dio la impresión de habérselo pensado mejor. Muchas veces me he preguntado qué era lo que tenía intención de decir.

Pasé junto a él y salí de la aldea, seguí mi camino colina abajo, pasando el pequeño picó bajo el cual yacen las tierras quemadas. Oí decir que ahí hubo una vez unos muros, unos grandes muros circulares unos dentro de otros. Hace mucho tiempo que se desgastaron, pero desde la ladera más alta de la colina de la aldea aún se pueden ver los círculos; que han dejado un cierto oscurecimiento en la hierba que se ve mejor por la tarde. Al este, abajo, donde los que viven junto al río tienen su poblado, cuerdas delgadas de humo unían el cielo tranquilo y los fuegos distantes, y cuando ya había bajado demasiado como para poder oír detrás de mí los ruidos de la aldea, hubo un silencio, que se extendía por el mundo hasta los árboles más lejanos. Me adentré ahí, con las ondulaciones de las enredaderas desgarrándose alrededor de mis pies mientras descendía. Y eso fue todo.

Camino en zancos a través del agua, que aquí cubre menos de un antebrazo, mientras los árboles se encorvan sobre mí y el río está envuelto en sombras. Sin sol que deslumbre en la cara del agua, las profundidades de debajo se vuelven más claras, de modo que los peces que se mueven ahí pueden ser vistos. Me detengo, y me quedo quieto como una piedra. Mis piernas de madera son dos árboles que echan raíces en el lecho del río, sobre las que el agua se pliega y se vuelve a plegar. Bajo su superficie observo mis zancos que ahora parecen doblarse, como torcidos por el paso del tiempo, aunque sé que se trata de un truco del agua. Me quito la capa de junco que está empapada, levanto mi lanza, y espero.

Cuando vivía en la aldea de la colina me llevaba más de medio día llegar a la Ribera. Los caballos no cabalgan por ahí ya que la tierra es traicionera y está llena de ciénagas y charcos junto a los cuales los

mosquitos se arremolinan, como un temporal pequeño y furioso. Muchos hombres han muerto ahí. Y los pececillos navegan entre sus dientes.

Llegué a mi lugar favorito de caza cuando la tarde acababa, el crepúsculo se alzaba como el polvo ante una manada de estrellas que se aproximaban. Primero reuní unas cuantas ramas y algo de hierba para construir mi refugio, donde dormiría, aunque era algo más parecido a una tumba abombada que a una choza. Continué trabajando mientras la luz iba disminuyendo para reunir juncos, de modo que pudiera tener algo que hacer dentro de mi escondite iluminado por el aceite como para mantenerme ocupado después de que la oscuridad se hubiera asentado en las ciénagas.

La mecha de piel de caballo, enroscada como un gusano dentro de grasa cortada, se negaba a arder, así que gasté media bolsa de yesca y estuve a punto de quedarme sin mi pedernal más nuevo. Me senté con las piernas cruzadas bajo la luz trémula y trencé juncos hasta que llegaron las grises luces del alba. El vestido que hice era largo y verde, tenía la forma de una piel de masa de comida a la que se le ha dado la vuelta, cerrada por arriba salvo por una raja por la que ver a través y un agujero donde colocar el pico hueco. Dormí poco tiempo y me levanté antes de que llegara la primera luz del día para así poder cortar algunos troncos jóvenes para mis zancos y poder dar con un trozo de madera que pudiera ahuecar para construir mi palo de soplar.

Mi trabajo terminó cuando el sol completó su ascenso a través del helado aire de la mañana, sólo para caer en picado por agotamiento al final y comenzar su descenso. Saqué un trapo de mi saco y lo abrí para elegir una de las puntas de hierro clavadas en filas a lo largo de la cinta desenrollada, un trozo de lana de carnero sucio atado por los extremos más romos. Elegí una, la coloqué entre mis dientes, con la punta en el extremo, y me arrastré con la cabeza por delante dentro de mi traje de juncos, con el trozo de madera hueco agarrado con fuerza en mi mano. Durante un rato luché para ajustarme la capucha y así poder ver, luego arrastré los zancos dentro del traje, para atarlos a mis piernas con tiras de piel de buey.

El pico de madera estaba en mi boca, uno de sus extremos sobresalía a través del agujero del casco, con el dardo ya acurrucado en su agujero. Hinchada por la saliva, la lana tapaba el agujero. Sus hebras amargas se pegaban a mi lengua y sus fibras se separaban en mi boca de modo que tuve algunas dificultades en sacármelas sin que el dardo se cayera del tubo.

Al final, terminé mi ceremonial sin sentido, levanté mi lanza corta e intenté con cuidado permanecer de pie sobre mis piernas recién fabricadas, utilizando el tocón de un árbol solitario como apoyo hasta que di con mis pies. Tras tener esto ya seguro, con delicadeza empecé el camino, como un pájaro gigante y verde, que se dirigía a la orilla gastada por la corriente a través de la cual hundí un pie de madera, sin importarme el frío del agua.

Con pasos grandes y lentos que no perturbaban la superficie del río, vadeé entre los estúpidos peces y las confiadas aves de agua, y entonces comencé la caza.

Estoy de pie a horcajadas sobre las aguas poco profundas y una lubina gorda se mueve entre mis pies para mordisquear hierba gris y pálida. Mis dedos aprietan con fuerza la lanza y luego se relajan al pensar en su carne. Bate su cola como si fuera una bofetada y desaparece.

A veces medito sobre cómo los peces y los patos ven todo esto. Los acecho sin ser visto y creen que soy uno de ellos. Son demasiado estúpidos como para comprender que pertenezco a una especie superior y que quiero su mal, de modo que desaparecen, sin saber lo que ocurre, uno a uno. Ven cómo el gran pájaro verde da zancadas entre ellos, pero no relacionan eso con la desaparición de sus semejantes. Están ciegos debido a aquello que esperan ver.

Puede que haya bestias aún más perspicaces que nosotros, paseando como les place entre nosotros, escogiendo, eligiendo, y atrapando ora a una mujer, ora a un hombre, sin que nadie sepa jamás adónde han ido, ya que estos crímenes son tan escasos y dispersos; tan pocos y distantes, salvo cuando estos astutos monstruos sienten la necesidad de darse un banquete y comer en exceso.

Otro pez, esta vez un gobio, se mueve entre mis zancos inmóviles acariciándolos con su hocico. Esta vez no espero, sino que lanzo con fuerza la lanza. Casi fallo y le doy en un costado, luego lo levanto hacia la luz del sol derrotado en la punta de mi lanza, las gotas del agua del río caen por todo él como un rocío mortal.

Cacé todo ese día y luego otro día más, me enroscaba en mi piel de noche, y al final había muchas aves en mi saco y muchos palos llenos de pescado, y cuando llegó otra mañana más me dirigí a mi casa. Ese día el aire era bueno y claro, como el aire que sigue a una tormenta, aunque ninguna tormenta había tenido lugar. El cielo azul coloreaba todos los charcos y lodazales de la ciénaga, y enormes nubes blancas pasaban por encima de mi cabeza, estas nubes se amontonaban dando lugar a formas fantásticas para las que no tenía nombres. Mi bolsa estaba llena. El sol a mis espaldas me daba calor. Canté las únicas palabras que pude recordar de la Vieja Canción del Camino, sobre el chico que viajaba y cómo encontró a su novia, y ahuyenté a las garzas de un estanque gracias a lo mal que cantaba. Ésa fue la última vez que fui feliz.

Ahora me siento en la orilla y dejo que mis piernas de madera dejen una estela en la corriente mientras como el pescado. Cuando vine a vivir definitivamente a la Ribera, cocinaba la comida antes de comerla, pero ahora me parece un incordio. Nadie más por aquí prepara la comida. Rajo con la uña la tripa de la criatura y siento una extraña satisfacción al ver cuánta cantidad de piel puedo quitar en un solo intento.

(Entonces, despellejado en parte, me sorprende al voltearse en el aire una vez, aunque luego permanece quieto).

Cuando estoy a punto de dejar mi pico a un lado y de empezar a comer, un movimiento al sur en el horizonte me llama la atención. Se trata de banderas rojas. Banderas rojas y enanas que se dispersan y se vuelven a juntar mientras se agitan en mi dirección a través de los campos lejanos. Entorno los ojos, luego saco las piernas del agua para ponerme en pie. Y dejo el pico en su sitio.

No son banderas. No se trata de banderas, sino de capas, capas rojas sobre las espaldas de hombres que cabalgan. Un puñado por lo que calculo. No más.

Los conozco. Son los hombres de Roma, vienen de tierras más allá del mar. Algunos de los jóvenes de la aldea donde yo vivía antes decían que estos romanos tenían intención de quitarnos la tierra, pero esto es un misterio más allá de mi entendimiento, ya que la tierra no es algo que alguien pueda quitar, y tampoco es una cosa que pueda pertenecer a alguien, así que dejo esas discusiones a los jóvenes.

Ahora están mucho más cerca, y han desmontado, llevan a los caballos por las riendas, y se abren camino entre los agujeros llenos de barro y la plata brillante que recuerda a un lago de los charcos. Uno de ellos lleva una vara coronada por un extraño artefacto de oro: hay una serpiente, un hombre gordo de pie, luego una boca abierta de par en par con la lengua fuera, y por último un hombre gordo caminando. Llevan cascos de metal. Faldas como las mujeres. Y planchas de metal sobre sus tetas.

Sus caballos me ven primero, y dan un respingo. Mientras intentan sujetar sus corceles encabritados, los hombres se _arremolinan para buscar la causa de este alboroto. En un principio, al estar vestido totalmente de verde frente a la orilla cubierta de hierba del río, no pueden verme.

No tengo nada en contra de ellos. Así que les saludo, entonces se giran y me miran. Mi voz suena gutural, puesto que ya he perdido la costumbre de hablar el lenguaje de los hombres, y por sus caras está claro que mi saludo les ha sonado fatal y está más allá de su comprensión. Uno de ellos comienza a balbucear, con voz aguda, en esa lengua curiosa que tienen. Doy otro paso hacia ellos, alzándome sobre mis piernas de madera, y lo intento otra vez.

Los caballos relinchan y se desbocan. Los hombres corren tras ellos. Observo cómo sus capas rojas se agitan a través de las ciénagas. Cuanto más les digo que paren y que no tengan miedo, más rápido huyen sus caballos, y ellos más rápido les persiguen. ¿Cómo debo sonar al hablar, tras tanto tiempo?

Se han ido, así que me siento de nuevo en la orilla del río para comer mi pescado. Pienso en cómo contarán a sus amigos que vieron a un pájaro mucho más grande que un hombre, todo verde, que acechaba en los pantanos caminando sobre unas piernas monstruosas y que lanzaba gritos atroces. Con la boca llena de pescado frío comienzo a reírme de modo que la grasa se derrama por mi barba; hasta llegar a mis plumas hechas de junco.

Tras un rato la risa se detiene, porque suena fuera de lugar en este sitio solitario. Me como el pescado hasta dejar sólo su esqueleto.

Ese día, cuando iba a casa hacia el campamento en la colina, pensaba en mi esposa, mi primera esposa. Es algo extraño, pero también se llamaba Salka. La conocía desde que ambos éramos críos y jugábamos a atrapar y besar en los campos de Hob, que cuentan que están embrujados por un muchacho asesinado. Una vez le conté a Salka que le había visto, de pie en el montículo con su garganta cortada, y su pelo totalmente quemado. Ella sabía que me lo estaba inventando, y aun así actuó como si pensara que era verdad, y se aferró a mí y dejó que sintiera su raja ahí dentro de sus pantalones.

La colina apareció a la vista, con los fuegos de la cena ardiendo en su cresta, de modo que mi andar cansino se aceleró al pensar que ya llegaba a casa. No tuve la oportunidad despedirme de mi hijo antes de partir, y pensaba que podría jugar con él a lo largo de los senderos de la noche mientras Salka cocinaba el pescado más gordo para nosotros, llenando nuestra choza con su delicioso aroma.

Estaba a medio camino del campamento cuando me di cuenta de que no se oía ningún ruido.

Arrojo los escurridizos huesos blancos de pescado, al río donde se balancean durante un momento para sumergirse después. Me imagino que los veo alejarse nadando bajo el agua, y contemplo un río donde sólo los esqueletos de los peces se deslizan, revolotean, y peinan las corrientes con sus costillas desnudas. Me pongo en pie con intención de vadear río abajo, de vuelta a mi familia. Siento que la pena me envuelve, quiero estar con ellos.

Entré en la aldea con los palos sobre mis hombros y un saco de carne y plumas en la mano. Los fuegos de las cenas ardían vagamente y en algún lugar entre las chozas me imaginé que un perro estaba ladrando, aunque ahora recuerdo que olía a perro por todos lados. Puede que el olor fuera lo que me hizo pensar que había oído el ladrido.

Justo al pasar por la puerta abierta, los restos en las piedras de la Forja de Garnsmith llamaron mi atención. En el centro, donde el musgo crecía con más verdor, ahora había una fea mancha negra y chamuscada. Parecía como si un cuenco de cocinar monstruoso y muy caliente se

hubiera volcado, como si hombres sudorosos con las manos llenas de ampollas lo hubieran dejado caer con alivio.

Ningún ruido salía de los rediles de los animales de la parte más interior del campamento para ahogar mis pasos vacilantes que, aunque ligeros, resultaban ensordecedores entre las chozas boquiabiertas. A medio camino de la calle central, ahí en el polvo, encontré una cornamenta ocre que arrastraba unas cuerdas rotas. No me atreví a recogerla. La miré fijamente un momento, y luego continué.

Una comida a medio comer. Piedras para moler maíz, suaves y nuevas, abandonadas y apiladas contra una pared. Las moscas negras sobre los cuartos traseros de un cordero; sus murmullos débiles y asquerosos sonaban tan altos que parecían estar producidos por hombres. La cortina de un cagadero no utilizado hacía tiempo pendía abierta, un puñado de hojas secas yacían ahí sin ser tocadas junto al agujero maloliente. Desde los fuegos desatendidos y menguantes, grandes nubes de humo se movían entre los caminos que recorría, de modo que veía las cosas brevemente, y luego desaparecían, como en un sueño. El agujero en el techo que Jemmer Pickey había jurado arreglar el último invierno. El sombrero para el sol de un anciano flotando en un charco. Rocas para las lavanderas, cubiertas aún con ropas que hacía tiempo ya estaban secas. Una huella solitaria por aquí. Un charco de vómito por allá.

Fuera de nuestra choza, mi hijo no había recogido un juego con el que últimamente se entretenía, y que incluía una especie de hombrecitos que yo le había tallado a partir de guijarros. Estaban colocados como si fueran a cazar, los había extendido a lo largo de la puerta abierta y los había colocado en círculo alrededor de un animal que había hecho con palos. Pensé que quizás fuera un lobo. Pasé por esta pequeña matanza abandonada, y decidí que debía regañarle, aunque no con mucha dureza, por dejar todas sus tonterías desparramadas despreocupadamente.

La choza estaba a oscuras. Mi hija pequeña estaba sentada en las sombras en su extremo más lejano. Le dije algunas palabras que no puedo recordar y, dando unos pasos hacia adelante, vi que se trataba sólo de un montón de pieles que por un momento en la oscuridad parecían tener su forma, sentada ahí con las rodillas levantadas y su cabeza inclinada hacia atrás tal y como a veces hacía. Sólo piel. La choza estaba vacía. Por un momento lo único que hice fue permanecer de pie ahí en la penumbra; en el silencio. Nada ocurrió. Salí fuera de nuevo, pasé con cuidado junto al juego abandonado por mi hijo, de modo que no lo encontrara fastidiado cuando volviese.

A través de la aldea en silencio, en dirección hacia el este, el sol se ahogaba en una nube morada. Ahuequé las manos alrededor de mi boca y lancé un saludo. Oí el eco en el muro curvo del corral de los animales que estaba vacío y luego, pasado un rato, grité de nuevo. Las chozas bostezantes no replicaron. Su silencio me preocupaba, es como si

tuvieran unas noticias horribles que darme que no eran capaces de compartir conmigo. Volví a gritar, mientras caía el atardecer.

Después de un rato, me senté en medio de las piedras con forma de hombre que estaban colocadas en círculo fuera de nuestra puerta. Cogí una y la miré. No era más grande que mi pulgar, se ensanchaba arriba y abajo, era estrecho en el medio de modo que parecía sugerir la existencia de un cuello. Yo había rascado algo parecido a una cara en el bulto más pequeño, el de más arriba. Mi intención había sido darle una sonrisa pero, al girarlo para que captara la luz que se iba desvaneciendo, pude ver que había manejado con torpeza mi punzón, de modo que parecía como si estuviera gritando para siempre algo con mucha urgencia, eternamente, más allá de donde alcanza el oído.

Mientras tocaba la piedra me imaginé que aún retenía el calor de la mano de mi hijo y la conduje hasta mi nariz para poder oler su olor en ella. La razón me abandonó entonces. Puse el guijarro en mi boca y comencé a llorar.

Con unos pies parecidos a los de una grulla, ahora camino río abajo, con cuidado de que la corriente no me lleve demasiado rápido. Por encima de la acidez de la lana de camero que hay en mi lengua es como si aún pudiera saborear ese guijarro. Me doy prisa, para poder estar junto a mi nueva esposa e hijos antes de que los recuerdos me abrumen.

Me senté ahí en el círculo de guijarros toda la noche. A veces lloraba y gemía. A veces cantaba un poco sobre el chico viajero. Al alba, me puse en pie y recorrí de nuevo la aldea vacía. Todos los fuegos se habían visto reducidos a un polvo frío y gris, y durante un rato me entregué a un triste juego donde me imaginaba que todo el mundo estaba dormido, a punto de levantarse, de desperezarse, y de entrar en el día que despertaba dando tumbos maldiciendo y bromeando, pero nadie apareció.

Volví a pasar por las puertas y a continuación caminé una y otra vez alrededor del exterior del campamento. Ahí no había huellas, ni hierbas aplastadas como cuando una tribu formada por muchas familias huye colina abajo, o cuando muchos enemigos se han acercado sigilosamente. Salvo por el césped achicharrado y lleno de ceniza de la Forja de Garnsmith, que era una quemadura no más grande que medio hombre de anchura, no había ninguna señal de fuego, tampoco ninguna señal de lobos o, aparte del vómito en la calle, de una plaga repentina.

Fui dando tumbos hasta el final de la colina y la rodeé por la base, luego volví hacia arriba. Caminé de vuelta entre el silencio hasta la choza de mi familia, y me arrastré dentro para sentarme. Vi, mientras la furia crecía dentro de mí, que mi mujer había dejado la ropa que se había quitado tirada en el suelo, una costumbre por la que a menudo la había regañado. Maldiciendo su pereza entre dientes, me puse de rodillas y recogí las pieles esparcidas.

Sus pantalones olían a ella. Los llevé hasta mi labios y los besé; hundi mi cara en ellos donde olía fuerte, intensamente, y bien. Mi polla se puso dura bajo mis pantalones, así que me la saqué y luego froté mi mano sobre ella, adelante y atrás frenéticamente. La leche se esparció entre mis dedos, cayó goteando sobre una estera de hierbas que nuestra hija había hecho. En cuanto pasó el espasmo comencé a llorar una vez más, mientras mi semilla se espesaba y enfriaba en la palma de mi mano.

Tras las lágrimas, vino un pavor repentino y enorme, de manera que no podía respirar. Salí corriendo de la choza. Salí corriendo de la aldea y más allá colina abajo, mi polla inerte se agitaba mientras corría, me resbalaba, y tropezaba. Cuando llegué a la base de la colina, no me atreví a mirar atrás, había algo aterrador en esos techos mudos y apiñados, en esos contornos muertos. Seguí corriendo, sollozando y jadeando, a través de los campos, los cuales formaban un borrón de tierra nebulosa de dientes de león que se esparcían alrededor de mis pies, y no me detuve hasta que llegué al asentamiento de la gente junto al río poco después del mediodía.

Les hablé de manera confusa, les pregunté si mucha gente había pasado por aquel camino hacía poco; si había ocurrido alguna horrible catástrofe; si había habido algún presagio en las estrellas. Me miraron fijamente, y ordenaron a sus hijos que se quedaran dentro de sus chozas hasta que yo me hubiera ido. Grité ante las puertas cerradas y les dije que la gente del campamento colina arriba había desaparecido, pero si me entendieron, no me creyeron. Viendo que no me callaba, un hombre grande con labio leporino me cogió por el brazo y me arrastró a las afueras, donde me arrojó al suelo y me dijo que debía irme para no volver, sus bruscas palabras resbalaban por la grieta de su paladar.

No tenía ningún lugar al que ir salvo a la Ribera.

Volví al lugar junto al río justo cuando caía la noche. Mi piel aún estaba intacta ahí donde la había dejado, con la túnica de juncos enrollada dentro. Me arrastré sobre la barriga y me metí dentro, me puse mi capa de pájaro para cubrirme con ella, y ahí dormí, toda esa noche y todo el día siguiente como alguien muerto bajo la tumba abombada e hinchada que era mi escondite. Nunca ha habido un momento en el que estuviera más solo.

He vivido aquí en la Ribera desde entonces, y en ese tiempo he encontrado a otra familia, otra Salka, y ya no estoy solo, ni loco debido al desconcierto y la pena.

Ahora les veo, enfrente de mí, sentados descansando en la orilla donde el río forma una curva; aprieto el paso para poder llegar antes a ellos, dando zancadas entre los remolinos, siguiendo los pasos poco profundos y en cascada donde los resbaladizos musgos van a la deriva como banderas en la corriente. No me he quitado los zancos durante muchas lunas, y tengo heridas en las piernas arrugadas por el agua.

Salka levanta la cabeza para verme mientras me aproximo, alertada por mi chapoteo. De repente, los pequeños también me miran mientras corro hacia ellos, tambaleándome, de forma precaria, y ansiando su consuelo, ahora más que correr me precipito hacia adelante. Levanto los brazos en una especie de abrazo que es lo bastante grande como para abarcar la distancia que hay entre nosotros, y unos juncos que hacen las veces de plumas cuelgan flácidos, formando unos pliegues que aletean en la parte de abajo, como si fueran unas enormes alas verdes. Les llamo a través de la flauta combada que es mi pico. Les digo que les quiero. Les digo que nunca me marcharé.

Mi voz suena rota y espantosa. Les asusta. Como si fueran un solo ser, en medio de un poderoso aleteo, se alzan hacia el cielo que se oscurece y, en un momento, se pierden de vista.

La efigie de Diocleciano

290 d. C.

Me duelen los dientes.

De pie más allá de los márgenes de la aldea sólo queda la noche; el bostezo vacío del viento de noviembre cruza la tierra fría y llena de surcos; se trata de una oscuridad que se lo traga todo, de modo que no puedo saber dónde acaba la oscuridad y dónde empiezo yo. El dolor agudo de mis encías es lo único que tengo para saber dónde estoy, y aquí, entre los negros campos donde el viento húmedo choca contra mi mejilla, casi me alegro por ello.

Llevo tanto tiempo mirando fijamente este vacío, sin ser capaz de distinguir entre el cielo y el paisaje, entre lo cercano y lo lejano, que me lloran los ojos. Peor todavía, ésta es la segunda noche que someto mis pulmones quejosos a esta dura prueba, a esta vigilancia bajo este frío mísero antes de que llegue el invierno. Todo por una estúpida historia local, una invención del hijo de un granjero que tiene los ojos tan juntos que parece haber sido engendrado por un cerdo.

Aun así, a pesar de ello, cuando le hablé, respondió. No mostró ninguna incapacidad de entender mi lengua, o simplemente escupió y se dio la vuelta como había hecho el resto de la gente de la aldea, aunque sólo habló de misterios grotescos, de historias fantásticas sobre espíritus: sobre una colina, situada no muy lejos de aquí, más allá de los campos crematorios, donde hay un antiguo campamento, cuyas zanjas y rampas están cubiertas por cientos de años de hierba y maleza. Me dijo que se trataba de un asentamiento. En el que docenas y docenas de personas una noche, según el relato, fueron devoradas por perros gigantes sin que quedara ni un pelo o gota de sangre que dejara constancia de que alguna vez habían estado ahí. Como es costumbre en tales historias, desde entonces se evitaba aquel lugar de mala reputación. También hay espectros, desde luego. En ciertas noches, los ojos ardientes de unos sabuesos monstruosos aún pueden verse en la cima de la colina, sus horrendas miradas bastan para iluminar el cielo. Ahora aquí me encuentro vigilando para ver si los veo, pero aquí no hay nada de nada.

Detrás de mí, en la aldea, oigo voces lejanas que riñen en un principio, y luego ríen. Se trata de juramentos soeces y torpes. De los rebuznos detestables de sus mujeres, vulgares, insinuantes. ¿Acaso es por mí? ¿Por mí que aquí estoy de pie, en esta oscuridad en la que sopla el viento y negra como el alquitrán, simplemente porque el idiota del pueblo ha visto luz sobre la cima de la colina? ¿Acaso soy yo, la causa de sus menosprecios, de las ruidosas obscenidades que pronuncian? Me duelen muchísimo los dientes. Ya queda poco. Un poco más y lo dejaré por esta

noche, iré a la taberna; a la cama; y me sumergiré en mis pesadillas, en mis sueños echados a perder por la preocupación.

Privado de mi rango y de mi blasón por la oscuridad, el destello repentino de una nube a poca altura iluminada desde abajo parece producirse más cerca de lo que debería, ante mi rostro y no allá a lo lejos atravesando los campos. Sus sombras se tambalean y titilan, parece que quieran abalanzarse sobre mí así que doy un paso hacia atrás presa de los nervios y casi me caigo antes de que mis ojos cansados puedan hacerse una idea de qué es lo que ocurre.

Hay luces. Ahí arriba, más allá de los campos crematorios donde reducen a cenizas a sus muertos. Hay luces en la cima de la colina, pero no están provocadas por perros, a menos que caminen sobre dos piernas.

Son míos.

No. No, mejor no pensar en tales cosas, mejor no tentar a la suerte: puede haber otras razones, otras explicaciones sencillas que respondan a la causa de estas luces. Mañana, a la luz del día, puedo cabalgar hasta allí y juzgar por mí mismo. Ya estoy ordenando levantar las cruces antes de tener una mínima evidencia en mis manos. Me puedo imaginar a Quinto Claudio en Londinium, en su despacho del erario público, haciendo un gesto de desaprobación.

—Primero las pruebas, —diría— la balanza, y la piedra de jaspe negro. Si se requieren más pruebas, utiliza un horno y una pala al rojo vivo. Entonces, y sólo entonces, señala al culpable y saca los clavos.

Por encima del túmulo, las luces grises se mueven y retuercen. Al fin les doy la espalda y camino a trompicones entre la tierra llena de surcos, de regreso al asentamiento, atravesando una oscuridad larga y sin fisuras, hacia las ordenadas callejuelas de madera con ventanas como ojos que entrecierran de manera aviesa.

Llevo aquí varias semanas, y la taberna ya no se llena de un silencio hostil cuando entro. La mayoría me ignora mientras recorro mi camino hacia las escaleras, andando sobre el suelo de paja revuelta y entre charcos de vómito y gente copulando. Esta noche al menos, hay mejores pasatiempos, puesto que se celebra con euforia el abandono de la soltería por parte de alguien.

El novio, un joven de trece años o así, se sube borracho a una banqueta que se escora y ladea, incitado por sus amigos y tíos. Por todo el piso inferior de la taberna, las toscas criaturas de pelo de cobre dan voces y palmas al unísono de forma aterradora, un ritmo que, se acelera a medida que el joven se tambalea sobre la banqueta y sonríe, atolondrado, a su público.

Ahora colocan una cuerda alrededor de una de las vigas negras y de apariencia pegajosa, uno de los extremos de dicha cuerda tiene forma de lazo. Una curiosidad malsana se apodera de mí, me detengo al pie de las escaleras que me llevan a mi habitación, y giro la cabeza para mirar. Se mofan y dan voces, tienen sus rostros rosáceos brillantes a causa del sudor, están colocando el lazo de la cuerda alrededor del cuello del novio, que aún mantiene una sonrisa amplia y estúpida en su cara. Una de esas bestias, una criatura grande y gorda con el cráneo totalmente rapado salvo por un moño, coloca algo que no puedo ver en la mano del joven, después se gira hacia el público, para apagar los aplausos machacones con una serie de vulgaridades mal pronunciadas mientras su tripa tatuada brilla resplandeciente. Eructa, y recibe como respuesta una andanada de risas. Ahora veo que en la mano del novio hay un pequeño cuchillo de bronce. Con la otra saluda alegremente a una chica de pelo negro situada en primera línea entre la apretada muchedumbre, el chico apenas es consciente de dónde está a causa de la turbiedad de su mirada.

El gordo da una patada a la banqueta.

La cuerda se tensa debido al peso que pende y patalea de él mientras vuelven a oírse las palmadas, su ritmo en ascenso contrasta con el de los crujidos cada vez más lentos y sobrecargados de la viga. ¿Cómo puedo ser testigo de cosas así? El joven que se retuerce ahí entre el suelo y el techo ya no sonríe, y sus ojos se hinchan de forma terrible. Sus piernas delgadas, patalean, hollan el aire. De entre la multitud, que actúa como si fuera un solo hombre, surge una especie de gruñido, como el de los animales en celo.

El objetivo del juego me queda claro cuando de repente el muchacho que se ahoga recuerda que tiene un cuchillo en la mano. Colocándolo por encima de su cabeza, y con la cara cada vez más oscura mostrando una concentración total y aterradora, comienza a cortar desesperadamente la cuerda. Agarra con fuerza en su puño tembloroso la pequeña hoja moviéndola adelante y atrás, un movimiento que imita de manera grotesca a aquél del placer solitario. Como en respuesta a estos movimientos espeluznantes y familiares de la mano, y a pesar de la lejanía de ésta, un bulto se alza y estira los pantalones del joven, la chica de pelo oscuro lo ve, lo señala, y se ríe. Por comentarios inconexos y dispersos que acierto a oír entre la algarada entiendo que si el joven sobrevive a este juego, la chica de pelo oscuro será suya, una última puta antes de casarse.

El joven da vueltas, se agita, y raspa la cuerda con el filo del cuchillo adelante y atrás, su cara adquiere un color púrpura, y se le escapa un sonido estrangulado y pavoroso. Si Roma cae, todo será así. Todo el mundo.

Incapaz de soportarlo más, aparto la vista y subo trastabillando las escaleras, el piso está desgastado en la parte central y las contrahuellas llenas de agujeros tienen un color verdoso debido al paso del tiempo.

Ya a salvo bajo el techo mi habitación de aleros muy inclinados, y tras cerrar la puerta a mis espaldas, llega desde la parte de abajo el golpe apagado de un cuerpo al caer al suelo y los vítores al levantarse, con lo cual, a pesar de todo, me siento aliviado. Me atrevo a decir que su tráquea estará machacada y magullada, y que le ayudarán a llegar a casa ya que no estará en condiciones de reclamar el premio en juego tras pasar por esa experiencia traumática. Sin duda alguna, los mismos amigos que le animaron a subirse a la banqueta se cuidarán de que los favores que se pagaron por adelantado sean aprovechados adecuadamente.

En la esquina, unas sábanas de color gris. Arañas mórbidas enrolladas sobre sí mismas, translúcidas, que cuelgan de las vigas como sudarios de su propia creación del color del polvo. La muchacha que utilizaba esta habitación antes que yo se trasladó cuando yo llegué a un aposento situado en el piso de abajo, pero todos los días me encuentro algo de ella: un peine de concha astillado, restos de ropa a medio camino de convenirse en harapos, cuentas azules insertadas en un fino alambre oxidado. A veces huelo su presencia en las mantas y en las tablas de madera.

Cuando llegué a Londinium hace medio año, pensé que era un lugar horrible y mugriento, en el que entre el malecón y los patios estrechos se gestaban humores asquerosos y pestilencias, donde la orina encharcada amarilleaba allá donde el empedrado se hundía. La gente del lugar, toscos pescadores trinovantes o taimados comerciantes cantiaci, a pesar de su hosquedad, eran isleños agradables. Se relacionaban entre los suyos y no armaban mucho alboroto, aunque recién llegado de mi hogar creí que esa ciudad era el Hades; y ellos sus demonios y monstruos. Yo formaba parte de un equipo de investigadores del erario público enviado desde Roma a petición de Quinto Claudio, allí pasé las semanas con mis compañeros bebiendo copiosamente vino avinagrado y esperando a que nos concedieran una misión mientras nos quejábamos de cada nueva molestia, de cada nueva indignidad que descubríamos.

Introduzco el pulgar y el índice en mi boca y compruebo con cuidado los dientes para ver cuántos se mueven, ahí perdidos entre las encías azules y encogidas. Me temo que son todos, ojalá estuviera en Londinium otra vez, porque ahora sería un paraíso a mis ojos.

Han pasado dos meses desde que me enviaron aquí, a las tierras del centro, ya que se nos informó de que en esta zona habían aparecido falsificaciones, yo era un crío que no estaba preparado para este lugar, para vivir entre estos coritani, que vagan dando tumbos y borrachos por unas vidas cortas y cruentas que consideran lo más natural del mundo; para la violencia implacable y desconsiderada; para las cicatrices de

colores, los bucles de tinta que cubren sus frentes y espaldas, de forma tan terrible y extraña como si fueran perros pintados. Cuando llegué aquí, tenía todavía una sensibilidad tan delicada que podía palidecer al oír un pasaje aterrador de un drama narrado en verso, y ahora les observo cómo ahorcan a sus jóvenes por diversión, y apenas pienso en ello.

Enciendo la lámpara y me siento sobre las sábanas arrugadas para quitarme las botas militares. Abajo, una mujer comienza a sisear y roncar, de una manera rítmica como el bombeo del agua en una casa de baños, una señal de que alguien ha hecho uso del premio del chico de la horca. Las mujeres de aquí me dejan perplejo. Son tan grandes y asquerosas, y huelen tan mal, aunque no paso una hora sin pensar en ellas, en el pelo rojo barnizado por su sudor que se enrolla en forma de pequeñas hoces bajo sus brazos, en sus caderas lechosas balanceándose bajo esas faldas que pinchan. No me acuesto con una mujer desde hace un año, desde la hija mayor del tintorero allá en Roma. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que acuda a una puta? Sus caras blancas y planas, sus pechos llenos de pecas. No debo pensar en ello.

Estoy desnudo bajo el frío de noviembre que inunda la habitación, así que me pongo la camisa de noche que he sacado, doblada, de mi bolsa del ejército, que porta el blasón estarcido. Se ven pocos símbolos del Imperio por aquí, sólo hay algunas residencias desperdigadas donde los generales retirados luchan por mantener a sus queridas. A poca distancia al norte, más allá de este asentamiento, un tal Marco Julio, un veterano de la campaña del Emperador Aureliano contra el Imperio galo, aún mantiene una granja modesta. Me dijeron que le visitara si me encontraba cerca de su propiedad. Aquello fue una tortura. Cuando supo que no llevaba mucho tiempo lejos de Roma, sólo fue capaz de hacer una pregunta: «¿Bueno? ¿Cómo les va a los Azules?». Le dije que las carreras de cuadrigas me interesaban más bien poco, por lo que su actitud hacia mí se tornó distante, así que marché no mucho después.

Me imagino que fue él quien hizo circular el mote por el que me conocen entre la gente de la aldea, de modo que ya no me llaman Cayo Sexto sino que se mofan de mí llamándome «Romilius»: «¡Hola, romanito! ¿Te gusta la mujer que llevo del brazo? ¡Te traeré una banqueta para que puedas besarla por encima de la cintura!». Todos ellos me odian, todas las mujeres, todos los hombres, aunque para ser justo, no les falta razón. Saben por qué estoy aquí, y también saben cuál es el castigo que se imparte por falsificar. ¿Cómo van a ser amigos de alguien que ha venido a crucificarles?

Me entierro profundamente en la cama, todo cuanto puedo. Abajo, la mujer ladra la palabra que utiliza su gente para copular, una y otra vez. Si Roma cayera...

Dejemos eso aparte. Ese día nunca llegará mientras sigamos dando emperadores del temple de Diocleciano, hombres de talla que marcan una época ellos solos. Ha realizado esas atrevidas reformas para

detener las conjuras y las desavenencias homicidas que amenazaban nuestra estabilidad, lo que ha supuesto la división del poder de modo que Maximiano se ha convertido en César de Occidente y Diocleciano en César de Oriente. Los tejedores y los fabricantes de cerveza le critican, se quejan de que ha impuesto un precio fijo para los tejidos y la cerveza, pero así la inflación se contiene. Nuestra moneda es fuerte. Sin esa fuerza, la barbarie nos conquistaría.

Todavía me duelen los dientes. Los míos y los de mis compañeros estaban igual. En el barco éramos diez investigadores del erario público y todos teníamos las encías azules y encogidas, sufríamos dolores de cabeza y sopor, teníamos falta de concentración, y se nos olvidaban las cosas. Uno de los más jóvenes dijo que se sentía como si ya estuviera muerto y estuviera cayéndose a pedazos, como si ya estuviera haciendo el tonto con los gusanos, aunque en lo que a mí respecta no me siento tan mal. Se trata sólo de los dientes. Nadie puede dar un nombre a este achaque, ni determinar causa alguna. Lo denominamos «la enfermedad», si es que hablamos de ello.

Quizás formamos tanto parte de Roma que enfermamos a medida que ella enferma; quizás exista un vínculo peculiar, una relación entre la carne y la tierra. Reyes harapientos cubiertos de joyas baratas aparecen ante nuestras puertas y los apaciguamos, les concedemos asentamientos y territorios en las tierras que rodean Roma hasta que da la impresión de que nos encontramos ante una serie de tribus nómadas sentadas pacientemente alrededor de una mesa suntuosa durante un festín de mendigos, con Roma en el centro de la mesa. Se sientan educadamente por un instante, pero sus estómagos gruñen. Si comenzaran a cenar, el mundo desaparecería por completo. La oscuridad que barre los fríos campos al borde de la aldea nos tragaría por entero; las brillantes ciudades quedarían apagadas y destrozadas, a lo largo y ancho del mundo.

Tumbado de costado bajo las mantas, me doy cuenta de que la luz de la lámpara ha cambiado, levanto la vista y me doy cuenta perplejo y aún atontado de que durante todo este tiempo, la chica que había ocupado esta habitación antes que yo había estado sentada junto al muro más lejano, con las piernas cruzadas, observando en silencio. Se levanta y camina sin hacer ruido a través de las maderas agrietadas e irregulares hacia una entrada situada detrás de mi cama. Me levanto para seguirla, y me doy cuenta, en cuanto pasa por la puerta, de que todo su marco está decorado con monedas negras y deslustradas. Me pregunto cómo no me he dado cuenta de esto antes.

Tras cruzar la puerta la sigo bajo la luz de las velas a través de pasadizos sinuosos entre grandes montones de rarezas sin nombre. Dobla una esquina que hay por delante y, en cuanto la media luz ilumina parte de sus rasgos, comienzo a sentirme inquieto. Sus rasgos son más pequeños y están más apretados de lo que yo recuerdo, de modo que parece una chica diferente. No la reconocería si no fuera porque lleva

un collar de cuentas azules unidas por un alambre pulido hasta obtener un lustre metálico.

Ahora estamos en el centro del laberinto, donde cuelgan pieles pintadas. Bajo un peculiar fuego rojo de poca intensidad las figuras se reúnen formando un círculo, esperan, y no hablan. Hay un muchacho al que en un principio confundo con el que vi antes colgado, pero éste es más joven, es aún un crío, y en su garganta tiene la marca de una herida que no ha sido producida por la quemadura de una cuerda sino que se trata de un corte profundo y feo. Junto a él se sienta un mendigo, apenas está consciente, el vómito está enmarañado en su barba y farfulla algo para sí mismo. También hay una vieja bruja a la que le falta una pierna. Un hombre con la cara negra que lleva unas ramitas atadas a su pelo. Una horrible criatura cuyos miembros recuerdan a una cigüeña, que mide de altura un hombre y medio, y que permanece de pie nerviosa, apoyándose en un pie y luego en el otro, con los hombros arqueados bajo el techo, tosiendo de vez en cuando. La chica y yo avanzamos y nos unimos al círculo; contemplamos al igual que hacen ellos los carbones que se apagan. Fuera, se oye un ladrido pavoroso, que se acerca cada vez más y más, y siento una pérdida terrible, una tristeza tremenda como nunca jamás había sentido en mi vida, y lloro. Junto a mí, el muchacho con la garganta rajada se acerca y me coge de la mano. Me da con mucho ceremonial un guijarro que ha sido esculpido de forma que parece un hombre pequeño. Me lo meto en la boca. El ruido de los perros es ensordecedor.

Me despierto con el color gris de la mañana, como el de la corregüela, llenando mi habitación.

Hay algo moviéndose en mi boca.

Un terror repentino me invade y lo escupo, temeroso de que se trate de la figura de piedra de mi sueño, de sus ojos garabateados, y su boca abierta, pero no. Se trata de un diente. La punta de mi lengua busca el agujero lleno de sangre que ha quedado atrás con una satisfacción infantil, a la vez que hago rodar esa bolita de marfil por la palma de mi mano, dejando que la pálida luz de la mañana enjague el regusto que ha dejado mi sueño. Pienso en ayer noche, en las hogueras danzando colina arriba, y recuerdo mi decisión de cabalgar hasta allí e inspeccionar el lugar por la mañana, después me visto y me dirijo al piso de abajo.

Acabo con mi ayuno comiendo queso, fruta, y pan, los únicos alimentos que aquí se ofrecen que se pueden comer con seguridad, luego bajo hasta los establos donde escojo caballo; una cosa de color canela y que echa vaho por el hocico y cuya mirada es más civilizada que la de cualquiera que haya visto en este lugar. Al llevarlo fuera pasando entre los abrevaderos me doy cuenta de que varios hombres merodean cerca de la entrada del establo, y me observan. Uno de ellos es el gordo del moño, el que puso el cuchillo en las manos del muchacho. A los otros hombres no les reconozco, pero todas sus miradas están puestas en mí mientras monto y trote hacia las puertas, sin mirar ni a derecha ni a

izquierda, intentando mostrarme más despreocupado de lo que realmente me siento por dentro. Observan cómo me voy. Algún cambio en mi porte les ha llamado la atención. Saben que estoy cerca de algo.

Cabalgo cerca de la orilla del río, aunque luego me desvío hacia la colina que aparece allá a lo lejos; una vez allí sigo el sendero trillado que serpentea por los campos crematorios. A medio camino de la cima, miro hacia atrás, los campos se muestran ante mí como un manto paupérrimo compuesto de retales expuesto a mis pies. Más allá del camino que pasa cerca del pie de la colina diviso las cabañas de la colonia cristiana, la cual está situada sobre un monte abombado más allá de la parte más alejada del puente. Casi siento una sensación de hermandad con esos lunáticos desdichados que hablan sin sentido, ya que son objeto de las mismas sospechas y de la misma desconfianza que la gente de la aldea me dispensa a mí.

Esta congregación posee uno de los dos molinos del asentamiento, el otro lo lleva un borracho cuyo hijo es un holgazán que está dejando que el negocio se hunda sin remedio. Los cristianos me exasperan con sus cánticos lúgubres y sus ñoñas declaraciones de fe, aunque en cuestiones de comercio son astutos. Los conversos trabajan gratis en el molino ya que para ellos la fe es suficiente recompensa, todos cantan mientras trabajan como esclavos, y así, trabajando duro, el comercio más importante de la aldea va cayendo en sus manos y las arcas se van llenando. Pronto, se rumorea, comprarán el otro molino. La aldea depende cada vez más de estos fanáticos balbucientes, y se siente cada vez más incómoda con ellos; mientras, ve cómo sus hijos se marchan, para cantar en la rueda del molino vestidos totalmente de negro.

Si no encuentro pruebas sólidas que relacionen a un culpable con las falsificaciones, podría atribuir la autoría de las mismas a estos marginados religiosos e incluso ir más allá. Sin duda alguna sería una decisión popular entre la gente de la aldea, lo que me libraría de toda culpa o, lo que es más importante, de represalias. Aún mejor, el emperador ahora mismo no ve con buenos ojos a esta secta y mantiene una actitud favorable a la persecución de la misma. Aunque una docena de falsificadores crucificados podría hacerme merecedor de un informe favorable, un complot cristiano en contra del erario público, contra la propia Roma, podría suponerme un ascenso. Ya veremos.

Doy la vuelta en mi caballo y subo por el sendero, llegando al fin a la cima, donde reinan una tranquilidad y una desolación espléndidas. Salvo por una gran hendidura, nada puede verse que demuestre que ahí estuvo aquel campamento que sufrió tal trágico destino, sean cuales sean los contornos del mismo que aún puedan quedar, todos ellos han sido cubiertos por la maleza que allí se amontona. Desmonto y dejo mi corcel atado para que babee sobre la hierba mientras examino la superficie llana con más detenimiento.

Tras unos instantes de escrutinio, el contorno circular del campamento puede discernirse, cubierto en parte por el brezo. El perfil del terreno

levantado que conforma el perímetro desaparece en un lugar, quizás mostrando así dónde se levantó una vez una puerta. La atravieso y, al acercarme, noto que hay un círculo más pequeño de piedras desgastadas por el tiempo colocado justo dentro de la cavidad; quizás un vestigio de un horno o una forja de algún tipo.

Sin embargo, en su centro hay cenizas aún calientes.

Aunque el fuego está apagado, estas cenizas son su voz: me hablan. Alguien ha encendido un fuego en la cima de esta colina, y, si lo que ellas me cuentan es verdad, no ha sido una sola noche. Es demasiado grande como para haber sido utilizado para asar un ave de corral o para calentarse las manos, este fuego tenía un propósito, y ese propósito podría estar prohibido. ¿Por qué si no elegir este lugar remoto, que tus supersticiosos congéneres evitan? ¿Por qué si no elegir el momento en que cae la noche para ponerte a trabajar a menos que se trate de algo secreto; de tareas que, si son descubiertas, seguramente te llevarían a ser crucificado al sol donde te ajarías?

Para poder hacer falsificaciones, lo mejor es dar con un lugar tranquilo y aislado cuya posición ventajosa permita que los intrusos sean vistos a media legua de distancia a ser posible. Una colina encantada es perfecta. El fuego sería necesario para calentar las piezas de metal sin marcar y ablandarlas, tras lo cual serían colocadas en un yunque donde está marcado el anverso de la moneda. Luego se coloca sobre el disco de metal en blanco, y ya pesado, un punzón de forma cilíndrica, en dicho punzón hay un curio del reverso del mismo denario de plata. Se golpea el punzón utilizando un martillo y de este modo se consiguen monedas recién forjadas.

Me arrodillo y empiezo a peinar con cuidado la hierba empapada de rocío, siguiendo una espiral hacia fuera alrededor de los restos del fuego. Si han estado forjando las monedas a la luz de las lámparas, con prisa, y si tengo suerte...

Tras media hora lo encuentro, caído entre una mata gris y espectral de dientes de león. Lo levanto entre mi pulgar e índice, poniéndolo a contraluz. La efigie de Diocleciano mira, fija e implacablemente, hacia el campamento enterrado.

Un pájaro chilla desde el seto de brezo. Doy la vuelta a la moneda y no me sorprende ver un fallo en el reverso. Sencillamente se trata de que el reverso corresponde a una moneda distinta; de un año diferente, quizás de la época de Severo. Fallos como éste son comunes, ya que el anverso en el yunque puede durar al menos dieciséis mil golpes, aunque el punzón sólo puede aguantar la mitad antes de desgastarse, así que se necesita otro. Si no se podía encontrar el reverso correcto, se utilizaba uno distinto ya que se suponía que sólo unos pocos se darían cuenta.

Pero este romanito se ha dado cuenta. No se le pasa una.

Mi trofeo permanece a salvo en una bolsa atada a mi cadera, subo a mi caballo para bajar incómodamente a trompicones por la colina hacia el camino del río, donde la emoción por el descubrimiento realizado me invade y me lanzo al galope durante todo el camino de vuelta al asentamiento. El grupo alrededor del hombre voluminoso del moño observa que he vuelto y se da cuenta de mi inquietud. Hay ornamentos colgados en las calles, seguramente los preparativos de alguna fiesta absurda. Un chavalillo vestido de niña camina al frente de una procesión en la que va un cerdo atado con correa, pero debido a la prisa que tengo por entrar en la casa y subir al piso de arriba no soy consciente de lo que veo hasta que estoy en mi habitación, una vez ahí saco una balanza de la bolsa del ejército.

A la plata se le pueden practicar tres pruebas, cualquiera de ellas basta para establecer que se trata de una falsificación. La primera utiliza una piedra, un pedernal de jaspe negro o lidia. Cuando se frota ésta contra la plata o el oro, un experto puede ver la pureza del metal hasta el último escrúpulo por las marcas que quedan. He visto a gente, siempre mayor que yo, practicar esta prueba, pero no tengo tanta confianza en mí mismo como para atreverme.

La segunda prueba requiere un horno, y una pala de hierro calentada al rojo, donde el metal será comprobado. A tal temperatura, la plata más pura tendrá un brillo de color blanco, si es de una pureza inferior de color rojo apagado, y si es de color negro será una señal de que eso no vale nada. La prueba no es infalible. La pala puede ser remojada antes de la prueba con orina de una persona, y entonces dará un resultado distinto.

Al final, para las monedas, la prueba del peso sigue siendo la mejor, y la más fácil. Monto la balanza, y saco el Denario falso de mi bolsa y lo dejo junto a otra moneda, una recientemente forjada en la fábrica de moneda de Londinium, para utilizar como referencia.

Cada moneda, si es genuina, debería pesar una sexta parte de una onza. El metal adulterado no pesará tanto, al tener menos plata en la mezcla. Esta prueba es una mera formalidad, aun así Quinto Claudio requiere que se practique ex profeso, por lo tanto, coloco las monedas, la verdadera y la falsa, cada una en su platillo de bronce correspondiente de la balanza, para comparar así sus pesos. Luego observo.

La moneda falsa se hunde. La de verdad sube.

Frunzo el ceño, aparto ambas monedas de la balanza antes de cambiarlas de sitio, teniendo especial cuidado en ver qué moneda está en cada platillo.

La moneda falsa se hunde. La de verdad sube.

¿Cómo puede ser? ¿Cómo? La moneda que encontré en el campamento sólo puede ser una falsificación, sus dos caras no encajan, y aun así...

(Por las escaleras subiendo desde la taberna hasta mi habitación llega un sonido apagado: se trata de uno de los perros que frecuentan la posada. Absorto en el misterio, apenas me doy cuenta).

Desmonto la balanza y la vuelvo a montar. Coloco de nuevo las monedas en los platillos. La moneda falsa se hunde. La de verdad sube. ¿Acaso las leyes de la naturaleza se han vuelto del revés, para que tales cosas puedan ocurrir? ¿Cómo puede un gorrión pesar más que un caballo? Cómo puede una moneda sacada del cubil de un falsificador pesar más que una recién acuñada en la fábrica de moneda, a menos que...

La falsificación. A menos que la falsificación sea más pura, que esté hecha a partir de un metal más puro, de una plata más pura, más pura que la de la fábrica de moneda. Pero no, eso no puede ser. No tiene sentido falsificar una moneda con metal más puro que el estándar establecido por el Imperio, a menos que...

A menos que la moneda falsa no sea más pura, sino que la moneda de verdad carezca de pureza. No puede ser así. Yo la vi, la acababan de forjar. La sostuve, aún caliente, en mi mano. Es tan pura como cualquier moneda de Roma.

(Fuera de mis aposentos, se oyen pies que se arrastran. Algo se acerca, y aun así no puedo apartar mis ojos de la mirada de Diocleciano, plateada y severa).

A menos. A menos que no forjemos unas monedas tan puras.

La sangre me hierve a fuego lento en las mejillas, cómo puedo considerar tal blasfemia. Suponer que el imperio es capaz de una adulteración de ese tipo hasta el punto de que onza a onza una falsificación sin ningún valor pueda valer más que la de verdad es algo grotesco y que va en contra de la razón. Si eso fuera así, si toda la riqueza de Roma fuera un oropel que esconde la pobreza que hay detrás, entonces la misma Roma sería una falsedad, un engaño, un imperio que ya habría caído sin ninguna defensa salvo los pagarés que mantienen a raya a las hordas machacadas por las garrapatas. Este pensamiento es una monstruosidad. Es el comienzo del fin. Algo sombrío, e insondable.

Y es cierto.

Esta certeza aterradora me invade, y me destroza. Dejadme morir, o mejor aún haberme dejado morir antes de que este hecho frío y abrumador pudiera matarme, antes de que supiera que éramos pobres y que todo estaba ya en ruinas. Aunque mis mejillas siguen titilando, los ojos me hierven de ira, y las lágrimas pican como si fueran vinagre. Detrás de mí se abre la puerta. Oigo cómo se arrastran muchos pies, y

sé que son los hombres de la aldea, que han venido a matarme, pero no les puedo mirar a la cara por la vergüenza que siento: no puedo dejar que me vean, que vean a Roma así.

Al final levanto la cabeza. Permanecen en pie en la puerta con aire amenazador y portando garrotes en sus puños, el hombre gris con su gran panza y su moño los encabeza. Me observan sin inmutarse, sin expresión, observan al romanito mientras llora sobre su balanza, y si sienten asco ante esta escena no es más del que siento yo. Hay un intercambio de miradas, y el hombre gris se encoge de hombros. Ahora me van a matar. Me arrodillo en el suelo. Cierro los ojos y espero el golpe. Se produce un silencio sepulcral.

Entonces, oigo él sonido de muchas pisadas, que bajan las escaleras, formando una avalancha de madera y cuero. Las puertas se cierran en algún sitio, abajo, lejos. Abro los ojos. Los hombres ya no están.

Lo vieron en mi rostro. Me vieron como un hombre ya destrozado, al que no merecía la pena matar. Roma está muerta. Roma está muerta. Roma está muerta, ¿adónde iré a partir de ahora? A casa no. Mi hogar es un escenario, una fachada de papel, que se pela, que se decolora por la acción de un sol formado de piritas baratas. No puedo volver a casa, pero ¿quién si no me albergará en su seno?

Me acucillo para mirar las monedas, una es falsa, la otra más falsa aún, hasta que la luz comienza a desvanecerse y ambas se convierten en dos borrones pálidos ahí en la oscuridad, ya no pueden distinguirse, una sombra ha caído sobre esa noble efigie.

La habitación se llena de tinieblas. No puedo soportar esta oscuridad, que supera toda definición, así que me levanto y voy dando tumbos como alguien en un sueño, primero bajo las escaleras y luego, aturdido, salgo a la calle. La celebración ya está en marcha, las calles huelen intensamente a fiesta. Mean en los portales, se pegan con remos en la cabeza, se ríen, y se arrodillan en su propio vómito. Fornican apoyados contra los muros de los callejones como si fueran prisioneros. Se tiran pedos y gritan y eso es todo lo que hay, y todo lo que habrá. Camino despacio, arrastrando los pies entre su empuje lascivo. Ponen en mi mano una jarra de cerveza. Con unas sonrisas putrefactas me cogen del brazo, besan mi mejilla surcada por las lágrimas, y me llevan con ellos.

Los santos de Noviembre

1064 d. C.

Con la edad, el acto de despertarme se ha convertido en un momento de gran desconcierto. Ya no sé en qué época de mi vida abriré los ojos: si estaré coja y muerta de frío junto al pilar de la iglesia o aquí en la celda del convento, con la primera luz pálida y triste de la mañana proyectándose sobre la pared; con la palidez y la tristeza de los muertos.

Mi lecho es duro, de modo que puedo sentir los huesos en mi interior, inquietos e impacientes por salir. Ellos creen que no tardará mucho. Es vieja. Será dentro de poco. Bajo la tosca sábana oscura el frío hace que me duela el tuétano famélico de mi pierna mala y me doy cuenta de que estamos en noviembre. Anoche, en el día de Todos los santos, soñé que era un hombre.

Cegado por la lluvia, cabalgaba a través de la noche airada sobre un caballo nervioso hacia Northampton, aunque en mi sueño pensaba en ella como Ham Town y no sé por qué. La llovizna salpicaba mi cara y unas corrientes de aire heladas soplaban en mis oídos, y mientras cabalgaba parecía que todos los horrores de noviembre me acechaban, que unas mandíbulas violentas estaban mordiendo los espolones de mi caballo, que exhalaban vaho, por lo que lloré de miedo, y cuando me desperté al principio no sabía en qué año me encontraba, así que coloqué la mano sobre mi sexo coriáceo temiendo encontrarme su virilidad, *mea culpa* , *mea culpa* , Virgen María perdóname.

El pecho me cruje cuando me levanto de mi lecho, aparto las feas sábanas, y me pongo mi hábito de arpillera en un único y tembloroso movimiento; la áspera tela se pliega, se trata de una mancha gris sobre el gris del alba. Me termino de vestir a media luz y renqueo por los corredores de piedra húmeda para llegar a la plegaria de maitines donde doy las gracias a Dios por poder renquear y luego reflexiono sobre la pasión de Nuestro Señor. Trabajo todos los días, cuento las cuentas del rosario, y rezo.

Son conscientes de que tengo una pierna paralizada, así que me asignan tareas donde no tenga que andar mucho, como cuidar los jardines, aquí, en Abingdon. Mis huesos se abren paso entre la maleza y a menudo mis pensamientos se dirigen a Ivalde, a esa época en la que él cuidaba las tumbas y los jardines de la antigua iglesia y yo me apoyaba contra su pilar, mendigando. A veces hablaba conmigo, aunque únicamente decía cosas estúpidas desde que un carro de caballos le golpeó en la cabeza cuando sólo era un crío. Ahora me acuerdo de sus ojos verdes y pálidos,

de su pelo rojo escandinavo. No tenía más de dieciséis inviernos de edad, y no había ni un ápice de maldad en él.

—Alfgiva, —me decía— algún día marcharé y peregrinaré hasta Roma, para honrar al Drotinum. ¿Qué opinas?

Drotinum era la palabra que utilizaba para referirse a San Pedro, que Dios bendiga su nombre. Dicha palabra significa «señor». Él hablaba y hablaba de Roma y de los lugares a los que iría mientras yo me sentaba contra el pilar cuyas piedras desnudas se clavaban en mi espalda y, que el Señor me perdone, le odiaba. Le odiaba por las cosas que podría vivir para ver mientras yo no veía nada salvo ese pilar de piedra gris; ese mismo gran conjunto de árboles y campos que giraban a su alrededor todos los días, ese río lento y poco profundo que se encontraba bajando la colina desde la iglesia, y ese puente de madera oscurecida que seguramente había cruzado el río desde que el mundo era niño.

Él llegaría a conocer el olor de puertos extranjeros y de ciudades cubiertas por entero de oro, mientras yo seguiría tumbada contando las figuras y las caras, esculpidas en la piedra, que brincaban en los aleros de la iglesia, y me preguntaría, como hacía todos los días, sobre las figuras y las caras que se encontraban en la parte más lejana de la iglesia, que nunca había visto a pesar de que estaban tan cerca. Por esas razones le odiaba, que el Señor me perdone. Además, en invierno me congelaba, y en verano no tenía siquiera fuerzas para apartar las moscas de mi cara o mi pecho.

Ivalde nunca fue a Roma. Un humor le apareció en los pulmones el día en que él y el noble Bruning levantaron las losas de la iglesia para cavar la tierra horadada por los gusanos que se encontraba debajo, yo estuve allí con ellos. Su pecho nunca estuvo bien desde ese día, y recibió sepultura antes de que pasara el mes. Realicé mis votos no mucho tiempo después de aquello, en el año de Nuestro Señor de mil cincuenta. Han pasado catorce años desde que vi por última vez el rostro de Ivalde, u oí su cháchara sin sentido. Que Dios se apiade de nuestras almas, así de la suya como de la mía.

No le odiaba siempre, sólo cuando estaba amargada, que era algo que sucedía a menudo, pero cuando tenía un día bueno le hablaba, y me reía, y le deseaba que tuviera un buen viaje. Ni una sola vez vi a Bruning reírse con él o le oí decir una palabra amable al muchacho, aunque Bruning era el sacerdote de la parroquia y el responsable de la manutención de Ivalde, y a cambio Ivalde se encargaba de la cosecha de zanahorias y de la conservación de las tumbas. De hecho, el noble Bruning nunca me dio una moneda a pesar de toda su riqueza; a pesar de que pasaba a mi lado todos los días mientras yo yacía hecha un guiñapo junto a su puerta. Aun así, eso forma parte del pasado y el mismo Brunigus lleva muerto cuatro años. Soy la única que queda viva y que estuvo ahí, en la iglesia, y lo vio: Alfgiva, la que yacía destrozada entre las sombras toda su vida, salió corriendo al ver su luz desenterrada, ahí, cerca del cruce de caminos, junto al puente del río.

La garra helada de noviembre se extiende mientras froto las baldosas desgastadas hasta que su humedad y brillo resultan cegadores al reflejar los escasos rayos de luz solar que se derraman sobre ellas. Rezo y cuento las cuentas del rosario. En el vigésimo día de este mes se celebra la festividad del bienaventurado San Edmund, será entonces cuando nos muestren unas imágenes en las que se narra su pasión para que de ese modo podamos conocerle mejor. Primero vemos cómo le flagelan y cómo le atraviesan con flechas, aunque su fe permanece inquebrantable, sin renunciar a su Dios. Luego, al final, vemos cómo de un mandoble su cabeza deja de reposar sobre sus hombros para acabar rodando a sus pies, donde una bestia a cuatro patas permanece en pie custodiándola. La madre superiora dice que la bestia es un lobo, aunque en el cuadro se parece más a un perro, y es tan monstruosamente enorme que esta imagen me produce miedo y pienso en ella incluso cuando ya no la tengo a la vista. Ninguno de nosotros puede saber qué es lo que camina bajo la tierra.

Y así pasan los días. Una mujer de Glassthorpehill en el bosque de Nobottle está poseída por un espíritu, y vomita unos animales similares a unas ranitas blancas. Esto me lo cuenta la hermana Eadgyth, aunque no disfruto de su compañía el tiempo suficiente como para poder saber más. Sufre de estreñimiento lo que provoca que su aliento sea horrible, y su humor esté a la par, pero es una buena cristiana y se esfuerza en su trabajo.

Desde que nací hasta mi decimotercero cumpleaños, cuando vivía en el patio de la casa del mercader de yeso que estaba de camino a la iglesia, no pude caminar. Vivía sola en un cobertizo construido con lona y maderas viejas y pintadas, mi padre se había marchado cuando aún yo no había nacido y mi madre murió de un cólico cuando tenía diez años. Al salir el sol cada mañana, salía a gatas de mi chabola como si fuera un escarabajo y arrastraba mi cuerpo sobre las piedras del camino hasta mi sitio en el pilar ayudándome con los codos, en los que a día de hoy la piel sigue muerta y desgastada, no siento nada a través de ella, la puedes pellizcar y se forman pliegues grises que son como arcilla seca.

En las maderas de mi cobertizo había pintadas imágenes de ángeles, pero a medio hacer; dibujadas por una mano inexperta. A veces me imaginaba que eran obra de mi padre y que quedaron incompletas al marcharse, aunque sé que es más probable que sean fruto de la mano de un extraño, alguien que murió hace mucho tiempo, o que cruzó el río desde Spelhoe en dirección a Cleyley. Tenía estas tablas de madera dadas la vuelta, con las pinturas mirando hacia dentro y, tumbada junto a la luz de la vela, me imaginaba el torpe abrazo de sus brazos sin manos, de las cuales el autor había prescindido por falta de capacidad pictórica. Me veía mí misma siendo abanicada por sus alas sin acabar.

Ahora los cielos del invierno cercano muestran una luz bruñida y plateada, y penden sobre el convento de Abingdon en estos terrenos situados al nordeste, y tan lejos de la vieja iglesia donde tanto tiempo yací. Mientras se aproxima la festividad de San Edmund, mi sueño se

toma más irregular y agitado; se llena de las pesadillas más execrables, en las cuales cabalgo a través del huracán de la noche como un hombre cuyos pensamientos están amargamente ofuscados y cuyos enemigos me pisan los talones o, aún peor, me despierto y grito de desesperación por la muerte de mi hermano, aunque no tengo ningún hermano en realidad, ni nunca he deseado tal cosa.

El día de la festividad me despierto pronunciando tales palabras que doy un susto de muerte a la pobre hermana Aethelflaed, quien reside en la celda contigua a la mía. Con una voz similar a la de un oso gruño que ha habido un asesinato: «En la ciudad de Hel mi hermano Edmund fue desollado desde el cuello a la región lumbar, lloraba y chillaba, estaba tumbado con los miembros extendidos y parecía ir vestido como con una especie de camisa hecha de sangre que los hombres de Ingwar apartaban, para mostrar el arpa roja y hedionda que yacía ahí debajo».

Me dedico a consolar a la hermana Aethelflaed, a calmarla, aunque en verdad yo estoy más asustada que ella. En mi fuero interno tengo estos pensamientos que me hacen avergonzarme ante Dios; otras voces y vidas que hablan en mí, no sólo en sueños sino a lo largo de las tareas del día. Estoy sentada junto a la fuente del patio con mi pierna buena doblada hacia atrás mientras me entretengo lavando sayos, entonces me sorprendo pensando en lo necio que fue mi hermano Edmund al mantenerse firme en su fe cuando sufría las primeras torturas, para luego acabar desgañitándose y renunciando a ella víctima de un dolor mortal mientras rogaba que le matasen.

Ahora mis manos se quedan inmóviles dentro de las aguas heladas de la fuente, pierdo la sensibilidad en los dedos de modo que el sayo que estoy aclarando se me cae y se queda flotando sobre una fina capa sucia de hojas de noviembre. Pienso que si fuera capturado ofrecería entonces alegremente mis alabanzas a Wotan, a pesar de ser tuerto y de la mierda pálida de cuervo que lleva incrustada sobre los hombros, si me libraba de esa muerte; de esta águila de sangre, para que no pueda desplegar sus alas de costillas ensangrentadas y desnudar mi corazón...

No puedo decir cuánto tiempo permanezco sentada ahí hasta que vuelvo en mí, y me levanto dando un grito debido al horror que he presenciado mientras permanecía sentada fantaseando. Temblorosa y pálida, arrastrando mi pierna mala de manera inerte tras de mí, acudo a la madre superiora y le cuento que me angustian tales sueños que deben de ser obra de un incubo, por lo que le pido permiso para que pueda ser flagelada para poder liberarme así de esos pensamientos nocivos. Entonces señala que le preocupa lo frágil que estoy y mi edad, de modo que me pide que lo reconsidere y que me someta a una penitencia menos estricta y severa. Le hablo de las maldiciones que he lanzado sola en mi celda; de todos los rosarios rezados que no han obtenido respuesta alguna. Le ruego que me permita ser flagelada, que el látigo se llevará lo que las cuentas no pueden detener, y que, de no ser así, mi propia alma inmortal estará en peligro. Al final, da su consentimiento, la penitencia se llevará a cabo al día siguiente, de modo que aún tenga

tiempo para sopesar aún más la rigurosa senda que he escogido recorrer con todo mi corazón. No debo dudar, ya que temo por mi fe cuando haya de enfrentarse a estas visiones ateas y a estas cosas que nadie espera que nos trae la noche; Virgen María, perdóname, líbrame de todo mal.

Más tarde, sola en mi celda con los diablos que saltan y respingan cuando me muevo compuestos por las sombras dibujadas por la luz de las velas, pienso en Ivalde, quien lleva tantos años bajo tierra. Una mañana fría justo antes de primavera, vino y se sentó a mi lado junto al pilar donde yo yacía. Con su tono de voz lento y propio de un tonto me contó cómo iba a iniciar su peregrinación ese mismo día. Se iba, me contó, a Roma, a pesar de que Bruning le había increpado y vituperado, al decirle que Dios y el bienaventurado San Pedro tenían cosas mejores que hacer que prestar atención a un jardinero retrasado.

Aunque no es que tuviera simpatía alguna hacia Bruning, en aquel día en particular me venía bien estar de acuerdo con él para poder dar rienda suelta a mi rencor, ya que no había dormido bien y estaba cansada de aguantar a Ivalde y su cháchara incesante sobre Roma. «Deberías escuchar a Bruning,» le dije. «¡Sólo la gente rica y santa como él debería considerarse digna de ir a Roma! Tú, tú sólo eres un bobalicón. Estate seguro de que a San Pedro no le importas más que una pobre tullida como yo». Pareció sentirse herido por mis palabras, como un bebé, y comenzó a balbucear mientras intentaba manifestar su fe en el Drotinum. Entonces dejé de mirarle, y ya no hablé más con él hasta que se fue, aparentemente afligido y totalmente estupefacto.

Dentro de mi corazón estaba segura de que esta nueva charla sobre irse de peregrinaje se quedaría en nada; que a la mañana siguiente vería a Ivalde encorvado, ocupándose de las cosechas con sus sueños inútiles una vez más dejados de lado, como a menudo había pasado antes, pero esta vez no fue así. Se había ido, dijo Bruning, por la noche; en un carromato que se dirigía a la costa con la esperanza de encontrar un navío en el que pudiera llegar hasta Normandía, y después a Roma.

La marcha de Ivalde provocó que el bueno de Bruning se encolerizara de tal manera que el enfado le duró algunos días, y me dio la impresión de que el sacerdote experimentó un gran desdén hacia la arrogancia de Ivalde. Sin duda Bruning creía que si alguien iba a hacer una petición a San Pedro entonces él, Bruning, debería estar por derecho y por rango a la cabeza de la procesión. Vi a ese sacerdote robusto con la cara roja de ira, jurando entre dientes mientras se agachaba a arrancar la maleza que había entre las hileras de chirivías en el jardín que ya nadie cuidaba, y sabía que era Ivalde al que maldecía. Y los días se acabaron convirtiendo en semanas, de tal manera que el retorno de Ivalde no se produjo hasta la festividad de la Pasión.

Esa tarde estaba sentada junto al pilar, mientras una nube gris pendía pesadamente y a baja altura sobre él, de modo que la nube se podía haber enredado en la aguja baja de la iglesia, además en el aire se podía

percibir un calor triste que ya se iba desvaneciendo. Toda mi ropa se encontraba empapada debido a esa temperatura asquerosa, lo que provocaba que estuviera continuamente despegando mi falda de la parte superior de mis piernas, donde se me quedaba pegada. Desde aquel lugar junto al pilar donde yacía sentada hecha un guiñapo y tirada, no me fijé en Ivalde hasta que había pasado el arco del puente del río, colina abajo, pasando el cruce de caminos. Incluso entonces, cuando reparé en aquella figura extraña que se aproximaba arrastrando los pies, no le reconocí en un principio, ya que mucho había cambiado el muchacho a raíz de sus viajes. No fue hasta que llegó al cruce de caminos y vi su pelo rojo que le reconocí, y he de confesar que experimenté una alegría malévola al ver que no podía haber llegado a Roma.

Mientras subía la colina con esa forma de andar arrastrando los pies que antes no era característica de él, he de señalar que había algo en Ivalde que no puedo expresar fácilmente en palabras, es como si fuera un cuadro que conociera de antaño y que hubiera visto muchas veces en el pasado, aunque no podía recordar dónde: esa sensación me daba aquel necio demacrado con briznas de hierba enganchadas en su pelo, que trastabillaba en el puente más allá del cruce de caminos como alguien que acabase de volver de una batalla; con una mirada en sus ojos como si no supiera dónde debe de estar, sólo que debe estar ahí. Subió por el camino con el cielo de un blanco cegador a sus espaldas, y pensé «Esto ha sucedido antes», y le observé acercarse, alguien que me resultaba de aspecto extraño y familiar al igual que ocurre con las excéntricas figuras pintadas que decoran la baraja de quien predice la fortuna con las cartas.

—He vuelto, Alfgiva, —dijo cuando se acercó a mí. Su voz sonaba hueca, sin la vida que una vez tuvo. Toda tontería le había abandonado, aunque me preocupaba un poco más la extraña lejanía que había dejado en su lugar. Permaneció en pie ante mí, ni siquiera se arrodilló junto a mí cuando habló, ni siquiera me miró sino que en todo momento observó fijamente a la iglesia, su rostro no mostraba expresión alguna; ni siquiera parpadeaba.

Le hablé con el cuello estirado hacia atrás como un pájaro mientras permanecía en pie entre tinieblas con el cielo brillante y plateado por encima de él. «¿Ivalde? ¿Dónde has estado? ¿No has ido a Roma?».

Entonces bajó la vista y me miró, y sus ojos se enturbiaron, como si no me reconociera. Los pajarillos se callaron entre el tejo, y las sombras de la tarde parecieron detenerse en su gateo hacia el este, Ivalde habló al fin con una voz queda y asombrada, casi como si relatarla la historia de otro muchacho, alguien a quien había conocido hace mucho tiempo y apenas recordaba.

—A Roma, no. No fui a Roma. Tres veces subí al barco, pero él vino a mí, caí en un trance, y me dijo que debía volver. —Su mirada me

abandonó para volver a reposar en la iglesia, mientras le preguntaba, tiraba de la pernera de sus pantalones.

—¿Quién te ha mandado volver? ¿Te refieres a Bruning? Ha estado en la iglesia desde que te fuiste. —Poco a poco, y sin apartar la mirada de la iglesia mientras lo hacía, Ivalde sacudió su gran cabeza cobriza para que unas puntiagudas briznas de hierba se soltaran de su pelo. Seguí su caída con la mirada hasta llegar a sus pies, observé alarmada que estaban ensangrentados, las botas se habían convertido en harapos.

—No. Bruning, no. El Drotinum. Me mandó de vuelta. El o uno de sus ángeles. —Ivalde me miró una vez más y pude ver que sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas—. Oh, Alfgiva —me dijo—. Oh Alfgiva, ¿qué me ha pasado?

No pude hacer otra cosa salvo mirarle fijamente mientras su rostro adquiría primero un color rosáceo y luego se encogía sobre sí mismo mientras lloraba. Incapaz de responder a su pregunta, me atreví a hacer una yo; «¿Ivalde, qué dices, que el Drotinum te mandó de vuelta aquí? ¿No querrás decir San Pedro?».

Asintió con la cabeza, luego en vez de asentir agitó la cabeza de forma violenta, con los ojos cerrados con fuerza y llenos de lágrimas. «No lo sé. Parecía un ángel, con unas alas verdes plegadas, y era dos veces más alto que un hombre. Me dijo que debía volver». Aquí abrió los ojos y me miró, fijamente y con intensidad. «Alfgiva, hablaba a través de una flauta, y atravesó la pared caminando sobre unas grandes piernas zancudas como las de un pájaro». Miró de nuevo a la iglesia, y observé que estaba temblando. «La habitación era demasiado pequeña como para contenerlo, y aun así permaneció de pie y el techo se desvaneció como si fuera humo de forma que podía ver a través de él el lugar situado encima de mí donde el Drotinum se encontraba, su mirada estaba llena de preocupación». Se quedó callado. Una nube negra se estaba desenrollando cual banderola, y pendía sobre la iglesia proyectando su sombra sobre el jardín y las tumbas, sobre sus protuberancias cubiertas de césped, embarazadas con esqueletos.

Éste no era Ivalde, sus desatinos de antaño habían desaparecido levemente, se había producido un cambio en él, tuve un escalofrío, y supe que me creía lo que decía, aunque no me alegré por ello. Durante un momento me senté con él, compartiendo su silencio, pero no pude refrenar durante mucho tiempo la necesidad de interrogarle y le pregunté si este ángel, si este Drotinum se le había aparecido a Ivalde más de una vez. Mientras asentía con la cabeza parecía tan desgraciado, que supe que si Ivalde en su inocencia alguna vez había ansiado recibir una señal del cielo, entonces seguramente se arrepentía y ahora deseaba que sus visiones quedaran atrás.

—La primera vez que se me apareció, no lo vi, sino que lo sentí mientras subía el tablón de madera del barco como si algo más grande que un caballo estuviera bloqueando mi camino, si intentaba dar un paso al

frente, sentía un hormigueo en el rostro y los dedos. Debido a esto, me entró miedo y no puse pie en el barco de modo que partió sin mí y me quedé esperando a otro navío con destino a la costa de Normandía. Me enojé conmigo mismo mientras esperaba, me maldije a mí mismo por ser un cobarde, y me juré que subiría en el siguiente barco que atracase.

Entonces pareció recobrar la compostura, contempló la iglesia. Agachado sobre la puerta, tallada en la piedra, estaba el símbolo de la lujuria con sus piernas separadas y los labios fríos y cubiertos de musgo de su sexo abiertos de par en par, junto a ella seis acompañantes, tres a cada lado.

El rostro de Ivalde pareció relajarse y tranquilizarse. Las difusas nieblas de la distancia se alzaban de nuevo en su mirada mientras hablaba. «Cuando apareció el barco, resultó que estaba previsto que partiera al alba, así que me dije que dormiría hasta entonces en el cobertizo de algún pescador que había encontrado en la vera de la arena, por encima de la afilada hierba. Me desperté por la noche con los pies enredados en las resbaladizas redes de pesca, para descubrir que el ángel estaba sobre mí. Sus tristes plumas verdes goteaban y aunque no me atreví a mirar me sobrevino de forma extraña la idea de que cosas más pequeñas, sin pelo y ciegas, forcejeaban allá abajo junto a los tocones de sus piernas horriblemente delgadas. Tenía la mirada de un hombre desgraciado, hablaba a través de un pico que se asemejaba a una flauta, y me dijo que debía volver. Me desperté sintiendo mi propia orina en los pies y al día siguiente no me atreví a dejar el cobertizo hasta que supe que mi navío había marchado».

—La tercera vez, llegué a embarcar, me mandaron a la parte de abajo del barco donde ocurrió aquello que te conté antes, cuando atravesó la pared mientras yo permanecía ahí sentado y despierto y se dirigió a mí, de modo que salí corriendo del barco a causa del miedo y del mismo modo huí de esa ciudad de la costa. Corrí, y cuando dejé de correr, caminé, hasta que llegué aquí. Llegué por la cima de la colina a la parte este de la ciudad. Allí fue donde lo vi de nuevo, hace tan poco tiempo como el que le lleva a una vela consumirse hasta la mitad.

De las puertas de la iglesia, como si lo parieran desde aquel coño frío que se abría en la imagen esculpida en piedra sobre él, el robusto Bruning salió dando zancadas sobre la hierba mojada, a través de la cual arrastraba el dobladillo de su sotana oscura de forma que parecía deslizarse, como si no tuviera pies. Le gritaba a Ivalde, estaba tan enfadado que era imposible discernir el significado de lo que decía, a pesar de ello Ivalde le ignoró y siguió hablando conmigo, mirando fijamente por encima de la cabeza de Bruning la torre de la iglesia.

—Me estaba esperando cuando llegué a la cima de la colina y pude ver la ciudad extendiéndose ante mí. Esta vez permaneció lejos de mí, solo en una parcela de hierba calcinada, cruzando un gran círculo donde los árboles habían sido talados. Al ser alto y de color verde, al principio lo confundí con un arbolillo aunque cuando me saludó me quedé de piedra,

invadido por el escalofrío de un miedo aterrador. Aunque estaba demasiado lejos como para oírle, y no puedo recordar que emitiera sonido alguno, fue como si su voz aflautada estuviera justo a la altura de mi hombro. Me dijo que los restos de un siervo del Señor estaban escondidos bajo la iglesia, y que debía decírselo a Bruning. Apreté el paso. Cuando miré hacia atrás lo único que vi fue dos arbolillos, sus troncos se encontraban cerca el uno del otro como si se tratara de unas piernas.

Resoplando con fuerza, el mismísimo Bruning se encontraba ya a nuestra altura, mofándose de Ivalde y echándole en cara el haber fracasado en su intento de viajar a Roma. «¿Así que, después de todo, el Señor no creyó adecuado bendecir tu peregrinaje? ¿Qué te dije? Has vuelto arrastrándote con la esperanza, con la vana esperanza diría yo, de que aún tenga alguna tarea reservada para ti. Bueno...». Aquí, Bruning fue bajando el tono, se sentía incómodo ante la actitud de indiferencia distante y silencio de Ivalde. Una expresión de duda eclipsó el rostro del sacerdote, y fue en este momento cuando se dio cuenta por primera vez de que estaba derrotado; podía ver por algún pequeño resquicio en lo dicho, por algún detalle en la actitud del jardinero que Ivalde había pasado más cerca del mundo de lo espiritual de lo que jamás había logrado acercarse el propio Bruning.

Cuando el sacerdote se quedó callado y anonadado, Ivalde le contó a Bruning la historia de sus viajes tal y como había hecho conmigo, hasta llegar al fin a las instrucciones del espectro acerca de cavar bajo el suelo de la iglesia, donde encontrarían a un siervo del Señor.

Bruning miraba fijamente al muchacho mientras éste hablaba, pero no le interrumpió con ninguna chanza u observación, y cuando Ivalde hubo acabado el sacerdote palideció, y pareció incapaz de hablar durante un rato. Cuando lo hizo, no había nada de hostilidad ni de superioridad en el tono de su voz, que era apenas perceptible y vacilante. «Ven, Ivalde,» susurró. «Voy a buscar unas palas».

Subieron el sendero hacia la puerta de la iglesia, dejándome atrás olvidada, a pesar de que les llamé. Les observé un rato, y luego decidí seguirles, aunque eso supusiera arrastrarme más lejos de lo que solía hacer. Con mis codos helados y empapados por el rocío repté sobre la hierba, con la mirada puesta en la puerta y en el cráter del vicio con forma de ojo que en cuclillas miraba lascivamente por encima de ella. A día de hoy aún siento el serpenteo malsano y húmedo de la hierba sobre mi vientre, aún siento el dolor en mis brazos tal y como lo sentí entonces. Fue la última vez que gateé.

La hermana Aethelflaed ronca en la celda contigua a la mía y en mi vela se están abriendo surcos. Recuerdo que mañana seré fustigada y el miedo se apodera de mí aunque con presteza lo reprimo; centro mi atención en rezar, en recitar unas plegarias pidiendo que, por una vez, pueda evitar esas terribles pesadillas en las horas que restan hasta que la luz del día vuelva una vez más. Echo las ásperas sábanas

rápidamente sobre mi espalda fría y me coloco de lado con la oreja aplastada contra la dura madera de mi lecho. En la parte situada bajo mi mejilla, la madera está deslustrada y suavizada por las babas de cientos de mujeres, me duermo...

Dirijo mi caballo colina abajo en la oscuridad, rodeado por los gritos salvajes de los hombres de Ingwar que provienen de la cima situada detrás de mí en la lejanía, estoy demasiado lejos como para entender lo que dicen. Cerca del pie de la colina hay un cenagal traicionero en donde mi corcel pierde pie y se hunde hasta la grupa, sus ojos están en blanco y desquiciados, y gimotea de miedo continuamente. Temo que los enemigos que se me están acercando lo oigan y presa del pánico lo abandono, y me dirijo a los campos, debido al barro siento que los pies me pesan y que son enormes. Maldiciones vikingas dirigidas hacia mi persona penden de forma ruda y brusca en la noche. Los juncos blanqueados se yerguen bajo la luz de la luna ante mí, y en su centro surge un gran montículo de tierra similar al cráneo de un gigante del hielo, muerto hace tiempo, que se desplomó de cara entre las hierbas del río. A mi espalda, ahora más cerca, unos hombres rudos gritan una palabra que cada vez me resulta más clara, que se transforma en un nombre, y cuando tengo los juncos a la altura de la cintura me doy cuenta de que ese nombre es el mío. Mientras sus pesadas botas de cuero pisotean las cañas detrás de mí sé quién soy, y este momento distante en que sé quién soy me ha sacado de mi letargo para encontrarme con la oscuridad de mi celda y con el nombre revelado en el sueño aún en la punta de la lengua.

Ragener. El bienaventurado Ragener, hermano de Edmund, asesinado al igual que él por los invasores del Norte cuando se negó a honrar a sus dioses. El Santo Ragener, que porta al igual que Edmund la corona de los mártires, su onomástica se celebra un día después de la festividad dedicada a su hermano. ¿Cómo pude yo, entre todo hombre y mujer vivos, haberlo olvidado?

Sola, tumbada en la oscuridad acompañada por el pulso ciego y machacón de mi sangre, siento la espuma fría del mar que choca contra los acantilados escarpados de la blasfemia en mi frente. Nos enseñan que estos hermanos santos no se sometieron ante los usurpadores vikingos, ni renunciaron al verdadero Dios, por ello fueron flagelados y atravesados con flechas, y decapitados finalmente pero con sus almas aún intactas. En mi sueño, las cosas ocurren de una forma diferente. Edmund muere con los pulmones casi arrancados del pecho, con sus últimas palabras de agonía en renuncia a Dios mientras su hermano huye aterrorizado en la noche, mientras planea convertirse a la religión de Wotan para que, de ese modo, Ragener pueda evitar todos los tormentos a los que Edmund ha sido sometido. No me puedo creer que estos sueños que contradicen todas las enseñanzas de sus ministros provengan de Dios. Confusa e intranquila por cuál puede ser el origen de mis sueños si no se trata de Dios, permanezco tumbada y bien despierta en mi celda hasta que llega la mañana del veintiuno de noviembre, la festividad del bienaventurado San Ragener, donde al fin

seré fustigada y me veré libre de estas visiones que me resultan tan aborrecibles.

La madre superiora, al haberse percatado de mi ausencia en maitines, acude a mi celda donde le pido ser exonerada de mis obligaciones ese día, para así poder prepararme mejor para la flagelación que he de sufrir cuando llegue el atardecer. La madre superiora expresa de nuevo las dudas que alberga acerca de la conveniencia de someterme a esa experiencia traumática y lo que piensa sobre las posibilidades que tengo de sobrevivir al látigo, teniendo en cuenta mi edad y mi mala condición física. Al final, tras ver mi convicción, la madre superiora está de acuerdo en que me quede en mi celda todo el día, de modo que pueda hacer las paces conmigo misma y con Dios.

Me siento sobre mi lecho, con una rodilla cerca del pecho, mientras las horas pasan a través de un velo deslucido y mientras todavía me siento llena de desasosiego. Cuando por fin envían a la hermana Eadgyth a mi celda para que me lleve a flagelar, descubro que se me ha dormido la pierna buena ya que no la he movido en todas estas horas, de modo que la hermana Eadgyth debe llevarme agarrada del brazo hasta el lugar donde se llevará a cabo mi castigo, con su cabeza cerca de la mía, con su aliento podrido cayendo de lleno sobre mi mejilla. Al ser incapaz de caminar, no puedo evitar recordar cuándo me fallaron por última vez las piernas, y repté apoyándome en mis codos y en mi tripa a través de la fría piedra del portal hasta adentrarme en la nave de la iglesia donde tanto Ivalde como Bruning ya se habían despojado de sus camisas y se encontraban levantando las grandes losas del suelo con las palas, levantaban dichas baldosas planas haciendo palanca en uno de los lados y luego las dejaban caer, exponiendo de esta manera la tenebrosa confabulación de tierra horadada por gusanos frenéticos que yacía ahí debajo.

Mientras Eadgyth me medio levanta y medio arrastra a lo largo del corredor, soy incapaz de saber dónde estoy, o en qué año podría estar; no tengo nombre como alguien que se acabara de despertar. Gateo por la nave de la iglesia hasta donde Bruning e Ivalde cavan arrojando grandes paladas de tierra al aire de forma descuidada que acaban rechinando contra las losas, una vez allí, arrastro mi cuerpo por encima de la tierra hasta llegar al borde del agujero. Ahora, tengo la cara contra el suelo, soy Ragener, lloro y suplico mientras unas vigorosas manos vikingas me agarran con fuerza bajo los brazos, tiran de mí hacia arriba, y voy dando traspiés junto a ellos hasta el montículo pálido que se alza enorme entre los juncos. Sus manos se convierten en las de la hermana Eadgyth, que me ayuda a entrar en la pequeña habitación de piedra donde un caballo con el lomo de cuero y hecho de madera ya está preparado y la madre superiora espera.

Su voz suena tan lejana. La hermana Eadgyth me desnuda hasta la cintura y me coloca con la cara hacia abajo sobre el caballo mientras mis pezones hundidos se tensan, al apretarse contra la piel gélida, y el frío que siento en el pecho es como aquél que sentía cuando yacía sobre

el suelo de la iglesia, con los dedos enganchados en el borde de las losas que ahora lindaban con el agujero que tanto Ivalde como Bruning cavaban, Bruning estaba ahí de pie sobre las losas situadas a un lado del foso enjugándose el sudor sobre su pecho oscilante, mientras Ivalde, cuyas costillas se podían ver a través de sus costados, permanecía sumergido en el foso hasta la cintura mientras la tierra llovía desde la punta de su pala. Me acababa de arrastrar hasta el borde para mirar hacia abajo cuando la tierra del suelo se derrumbó bajo Ivalde dando paso a una oscuridad enorme y amplia y al ruido del suelo suelto que se encontraba ahí debajo.

Montones de tierra caen lentamente desde la loma desnuda para ir a parar a los juncos que rodean su base. Los bandidos de Ingwar me arrastran hasta la roca plana que hay en la cima del montículo, donde se ríen de mis lágrimas y de mis intentos patéticos de ganarme su simpatía mientras me arrancan la ropa, una vez desnudo se ríen de mi masculinidad y me lanzan contra el suelo al que caigo de cara mientras uno de los hombres se arrodilla ante mí inmovilizándome los antebrazos. Le miro mientras la sangre ciega mis ojos. Ha corrido desde mi cuero cabelludo donde me golpearon, y a través de ella su cara resulta ser más horrible que cualquier cosa que jamás había esperado ver en la vida, lleva la barba trenzada teñida en franjas de todos los colores y hay drogas que provocan la locura en su aliento en este año de nuestro Señor Jesucristo de ochocientos setenta.

De pie ante el caballo de cuero y sujetando mis muñecas, la hermana Eadgyth respira proyectando un olor rancio y cálido sobre mi rostro, nos encontramos en el año mil sesenta y cuatro. En algún lugar detrás de mí la madre superiora levanta el látigo de tosca piel por encima de su hombro. Durante lo que parece un momento interminable puedo oír cómo silban las tiras de cuero sin tratar al moverse a través del frío aire de la cámara y un dolor cegador y abrasador rasga y atraviesa mis hombros y espalda de modo que todo mi ser queda atrapado bajo una luz aterradora.

En el año del Señor de mil cincuenta Ivalde le grita a Bruning que le ayude mientras sus piernas se agitan en medio de una cascada de tierra al intentar trepar por los costados del agujero mientras el suelo del mismo cae hacia la oscuridad que hay debajo. El sacerdote gordo avanza trastabillando hacia delante para sacar de ahí al muchacho mientras yo permanezco tumbada y miro el borde del foso, al mismo tiempo que siento cómo las losas enfrían mi vientre. Debajo de mí, veo que el suelo del agujero se ha derrumbado dando paso a cavernas o túneles que existen allá abajo. Durante un instante parece que puedo distinguir la borrosa mole de la tumba que más tarde se descubrirá que estaba escondida ahí dentro y que contenía los huesos del mártir San Ragner, hermano de Edmund. Como mucho, entornando los ojos en la negrura, percibo su silueta imprecisa durante sólo un instante antes de que llame mi atención la sensación de que hay otra figura grande entre las tinieblas que se hallan debajo de mí, ésta produce un sonido que sugiere el movimiento de algo grande y que arrastra los pies. Sólo tengo

un instante para preguntarme qué es antes de que lo imposible suceda. El bueno de Bruning, tras recuperarse, describiría más tarde lo que vimos como el Espíritu Santo manifestándose en todo su aterrador resplandor, pero yo que estoy colocada boca abajo con la cabeza metida en la boca del foso sí que lo veo. Cuando abre sus monstruosos ojos me encuentro mirando directamente a ellos. Un brillo asfixiante surge por doquier En la nada blanca y vacía Bruning grita como una mujer.

Chillo cuando el primero de los vikingos introduce su virilidad dentro de mí, pero después del tercero sollozo sólo un poco para mí mismo pensando en mi vida y en este fin tan horrible. Me dan la vuelta cuando el último de los hombres extrae su miembro de mí, entonces empiezo a suplicar de nuevo y a expresar mi devoción a Wotan. El sonido de mi voz aterrorizada es como un insulto a mil oídos hasta que uno de mis captores me acalla al violar mi boca para divertimento de sus compañeros. Intento entender la inmensidad de lo que me está pasando. El más pequeño de mis torturadores saca ahora un cuchillo, y antes de que me haya tocado con él estoy gritando.

El látigo golpea mi espalda y me retuerzo. La hermana Eadgyth sostiene con firmeza mis muñecas mientras a lo lejos la madre superiora reza y oigo un sonido agudo que sigue y sigue.

Bruning grita, Ivalde grita y la luz blanca está por doquier. Algo de un tamaño atroz revolotea sobre mi cabeza mientras permanezco tumbada en el suelo de la iglesia. Más tarde, cuando la luz ya ha desaparecido y me he vuelto para encontrarme con Bruning e Ivalde sentados junto al muro y mirando al vacío con el suelo abierto de par en par ante ellos, el gordo sacerdote afirmaría que las alas que rozaron mi cuello fueron las alas del Espíritu Santo; el rocío que esparció y cayó en mi pelo lo llamaría agua bendita, aunque entonces, ¿por qué era resbaladiza y espesa como la semilla de un hombre, o el limo de los ríos antiguos? ¿Y por qué el Espíritu Santo no se manifiesta aquí como un pájaro sino como un soplo de aire horrible que revolotea con una luminiscencia verde pálida que tiembla y se arremolina en un resplandor de blancura, apenas sólido, de modo que partes de ello parecen atravesar otras partes sin daño alguno, o traspasar los grandes pilares de madera que sostienen la iglesia como si fueran aire? Se produce un estrépito, un estrépito horrible. Cegada y dominada por el horror, me pongo en pie y salgo corriendo de la iglesia. No es hasta que me encuentro a mitad del camino que baja la colina y cerca del cruce de caminos cuando comprendo lo que acabo de hacer.

En el año ochocientos setenta me abren el pecho. Nunca habría creído que el ser humano pudiera pasar por una penalidad tan horrorosa como ésta, por la que estoy pasando, en este momento, yo. Introducen sus manos en la cavidad, agarrando las costillas para tirar de ellas hacia arriba y hacia fuera, y me desmayo de dolor. Estoy montada a horcajadas sobre un caballo de madera en una fría habitación y me doy cuenta de que soy una mujer anciana. La carne de mi espalda cuelga hecha jirones. Pido gritando auxilio a Wotan y al hacerlo la mujer que

me flagela me flagela más fuerte. Estoy tumbado en una pira que arde lentamente y me han cortado el gaznate, y me cocino, en una gran calavera de hierro o atado a un poste, y me pudro como la cabeza de un traidor colgando en lo alto de las puertas de esta ciudad. Soy un niño. Soy un asesino, un poeta, y un santo. Soy Ragener. Soy Alfgiva, llevada más allá del dolor por un éxtasis provocado por la flagelación que sólo los mártires pueden conocer, llegando llena de sangre al paraíso, con las manos quemadas hasta convertirse en muñones o cubiertas de flechas, con nuestros pechos abiertos y expuestos desde donde se derrama la gran luz de nuestros corazones.

Me siento elevado, el mundanal ruido resuena como un gran estruendo en mis oídos, y si estoy en el cielo, ¿cómo es que hay tantos fuegos?

Cojeando hasta Jerusalén

1100 d. C.

Con una dureza como la del acero recién forjado el sol atraviesa una nube espesa, aunque su luz parece agotada por el esfuerzo. Soy viejo, sin embargo este mundo incesante y agotador aún sigue aquí. Me molestan las almorranas, la silla de montar las ha irritado, por consiguiente en esta mañana lluviosa me encuentro presa de un humor irascible y por dos veces he abofeteado a mi escudero. Mientras bajamos la calle de los judíos para adentrarnos en el hedor y el griterío de la feria de caballos, se aparta para cabalgar detrás de mí de modo que no pueda ver el veneno que hay en su semblante.

Por delante, mis perros corretean entre los mercaderes y sus jamelgos llenos de moscas. Con las mandíbulas húmedas y rosas y de vello rizado como un chocho, aquí y allá golpean y chasquean sobre un tobillo o espolón, por el mero hecho de hacerlo. La muchedumbre se aparta para que pueda pasar, se trata de una prole de brutos sajones cuyas barbillas están llenas de babas, aunque las muchachas a menudo tienen buen aspecto. El arrastre del casco del animal que me lleva suena con fuerza sobre la tierra acumulada y dura, la feria ahora ha sido tomada por el silencio como los susurros provenientes de la falda de una mujer bella acallarían una posada. Se tocan sus frentes llenas de costras ante mí cuando paso cabalgando junto a ellos, y alzan la vista con temor. Si no estuviera impedido y no fuera viejo me acostaría con sus mujeres e hijas delante de ellos aunque antes las decapitaría...

No he de pensar en cabezas.

Mi escudero y yo continuamos. La muchedumbre se une una vez más tras nuestra partida y cae de nuevo en la cháchara y el trueque, siendo nuestro paso por su parte central una herida que se cura pronto. Ante mí y a mi izquierda la iglesia que se desmorona se alza amenazadora con sus muros de arenisca de un color dorado sucio, fue bautizada con el nombre de San Pedro, por cuya intercesión se encontraron las reliquias de San Regener, o así cuenta la leyenda. Una monja medio loca de Abingdon, que murió hace veinte años o más, hablaba de un ángel o un pájaro sagrado que curó sus piernas lisiadas dentro de esta iglesia.

Eso pudo ser algo muy bueno para ella, pero yo estoy cojo y lleno de dolores, y sé que su cuento son sólo los desvaríos que le llegan a una mujer cuando sus sangrados mensuales dejan de ocurrir. Desde las Cruzadas, estoy enfadado con Dios. Un rayo cae desde el cielo para golpear la iglesia de modo que sus ventanas enormes parecen llenarse luminosidad, aunque sé que esta luz es algo falso, y que se rinde enseguida ante el aguacero.

Esta isla y su lluvia: Ya me encuentro empapado dentro de mi jubón debido al chaparrón que he tenido que soportar mientras cazaba, hoy mismo a primera hora. La humedad de los alrededores ha levantado una dureza en mi mejilla que no siempre ha estado ahí, pero me quejo sin ganas, y sin convicción. ¿Acaso hubo algún día en aquellos desiertos sagrados en los que no me despertara encontrándome con el vientre negro lleno de moscas, con el sudor saliendo hirviendo de mí y encharcado entre los pechos, y rezando para ver de nuevo esta malsana luz del norte, esta llovizna en los ojos? El sol aquí sólo nos echa sus migajas, cuando ya ha despilfarrado su gran dadivosidad sobre los paganos que viven allá lejos, entre sus colinas de arena.

La iglesia queda atrás, y a nuestra derecha está situada la callejuela del mercader de yeso que va a dar a los terrenos más altos del castillo, mientras, nosotros descendemos hacia el cruce de caminos que se halla cerca del puente, junto al cual la puerta del patio permanece abierta. Entramos armando un gran estruendo entre los grandes pilares de ladrillo y las losas. Los criados del patio, que hace un mero instante me estarían insultando sin duda, llamándome hijo de una meretriz, salen corriendo mostrando sus mejores sonrisas para coger las bridas, gritando, «¡Mirad! Es Lord Simon. Ha vuelto».

Mis ojos, parece que sin voluntad propia, suben hasta el lugar donde la ventana de los aposentos de Maud domina el patio. No hay nadie ahí. Desmonto y tengo a un criado a cada lado, coloco un brazo en el cuello de cada uno de ellos, y con mi peso repartido de esta manera me conducen hacia la gran puerta, arrastrando una pierna por detrás, rozando los charcos plateados mientras avanzo. Una vez, debido a un enfado, Maud dijo que al oír ese sonido, ese roce, se tumbaba en la cama y lloraba, ya que eso significaba que había vuelto. Me ayudan a subir los tres amplios escalones, y ya estoy dentro del castillo. En mi bolsa una ristra de patos se está endureciendo, se está enfriando mientras su sangre se espesa. Sus ojos negros miran fijamente, sin pestañear, la negrura.

Ya en la seguridad que me brindan mis aposentos me despojan de esas vestimentas desastradas y llenas de barro, luego me secan y me visten para comer: cordero frío, pan caliente, y cerveza amarga. Maud no come conmigo. El ruido de mi cuchillo y mis platos cae sobre un silencio que retumba.

Me encuentro chupando la salsa templada que hay en mi mostacho cuando puedo percibir sus pasos en los aposentos superiores y en mi mente la veo, mostrando con claridad toda la amargura que hay en ella a través de su porté. Ahora se dirige al asiento que hay junto a la ventana, con la cabeza inclinada hacia abajo para cincelar su esternón con su barbilla pequeña y afilada; con los brazos cruzados con fuerza bajo sus pechos florecientes; con unos dedos blancos y frágiles asiendo cada codo. Es de complexión alta, tiene veintinueve años, y un modo de andar extraño. No se ríe, ni es de conversación agradable, sólo se enfurruña y frunce el ceño. A veces me da la sensación de que, después

de todo, no debería haberme casado con ella sino con su madre. Bueno, da igual. Ya está hecho.

Un trocito de carne de cordero se me ha metido en el hueco del único diente de atrás que me queda, medio destrozado, en la mandíbula inferior, un pedacito ante el cual mi lengua realiza movimientos secretos y complicados con el fin de desplazarlo. Maud, desnuda. Hace unos quince años. La senté sobre mis rodillas una noche, cuando aún no había pasado mucho tiempo desde nuestra boda, asiéndola por los hombros para que no se pudiera apartar. Intenté que jugara con mi soldadito pero con cara de disgusto juró por la Santa Virgen que no lo haría. Entonces cuando solté su antebrazo para poder asirla por la muñeca y así poder forzarla a acceder a mis deseos, ella logró liberarse y abandonó mi regazo para agazaparse temblorosa entre las cortinas que ahí pendían.

Si le hubiera pegado en esa ocasión con más fuerza, seguramente habría mostrado una actitud más amable hacia mí desde entonces. Si me hubiera quitado el cinturón y hubiera azotado sus flacas posaderas hasta que sangrasen. Si la hubiera agarrado del pelo, o retorcido sus pechos hasta que aullara. La ira hace que mi pecho sufra un golpe sordo, a lo que responde un tic desesperado de la bestia olvidada que reposa bajo mi panza. Perturbar mi estado de ánimo de esta manera no es nada bueno para mí, no vaya a ser que llegue a provocarme un mal, así que, mientras la bolita de cordero lucha contra mi lengua exploradora, centro mis pensamientos en asuntos más amables.

La iglesia que estoy construyendo en la colina junto al camino de las ovejas está a medio acabar, derribamos la reliquia pagana que había allí anteriormente para poder utilizar sus materiales en nuestra propia edificación. Algunos de sus ladrillos están tallados con antigüedades monstruosas y obscenas, como la bruja con el coño abierto de piedra que podemos ver agazapada sobre el pórtico de San Pedro. Ésos los descartaremos, salvo que la necesidad y la escasez de materiales nos obliguen a lo contrario. Ya nos hemos visto obligados por las circunstancias a mantener un pilar en el que hay grabada una figura bárbara de forma serpentina, algún demonio dragón teutón enroscado hacia abajo a lo largo de la columna que nos mira de reojo. Debería preocuparme el hecho de que este vestigio pueda suponer una afrenta, si no fuera porque la buena gente ya se siente ofendida por mi propuesta de levantar la iglesia.

Me dicen, «Lord Simon, debe de tratarse de una chanza vuestra». Me dicen, «Lord Simon, reconsiderad vuestro diseño para que éste no suponga una afrenta al mismísimo Dios». Me dicen, «¿qué hay de la tradición que tales cosas llevan detrás?». (Esta tradición consiste en la planta cruciforme; no hace falta señalarlo). Critican y se quejan ampliamente como si hubiera levantado un monumento a Moloch o un altar para los judíos. Murmuran, se persignan, y colocan cada piedra con caras serias, como si temieran estar emparedando sus almas inmortales de esta manera.

Redonda. Lo único que pido es que la construyan redonda, que la edifiquen tal y como era el Templo que levantó Salomón allá en Jerusalén. Redonda, sin ninguna esquina donde el Diablo pueda encontrar una posición de ventaja o refugio. Redonda, que el mismo Dios no pueda encontrar un lugar donde ocultarse. Si Él está ahí, entonces ha de mostrarse. Si Él está ahí...

Los contornos de la barba eran finos y plateados. Le habían cosido los párpados con hilo y aguja; la nariz se había derrumbado formando un agujero: Olía a pimientos, picantes y secos. En su expresión, había algo extraño e indiscernible, en el costado de la boca donde el hilo se había descosido, los dientecitos marrones se podían ver...

Cierro los ojos y aparto el plato. Levanto la mano hacia la cara y no puedo evitar gemir por lo que hay dentro de mí, por el peso que conlleva. Los criados me observan, callados y asustados, y luego se miran unos a otros. Recogen mi plato a medio comer, y mi copa a medio beber, para poder marcharse a temblar a las cocinas distantes, con unos pasos rápidos y suaves como lluvia cruzan la sala vacía y llena de ecos, y luego desaparecen.

El chirrido breve de mi silla, que aparto de la mesa para poder levantarme, me resulta detestable y suena repleto de soledad en este aposento gigantesco. Llamo a voz en grito a John, mi escudero, quien aparece pasado muchísimo tiempo y me ayuda a alcanzar mis aposentos, durante el tedioso y largo camino hacia ellos le regaño de esta manera: «¿Por qué has tardado tanto en acudir a mi llamada? ¿Acaso crees que me han crecido unas piernas nuevas de modo que puedo volver a mis aposentos bailando sin tu ayuda?».

Dando tumbos con su hombro apoyado bajo mi brazo, mira enfurecido hacia abajo, hacia las losas y murmura para sí una retahíla de «No, Lord Simon» y «Dios no lo permita», me cuenta que estaba haciendo sus necesidades cuando le llamé por primera vez, entonces le señalo que si de ahora en adelante me hace esperar entonces haré que le flagelen hasta que se cague en los pantalones.

Al pronunciar estas palabras una sensación de que esto ya lo he visto me sobreviene. ¿Anteriormente cargaron conmigo cojeando por estos pasillos mientras cruzaban mi cabeza pensamientos acerca de unos fuertes latigazos? Tengo una sensación de mareo lejano y cantarina: las voces de los sarracenos canturreando a su Dios Demonio a través de las dunas. Me he levantado de la comida con demasiada presteza, eso es todo. Pido a John que se marche al llegar al umbral de mis aposentos, cierro rápidamente la puerta, y recorro el pesado trayecto hacia la cama, utilizando el respaldo de una silla como apoyo por el camino.

El aposento está frío, pero las cervezas me han proporcionado calor mientras me rindo ante las sábanas. Aquí puedo hacer la digestión, y estar solo sin que los pensamientos acerca de Maud me molesten, puesto que sus aposentos están en el extremo más alejado del castillo.

Aunque el aire de noviembre es gélido, no es nada comparado con el frío vacío y que se te instala en los mismos huesos que cae sobre el desierto cuando termina el día, así que estoy contento de poder descansar aquí. Por encima de mí, en las vigas del techo, las líneas y espirales de las grietas me recuerdan a un mapa de territorios antiguos y sin conquistar...

El bueno del Papa Urbano hizo lo que Peter, llamado el ermitaño, le había rogado: nos conminó a portar la cruz; a unirnos a su cruzada, y a liberar la Tierra Santa de sus opresores mahometanos. Aunque las primeras expediciones tanto de Peter y de un tal Walter, llamado el indigente, acabaron masacradas por los turcos, no nos íbamos a quedar sin hacer nada. Por lo tanto, en el año noventa y seis de este milenio partimos hacia Constantinopla y ninguno de nosotros pensaba en otra cosa que en volver a casa siendo un hombre más rico.

Santo Dios, qué crueldad tan inmensa la de ese cielo pagano. Volvía locos a los hombres. Cuando marchábamos para unirnos a Robert, el Duque de Normandía, con el fin de participar en el asedio de Antioquía, nos topamos con un hombre tan bronceado como cualquier sarraceno pero que cantaba a voz en grito himnos religiosos en un francés de alta cuna mientras caminaba en círculos entre las colinas desnudas y lentamente cambiantes. Llevaba quién sabe cuántos días o semanas solo y sin sus camaradas, había cavado pacientemente una larga trinchera circular, que le llegaba hasta la cintura, y que se extendía entre las dunas tan lejos como alcanzaba la vista. Nos insultó cuando fastidiamos una pequeña parte de uno de sus costados al pasar con nuestras monturas a través de ella. Sobre su pecho marrón y chamuscado pendían los andrajos de Flandes, su verde brillante se había tornado amarillo bajo la luz sin sombras del desierto.

Cuando ya habíamos continuado cabalgando un poco más y le habíamos dejado delirando a nuestras espaldas, lejos de nosotros, se me ocurrió mirar atrás y con una extraña sorpresa vi que su trinchera infinita, al verla desde lejos, no serpenteaba adelante y atrás sin ningún sentido, como parecía cuando uno estaba cerca. Al contemplarla desde la distancia, se convertía en un renglón de texto que se tambaleaba a través de las dunas, garabateado por una mano gigante y de forma desigual. En muchos lugares las palabras y las letras habían sido borradas por la arena cambiante, por lo que se me ocurrió pensar que esta alma en pena debía de pasarse los días recorriendo arriba y abajo la aburrida distancia del mensaje, excavando de nuevo sus pinceladas y florituras, mientras sus labios negros y abrasados vertían himnos religiosos. Las únicas palabras que fui capaz de leer fueron «Dieu» y otra que podía ser «humilité», escritas a través de la blanda ladera de una pendiente de sombras violáceas. Su mensaje, y de esto no tengo ninguna duda, tenía como destinatario al Todopoderoso, único en residir a tal altura como para observar el texto entero. Le dejamos agachado sobre los puentes de una «m», garabateando frenéticamente para poder borrar las huellas de los cascos allá donde nuestros corceles habían estropeado su caligrafía.

Y así seguimos adelante, saqueando las ciudades más pequeñas que se encontraban a lo largo de nuestra ruta a Antioquía. Los saqueos producen un sonido particular; cientos de sonidos más pequeños que se confunden todos en uno: un bebé que solloza, el trueno polvoriento de la piedra que se derrumba, y el lamento de los perros heridos. Los caballos presas del pánico. La pregunta perdida y temblorosa de las cabras que escapan mientras las mujeres lloran desesperadas; los hombres a moco tendido. Gritos ásperos, ininteligibles, que se hunden en un idioma hecho sólo para la guerra. El tañido mortal de la hoja de la espada, el aullido de los niños sodomizados, todo ello es una sola voz que chisporrotea y crepita en la garganta de humo negro del momento. Ahora puedo escucharla.

Prendemos fuego a sus santuarios. Les despojamos de sus vidas, sus esposas, sus caballos, sus sedas y joyas, y algunos de nosotros nos llevamos todavía más. Uno de mis capitanes portaba un cinturón del que pendían lenguas paganas hasta que le reprendimos por el hedor que desprendía. Eran unas cosas negras y grandes, más grandes de lo que cabría suponer, y no había dos iguales. Esta barbarie no nos resultaba extraña mientras estábamos en aquel lugar, aunque he reflexionado acerca de ello desde entonces y sé ahora que tales acciones carecen de dignidad alguna. Aun así, otros fueron mucho más allá que nosotros en ese camino. A algunas leguas de distancia de Murzak cabalgamos junto a una compañía de caballeros italianos que cenaban carne de mahometanos, ellos decían que ya que sus adversarios no tenían almas cristianas y eran simples bestias podían ser devorados sin contravenir ningún mandamiento. Resultaba bastante claro que comer los sesos de los paganos les había vuelto locos, y no podía evitar preguntarme cómo les irían las cosas al volver a tierras cristianas. Aunque, al volver a recorrer esos territorios desde Murzak en fechas posteriores fuimos a dar con sus cabezas, primorosamente colocadas en un círculo situado entre las resplandecientes dunas en el cual las caras miraban hacia la parte interior, las vendas alrededor de sus ojos eran los restos de sus túnicas azules, cegando así los ojos de quienes ya no veían por razones rituales que no éramos capaces de comprender.

Deseaba con todo mi corazón ver Jerusalén, la ciudad de las escrituras que el emperador pagano Julián de Roma intentó en su vanidad reconstruir y que fue derribada por Dios antes de que los cimientos pudieran levantarse. Un torbellino y varios seísmos llenos de llamaradas borraron su obra, hechos en los que algunos ven una prueba del descontento divino. (Mi iglesia redonda al menos tiene sus cimientos ya colocados, aunque a partir de aquí cualquier cosa puede acaecer). Deseaba caminar entre esas colinas, y ver ese lugar de piedras amontonadas desde el cual surgieron los versículos sagrados, ¡pero qué fue lo que vi en vez de eso! Habría sido mejor que hubieran colocado mi cabeza vendada en ese círculo tétrico de caníbales romanos, con la sangre congelada como yema de huevo en la barba.

No debo pensar en cabezas.

En algún lugar bajo mi cama, bajo el suelo de mis aposentos, el castillo bulle lleno de vida, repleto de silbidos, pisadas, y reproches; grandioso, frío, repleto de ecos, y construido para durar mil años. Aún puedo recordar cuando aquí sólo se alzaba la estancia del Conde Waltheof, toda ella hecha de madera y paja y plagada de pulgas, antes de que el rey decidiera que un caballero normando debería encargarse de estos distritos y no un conde sajón.

Pobre Waltheof. Coincidí con él una o dos veces y era un tipo agradable, aunque no muy inteligente. Cómo recompensa por su colaboración en la conquista, Guillermo el Bastardo le concedió primero a Waltheof el condado de North Hamtun, y después una tumba como traidor cuando se hubo cansado de él. Lanzaron tales calumnias y graves acusaciones sobre su persona que, al final, el viejo acabó creyéndose que sus traiciones eran algo real. ¿Conspiró contra el rey? Le pareció que así debía de ser ya que ¿no había testificado su propia mujer Judith eso mismo? La idea de que Guillermo, al ser un anciano lleno de temores, podía haber buscado simplemente consolidar su propia posición al rodearse de compatriotas afines entre la nobleza parecía un concepto más allá de la comprensión de Waltheof. Tampoco comprendía que Judith, al ser sobrina de Guillermo, testificase lo que su tío el monarca precisara. Le llevaron llorando al cadalso, incluso pidió a gritos a Judith que le perdonase, al menos esa ramera traicionera reunió la dignidad suficiente como para estremecerse y apartar la mirada debido a la vergüenza que sentía. Estaba en manos de su tío, hacía con presteza lo que él pidiese en cualquier situación.

En cualquiera salvo una.

La luz fuera de la ventana de mi torreón se ha vuelto macilenta a medida que avanzaba la tarde. Me adormilo, aletargado por las cervezas, y cuando me despierto y me encuentro las ventanas invadidas por la oscuridad temprana de noviembre me viene un recuerdo sin sentido, que se ha deslizado entre mis pensamientos mientras la razón dormía: estoy en las tierras baldías de Palestina, atrapado en una región desconocida desprovista de cualquier punto de referencia, y me encuentro un pie humano que surge de la arena. Con gran regocijo me doy cuenta de que aquí yace enterrada mi verdadera pierna, y que esa cosa lisiada y odiosa que llevo arrastrando conmigo todos estos años es una mera imitación de la misma. Deseoso de caminar tal y como una vez caminé, me arrodillo y aparto el polvo alrededor del tobillo y la pantorrilla, cuando, de repente, me doy cuenta de que alguien me observa.

Alzo la vista, y no sin un sobresalto, veo a una mujer arrastrándose sobre su vientre a una velocidad aterradora a través de las perezosas dunas hacia el lugar donde estoy agachado junto al pie que sobresale. Va vestida con el hábito negro de una monja y de alguna manera que no puedo discernir parece estar tullida, se arrastra hacia mí bajando por las pendientes achicharradas por el sol, ahora puedo oír cómo me lanza imprecaciones, maldiciones amargas, en las que me dice que esa pierna

es suya y me advierte que la deje en paz. Su furioso rencor y su velocidad similar a la de un escarabajo hacen que el temor se adueñe de mí mientras ella impulsa su cuerpo vestido de negro desde la loma como si fuera un saludo murmurado de arena. Excavando frenéticamente alrededor del tobillo que emerge, intento tirar con fuerza para sacar la pierna de la arena y huir con ella antes de que la monja me haya alcanzado, pero no se mueve. En el instante espantoso que precede al despertar, soy consciente de que hay algo debajo de la superficie del desierto que tira en dirección contraria a la mía, algo oculto y tan atrozmente fuerte que tira con ganas de la pierna desde ahí abajo como si quisiera enterrarla, es entonces cuando me despierto con las manos sudorosas y el tañido del golpe sobre el yunque de mi corazón, aquí en este torreón que se oscurece.

Tengo tanto miedo. Miedo de estar muerto, miedo de no ser nada, y esa gran desazón que he mantenido a raya durante tanto tiempo ahora me acompaña. Veo mi vida, veo la vida de todos nosotros, nuestras guerras y nuestras copulaciones, todos nuestros movimientos, filosofías, y conciencias, y veo que bajo ellos no hay suelo alguno, que penden sobre la nada. Más allá de la ventana, las primeras estrellas emergen en un firmamento desprovisto de todo propósito.

Después de un rato, llamo a John, que responde con tal presteza que llego a pensar que se ha sentado junto a la puerta de mis aposentos por miedo a estar ausente cuando le llame. Me levanto de la cama, me pongo los pantalones, y le pido que traiga a Lady Maud, tras su marcha e iluminado por la luz de un candelabro, me arrodillo junto a la cama para orinar en un cántaro. El chorro es abundante y de color marrón, con melancolía observo que mi polla sigue con chancros e inflamada: otro de los recuerdos que me traje de Tierra Santa.

Nunca llegué a ver Jerusalén. Teníamos ya bastante claro para cuando llegamos a Antioquía que la mayor parte de la lucha (y del pillaje) ya habría terminado, así que nos tuvimos que contentar con tomar una ruta más apartada que nos llevara a ciudades y asentamientos paganos menos protegidos y con menos probabilidades de haber sido ya asaltados. En uno de esos poblados me hice con una mujer nativa para que me acompañase en mis viajes, y durante algunas noches me divertí mucho con ella, aunque a la novena se suicidó. Había muchísimas mujeres coma aquélla. Una vez, cuando tales cosas se convirtieron en una moda entre nosotros durante cierto tiempo, probé con un muchacho, aunque nunca me llegó a gustar, ya que el olor de los muchachos paganos no resulta agradable. De todos modos, con el tiempo, tales placeres se veían superados por el calor; dando lugar a una lasitud carnal; a un aplacamiento de la ambición de la carne.

Nos habíamos desviado mucho, casi habíamos llegado ya a Egipto cuando nos encontramos por casualidad con los caballeros que vestían de rojo y blanco. Durante toda aquella semana nuestro viaje había sido duro y había estado repleto de extraños eventos, como cuando cinco días antes habíamos visto cómo la tierra se resquebrajaba bajo nuestro

carromato más grande y cargado, de modo que toda la parte frontal se desplomó sobre la caverna que de repente se había abierto debajo. Bajamos gateando a través de los velos de polvo que se habían levantado para observar el daño producido, y fuimos a dar con una tumba antigua u osario enterrado que se extendía a nuestro alrededor en una oscuridad rancia, sobre la cual los rayos brillantes y duros del sol ahora caían tras una espera de siglos. Parecía casi una capilla, en la que los grandes pilares descendentes estaban hechos no con mortero sino con luz. Había calaveras apiladas a nuestro alrededor, algunas de ellas aplastadas como huevos mórbidos bajo las ruedas de hierro de nuestro carromato caído, como los restos afilados de una cáscara amarillenta colocados sobre las arenas de un color más blanquecino. Nos llevó la mayor parte del día sacar el carromato del foso, y acabamos todos tosiendo terriblemente y escupiendo grandes cantidades de una sustancia gelatinosa por estar cerca de él. Cierta tiempo después, entre los miembros del escalafón más bajo, un hombre llamado Patrice juró haber visto una ciudad brillante y titilante que flotaba en el alba, con todo su espantoso peso suspendido allá en lo alto sobre las dunas lejanas. Hubo más casos como aquél aquellos días, antes de encontrarnos con aquellos caballeros desconocidos.

Vimos su luces al atardecer, cuando la diferencia entre el cielo y la arena se había difuminado y nosotros aún no habíamos acampado. Temerosos de que pudiéramos habernos topado con el enemigo, nuestra comitiva quedó en silencio de forma que los pasos cortos de las ratas de arena y la llamada nocturna de los escarabajos verdes podían ser escuchados. Sus cánticos vigorosos y pletóricos entonados en francés nos llegaron arrastrados por esos vientos serpenteantes que barren el desierto, entonces nos sentimos aliviados, y les saludamos y, de ese modo, nos dieron la bienvenida junto a sus fuegos.

El jefe de esta compañía, de ocho o nueve personas, era alguien al que yo había conocido vagamente con anterioridad, se llamaba Godefroi, y era originario de Saint-Omer. Parecía bastante contento de haberse encontrado conmigo, y por lo tanto nos sentamos y hablamos mientras mis camaradas armaban bullicio y soltaban palabrotas en la oscuridad a medida que se levantaban las tiendas de los nobles, allí en la penumbra sin fin más allá del alcance de la luz del fuego. Me maravillé al ver que Saint-Omer portaba un pellejo de vino sobre su regazo, ya que mis labios no habían probado nada parecido a una bebida alcohólica durante casi medio año, con gran amabilidad me ofreció un poco. La bebida me hizo entrar en calor con rapidez, y al tomar un poco más hizo surgir en mis oídos un canturreo bajo y agradable que logró que se desvaneciera el susurro vil e incesante de los insectos del desierto, que los sarracenos creían que era el aullido del mismísimo pandemónium.

Allá arriba, las grandes constelaciones giraban y hacia ellas ascendían las chispas de nuestras hogueras imitándolas a una escala más pequeña. Interrogué a mi anfitrión acerca del curioso emblema que portaban él y sus compañeros, una cruz roja como una rosa colocada sobre un campo

blanco, me contó en confianza que eran de una orden nueva, que aún no había echado a andar del todo, aunque ya se sentían muy satisfechos de sí mismos ante el gran destino que les aguardaba. Me caía bien, no parecía estar jactándose, ya que hablaba de sus propósitos sin darles importancia, como si ya se hubieran logrado. Aunque algo más joven que yo, me pareció que era portador de una sabiduría y una pertinaz confianza en sí mismo propios de un hombre mayor, así que seguí escuchándole, cautivado, y un poquito mareado por el vino.

Después de un rato, otro miembro de la orden de Saint-Omer se unió a nosotros en aquel lugar donde estábamos sentados, este caballero se llamaba Hugues, y era originario de Payens. Aunque era aún más joven que Godefroi, su fervor por esa nueva hermandad era superior al de su compañero de más edad, aunque esto podría deberse a que había consumido más vino. Descarado allá donde Saint-Omer había sido comedido, habló de toda la riqueza e influencia que sería suya una vez que hubiera transcurrido el tiempo; un destino que podría abarcar todo el mundo. Ante esto le reprendí suavemente, y le dije que si las palabras fueran oro él sería rico como Crespo, y le pregunté de dónde se imaginaba que fueran a surgir esas riquezas.

Se lo tomó como una ofensa, así que de manera inmediata tomó una actitud más arrogante, y torció la boca mostrando tal desprecio que me di cuenta de que estaba ebrio. Insinuó, aunque de manera poco clara, que su orden guardaba cierto secreto, ante el cual el mismísimo Papa tendría que claudicar pronto. En ese momento, Saint-Omer colocó una mano sobre el brazo de su compañero como queriendo aconsejarle algo y le susurró algo que no alcancé a escuchar, tras lo cual ambos se excusaron debido a su cansancio, y se retiraron enseguida. Me senté bajo una delgada luna menguante pagana hasta que las brasas se agotaron y di vueltas a todo lo que habían dicho, a sus insinuaciones y descabelladas afirmaciones, al final, decidí que les iba a interrogar aún más al respecto por la mañana. Si esta decisión la hubiera olvidado al dormir, como pasa con muchos impulsos más nobles, entonces puede que hubiese llegado a mi senilidad y a mi muerte siendo un hombre feliz.

El repiqueteo repentino aunque desganado proveniente de la puerta de mis aposentos me saca de mis áridas ensoñaciones, y cuando pido a la persona que llama que entre, ahí aparece Maud junto al joven John moviéndose nerviosamente e intranquilo debido a lo incómodo que se siente a su lado hasta que se le da permiso para marchar, al irse cierra la puerta tras él.

En pie, serena, en medio del desagradable silencio, me mira fijamente sin ninguna delicadeza, ni simpatía alguna. Luego baja la vista hasta el cántaro y hace un gesto de desaprobación, así que lo escondo de nuevo bajo la cama antes de volver a mirarla.

—Preferiría que os sentaseis. —Hago un gesto hacia la silla, situada a medio camino entre la cama y la puerta, que utilizo como ayuda para cruzar de un lado a otro el aposento.

—Como deseáis, mi señor. —Limpia la silla antes de sentarse, como para liberarla de infecciones. Está habituada a actuar de esta manera, a hacer que todas sus palabras y todos sus actos formen un reproche sutil y malintencionado. Como si su chocho no apestara. Como si su mierda fuera de oro.

—¿Cómo está mi hijo?

La mirada que me lanza como contestación, vacía e indescifrable, es en verdad toda la repuesta que podría necesitar: ni lo sabe, ni le preocupa saberlo. El niño está bajo el cuidado de unas niñeras, en algún lugar de la parte oriental del castillo. Su madre rechazó al niño desde que nació y jamás lo visitará, ya que lo odia al igual que odia al hombre que lo engendró en ella y la manera en la que fue concebido.

Ahora mira a un lado y habla, con indiferencia. «Me han comunicado que el joven Lord Simon, ha sufrido la enfermedad de la gripe, aunque por lo demás se encuentra bien, espero que eso contente a mi señor».

Su mirada, escarchada por el desdén, se mueve adelante y atrás de manera insolente sobre los pocos efectos que he reunido en mis aposentos: un cofre con cuatro ángeles vestidos con atuendos mahometanos dibujados mediante relieves de oro sobre su tapa; un esmerejón disecado cuyo interior está lleno de virutas, y el dedo de un tártaro colocado en una cadena fina y brillante. Me juzga por cada pieza, me juzga con cada mirada.

Tras la muerte de Waltheof, Guillermo el Bastardo se ocupó de que yo sustituyera a Waltheof en su puesto. Y en algo más que en el cargo: se suponía que debía tomar como esposa a la viuda de Waltheof, Judith, para reforzar mi pretensión de reclamar sus tierras. Ella era la sobrina de Guillermo y hasta entonces había obedecido a su tío en toda tarea, pero en este caso se negó. Judith, aquélla que mediante falso testimonio había conseguido que a su marido le cortaran la cabeza por la simple razón de que así lo que quería el Bastardo. Judith, aquélla que sabía que si rechazaba a su señor perdería todo derecho sobre sus tierras y títulos. Judith, aquélla que copularía con un macho cabrío antes que perder el favor de su tío.

Judith no se iba a casar conmigo.

Dijo que era porque yo era cojo, y sé que en esto mentía. ¿Qué será lo que ven estas mujeres en mí?

Maud me observa desde donde está sentada. Espera a que hable, o a que le diga que puede irse. No hago ninguna de las dos cosas. En estos pocos años transcurridos desde el parto de nuestro hijo la lozanía de su juventud ha desaparecido. Los dientes que perdió debido a las fatigas del parto se han llevado los vestigios de gordura de su rostro que eran

lo que le otorgaba su atractivo. Cada vez veo más la barbilla y la nariz de Judith, los rasgos duros y afilados de la madre reflejados en su hija.

Cuando Guillermo dijo que Maud debía ser mi esposa en vez de Judith, siguió sin dar su brazo a torcer, a pesar de que hubiera podido salvar la virginidad de su hija, y ni siquiera las súplicas llorosas de Maud pudieron cambiar su lúgubre determinación. ¿Por qué me temía tanto como para ofrecermé en sacrificio el conejito sin pelo de su hija en vez del suyo?

Ya no puedo soportar el silencio en estos aposentos, así que paso a hablar de mi iglesia, de las gloriosas ventanas del presbiterio; de los ornamentos únicos de su nave.

—La nave será redonda, Maud. ¡Eso es! ¿Qué os parece?

Me mira fijamente con los ojos de Judith.

—Estoy segura de que lo que yo pueda pensar importa más bien poco, mi señor. No sé de tales cosas.

Capaz de discernir una crítica enmascarada tras estas afirmaciones insípidas, mi ira comienza a surgir, y voy más allá siguiendo la misma táctica.

—Si he preguntado, estad segura de que importa. Si en verdad no supierais de tales cosas, por qué entonces habría de pasar el tiempo escuchando vuestras necias ideas. Ahora dejaos de rodeos y responded con franqueza: ¿qué opináis acerca de erigir una iglesia con forma redonda?

Se mueve en la silla, y me agrada ver que se encuentra incómoda. Al sentirse menos segura en su insolencia no me mira ya a los ojos, y en su discurso creo oír un temblor, ausente hasta ahora.

—Hay quien podría decir, mi señor, que es una configuración inadecuada para la adoración cristiana. —Aquí traga saliva y finge estar absorta en el estudio de los ángeles paganos en relieve que hay dibujados sobre la tapa de mi cofre. De perfil aún queda belleza en su rostro. Se me ocurre que si aún estuviera equipado para horadarla no despertaría tanta furia en mí, al pensar esto mi ira se redobla.

—¿Creéis acaso que me importa un bledo lo que se pueda decir? El consejo que busco es el vuestro, ¡y lo obtendré a pesar de todas vuestras malditas evasivas! Dejad que el ignorante mantenga que mi obra no se adecua bien a su cristianismo de baja estofa, ¡aún quiero escuchar lo que tenéis que decir al respecto!

Ahora ella calla brevemente, un silencio que se parece mucho al redoble de un tambor, ya que produce la misma sensación de expectación.

—Mi señor, me obligáis a admitir que estoy de acuerdo con aquéllos que afirman eso mismo.

Me levanto de la cama donde estoy sentado y, aferrándome al pie de la misma me tambaleo hacia ella de modo que se echa hacia atrás.

—¿Y vos qué sabréis? ¿Qué sabréis del cristianismo, de sus costumbres ancestrales? ¡Venid! ¡Vendréis conmigo a ver mi iglesia ahora mismo, para que pueda enseñaros a apreciarla adecuadamente! Se asusta ante tal perspectiva.

—Mi señor, está demasiado oscuro. No puedo aventurarme a salir con vos esta noche, cuando seguramente va a llover.

Doy un paso más hacia ella, con una mano aún aferrada el pie de la cama mientras escucho al trueno estrellándose en mi corazón.

—¡Os juro por Dios que aunque estuviéramos seguros de que el Apocalipsis fuera a ocurrir esta noche, os vería cumplir mi voluntad en este asunto! ¡Alzaos!

Ahora llora, furiosa porque sabe que no puede replicar nada. Sus ojos a punto de llorar escupen veneno, sin casi percatarme de ello descubro que me estoy frotando la palma de la mano contra mi bajo vientre, la vieja bestia que hay en mí se ha despertado al ver tal pasión en ella. Cuando habla su voz es áspera y odiosa, como la de un basilisco. Sé que me golpearía si se atreviera.

—¡No lo haré! Arrastraos vos si queréis a través de la tormenta para regodearos en vuestra deforme reliquia, ¡pero yo no iré con vos!

Arriesgándome a perder el equilibrio suelto la cama y caigo hacia delante, cojo el respaldo de la silla con mis manos de modo que quedo apoyado sobre ella, asiendo la silla a ambos lados de sus brazos, con mi rostro separado a menos de una mano de distancia del suyo. Hablo, veo la espuma blanca de mi saliva salpicando su mejilla hundida, ha apartado la cara, ha cerrado los ojos con fuerza.

—¡Entonces tendré que arrastraros por el pelo, u ordenar a mis hombres que lo hagan por mí! ¿Acaso tendré que desnudaros y golpearos? ¿Tendré que hacerlo?

Ahora ya está derrotada, hace un gesto de negación con la cabeza; toma pequeñas bocanadas de aire como si tuviera hipo, aspira profundamente con ese pecho tan estrecho, tiene mocos sobre el labio superior como el rastro que deja un caracol. Por un momento dejo que el silencio calme la situación, y nada puede oírse salvo mi respiración, entonces, me levanto para colocarme de pie junto a ella con una mano aún en el respaldo de la silla, y llamo a John.

Cuando aparece, su palidez y timidez son tales que seguramente ha debido de estar escuchando, más allá de la puerta de mis aposentos. Mira a Lady Maud, quien aparta su rostro de él para que su estado de alteración no resulte evidente, y luego dirige su mirada hacia mí.

—¿Mi señor?

Le ordeno que convoque a mis hombres de armas y que luego nos proporcione a Lady Maud y a mí un caballo, le informo de que probablemente visitemos la iglesia y que él nos acompañará a nosotros y a nuestros alabarderos a caballo. Parece desconcertado y temeroso, y lanza una mirada en la que se refleja una pregunta silenciosa a Lady Maud, que no le mira, así que hace una reverencia y se marcha, y todo se hace según mi voluntad.

Al fin, abandonamos el castillo por la puerta que da al puente, Maud aún llora mientras cabalga junto a mí, mientras que John y los hombres de armas miran hacia el frente, fingiendo no haber reparado en este hecho. La lluvia que raya la oscuridad es fina y vil, no llega a apartar el olor a humo de madera distante que persiste en el aire, y cuando pregunto cuál es el origen de ese olor, mi escudero me recuerda que ésta es la noche en la cual la plebe enciende las hogueras y hace pasar a su ganado entre las mismas para protegerlo contra las enfermedades. Mientras ascendemos desde el cruce de caminos hasta la feria de caballos puedo ver que el cielo muestra un color rojo infernal tras la aguja destrozada de San Pedro, eso indica el lugar donde un fuego tal ha sido prendido en el campo más allá de la parte de atrás de la iglesia. Se puede escuchar mucho jolgorio procedente de este barrio mientras cabalgamos a lomos de nuestros caballos junto a la calle de los judíos, a la cual nos dirigimos.

Al llegar al umbral de esa calle rebosante de casuchas semitas giramos a la izquierda y comenzamos nuestro ascenso fatigoso y prolongado por ese sendero empinado que corre desde el mercado, hacia arriba, hasta llegar a las afueras del municipio y más allá del camino de las ovejas, donde se encuentra mi iglesia en su estado embrionario.

El hedor del fuego pende por doquier en el viento, de modo que no puedo evitar recordar el olor de fuegos más antiguos, en tinieblas más antiguas. El fuego ante el cual me senté y hablé por primera vez con Saint-Omer; el fuego alrededor del cual montamos nuestro campamento la noche siguiente, tras cabalgar durante un día con la compañía de caballeros de extrañas vestimentas de Saint-Omer. Sentado ahí alrededor de la llama improvisada e imprudente de los rastros, le cuestioné aún más acerca de las afirmaciones que él y el joven Hugues habían realizado cuando hablamos la última vez. El ya mencionado Maestro Payens no estaba presente en esta ocasión, ya que había marchado con varios de sus compañeros a un lugar alejado del sitio donde acampábamos, con el fin de acudir algún servicio o ceremonia propia de su orden.

En cucullas junto a mí, con el rostro de color cobrizo debido a la llamas, Saint-Omer hizo alarde nuevo de que gracias a su orden ascendería a lo más alto hasta que todos ellos fueran ricos más allá de los sueños de la avaricia, con influencia suficiente como para convertir en un mendigo al propio Alejandro. Me instó a que me uniera a su causa, me prometió que todo aquél que estuviera junto a ellos al principio recibiría a cambio la gloria y ciertas recompensas, cuando al fin pudieran reclamar su herencia.

—Como veréis, mi señor de Saint-Liz, aunque nuestro ascenso puede darse por seguro, aún hay ciertos preparativos que hacer que nos ayudarían sobremanera cuando llegemos al fin al poder. Nuestra forma de venerar, por ejemplo, requiere que nos reunamos en un círculo, algo que no es fácil de lograr en una iglesia normal. Por lo tanto necesitaremos iglesias erigidas a lo largo del mundo que sigan nuestro propio diseño, levantadas siguiendo las directrices del gran templo de Salomón en Jerusalén.

Se detuvo aquí para resaltar la importancia de aquello, como para que entendiera con claridad cuál era oferta que me hacía: si le ayudaba en su empresa de edificar una iglesia nueva entonces recibiría una recompensa cien veces mayor cuando le llegara la hora a su orden. Negué con la cabeza en señal de protesta.

—Por la fe que profeso, Lord Godefroi, necesito algo más que unas promesas vacías para despertar mi entusiasmo por tales empresas. Aunque no dudo de vuestras intenciones, ¿cómo se va a conseguir esa gran riqueza de la que habláis? ¿Cuándo vais a acceder a ese enorme poder?

Se giró hacia mí, con la mitad de su rostro bajo la luz de las llamas, el resto envuelto en tinieblas, y sonrió. «De su Santidad el Papa. No tengo ninguna duda de que las arcas de Roma serán adecuadas para satisfacer nuestras demandas».

Viendo la turbación inexpresiva y sin palabras con la que recibí este anuncio, continuó hablando, mientras en el desierto a nuestro alrededor los demonios cantaban a través de las gargantas de los insectos.

—Es tal y como dijo mi señor de Payens cuando estaba demasiado ebrio a cuenta del vino como para ser discreto: nosotros guardamos un secreto. Un secreto escondido en nuestra orden que pocos desearían que les fuera revelado. Pero para decir más, he de tener vuestra promesa solemne de no contarlo. Además, deberéis asegurarme que si este gran conocimiento se os transmite, tras haber visto vos mismo los medios por los que llevaremos a cabo aquello de lo que nos jactamos, entonces erigiréis para nosotros ese lugar de adoración que os he descrito.

Reflexioné sobre ello durante un rato, y al final di mi asentimiento, pensando que si Saint-Omer no cumplía su promesa de que lo que me iba a ser revelado me iba a satisfacer, yo no estaría obligado a llevar a

cabo mi parte del trato. Tras jurarle secreto, pregunté cuándo podría conocer al fin esos grandes misterios que me había insinuado.

—Esta misma noche de Sabat, si así lo deseáis.

Aquí fruncí el ceño, entre estas arenas perpetuas había perdido toda noción de qué mes, semana, o día se trataba. ¿Era en verdad Sabat?

Saint-Omer siguió con su discurso sin tener en cuenta mi desconcierto. «Ahora mismo, el joven Lord de Payens y el resto de mis compañeros caballeros están reunidos en un lugar no muy lejano, donde realizan los preparativos y esperan mi llegada para que la ceremonia pueda comenzar. Si me acompañáis, entonces todo lo que he dicho os será demostrado».

Una vez tomada la decisión, abandonamos la aureola de la lumbre y pedimos que nos excusaran antes de comenzar nuestra caminata a través de las dunas hacia el lugar donde Saint-Omer decía que se habían retirado sus camaradas. No tenía la pierna tan mal entonces como la tengo últimamente, aun así iba agarrado al brazo de Saint-Omer mientras vadeábamos a través del polvo, el mismo polvo que estorba y ralentiza mis piernas en las pesadillas espantosas en las que sueño que huyo y que he sufrido últimamente.

Por encima de nosotros, la cantidad de estrellas que había desplegadas era algo espeluznante; una vasta multitud de ojos plateados y antiguos que habían visto a tantas generaciones convenirse en polvo, sin pestañear jamás, y sin ni siquiera poder permitirse derramar una lágrima. Mientras nos esforzábamos en caminar a través de las dunas que se enfriaban pregunté a Saint-Omer cuándo iba a lograr alcanzar su orden el estatus que tenían en mente.

—En cinco años, —respondió, añadiendo luego—, si no es en cinco, será en diez, —como si fuera una reflexión sin importancia que se le acabara de ocurrir. Desde entonces he comprendido, con cierta amargura, que si no era en diez años, con quince bastarían; y si no bastaba con quince, entonces con veinte. Mientras subía aquellos montículos que se deshacían y resbalaban con Godefroi Saint-Omer en aquella noche lejana, sentí como si los coros de escarabajos me arrullaran, y no se me ocurrió preguntar sobre dichas cuestiones.

Además, para entonces ya habíamos llegado al cima del cerro, cuyas pendientes caían ante nosotros hacia una llanura uniforme, donde había luces; un círculo de llamas de velas que tartamudeaban en las tinieblas, con otro círculo parecido, aunque más pequeño, situado en su centro. En el camino circular que se hallaba entre estos lindes llameantes, unas figuras pálidas se movían en una lenta procesión, desde donde surgía un murmullo marino que se transformaba en un simple cántico fúnebre mientras bajábamos a trompicones la colina hacia el lugar donde se hallaban las velas y el círculo de caballeros cantores. El círculo de fuego interior estaba dispuesto alrededor de una piedra plana llamada a

hacer las veces de altar improvisado. Algo yacía sobre él, pero no podía discernir nada más allá de las estrellas que entornando su brillo bailaban sobre las mechas que lo rodeaban y cercaban. Saint-Omer y yo bajamos la colina trastabillando, nos dirigíamos hacia el resplandor y mientras avanzábamos el aire se llenó de un estallido horroroso que pasó volando a nuestro lado: se trataba de los insectos monstruosos del desierto que se dirigían a encontrarse con su muerte de una manera brillante y breve en las llamas de las velas. Distráido, y con Saint-Omer animándome, la única opción que tenía era seguirle. Unas voces luctuosas se alzaron mientras nosotros bajábamos, y bajábamos...

La lluvia que ahora me golpea con fuerza la mejilla se asemeja a los cuerpos de los insectos que revoloteaban y se golpeaban contra ella entonces. Bajo los cascos de nuestro grupo las manchas verdes y fibrosas de los excrementos de los caballos dan paso a joyas duras y negras de boñiga, entonces queda claro que hemos llegado al camino de las ovejas, por el que traen, desde Gales, los rebaños enmarañados y llenos de garrapatas. Maud deja de llorar durante un rato mientras descendemos, aunque sus mejillas siguen mojadas, pero eso puede deberse a la lluvia.

Una negrura que me parece más presente y más sólida se alza ahora en la cima de una loma a nuestra derecha, frente a la oscuridad más pálida situada detrás. Se trata de mi iglesia a medio construir, con sus ocho grandes pilares que se elevan hacia la miasma revuelta de los cielos. Hago una señal a John y a los solemnes hombres de armas, extendiendo la mano y tomo las riendas del caballo de Maud, y nos dirijo más allá del muro bajo de piedra que limita la parte inferior de los terrenos de la iglesia. Ésta se alza amenazadora sobre nosotros, incompleta a la vez que sugerente en lo que respecta a su aire de seriedad final, mientras nuestros alabarderos nos ayudan a desmontar y a subir por la pendiente llena de hierba húmeda que da a ella. Desde las sombras llega un balido horrendo y el sonido de pies equipados con pezuñas que se mueven dispersos, Maud grita asustada, pero no pasa nada, se trata sólo de ovejas que pastan en la dehesa y acaban con la maleza alrededor de la iglesia.

Agarro a Maud del brazo con tal fuerza que hace una mueca de dolor, me apoyo en ella para poder sostenerme mientras me acerco al círculo de pilares que ascienden en su inmensidad en la oscuridad sin estrellas hacia sus capiteles redondos y llenos de surcos. Entre las ocho grandes columnas ahora el abismo bostezante de la cripta abierta queda a la vista, donde unos bastos peldaños de piedra dan a parar al barro revuelto por la lluvia, y aunque hace ademán de marcharse arrastro a Maud al borde mismo, de modo que permanecemos en pie entre los pilares, en los que me apoyo y encuentro sostén.

Maud vuelve a llorar, y mientras miro hacia atrás a donde mi escudero y hombres de armas permanecen a cierta pequeña distancia a mis espaldas, veo que ellos también están desconcertados, no sé si es por la inmensa iglesia o por mi forma de actuar. Grito, para ser oído por

encima del estruendo del viento y el chisporroteo de la lluvia, haciendo gestos a los cimientos cortados de forma oblonga y a los muros a medio construir de la sala del ministro de dios situada sobre la parte más lejana de la enorme cripta.

¡Ahí! ¿Lo veis? Ése será el cadalso que representará la Pasión de nuestro Señor, mientras que estas criptas, una vez cerradas, simbolizarán la cueva en la que yació, allí en Getsemaní. ¡Venid! Bajad conmigo. Os mostraré...

En ese momento, con un grito estrangulado, Maud se libera de mí y corre desde el cráter circundado por pilares hasta donde John y los hombres de armas permanecen en pie pasmados, se detiene una vez allí para darse la vuelta y mirarme fijamente, sus ojos están abiertos como platos y muestran temor, su barbilla puntiaguda está temblando como la aguja de una brújula fijada en mi norte. La insulto y los hombres que ahí permanecen a la espera sin hacer nada no hacen ningún ademán de devolvérmela.

—¿Qué? ¿Estáis asustada por este mero caparazón, esta mera anatomía que aún no es una iglesia? ¡Cuán más asustada deberéis estar cuando veáis su aguja! ¡Si no venís conmigo a las criptas, entonces maldita seáis, iré yo solo!

Casi esperaba que antes de hacerlo John hiciera algún ademán de ayudarme, pero simplemente se queda junto a Lady Maud y me mira fijamente en un trance provocado por el miedo similar al de ella. Maldiciéndolos a ambos me doy la vuelta, y aferrándome a esas piedras que sobresalen de los muros acabados de la cripta, bajo despacio las escaleras resbaladizas y llenas de musgo. De este modo, arrastrando una pierna, me adentro en el misterio.

De vuelta en el desierto, Saint-Omer y yo llegamos al lugar donde estaban colocados esos caballeros en círculo, de modo que podíamos oír su canción más claramente mientras caminaban en ese gran anillo situado alrededor de un altar rodeado de velas. De vez en cuando oía en sus lamentos disonantes el sagrado nombre de Jesús, de modo que ya quedé convencido de que no había nada relacionado con el diablo en aquel ritual. Caminamos a través del círculo exterior de velas, y a medida que nos acercábamos los caballeros cantores se apartaban para dejarnos pasar al círculo interior de luces, y al altar que custodiaban.

Ya cerca de él, Saint-Omer se agachó para susurrar en mi oído, sus palabras eran diáfanas a pesar de que estuviéramos en medio de los cánticos de sus hermanos. «¿Lo veis, mi señor de Saint-Liz? ¿Veis la cara de Bafomet; del ser que alabamos y ante el cual las naciones de la tierra se doblegarán, sin duda? Mirad con más detenimiento».

Ahí, entre las llamas parpadeantes...

Ahora estoy de pie entre el cieno provocado por la lluvia en la cripta sin cerrar de mi iglesia inacabada. Sobre mí, entornando los ojos entre las columnas, están los rostros de mis alabarderos y de Lady Maud, que con pasos temblorosos se han acercado hasta el borde, de modo que pueden ver mejor mis delirios.

A pesar de que la intensa lluvia se encharca en las cuencas de mis ojos, levanto mi rostro hacia ellos mientras rujo. «¡Aquí! Aquí está la cueva en la que Cristo durmió, mientras que por encima de mí en el gran círculo de la nave estará el símbolo de su resurrección...».

De su resurrección. Estoy de pie con Saint-Omer a mi lado y me inclino hacia adelante, entornando los ojos para poder ver más allá del círculo que forman los tallos encendidos de las velas lo que reposa allí sobre el basto altar de piedra situado ahí en medio. Formando un círculo a nuestro alrededor, con sus petos de un blanco fantasmal y con la cruz de sangre sobre el pecho de cada uno, los caballeros cantaban, Jesús, Jesús...

Aferrándome a las paredes húmedas y frías para mantenerme en pie, comienzo a cojear alrededor del gran círculo de piedra, remolcando la pierna mala a través de los charcos marrones y profundos, gritando mientras ando. «Pensáis, al igual que los necios, que esto, que esta redondez sagrada es una blasfemia. Si supierais lo que yo he visto...».

Yacía sobre el altar, y su piel estaba negra y marchita por la edad. Los pelos que aún colgaban del cuero cabelludo o del mentón eran largos y plateados, brillaban bajo la luz de las estrellas y las velas.

—Ahí —me susurró Saint-Omer junto al oído—. Ahí. ¿Lo veis?

Le habían cosido los ojos a conciencia, y una expresión extraña e indescifrable permanecía en un lado de la boca, donde los labios se habían combado y descosido. Se trataba de una cabeza, aunque no pude adivinar de quién, de la cual se esperaba que redujera a todos los Papas y potentados a meros esclavos.

—Ahí —dijo Saint-Omer—. ¿Lo veis?

Chapoteo por el camino que recorro pesadamente en la cripta, y aun así las palabras que grito no tienen más sentido que el que hay en el chisporroteo y crepitar de las hogueras de la plebe. Estoy llorando, doy un traspíe, rujo, mientras que allá arriba las máscaras congeladas de Maud y John y de todos los alabarderos asustados penden en lo alto, mirándome fijamente, juzgándome.

—Soy viejo y tengo casi un pie en la tumba, ¡y aun así no dan ni un paso! ¡No les importo lo más mínimo! ¡Conquistarán su reino n después de que yo haya muerto, de modo que no habrá recompensa para mí, no sólo aquí, sino ni siquiera en la otra vida! Si supierais lo que yo sé...

Sabía de quién era esa cabeza. Me di cuenta de una manera tan violenta y con tanta certeza que tropecé hacia atrás, como si las arenas bajo mis pies se hubieran abierto de repente y me hubieran sumido directamente en el infierno.

—Ahí —dijo Saint-Omer—. ¿Lo veis?

Me resbalo, y caigo jurando en el barro. Aun así ni los hombres ni Maud hacen ademán alguno de ayudarme. Lloro mientras me arrastro de rodillas alrededor de la cripta, apoyándome en las piedras que sobresalen de los ladrillos irregulares para poder permanecer medio erguido.

Preso de un miedo mortal contemplé aquella cabeza, cuyos rasgos parecían sacudir y retorcer sus sombras bajo la luz de las velas. Entonces era todo mentira, al igual que todas las Cruzadas y todos los bautizos. La piedra central sobre la que se asienta la fe me fue arrebatada, y en su lugar quedó esta reliquia odiosa, momificada, y negra, que parecía retenerme con su mirada cosida con aguja e hilo; que parecía retorcer el borde suelto de su boca en una sonrisa horrenda. Moriré, y no quedará nada de mí salvo los gusanos y los huesos. Seré borrado de la existencia, permaneceré ausente en la oscuridad eterna, en la que no se siente nada, donde no hay pensamiento alguno. No ascenderé por la nave del renacimiento, llena de los ecos de las voces de los ángeles, ni ninguno de nosotros lo hará, puesto que los cielos se han convertido en un lugar vacío y los muertos no se alzan, ni apartan las piedras. Nuestras almas no ascienden, ni tienen un destino final.

Riendo, llorando, arrastrando el pie sin vida detrás, doy vueltas, y vueltas, para siempre bajo un firmamento vacío al que ningún hombre ni mártir ascienden, tampoco vi jamás que la llama de un hombre se volviera a encender una vez que su chispa ya se había apagado, nunca supe de la existencia de resurrección alguna.

Confesiones de una máscara

1607 d. C.

Me decepciona tener que relatar que últimamente me he sorprendido a mí mismo aquejado de nuevo de problemas de identidad y por lo tanto atormentado por una gran plaga de pensamientos. Cosas tediosas, triviales, que repiquetean inútilmente dentro de la vaina apergaminada de esta máscara que sonrío de forma socarrona en la que me he convertido. Aún peor, me provocan un escozor en la parte trasera del interior de mi cráneo donde, me temo, aún pende algún grumo marchito de mente; que no es sino una cáscara gris de esponja quebradiza, estrujada hasta secarse, que se ha hecho costra en la parte interior del cascarón como si fuera unos mocos antiguos que han sido descubiertos entre las páginas de libros vetustos.

Descubro que si me las ingenio para dejar que mi cráneo bascule adelante y atrás, moviéndome con rapidez, la punta de hierro rasca la irritación y por lo tanto me procura cierto grado de alivio, aunque esto no elimina la fuente principal de mi fastidio, ni un ápice, ya que tengo plena capacidad de pensar o de sentir cuando me imaginaba (sin ser consciente de ello) que, a estas alturas, ya no tendría que cumplir con unas tareas tan desapacibles.

¿Cuándo fue la última vez que fui consciente de algo? Sin vista, no puedo determinar cuánto tiempo he pasado aquí colgado y hediendo desde la última vez que volví en mí. Si la memoria no me juega una mala pasada, eso fue en verano, cuando el domo de esta catedral de huesos resonó con el canturreo monótono similar al de un monje que emitían las moscas de vientre verde; ahí estaba el mascar de las larvas donde, una vez, los sueños relucieron. El verano pasado o el verano anterior a ése, no sabría decirlo. Por lo que recuerdo, llevo colgado aquí varios meses, lo que según mis cálculos nos sitúa en el año mil seiscientos seis, así que ya llevamos tres años de reinado del bueno del Rey Jaime, al que ojalá el Todopoderoso pudra los ojos (una habilidad que el Todopoderoso ha explotado con gran éxito en diversas ocasiones, como yo mismo puedo atestiguar).

Sobre el papel arrugado y cadavérico de mi frente, el viento porta la humedad del otoño; y trae silencio entre las moscas azules. Entonces, ¿estamos en octubre? ¿Noviembre? ¿Pero de qué año? En verdad, me importa más bien poco, anhele olvidarme de las fechas y conocer la eternidad. La última vez, me imaginé que ya lo había conseguido. Me imaginé que había desaparecido. Pero aquello fue un mero sueño; un colapso más de mi juicio horadado por los gusanos, del que me desperté otra vez, demasiado aburrido ya como para aterrorizarme.

Me pregunto si mi padre aún vive. Pobre Tom, está tan loco como yo; tiene casi tantos impedimentos a la hora de moverse como un servidor, puesto que se encuentra enclaustrado en su hacienda por mandato legal debido a su fe, en la extraña cabaña de tres paredes que solía utilizar en sus cacerías y que erigió para representar la Trinidad, con la que se burla de sus captores. Dicha burla envuelta en un lenguaje esotérico y místico, inventado por mi padre, me temo que ha superado con mucho la capacidad de comprensión de sus carceleros quienes no han entendido para nada su significado.

Tres pisos. Tres lados. Tres ventanas compuestas de cristales triangulares a cada lado, en cada piso. El tres y el nueve, esos importantes números, han quedado fijados en el ladrillo, con un significado que no alcanzo a comprender, aunque recuerdo que mi padre una vez hizo un gran esfuerzo por explicarme su significado.

—Son fechas, joven Francis. Fechas contadas a partir de nuestros verdaderos comienzos en esta Tierra, y de la creación del Edén. — Mientras hablaba, su cabeza grande y gris se balanceaba hacia delante, asintiendo así con la cabeza para darle más énfasis a lo que decía; como si fueran los últimos picoteos exhaustos de un pájaro ya débil y anciano.

Los cálculos de mi padre se basaban en un calendario propuesto por cierto obispo (cuyo nombre no recuerdo) que había establecido para su propia satisfacción personal la fecha concreta en la que el mundo comenzó. Muy a mi pesar, he de confesar que la fecha de este importante aniversario también ha abandonado mi memoria, un recuerdo más que ha sido devorado por las moscas. Aunque recuerdo que la Creación fue culminada un lunes.

Hasta ahora, aunque no estaba cuerdo para nada en el sentido normal de la palabra, los motivos de mi padre a la hora de levantar esa cabaña entraban al menos dentro de mi comprensión: deseaba erigir una afrenta triangular al buen gusto, y de ese modo conmemorar la Sagrada Trinidad, en cuyo nombre había sido encarcelado. Aún más, quería poner fecha a su edificio contando los días a partir de esa mañana de lunes primigenia cuando el Todopoderoso se dignó que hubiera luz.

Sin embargo, aquí no acababan las extrañas preocupaciones de mi padre. Además de los importantísimos números puestos de manifiesto en su cabaña, también encontrábamos letras, la mayoría de las cuales formaban juegos de palabras pintorescos con el apellido de la familia, Tresham, en concreto, y que se puede abreviar como «Tres», como el número, lo que nos hace volver con elegancia al Padre, al Hijo, y a su paloma celestial.

(Si se me permite realizar un inciso, y en cierta modesta manera un reproche, he de decir que en todos los meses que llevo esperando poder alcanzar el reino de los cielos, no he sido visitado ni una sola vez por el

sagrado pájaro antes mencionado, a pesar de portar un solideo compuesto de los excrementos de sus primas).

Recuerdo estar en la puerta arqueada de Rushton Hall, observando a mi padre mientras él a su vez contemplaba, allí al otro lado del terreno, el edificio fruto de su demencia. Se pavoneaba andando arriba y abajo dando todo el rato gritos de ánimo a aquéllos que trabajaban en la cabaña: «Os lo imploro, Cully, ¡más a la derecha! ¡Aseguraos de tomar las medidas en múltiplos de tres, señor, si acaso me tenéis algún aprecio! ¡Qué los ángulos en las esquinas queden bien y no desparramados como las piernas de una puta!».

Aquí, en Northampton, hay una iglesia con forma circular, que se erigió con esas proporciones blasfemas en la época de las Cruzadas contra los sarracenos. Según se especula, se construyó de esta forma tan curiosa para que Satán no pudiera encontrar ningún recoveco donde ocultarse. Entonces, ¿qué ocurre con la cabaña de mi padre?

Está claro que tiene enemigos en cada esquina, demonios en todas partes, que le han llevado a través del orgullo y la amargura... ¿a la demencia? ¿Pero qué nos impulsa a todos nosotros a involucrarnos en catástrofes de tal naturaleza? Lo que está claro es que no ha sido la voz del Todopoderoso la que le ha llevado hasta un final tan lamentable, sino más bien esa voz que sale del horno, de la boca del fuego, dejando atrás esputos de mena blanca.

A pesar de todas mis nobles protestas acerca de compartir el credo de mi padre desde su conversión, sigo teniendo dificultades para ver con buenos ojos a un Dios que premia la fe de Sir Thomas Tresham con un arresto domiciliario y luego le lleva a pasar los días que le restan construyendo una gran piedra con forma de taquito de queso. (Aquí sólo me quejo del tratamiento que ha sufrido mi padre a manos del Todopoderoso. Fijaos en que no discuto la justicia que a mí se me ha impartido, que yo diría que ha sido ecuánime, si no nos ponemos a sacar punta a las cosas. Dicha punta, todo hay que decirlo, está clavada de manera incómoda en mi tráquea destrozada, de la cual sobresale, no sin provocar dolor, para adentrarse en mi cerebelo lleno de telarañas. Aparte de eso, he de felicitar al Señor por su tan cacareada misericordia).

Estas formas sólidas, grandes y sencillas, la iglesia redonda y la cabaña de tres paredes de mi padre, han sido situadas con mucha paciencia sobre el mapa del condado: han sido colocadas por dioses medio retrasados y lentos con cuidado y de forma minuciosa a través de los largos siglos como si fueran los bloques de construcción de un juego de niños, aunque aún hay muy pocas piezas colocadas como para adivinar el propósito final, si es que hay alguno. A veces, cuando los pensamientos van a la deriva en este plano turbio de medio vigilia que me pertenece sólo a mí, tengo la sensación de que unos vasos enormes y trascendentales se caen, en algún lugar lejano; de que algo se revela en los márgenes del tiempo, aunque qué es no lo puedo adivinar. Si hay

algún propósito en todo esto, mi estado actual tiende a sugerirme que no se me considera vital para que se cumpla.

Soy un elemento decorativo de la puerta norte de la ciudad. A pesar de que carezco de ojos puedo observar que no me han movido mientras dormía y soñaba mis dulces y silenciosos sueños acerca de estar muerto. Aún más, está claro que no han reemplazado a los vigilantes acuartelados en la entrada, John y Gilbert, a quienes reconozco por sus voces y por la fragancia tan distinta y opuesta de sus micciones, que realizan casi al unísono a modo de ritual contra el muro de la entrada cada mañana al despertarse.

Proceden del siguiente modo: primero Gilbert se despierta con toda la presión de la cerveza de la noche pasada en la vejiga y comienza a toser, en forma de pregón grave y áspero, en un tono muy parecido al de su voz. A continuación, John se despierta gracias a los ladridos de su compañero y comienza a dar los suyos, aunque en un registro algo más alto, al ser, o así me parece, el más joven de los dos. Mientras tanto, Gilbert ha abandonado su catre, se ha puesto los pantalones y las botas, y ha salido a trompicones a mear. El sonido que esto produce parece seguir y seguir eternamente y, como suele suceder a menudo con tales sonidos, provoca en John una horrible sensación de empatía de modo que tiene que salir corriendo a unirse a su camarada; añadiendo así su exiguo chorro al tremendo manantial que surge a borbotones de la presa ya agrietada. Cuando dejan ya de hacer aguas menores, ambos hombres lanzan una ventosidad, primero Gilbert y luego John, el tono una vez más refleja su edad y temperamento respectivo, uno grave, el otro agudo. Un corno y un flautín.

Todos los días hacen esto mismo, de forma invariable como los cantos del pájaro que anuncian el alba, además, el resto de labores que desempeñan durante el día tampoco dan la sensación de ser menos rutinarias. De la aurora al crepúsculo se esfuerzan por realizar su trabajo o si no se esfuerzan aún más por evitarlo. Las conversaciones que comparten se repiten a diario, frase a frase. No tengo ninguna duda de que los pensamientos que albergan hoy son prácticamente los mismos que tuvieron ayer y que tendrán mañana por la mañana, en una especie de refrito del día anterior. Buscan esta vil monotonía de buena gana. Uno podría, si no supiera nuestra situación, asumir con facilidad que son ellos los que están empalados, y no yo.

Mi padre, se encuentra encerrado en su finca y ha sido abandonado allí para cuidar de su locura de tres lados; Catesby, Fawkes, y el resto, yacen todos ellos atrapados en sus distintos fervores, en los círculos de sus hábitos y de su mente; de este mismo modo, todos nosotros nos encontramos encaramados sobre nuestra propia montaña de explosivos. Cada uno de nosotros tiene un lugar al que permanece unido, cada hombre porta su propia cruz.

Últimamente, Gilbert y John han empezado a llamarme (cuando les da por hablar de mí). «Charlie ahí arriba». «Francis» es un nombre con

más sonoridad, aunque, obviamente, no encaja tan bien como «Charlie» en los desgarrados ritmos de sus conversaciones: «¿Hacia dónde sopla el viento, joven John? ¡Échale a un vistazo a Charlie ahí arriba y fíjate hacia donde se dirige lo que le queda de pelo!». Antes portaba unas trenzas tan fabulosas, y ahora sólo soy una veleta para idiotas.

Aun así, con todo, me agrada pensar que aún sirvo para algo y cumplo algún propósito, a pesar de lo humillante y mísero que pueda ser. No soy sólo una giralda sino un lugar de citas también, un lugar fácilmente reconocible en el que los jóvenes amantes pueden encontrarse. Sus apareamientos breves y a menudo hilarantes contra el muro de abajo veteado por los pájaros despiertan en mí un dolor intenso e imaginario, muy parecido a la congoja que siento cuando escucho las micciones torrenciales y escandalosas de Gilbert todas las mañanas. Aunque mi equipamiento para llevar a cabo tales tareas ya no está presente, a mí también me gustaría meterla en caliente o mear contra un muro de vez en cuando. En verdad, no soy capaz de señalar cuál de estas satisfacciones de antaño es la que más añoro, aunque ojalá hubiera tenido más tiempo para apreciar ambas cuando aún estaba vivo. Bueno, qué se le va a hacer.

Además de mi utilización como tótem de los torpes escarceos de los jóvenes, también soy capaz de prestar un servicio como diana de los proyectiles que sus hermanos más pequeños me lanzan. Normalmente pasan a mucha distancia de su objetivo, aunque al volver en mí en esta última ocasión, descubrí que uno de los más diestros de estos niños del demonio se las había apañado para alojar un trozo de carbón tan grande como un nudillo en la cuenca de mi ojo izquierdo. He de confesar que estoy bastante contento con él, me imagino que otorga a mi máscara una falta de simetría más canalla a la par que galante tal y como lo haría un monóculo, que fuera opaco y tuviera una lente de azabache.

Ahora que lo pienso, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice de diana para las piedras de los niños. Sin duda alguna ahora estarán por ahí con alguna nueva distracción más en boga. Si no fuera una máscara, les gritaría que volviesen.

Me parece que éste ha sido siempre mi mayor defecto, que no soy capaz de expresar aquello que deseo, sólo muestro a la gente la cara sumisa que ellos desean ver. A decir verdad, no compartía el fervor católico de mi padre, a pesar de ello cuando me propuso abrazar la fe lo único que hice fue asentir con una aquiescencia propia de un títere. Tampoco actué de manera diferente con Fawkes, Winter, y los demás, cuando maduraban sus insurrecciones fantasmagóricas en la garita de Ashby. Mientras soltaban sus pretenciosos discursos, lo único que yo hacía era protestar tímidamente por el alocado optimismo de sus planes, y ni una vez dije «no». Mientras me pudría en la torre, aquejado por unos espantosos problemas de pulmón, cada día daba gracias de manera muy educada a mis carceleros cuando éstos me traían un sopicaldo que no era capaz de comer, y ponía buena cara. Por lo tanto, poner buena cara

fue el principal cometido de mi vida mortal, después de la cual, en justicia, me he convertido en una cara a la que los demás no hacen nada bueno. ¡Ojo avizor, aquéllos que sois reacios a armar revuelo! Estremeceos, aquéllos que no queréis llamar la atención, y ved lo que la timidez trajo sobre mí, cuando incluso mi buche se ha convertido en un espectáculo público. Contemplad, vosotros los mansos: porque esta punta de hierro es la única tierra que vais a poseer.

Compruebo el resto de los sentidos que me quedan: parece ser que sean cuales sean los grumos de cerebro que aún permanecen formando una costra alrededor de los márgenes de este cuenco de hueso, éstos se han estropeado aún más, de modo que pienso de forma aún más perezosa y me adormilo aún más a menudo; lo que da lugar a unos breves intervalos de somnolencia que se ven atravesados por sueños brillantes y necios.

Pero que no tratan sobre la vida que tuve. En todos ellos soy como soy ahora, pendo de un lugar fijo y carezco de vista. En uno de ellos, permanezco colgado en la parte exterior de una ciudad más antigua que ésta, aunque de alguna extraña manera da la sensación de ser la misma. Estoy junto a otros restos de cuerpos que cuelgan allí hasta secarse, pero para mi decepción se trata sólo de torsos, la mía es la única cabeza que hay entre ellos. Con esa comicidad propia de los sueños, me entero de que los restos sin miembros ni cabeza aún son capaces de hablar, pero a través de sus partes pudendas. Trabo amistad con uno de ellos, un tronco de mujer cuyo discurso está lleno de planes, engaños, y tretas, aunque no bastaron, por lo que parece, para librarla de un final espantoso. Urdimos un plan para combinar los recursos que tenemos a nuestra disposición, para colocar mi cabeza de algún modo sobre su cuello destrozado. Me cuenta, mascullando entre vello púbico, que ha oído hablar de unas piernas y unos pies que pueden optar por unirse a nuestra conspiración. Desgraciadamente, el sueño termina antes de que podamos ir en pos de este encantador concepto de completitud y fuga.

También tengo otro sueño más sencillo: me encuentro sobre una roca baja y plana, en la que aún retengo el calor proporcionado por la luz del día aunque la brisa nocturna se arremolina a mi alrededor, y ulula desde distancias sin fin repleta del aroma del desierto. Me envuelven voces que cantan, dando vueltas en las tinieblas, como si se tratara de hombres lentos y rudos que caminaran a mi alrededor en sentido contrario a las agujas del reloj. Se oye el crujir susurrado de la arena al pisarla, el chirrido de las junturas de sus armaduras. Las palabras que gimen me resultan extrañas, se trata de nombres insólitos y bárbaros que no puedo recordar al despertarme con el rugido del diluvio con el que Gilbert saluda al alba.

Qué pena. Esperaba que los sueños que conocemos en la muerte tuvieran más sentido que aquéllos que tenemos en vida. Estos sobresaltos nocturnos no tienen un significado que pueda desentrañar, aunque he de señalar que todos ellos parecen dimanar de tiempos

lejanos, sin duda del martes o miércoles que vinieron después del, a buen seguro, ajetreado lunes de la Creación de padre.

De este modo me adormilo, sueño, pendo, y me descompongo.

Ahora, pasado un tiempo, tengo compañía.

Hace un rato algo pesado me incomodó, algo que de una forma torpe se colocó raspando contra la mampostería situada justo debajo de mí. Esto vino acompañado por los refunfuños de John y Gilbert que provenían de la parte inferior lo que me permitió concluir, al fin, que estaban intentando apoyar una escalera con la que poder subir hasta aquí arriba, para unirse a mí en mi altiva estaca. Al principio esta intromisión grosera despertó el pánico en mí, ya que temía que vinieran a bajarme, para someterme a alguna nueva deshonra. Sin embargo, pasado un tiempo, la conversación entre ambos en la que primaban sus fuertes acentos dejó claro que éste no era el caso.

—Ponlo al lado del viejo Charlie ahí arriba, para que hagan pareja. — Estas palabras provenían de Gilbert, que era el que estaba en el suelo y el que sin duda agarraba con fuerza la base de la escalera mientras confiaba el ascenso a John, el más ágil de los dos. La respuesta del joven vino de un sitio más cercano, sus jadeos se percibían casi junto a mi oído. Entonces, sentí un olor desconcertante a queso rancio que supuse en un principio que provenía de su aliento.

Lo intento, pero éste está más fresco de lo que estaba Charlie, y colocarlo no es tan fácil. Tú agarra bien, que casi me caigo.

Esto continuó así un rato hasta que al fin el joven gritó a Gilbert que había cumplido su misión.

—Bien hecho, John. Ahora pon esa bolsa alrededor de su cuello, si no nadie reconocerá al hideputa.

Maldiciendo por lo bajo, John hizo evidentemente lo que se le ordenaba, y no mucho después pude oír los escalones gemir mientras bajaba, a lo que siguieron unos cuantos roces más cuando quitaron al fin la escalera. Una vez hecho esto, los centinelas entraron en su garita. Fue entonces cuando me percaté de que el olor a queso persistía.

Hubo un silencio a continuación, y luego un sonido como el de rechinar de dientes, un gorgoteo torturado que dio paso a jadeos, sollozos, y finalmente a palabras.

—¡Por Dios! Por Dios, ¿dónde está el capitán, y qué es esta rancia putrefacción que se encuentra junto a él? ¿Acaso han huido los mil hombres que una vez se unieron a Pouch^[1] y su justa causa?

Casi no me había dado ni cuenta de que era a mí a quien se refería como la putrefacción que estaba junto a él, cuando comenzó de nuevo

con sus delirios: «¡No temáis, compañeros! ¡Pouch sigue luchando, y a pesar de que tienen confinado a vuestro capitán no podrán detener su poderoso corazón! ¡Por Pouch! ¡Por Pouch y la justicia!».

Había ansiado tener compañía y aquí estaba, ante mí, aunque quizás era más parlanchina de lo que habría deseado.

—¡Ved cómo han tratado a vuestro capitán, sus intestinos yacen en Oundle y su culo en Thrapston! ¡Llevadle a casa, muchachos! ¡Llevadle a casa junto a Barford Bridge, a Newton-in-the-Willows! ¡Llorad por Pouch entre los árboles que sollozan! ¿Acaso no os he dicho que en la bolsa del capitán hay la suficiente sustancia como para defendernos de todos esos expoliadores? ¡Nuestro día llegará, si nos mantenemos firmes y no retrocedemos, ni perdemos la cabeza!

Aclaré la garganta librándome de todo lo que ahí dentro había menos de la punta metálica que la atraviesa, y me dirigí a él. «Su consejo, señor, aunque es bienvenido, llega bastante tarde. Me temo que ese carruaje pasó de largo hace mucho».

Una pausa sobrecogedora tuvo lugar, el único sonido era el del sutil rechinar de mi camarada mientras intentaba girar la cabeza sobre la estaca, para poder verme mejor.

Pasado un tiempo, volvió a hablar. «¡Por los clavos de Cristo, Señor! Pouch jamás pensó que vería a un hombre en vuestro estado que aún tuviera la capacidad de sentir y hablar».

Una pausa más, en la que puede que él decidiera incluir el oído en la lista de las facultades que aún me quedaban y por lo tanto reconsiderara los insolentes comentarios con los que había iniciado la conversación.

Cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más humilde. «Señor, cualquiera que haya sido el insulto dirigido contra vuestra...».

Aquí titubeó, y continuó de manera torpe. «Persona, quiero decir. Cualquiera que haya sido la calumnia o maledicencia que hayáis tenido que soportar, aceptad las disculpas del capitán».

Me moví un poco provocando algo de ruido en mi estaca, fue el único gesto que pude hacer que se asemejara a aquél de encoger los hombros en señal de perdón.

El capitán se sentía incómodo, así que hizo un esfuerzo más por entablar conversación. «¿Lleváis mucho tiempo aquí?».

Santa madre de Dios, al oírle hablar de esa manera uno pensaría que estábamos esperando a que llegase un carruaje.

—Eso depende de la fecha, —respondí tras darme un tiempo para deliberar.

Me informó, con la precisión que pudo, puesto que había permanecido inconsciente un día más o menos, de que nos encontrábamos en la última semana de octubre del año mil seiscientos siete. Esto parecía indicar que llevaba ahí colgado casi dos años. Mientras me debatía por asimilar dicho concepto, el capitán Pouch (ése era su nombre) siguió con su parloteo.

—¿Sabéis, señor, que tenéis algo en el ojo?

—Sí, lo sé. A menos que esté equivocado, se trata de un trocito de carbón.

—Qué molestia. El capitán os muestra su apoyo. ¿Qué son esas protuberancias pálidas y como compuestas de hueso que surgen de vuestro cráneo? ¿Padecisteis esos monstruosos abultamientos en vida?

—No. Se trata de cagadas de pájaro.

Descorazonado por esta descripción de la fatal ruina en la que me hallaba, intenté llevar la conversación por otros derroteros, así que le pregunté a mi compañero cómo había acabado en una situación tan funesta.

Con la bilis y la indignación apoderándose de su voz, se metió de lleno en una lúgubre diatriba acerca del mundo y sus injusticias. Sí, ¡ésa es la cuestión! ¿Cómo ha acabado Pouch aquí, quien no hizo nada malo salvo defender sus derechos de nacimiento como súbdito inglés? ¡La tiranía, señor! ¡La cruel tiranía y los designios de los déspotas supusieron la desgracia del Capitán, al igual que harán caer en desgracia a todos aquéllos que busquen justicia!

Aquí le hice una serie de comentarios mediante los cuales intentaba animarle, revelándole que yo también había caído en desgracia por culpa de un tirano en mi lucha por la libertad. Esta nueva corriente de afinidad pareció calmar la angustia de su corazón (dondequiera que pudiese estar; en Thrapston o en Oundle) así que continuó con vigor renovado.

—¡Entonces, por convicción, señor, sois el hermano en la adversidad del capitán Pouch! Una vez fue un hombre sencillo, señor, que vivía en Newton-in-the-Willows, cerca de Geddington, donde está la cruz de la Santa Eleonora.

—Conozco el lugar. Continuad.

—Pouch tenía otro nombre, entonces, señor, y estaba satisfecho con su destino, pero aquello no duró mucho. Una serpiente anidaba en el Edén del capitán, dispuesta a atacar.

—¿Los tiranos de los que hablabais antes?

—Los mismos. ¡Una familia de ladrones furtivos que gracias a una riqueza obtenida por medios torvos se apoderaron de la tierra de tal manera que a la gente decente de los alrededores sólo le quedó la maleza para poder cultivar su comida! Y lo que es aún peor, mientras esa misma gente honrada se apiñaba alrededor de los rastrojos que quedaban, los muy sátrapas creyeron adecuado erigir un edificio enorme y jactancioso, ¡ante cuya visión el espíritu de esa buena gente seguramente se adentró aún más en la desesperación!

De repente tuve un presentimiento muy intenso acerca de hacia dónde se dirigía este relato. Como le había dicho, conocía bien Newton-in-the-Willows, y por una buena razón.

Tímidamente, le interrumpí. «Este gran edificio que habéis mencionado: ¿no será un palomar?».

—Entonces conocéis esa cosa fea y enorme. Sí, ¡un palomar gigantesco! ¿Habíais oído hablar de tal fatuidad? ¡Cómo si no bastara con que se hubieran quedado con la iglesia del pueblo, Santa Fe, al reclamarla como su capilla privada! Un día, cuando este insulto no se podía tolerar ya más, el Capitán congregó a mil hombres alrededor de su causa y juró destruir el cerco que rodeaba la finca familiar.

—¿No se tratará de la familia Tresham? —¡Sí! ¿Habéis oído hablar de ellos?

—Vagamente.

Antes del arresto domiciliario de mi padre íbamos todos los domingos en carruaje a Newton-in-the-Willows. Siempre, mientras cruzábamos Barford Bridge, mi padre nos contaba la historia del fantasma de un monje que se decía que residía en el río Ise y quien, en mitad de la noche, cabalgaba junto a los viajeros parte del trayecto para acabar desvaneciéndose más abajo en el camino. Cada semana, el relato de mi padre me hacía sentir escalofríos, como si lo oyera por primera vez.

Agachaba la cabeza y rezaba arrodillado bajo la luz extraña, pálida, y marmórea que atravesaba las ventanas de Santa Fe. Recuerdo que principalmente le rogaba a Dios Todopoderoso que cuando volviéramos a recorrer Barford Bridge no descubriéramos que compartíamos carruaje con el monje que desaparecía. En más de una ocasión se me ocurrió pensar que mis oraciones y mi presencia en Santa Fe no tenían ningún otro propósito aparte de evitar el peligro sobrenatural que me acechaba simplemente por recorrer aquel camino que debía tomar para llegar a la iglesia cada semana. A mí me parecía que sí, sencillamente,

no iba a la iglesia, entonces tanto yo como el Todopoderoso nos podríamos ahorrar un tiempo y un esfuerzo considerables. Yo luchaba por refrenar tales pensamientos por temor a que Dios recompensara esa blasfemia con, si no era la visita del monje, algo aún peor. Sin embargo, a pesar de que esta idea sacrílega persistía, no fui castigado con el horrible escarmiento sobrenatural que temía.

Aunque a posteriori...

Después de misa, si nos sobraba algo de tiempo antes de que la cena estuviera lista, iba con padre al palomar que a mí me parecía tan grande como el cielo, y que estaba repleto de un blanco angelical que cantaba con dulzura y revoloteaba. Cuando era joven, no hacía distinción entre la paloma común y su contrapartida pentecostal, en esa época yo creía que mi padre poseía una bandada de Espíritus Santos. Quizás así era. Quizás ésa es la razón por la que no he sido rozado por esa ala celestial. Quizás no hay más aparte de los que están en cautividad.

Junto a mí, sacándome de mis ensoñaciones, la cabeza del capitán Pouch seguía con su diatriba en contra de la monstruosa familia Tresham, relatándome cómo había inspirado a sus mil seguidores al contarles que lo que llevaba en la bolsa que portaba alrededor de su cuello (de ahí su sobrenombre) bastaba para repeler a todos sus enemigos. De este modo, los guío henchidos de confianza y vociferando hasta las barricadas del cerco en donde causaron algunos estragos antes de que la aristocracia del lugar y sus seguidores a caballo llegaran, encolerizados, al lugar de los hechos para arrollar y dispersar a la chusma.

Parecía que a partir de ese punto los recuerdos del capitán eran vagos. El momento de ser llevado al patíbulo aún permanecía con claridad en su memoria, aunque gracias a Dios recordaba poco del ahorcamiento y del descuartizamiento que, evidentemente, vino a continuación.

Le pregunté si sabía qué era de la familia que tanto despreciaba, a lo que respondió con cierto regocijo que a principios de año mi padre, Thomas Tresham, se había visto obligado a guardar reposo en cama por enfermedad y poco después falleció.

Así que ha muerto, entonces. El gran canto rodado de granito que era su cabeza había rodado hacia delante por última vez. Libre, al fin, de los frustrantes paseos de un lado a otro por la finca que se había convertido en su prisión y puesto en libertad en compañía de otros mártires. Ahora, sin duda, sabía la fecha de la Creación con una precisión que llegaba hasta la hora exacta. Ahora, sin duda, ya entendía la pasión desconcertante del Señor por el número tres y se encontraba, en un estado de éxtasis, ocupado en la corrección de ángulos para los ángeles mientras ellos trabajaban en algún anexo de su propio paraíso triangular.

Una vez acabó su historia por fin, Pouch pareció pensar que sería de buena educación preguntarme por la mía, aunque estaba claro que sólo lo hacía por ser educado y que su interés no era genuino. El capitán, en realidad, no tenía reservado un espacio en sí mismo para ninguna historia grandiosa y heroica salvo la suya. A pesar de lo dicho, fue muy insistente a la hora de pedir que contase mi relato para no quedar él como un pelmazo.

—Vamos, permitid que el capitán pueda escuchar la historia de la noble lucha que tuvisteis que librar y que os llevó hasta este penoso lugar. ¿Cómo os llamáis, señor?

Tras un momento de titubeo, respondí. «Charlie».

—¿Cuál ha sido vuestro delito?

—Grité «abajo el rey» en un lugar público.

A lo largo de mi vida, había aprendido cuán fácilmente podía deslizarme con destreza bajo esa máscara insípida y evasiva que evitaba los disgustos. Ahora que ya no quedaba nada de mí salvo esa máscara, este truco se había hecho aún más sencillo de llevar a cabo.

El tiempo pasaba. Antes de la puesta de sol, de la que siempre soy consciente por su tenue promesa de un frío inminente, tuvo lugar algo muy desagradable.

Había oído cómo aterrizaban los pájaros gracias a varios golpes sordos y fuertes, se trataba de dos o tres, y apenas había tenido tiempo de preguntarme brevemente por su presencia aquí ya que no me habían visitado en mucho tiempo, cuando Pouch comenzó a gritar, y, de este modo, llegó la respuesta a mi pregunta.

Gracias a Dios, no tuve que soportar esa cacofonía deprimente durante mucho tiempo, ya que al acercarse la oscuridad los carroñeros marcharon a su refugio a dormir. Al capitán le había ido bien teniendo en cuenta cómo son estas cosas, pero había perdido un ojo y un labio, aunque oyéndole gemir y quejarse uno creería que el cielo se le había caído encima. Aunque si he de ser justo, supongo que yo he tenido más tiempo para acostumbrarme al estado que compartimos.

Aparte del sonido ocasional de algún sollozo, no volvió a hablar hasta mediada la noche cuando, con voz temblorosa, comenzó a describir las estrellas que podía ver a través del ojo que le quedaba; cuántas había y su majestuosidad fría e indiferente.

Me esforcé por ver más allá del trozo de carbón, pero no vi nada.

—¿Acaso es esto el infierno? —susurró—. ¿Hay estrellas en ese lugar? ¿Es éste el infierno de Pouch?

He considerado más de una vez cuál sería el tipo de teología que podría aplicarse a la situación en la que nos encontramos. A mí me parece, de acuerdo con la extraña visión numérica de las cosas de mi padre, que hay tres posibilidades: la primera, puede que esto sea el infierno después de todo, pero en alguna otra esfera y no bajo tierra como uno podría suponer de buenas a primeras. La segunda es que en mi caso, puede que sea considerado un traidor tanto por los dioses de la fe protestante y católica y, al estar entre dos fuegos, simplemente tanto unos como otros me han abandonado aquí a mi suerte para que me pudra. La tercera y, pensándolo bien, la más probable de todas mis teorías, es que la vida está regida por los principios de una religión tan peculiar e ignota que no tiene seguidores, que nadie puede comprenderla, ni conocer los rituales por los que se consiguen sus favores.

Al alba los pájaros (por el ruido que armaban pensé que se trataba de cuervos) volvieron y se llevaron lo que quedaba del capitán Pouch, desde entonces temo que el buen hombre esté atrapado profundamente en un estado de trance provocado por la angustia y el horror. No ha pronunciado una sola palabra.

Oigo a los niños cantar, en algún lugar lejano ahí abajo, y espero que me lancen otra piedra de carbón para proporcionarme de ese modo un segundo ojo negro y brillante, pero están ocupados con otras cuestiones. Mientras las palabras de su estribillo flotan hasta mí, me doy cuenta de en qué se encuentran tan ocupados, lo comprendo de repente, y mi estado de ánimo se torna tan mortecino como el de Pouch.

—Recuerda, recuerda... —cantan; ordenan—. Recuerda, recuerda...^[2]

Quedamos para beber algo, en la cabaña triangular de mi padre. Bob Catesby, Guido Fawkes, Tom Winter, y los demás, hablamos como hablan los jóvenes y juramos que llegaríamos a ver el día en el que los católicos no se doblegasen ya más ante el yugo opresor de los protestantes. Una vez fuimos caminando en peregrinación al castillo de Fotheringay, al norte de Oundle (donde, si hemos de creerle, están enterrados los intestinos del Capitán en la actualidad). Allí vimos el lugar donde la bendita reina María se arrodilló frente al verdugo y entregó su alma a Dios, le cortaron la cabeza con nada menos que tres torpes golpes, después de lo cual su perrito salió corriendo de debajo de su falda para permanecer a su lado.

Aunque no recuerdo con exactitud quién fue el primero en proponer el plan, me temo que fui yo, aunque sin darme cuenta, el que puso todo el desastre en marcha. Estábamos bebiendo en la cabaña y yo había comenzado a realizar una exposición apasionada de todas las calumnias e injusticias que habían privado a mi padre de su libertad; casi vanagloriándome de ello de una forma curiosa y velada, como si el atractivo de la atroz desgracia del viejo Tresham me hubiera sido transferido a mí. Desafortunadamente, fui demasiado elocuente, puesto que no había terminado aún mi exposición y mis camaradas borrachos

ya se encontraban en pie jurando que aquella monstruosa calumnia debía ser vengada.

Pensé que se olvidarían de aquello en cuanto, estuviéramos sobrios, pero, de algún modo, la idea de llevar a cabo una gran venganza por padre y los católicos se les quedó grabada. Impulsados por la calidez del vino y la sed de justicia, mis camaradas decidieron con celeridad que no sólo debíamos dar un golpe en señal protesta: sino que debíamos lanzar un toque de rebato que despertara a todos cuya fe estaba depositada en Roma guiándoles así hacia la gloriosa insurrección. ¡Nosotros mismos llevaríamos a cabo la gran liberación de nuestra fe!

Yo, que había sido testigo que todo lo que le había caído encima a padre por pecados mucho más leves contra la corona, en esos momentos ya me encontraba asustado, y les avisé de que esa locura de conspiración podía significar la ruina y no el rescate de los creyentes de esta isla, pero mi advertencia carecía de convicción, como pasa siempre con las advertencias de una máscara. Cuando comenzaron a hablar de provocar una serie de conflagraciones en la sede del mismísimo parlamento, supe que no tenía el coraje de conservar la fe en el plan, aunque por mi propia naturaleza no tenía el arrojo suficiente como para rechazarlo abiertamente y parecer en consecuencia un cobarde. ¿Qué podía hacer? Finalmente mi rostro se volvió opaco y quedo, nada podía leerse en él.

La noche ha llegado una vez más. Pouch erró al estimar la fecha. Es noviembre. A través de los campos situados más allá de la ciudad llega un aroma a madera quemada que impregna el aire, y en los restos de mi conciencia veo una imagen de chispas rojas que se alzan para apretujar las estrellas. ¿Qué es lo que inflama las llamas de la pasión en un hombre? ¿Qué promesa impulsó a actuar a Fawkes y Catesby, o inspiró a los mil hombres del capitán Pouch?

Ahora, recuerdo las palabras del capitán acerca de aquello que guarda en esa bolsa que el joven John ató a su cuello, aquello con lo que iba a repeler a todos sus enemigos. Me da la sensación de que ese talismán escondido seguramente debe de poseer la llama secreta de todas las causas nobles o rebeliones y, a pesar de su deplorable estado actual, no puedo refrenar mi curiosidad.

—¿Pouch? ¿Capitán Pouch? —siseo—. Despertad, señor. Tengo una pregunta que he de haceros.

Gime y se gira un poco; se inclina de lado a lado. Cuando contesta, su voz es suave y está llena de aturdimiento. No parece saber dónde está. «Soy John Reynolds. Me llamo John Reynolds y no puedo ver».

No me queda ya paciencia bastante como para recrearme en tales divagaciones, la urgencia de mis ruegos se intensifica. «Decidme, Pouch, ¿qué es eso que guardáis en esa bolsa alrededor de vuestro cuello?

¿Cuál es la fuente de poder que arrastra a mil hombres incautos bajo los caballos de sus enemigos?».

Habla sin que se le entienda y balbucea. «¿La bolsa?».

—Sí, señor. La bolsa. ¿Qué hay en la bolsa?

Pasan algunos instantes, y entonces habla: «Un trocito de queso mohoso».

—¿Y eso es todo?

No da respuesta alguna, y no puedo sacarle ni una sola palabra más de sus labios destrozados. Muy bien. He aquí mi respuesta. Ahí está el grial por el que los hombres abandonan a sus amores y siguen incluso hasta sus mismas fauces, a la garganta humeante de la guerra: por un trocito de queso mohoso. Qué amargura sentimos cuando olemos por primera vez la fragancia rancia de aquello por lo que luchamos.

En aquella amarga noche de noviembre de hace dos años, cuando Catesby entró corriendo en la garita de Ashby pálido y sin aliento mientras permanecíamos sentados a la espera de noticias, quedó ya claro que el complot había sido desbaratado por medio de la traición. Fawkes había sido capturado en una emboscada, tras lo cual Catesby y otros cuatro habían vuelto de Londres cabalgando a relevos a lomos de sus caballos desbocados para comunicar la pavorosa noticia.

Algunos pensamos, en nuestra desesperación, dirigirnos a Gales e incluso se habló de forma execrable y sin fundamento alguno acerca de animar a la insurrección a los católicos galeses para así convertir en un éxito nuestra inoportuna revolución, aunque en nuestro fuero interno sabíamos que todos éramos hombres muertos. El resto marchó al este, y al final fueron asesinados mientras huían o bien fueron capturados y luego ajusticiados en la horca, para pasar a ser descuartizados después, y acabar en la hoguera. En lo que a mí respecta, me senté a llorar con mi padre en Rushton Hall y esperé a que llegaran los hombres de rey para llevarme a la torre. Sabían dónde estaría. Se lo contaba en la carta que escribí a mi cuñado, Lord Monteagle, la semana anterior.

Al menos como pago por mi traición no me ejecutaron públicamente, en vez de eso me dejaron morir en la torre tras ocho semanas de una enfermedad que me consumió lentamente. Mientras permanecía preso, los carceleros se regodeaban a la hora de darme todos los detalles sobre las muertes de mis amigos. Una historia de aquéllas se me quedó grabada: uno de los desdichados (no fue Catesby, ni Fawkes, ni Winter; fue alguien al que no conocía tan bien) fue llevado al cadalso y decapitado, para ser luego descuartizado. El verdugo, entonces, levantó la cabeza para mostrarla a la muchedumbre y gritó, «¡Contemplad! ¡Ésta es la cabeza de un traidor!».

A lo que la cabeza replicó, «Mentís».

Desde entonces he deseado compartir canasto con una cabeza con tal brío, o descansar junto a ella en algún estante de un osario, pero mejor que no sea así. Sin nada más que el mero rostro que mostrar, no podría mirarle a la cara.

En algún lugar de la oscuridad, los niños cantan por encima del rugido y crepitar de las llamas. Antes cantaban por nosotros o levantaban sus hogueras en homenaje a nuestras efigies, quemaban un muñeco que representaba a Su Santidad el Papa, y antes de eso sin duda quemaban en sacrificio alguna otra cosa y así hasta retrotraernos a ese lunes primigenio, a ese primer fuego.

Las llamas y la canción son una sola cosa. Si me esfuerzo por ver con la joya negra en la que consiste mi único ojo, observo el chisporroteo y las llamaradas, allí a lo lejos, en el centro de ese carbón frío y húmedo donde reside mi noche. Prenden fuego a mis amigos, pero no a mí. Esa última liberación se me ha negado, la de ser consumido en ese brillo eterno que es en realidad un único fuego que se decanta a través de los eones.

Las lenguas de calor e incandescencia emergen y brincan y proyectan su luz trémula sobre las cuencas de la máscara, de modo que las sombras tiemblan y parecen otorgarle al rostro una expresión cuando, en verdad, no hay tal expresión, ni nunca hubo alguna.

La lengua de los ángeles

1618 d. C.

Llevo en mi abrigo una cajita de rapé, aunque no es un hábito que practique mucho últimamente. En la parte interior de la tapa hay una pintura, una miniatura, que retrata a unas señoras griegas o romanas en una sala de baños. Están sentadas sobre baldosas mojadas, sus muslos y nalgas en contacto directo con esa superficie, y se apoyan la una en la otra, con los pezones rozando sus respectivos hombros, con las mejillas acariciando sus respectivos vientres. Perlas secretadas por el vapor adornan sus columnas vertebrales, el vello alrededor de cada vulva se riza tomando la forma de lacitos por efecto de la humedad.

Quizás pienso demasiado en mujeres para la edad que tengo. Su presencia me desquicia al imaginar sus enaguas, cada roce y crujido de la ropa es una pincelada en el lienzo abrasador de mis pensamientos. Su forma de arquearse y estirarse. Sus goznes húmedos y ocultos a través de los cuales se abren como pecaminosas Biblias de seda rosa, o sus sayos, de un mármol escarchado bajo los brazos. Sus detalles a la vista y los que yacen ocultos. Sus espaldas. Sus delanteras. Cálidos colgajos y bolsos de piel de arpía, rociados con oro amargo. Me imaginé que ardían de manera feroz, crepitando y cantando su incandescencia sobre mi polla, mi centro. Puedo cerrar la tapa de esta caja de rapé llena de ninfas; sin embargo, en mis sueños su cierre está roto y lo que contiene no puede sellarse y olvidarse con tanta rapidez.

Hubo un tiempo en que creí que cuando fuera ya un hombre hecho y derecho y me casara, no me vería nunca más asediado por las posturas y parrandas incesantes del burdel de mi mente. Que no iba a sufrir ya más las asiduas visitas paralizadoras de estos súcubos, que cartografiaban la ribera llena de espuma de mi pasión; los cuales escribían sus cartografías de forma perezosa sobre mis sábanas y nublaban mi buen juicio con distracciones húmedas y calenturientas.

Eso era lo que esperaba, pero no fue así. Aunque estaba casado con una mujer complaciente cuyo agujero acogedor se transformaba en un escenario con telón de terciopelo en el que representar mis más lujuriosas sátiras, la atracción provocada por las imágenes que surgen entre las sombras que se zarandean no menguó, sino que prosperó aún más en esas latitudes envueltas en sábanas, de regazos cálidos en las orillas del sueño por encima del ronquido de la esposa y el ruidito acompasado de los bichos con los que compartimos el lecho. Habiendo perdido toda esperanza de ser indultado de manera sumarásima de la satiriasis que padezco, intenté saciar mi sed de novedades camales con putas y criadas. Con esto lo único que conseguí fue abrir aún más un apetito que ya era voraz, así que me consolaba pensando que pronto

sería viejo, que las urgencias de mi compañera de fatigas seguramente serían cada vez más débiles y desesperadas, y, por lo tanto, fácilmente ignoradas.

Desafortunadamente, puede haber nieve en la azotea, pero sigue habiendo fuego en el sótano, alimentado por ramas de sauce y troncos prominentes. Las buenas intenciones se quedan en agua de borrajas ante esto. Ahora, a menudo, me da la impresión de que mis deseos son más fuertes que nunca, sólo se requiere la más nimia de las insinuaciones para que mis meditaciones se pongan en marcha sobre su indecente sendero salpicado por todas partes de guarradas.

Los bandazos que da este carruaje a lo largo de la carretera llena de hoyos de Kendal se han transformado con demasiada facilidad en las oscilaciones que se producen en el lecho nupcial, las pelvis de todos los que vamos a bordo se mecen adelante y atrás al unísono así que se me dispara la imaginación y pienso que si no fuera por los pocos centímetros que nos separan podría estar meneándome adelante y atrás dentro de la joven esposa que se encuentra sentada con su hija en el asiento de enfrente. Cuando sus ojos del color de un estanque (ante los que me pregunto, ¿cuáles serán los cuadros relucientes y secretos que habrán contemplado?) se clavan en los míos, sus pupilas similares a las de un batracio parecen dilatarse, oscuras y abiertas; inquisitivas. Para que mis cavilaciones no puedan ser atisbadas en miniatura en mi mirada, aparto la vista hacia las colinas de Lakeland que se extienden más allá de la ventana del carruaje, un harem titánico y de piel de pizarra, que yace totalmente dormido y cuya hierba húmeda y escurridiza se reúne en forma de penachos sobre sus montículos inclinados, o recorre cada ladera encinta trazando una escalera de Jacob de rasgos delicados, hasta llegar a un montón de piedras que recuerdan a un pezón.

Han pasado algunas semanas desde que partí de Faxton para realizar mi viaje por la ruta judicial, primero fui al mismo Northampton, para confirmar mi agenda y mis diversas citas, luego salí en carruaje por la puerta norte de la ciudad, para cumplir con mi itinerario anual. La puerta estaba repleta de cabezas colgadas como si fueran unas moras maduras y robustas sobre unas zarzas de hierro, he ahí los atroces frutos de la sedición. Aunque las cabezas de los conspiradores católicos colgaron de ese mismo lugar hace muchos años, hace ya tiempo que las quitaron de allí para pasar a ser cenizas y polvo, aunque el salitre del penetrante olor de la insurrección aún perdura en el aire rancio de la ciudad. Los rostros de los hombres parecen estar todo el tiempo dominados por el color rojo del rencor como las ampollas en los dedos de un alborotador que agita las brasas del descontento, que pueden acabar reventando y sangrando.

Pasa lo mismo en todos lados. He presidido tribunales de justicia desde Nottingham a Crewe, para juzgar a los rufianes que traen ante mí: pobres que son delgados y pobres que a pesar de su condición se las ingenian para estar gordos. Jóvenes jactanciosos, viejos serviles,

aquélos que andan en muletas, y los mutilados. En todas sus miradas hay algo que les une, ya sea su piel tan pálida como la avena, rosa como el alba, o marrón como una silla de montar. Ojos verdes, azules, o marrones, no importa. Sus miradas tienen todas un solo tono, el color de un gran resentimiento, moteado por la chispa y las promesas de las llamas.

Las mujeres ya son otra cuestión. Aunque también cargan con su propia cruz siguen realizando su trabajo atemporal y, prácticamente, parecen morar lejos de nuestro mundo ardiente y caminar por los senderos apartados de alguna otra tierra femenina; una a la que no afectan los arrebatos e impulsos de las pasiones del hombre. Ya pueden alzarse imperios o producirse revueltas que ellas hornean el pan, limpian las ropas, y dan a luz a niños a los que abofetearán y besarán. Entre guerra y guerra acudimos a ellas y nos amamantamos de su indiferencia afectuosa, de su constancia infatigable, de estas madres; madres que ya lo fueron o madres que serán. Deidades con las que deleitamos.

De este modo, al ser divinizadas, su profanación se hace de inmediato más atractiva a la mente, y a las sensibilidades más íntimas del hombre.

Pasamos junto algún surco o fisura de la carretera, el balanceo del carruaje similar al del coito es ahora más apremiante y errático, gime como el cabecero de la cama de una ramera mientras da saltos bruscos y traquetea hacia su temblorosa conclusión, hacia un fantástico orgasmo de un conjunto formado por los caballos, la madera, y el hierro. En medio de este zarandeo, la niña o muchacha que se sienta frente a mí se ha golpeado la rodilla con la puerta del carruaje, de modo que acude a su madre para que la reconforte.

Lo hace con un murmullo extraño y suave como el de una paloma en el que el sentido que puedan tener las palabras no resulta tan tranquilizador como lo es su propia voz envolvente como la bajamar: «Ooh, vamos, ¿qué has hecho ahora? ¿Te has hecho daño en la rodilla? Ooh, pobrecita, ¿dónde? Veamos... Ooh. Ooh, no importa, no tienes herida aunque te va a salir un buen moratón ahí, ¿verdad? Ooh, sí. Sí que te saldrá. Un buen moratón».

Estos ritmos antiguos y calmantes serenar a la niña, cada «ooh» de arrullo es una gota de bálsamo; un poco de aceite para suavizar las ajadas y turbulentas aguas de su frente, la parte que se puede ver bajo el ribete negro de su sombrerete. Pronto, la carretera que se encuentra bajo el carruaje se hace más uniforme y la niña vuelve a la actividad que ha elegido para pasar el tiempo que aún queda hasta que lleguemos a Kendal: dormir de manera intermitente.

A pesar de que su majestuosidad está escondida y no puede ser atisbada bajo el sombrero que porta solemnemente y que está ajustado con rigurosidad, sé que su pelo es de color rojo castaño y largo, de modo que le llega hasta la cintura cuando no se encuentra enrollado con fuerza y crucificado por unas espadillas. Se llama Eleanor, aunque su

madre parece llamarla la mayoría de las veces Nell, nombre que a mí no me parece tan bonito. Ambas vienen de lejos, del norte, cerca de Dundee, para alojarse con alguna vieja dama que posea una habitación en alquiler a las afueras de Kendal. Anoche, cuando conocí a ambas en la posada en donde nos habíamos detenido para descansar de nuestros respectivos viajes que habían comenzado en puntos de partida distintos a pesar de compartir el mismo destino, me pusieron al corriente de su azarosa situación.

Su marido acababa de fallecer, por lo que la joven viuda Deene (ése es el nombre de la madre) se había visto obligada a viajar con Eleanor a Lakeland donde una amiga de ella le ha asegurado que podrá encontrar trabajo como costurera. Se ha gastado los exiguos ahorros que tenía para viajar hasta aquí y le queda un poco más de dinero para el alquiler de la primera semana, la desafortunada y encantadora mujercita ha apostado muy fuerte por seguir el consejo de su amiga y está preocupada, aunque ahora ya es muy tarde, porque no sabe si ha acertado con el camino que ha elegido. Por lo tanto, parece ser que ambos esperamos tener trabajo por hacer cuando llegemos a nuestro destino, ya se trate de camisas que coser u hombres que colgar.

El pecho de la viuda sube y baja, vuelve a bajar, su blancura imaginada oculta yace bajo la ropa negra abrochada sólo para brillar de manera más deslumbrante y más lívida en mis pensamientos. Un pedregal de pecas cruza el pronunciado cerro de su nariz. Sus manos pálidas y deterioradas descansan en su regazo y se ahuecan sobre su secreta calidez.

Conocí primero a la hija, y de una manera tal que me provocó casi un sobresalto. Me encontré con ella cuando estaba en la mitad de las escaleras de la posada, estaba en pie y tenía a sus espaldas una ventana estrecha que daba al oeste, su perfil parecía estar en llamas debido al crepúsculo; no parecía una niña sino más bien una suerte de espíritu de los eclipses. La vi, me detuve, y me quedé sin aliento, me recordaba tanto a otra niña, sobre otra escalera, una a la que no había visto y de la que sólo había oído hablar, años antes.

Francis, el único fruto de mi matrimonio con Lady Nicholls, se había visto lamentablemente envuelto en ciertos asuntos con John Dee, el famoso charlatán que vivía en Mortlake, cerca de Richmond. Una noche que pasó como invitado en casa de Dee, vio algunas cosas que habría sido mejor que no hubiera visto, aunque nada de lo que había sido testigo le habría dejado tan perplejo si no hubiera ocurrido a través de la figura de una niña pequeña en pie en medio de un tramo de escaleras en casa de ese pavoroso doctor, con una ventana que daba al oeste derramando luz de rubí a sus espaldas. Más tarde, tras saber que no había niñas en aquella casa aparte de la hija ya crecida de Dee, Francis llegó a la conclusión de que no había visto a un infante mortal, sino a una niña abandonada y espectral que se había perdido en su camino hacia el paraíso. Le temblaban la voz y las manos cuando me lo contaba y la escena que describía era tan intensa que era como si yo

mismo me hubiera encontrado con la niñita fantasma, de pie envuelta en las tinieblas con la luz del crepúsculo a sus espaldas. De este modo, anoche, cuando me encontré con Eleanor, iluminada de la misma manera al llegar a la posada, me vi invadido por el miedo a cosas que pensaba haber dejado atrás en la infancia durante un instante, y me quedé embobado mirándola con lo que debió parecer un semblante repleto de pavor hasta que ella habló.

—Oh, señor, —dijo— espero contar con vuestra amabilidad. He estado jugando fuera, antes de salir dejé a mi madre en la habitación que compartimos esta noche, y ahora no puedo encontrarla. Pronto oscurecerá, y creará que me he perdido si no vuelvo.

Aunque la niña se sintió reconfortada al encontrar a alguien que pudiera ayudarla en su apuro, ella no se sentía tan aliviada como yo, al saber que tenía una voz, un parentesco, y era de carne y hueso mortales. Al sentirme tan reconfortado, le prometí que la ayudaría a encontrar la habitación de su madre, ante lo cual sonrió abiertamente y tomó mi mano seca y llena de manchas de la edad entre el caparazón rosa y cálido que era la suya, luego, de su mano, subí aquellas escaleras estrechas.

Pronto quedó claro que la niña, al volver de jugar, había buscado la habitación que ella y su madre compartían en el primer piso, cuando en todo momento sus aposentos se hallaban un piso más arriba, en la parte superior de la posada. Tras llamar de manera titubeante a la puerta, enseguida me respondió una seductora mujer con ojos de jade de unos veinticinco años, quizás, que suspiró de alivio al ver que había encontrado a su hija lo que enseguida dio paso a una gratitud efusiva hacia mi persona, su benefactor. Aunque sólo había pasado unos momentos con la muchacha y lo único que había hecho era subir las escaleras con ella, al oírle hablar a su madre, era como si yo sin ayuda de nadie hubiera rescatado a la niña de las mismas fauces babeantes de los lobos.

—Oh, señor, la habéis traído de vuelta. Miré por la ventana y el cielo se había tornado tan oscuro. No tenía idea alguna de adónde podía haber ido y estaba tan preocupada que me encontraba al borde de la congoja. Nelly, da las gracias al caballero por todo lo que ha hecho.

La hija hizo una reverencia breve y con cierta vergüenza, dando las gracias entre dientes, mientras miraba todo el rato hacia las maderas combadas del pequeño suelo que poseía la estrecha habitación. Observé que tenía los mismos ojos de color azul océano de su madre; las mismas mejillas afiladas y finas con un perfil impresionante que me recordaba la fragilidad apremiante de la letra en cursiva. En dos años como mucho sería una espléndida tentación.

Mientras sonreía a la niña con lo que ella sin duda interpretó como cariño paternal, la madre de Nelly no cesaba de decir que había contraído una deuda conmigo además de expresar su admiración por

mí, al mismo tiempo con la cabeza echada hacia atrás, levantaba las pestañas para mirarme como si fueran las tapas de unos cofres del tesoro cubiertos de esmeraldas.

—Pensar que un caballero tan distinguido como vos se rebaje a ayudar a gente como yo y Eleanor, señor, realmente me dejáis sin habla. ¡Mirad qué ropa tan elegante portáis! Debéis de ser un gran médico, o acaso un lord para vestir de manera tan refinada.

Le dije, de una forma modesta y con buen talante de modo que no pareciera demasiado engreído, que no era ninguna de ambas cosas, sino que era juez. He de confesar que experimenté cierto placer al ver cómo tomaba aliento y se le abrían los ojos como platos; en el pasado, en ciertas ocasiones, me he fijado en que las mujeres se entusiasman, incluso se excitan, en presencia de alguien con cierta autoridad como la que mi ocupación me otorga. Con una mano levantada hacia su pecho como para suprimir físicamente sus palpitaciones, dio un paso atrás ante mí, quizás para volver a evaluarme como uno lo haría con las montañas o algún otro elemento del paisaje. Donde antes ella me consideraba pequeño y cercano ahora me encontraba enorme y remoto. Me vi a mí mismo reflejado como un dios en sus dos verdes espejos gemelos y debido a la conmoción que ella experimentaba yo mismo me sentí un poco excitado en cierta medida.

—Oh, ¿qué debéis pensar de nosotras, que somos tan pobres? Nunca había visto a un juez, ni pensé que lo vería, y aquí estoy tan cerca de uno que podría estirar el brazo y tocarlo. Habréis venido aquí por algún asunto importante, supongo.

Le conté que tenía un caso que juzgar en Kendal, ante lo cual su pasión se redobló.

—¡Kendal! Es justo el lugar al que la pequeña Eleanor y yo nos dirigimos en el carruaje de la mañana. ¿Nell? ¿Me oyes? Vamos a ir hasta Kendal junto a un juez.

Aunque podía comprender poco de lo que mi cargo o mi poder representaban, Eleanor ahora me miraba exactamente como si le hubieran prometido que la iban a llevar a su destino sobre los hombros del mismísimo San Christopher. Tomó la mano de su madre, aparentemente asustada de que una de las dos pudiera ascender de repente al cielo por el mero hecho de hacerlo. Mientras tanto, en la viuda Deene, como en breve se presentaría, se había enardecido una cierta curiosidad morbosa acerca del caso que, en breve, yo iba a juzgar. Aunque el tono de su voz estaba teñido de horror y fascinación, en más de una ocasión he observado que las preocupaciones del sexo débil con lo macabro a menudo enmascaran una inclinación similar por el lado carnal de los asuntos vitales. Siempre que a un desgraciado le hacen bailar en la soga, uno ve en los manoseos que se producen entre la multitud la lascivia descontrolada que despierta en ellos esta breve visión de su mortalidad. Más tarde, las mujeres imitarán la danza final

del ahorcado, al retorcerse bajo el peso que embiste de sus maridos, de modo que me pregunto si la mayoría de nosotros no fuimos concebidos a modo de acompañamiento musical al sonido del crujido de las cuerdas y de las lenguas que se estremecen y ennegrecen. Seguramente el ser engendrados de esta forma explique nuestra obsesión, más tarde en la vida, con todas las maneras repentinas y dolorosas que hay de abandonarla, una obsesión como la que manifiesta la madre de Nelly.

—¿Se trata de un asesinato lo que vais a juzgar, señor? Imploro a Dios que no ocurran tales cosas en Kendal, ya que Nelly y yo vamos a vivir ahí.

La reconforté al decirle que el hombre que iba a juzgar no era un asesino, sino un ladrón de ovejas de poca monta, aunque esto no calmó en mucho su curiosidad.

—¿Lo colgarán, señor? Qué difícil debe de ser decidir si un hombre ha de vivir o morir. —Sus mejillas se habían llenado de color, por lo que sonreí un poco, al darme cuenta de que ya había caído presa del atractivo de mi toga y mi mazo.

Le respondí manteniendo la mirada fija en la suya y hablando con un tono muy severo. «Si es culpable, señora, y no tengo duda de que lo será, entonces bailará la danza de Tyburn^[3], a menos que tenga un amigo que se cuelgue de sus piernas y acelere así su muerte».

En ese momento, Eleanor se puso pálida y se asió con fuerza a las faldas de su madre. Las sombras de ambas eran proyectadas en el techo por una lámpara colocada en una posición algo baja de modo que se fundían en una sola; en una cosa negra poseedora de muchos miembros. Al darse cuenta de que su hija se había asustado, la viuda se giró hacia la muchacha y la regañó con mucha severidad quizás, sin duda con la esperanza de poder así causar una buena impresión en un juez al mostrar cierta autoridad.

—¡Ahora no armes un alboroto, niña! Ya sabes lo que te he dicho. Deberíamos dar gracias a las estrellas de que nos dirija la palabra un caballero tan noble como... —Entonces sus palabras fueron apagándose, me lanzó una mirada inquisitoria desde el lugar donde se hallaba su hija, ante la cual comprendí que aún ignoraba cuál era mi nombre.

Me presenté, para ahorrarle de este modo más confusión. «Soy su señoría el juez Augustus Nicholls, vengo desde Faxton en Northamptonshire, realizando mi recorrido habitual. Ahora yo soy el que está en desventaja, señora. Así que me pregunto, ¿quién sois?».

Con un poco de azoramiento, se presentó como la señora Mary Deene, viuda de Dundee, y estaba encantada de conocerme, fue entonces cuando dejé que mi mirada cayese durante un instante desde su cara hasta los contornos más suavemente angulosos situados allá abajo y le

dije que yo sí que estaba realmente encantado de conocerla. Entonces ambos nos reímos, ella un poco nerviosa, mientras Eleanor nos miraba primero a uno y luego al otro, siendo consciente sólo a medias de los significados que pasaban velozmente bajo la superficie de nuestra charla como bellos pececillos, aunque se mostraba incapaz de atraparlos antes de que se desvanecieran con un giro imprevisto y plateado.

Seguimos hablando un poco más, en pie junto al umbral de su ático de techos inclinados, aunque hubo algo más que palabras entre nosotros: resultaba evidente que se daba una cierta cadencia en la respiración. Algunas frases tenían un cierto retintín, algunos silencios resultaban elocuentes, o eso me pareció a mí. Ambos confesamos que nos alegraría disfrutar de la compañía del otro en el viaje de la mañana a Kendal, y expresé mi esperanza de poder tener alguna excusa para encontrarme con ella cuando ya estuviéramos en aquel lugar. Una vez hecho esto, satisfecho por mi trabajo preliminar con la viuda Deene y esperando que fuera suficiente para cumplir el fin perseguido, me marché entre muchas reverencias y roces.

Ya en mis aposentos, en la planta de abajo, que eran más grandes que los suyos, golpeé con el puño la almohada de plumas para darle una forma más adecuada para conciliar el sueño. Me recosté, cerré los párpados, y ante ellos la oscuridad se alzó como si fuera el telón de un teatro mientras la viuda Deene y Eleanor, ambas desnudas con su pelo otoñal suelto, bailaban entre ellas una *arietta* frenética al compás de agudos violines franceses, con su palidez girando en ese escenario secreto.

Más allá de la ventana del carruaje los campos de noviembre se convierten en superficies especulares deslumbrantes debido al aluvión, sobre las que las nubes penden grises y pesadas como catedrales. Dos vaquillas ahogadas flotan hinchadas en una zanja; su mirada fija se encuentra con la mía al pasar, sus bulbos cristalinos y negros ahora están nublados por el vapor blanco de la muerte.

Aparte de algunas chanzas entre nosotros cuando subimos esta mañana al carruaje, y de varias miraditas prolongadas, poca cosa importante ha sucedido hoy entre la viuda y yo. Ya que me imagino que en breve llegaremos a las afueras de Kendal donde las Deene van a hospedarse, será mejor que dé pie a concertar una cita, si no perderé la oportunidad. Si la niña y la madre se bajan media milla carretera abajo de aquí y no las veo de nuevo en los tres días que voy a estar en Kendal, entonces, ¿qué ocurrirá? Sucederá que tendré que dormir solo, o si no tendré que pagar a una ramera para que caliente mi cama si no quiero volver a Faxton con mi mujer sin un flirteo que mantenga mi mente y recuerdos calentitos a lo largo de los meses de invierno.

El carruaje rueda a lo largo del camino por la llanura, en la lejanía, se ven montañas envueltas en nubes, o nubes que parecen montañas. A lo lejos, al otro extremo de los campos en barbecho y llenos de surcos,

alcanzo a ver un gran perro negro de granja corriendo a un ritmo furioso entre los surcos y las zanja escarchadas, según parece le resulta fácil igualar gracias a sus zancadas la velocidad de nuestro carruaje, el cual avanza con rapidez mientras el perro se mueve a grandes trancos en paralelo a nosotros. Intento estimar la distancia a la que se encuentra del carruaje, parece que quizás esté más lejos de lo que suponía en un principio. Entonces dicho sabueso debe de ser de proporciones gigantescas para parecer tan grande a una distancia tan enorme.

No. No, ahora veo de qué se trata en realidad, y me avergüenzo de mi necedad: la bestia no es un perro, sino que se trata de un caballo. Un grupo de árboles oculta a la vista su sombra acelerada antes de que pueda confirmar esta suposición razonable; al mismo tiempo, la viuda Deene habla detrás de mí de modo que mi atención deja de estar centrada del todo en una criatura para pasar a centrarse en otras preocupaciones menos ambiguas.

—Dentro de poco nos bajamos, ¿verdad, Nelly? —Aunque esa frase va dirigida a la niña, parece más bien encaminada a llamar mi atención. A menos que me equivoque, la viuda Deene con este anuncio de su inminente despedida espera provocar en mí una respuesta adecuada. Ya que no deseo que un ser tan radiante sufra una desilusión, aparto la mirada de la ventana del carruaje y me dirijo a ella, alzando mis cejas desordenadas en un gran despliegue formando un gesto que se asimila al luto.

—Buena mujer, ¿cómo puede ser que vos y vuestra querida hija partáis de mi lado con tal presteza? ¡Cuánto me entristece de veras! Durante todas estas semanas que llevo recorriendo estos caminos sólo he tenido a la soledad como única amiga y cuando al fin consigo encontrar un poco de compañía me encuentro con que me veo privado de este regalo cuando acababa de empezar a disfrutar de él. Tenía la esperanza de que mientras estuviera en Kendal pudiéramos quedar, los tres, y de este modo seguir con nuestra relación, pero ahora... —dejo que mis palabras se desvanezcan y extendiendo las manos, con tristeza, como si sostuviera un mundo de aflicción entre ellas, como si fuera una suerte de Atlas del desconsuelo.

Al menos la pequeña Eleanor, quien ya está despierta, se ve conmovida por mi actuación. Se gira en su asiento para mirar a su madre, y acomoda las manos más viejas de la mujer entre sus manos más pequeñas mientras porta en su rostro anguloso de cachorrillo una expresión que es la seriedad personificada.

—Mamá, ¿no volveremos a ver a este caballero? Ha sido tan amable, no me gustaría que se fuera.

Su madre aparta la mirada de la muchacha y la posa en mí, y una vez más, aunque es a la niña a quien habla, sus palabras se dirigen a unos oídos más viejos y sabios. «Cállate, niña. ¡Date cuenta de lo que

pensaría la gente de Kendal acerca del juez si le vieran con gente como nosotras! Soy viuda desde hace poco tiempo, sólo con eso tendrían bastante sobre lo que cuchichear, nosotras sólo traeríamos desgracias a su señoría».

Aquí moví la cabeza haciendo un gesto de negación dolorosa, aunque tales consideraciones no podrían estar más lejos de mis pensamientos, en verdad lo que dice tiene mucho sentido. No es apropiado ni decoroso que se me vea fuera de mi ámbito normal con personas de su ralea, además, a lo largo de mi vida he aprendido que Inglaterra es un país más pequeño de lo que muchos supondrían. A veces da la impresión de que no puedo meter la mano dentro de la ropa interior de una doncella de Yorkshire sin que resulte ser la hija de un primo segundo de la amiga de más confianza de mi mujer.

Aunque Kendal pueda estar lejos de Faxton, me estoy replanteando la idoneidad de una aventura con la viuda Deene, aunque ahora su hija habla de nuevo, aportando una nueva sugerencia: «¿Por qué no viene a visitarnos a la casa de la agradable señora mayor donde nos vamos a alojar? Dijiste que se encontraba en las afueras de la ciudad, si viniera de visita la gente no tendría razón alguna por la que preguntarse adónde va. Di que podrá hacerlo».

La madre alza su mirada hacia mí una vez más, y parece dudar. Me parece que la propuesta de la muchacha le viene de perlas a mis propósitos, me veo arrastrado por esa unión furtiva y secreta que ya se ha creado entre nosotros; la insinuación de una confianza mutua que puede llegar aún más lejos. La viuda Deene me observa atentamente, esperando alguna señal que dé respuesta a la idea de Eleanor antes de que ella se aventure a dar su propia opinión. Ha llegado el momento de sellar nuestra cita, me inclino hacia delante en el interior de este carruaje que se balancea y coloco una mano sobre la rodilla de la niña como lo haría un tío, riéndome entre dientes mientras tanto. Bajo su falda delgada y oscura la musculatura de su pierna es escasa y firme, se parece mucho a la pata de un pájaro.

—Qué chiquita tan lista sois, ¡menuda ocurrencia! Aunque por mi parte me importa un bledo si me ven en compañía de dos señoritas tan encantadoras, jamás lo haría si de esta manera comprometiera la reputación de vuestra madre en la ciudad donde va a trabajar. Gracias, estimada muchacha, ¡ya tenemos la solución! Estaré encantado de visitaros en vuestra residencia y de comer juntos cuando os convenga, si vuestra madre da su aprobación.

Me parece que ya he aprendido el truco de hablar a través de la niña, al igual que hace su madre. La forma de hacerlo es hablar con una mientras se mira a la otra. Cuando el objeto que se mira tiene unos ojos arrebatadores como el mar y unos labios que parecen arrancados de una flor de laurel de San Antonio, ésta no es una tarea ingrata. La viuda, que me devuelve la mirada, ahora parece ruborizarse. Aparta la vista para mirar hacia las tablas desgastadas del suelo del carruaje y

con una pequeña e íntima sonrisa balbucea que acepta. El regocijo reprimido de su semblante provoca un júbilo similar en mí mismo, aunque en una parte del cuerpo distinta.

—Oh, señor... por supuesto que doy mi aprobación. No tenéis que pedirme permiso. Para nada.

Alza la vista de los escuetos tablones del suelo que portan pedacitos sueltos de la carretera de Kendal entre ellos. Observa mi rostro para ver si he entendido su último comentario, su invitación velada. Satisfecha al ver que sus observaciones no han caído en saco roto, aparta la mirada un vez más antes de seguir hablando. El temblor en su voz, tan débil que no parece evidente, me estremece. «Ahora veréis la casa donde nos vamos a instalar. No está lejos de aquí, y no está situada a más de una milla andando de Kendal. Aunque será mejor que vengáis por la noche, ya que la gente siempre está dispuesta a pensar mal de los demás».

Acepto las condiciones con celeridad, y prometo que la visitaré mañana por la noche, antes de acudir al juzgado esa misma mañana. Un polvo sin duda mejorará con mucho mi estado de ánimo y, de una manera modesta, puede que alivie la depresión provocada por todo lo que rodea al hecho de condenar a un hombre. Se me ocurre pensar que, ya que se trata de una viuda sin recursos económicos y de carácter incierto, puede que un chelín me procure también los servicios de la pequeña Nelly. Pienso en las mujeres que se bañan en mi cajita de rapé, en cómo se hacen trenzas las unas a las otras en el pelo lacio y mojado; en la espuma formada por las mujeres que se alzan desde las profundidades cálidas del balneario.

Ahora la niña habla con su madre, está contenta porque las voy a visitar, y además se aferra a la manga del vestido de la viuda con gran emoción. «Oh, madre, qué bien nos vendrá tener a un caballero que nos cuide. Lo he echado tanto de menos ahora que padre está lejos de nosotras en...».

La señora Deene lanza a la niña una mirada severa y hostil, de modo que las palabras vienen a morir a los labios de su hija. Está claro, la congoja de la viudedad aún late con intensidad en el pecho de esta mujer de tal manera que no permite a Eleanor hablar de su difunto padre. No obstante, hay algo en el gesto de arrepentimiento que hace la niña ante esta silenciosa reprimenda que despierta mi compasión, así que me siento obligado a completar lo que ella decía con la esperanza de poder enmendar su error y devolverle de este modo el favor de su madre.

—... Ahora que vuestro padre está lejos de vosotras en el cielo con nuestro Señor. Por supuesto: es natural que echéis de menos su presencia, y es aún más natural que anheléis tener compañía masculina. En eso, sois igual que todas las personas de vuestro sexo.

Ante esta afirmación, Nell parece desconcertada, pero una sonrisa de alivio y gratitud ilumina la cara de su madre, lo que me anima a

continuar. «No temáis, mañana a la noche os iré a visitar, y aunque no espero poder trincar la carne tan bien como lo haría vuestro difunto padre, confío en mi capacidad para sustituirle en lo que fueron, estoy seguro, sus responsabilidades menos onerosas, Cuidar de su hija, y su mujer».

Antes de pronunciar esta última frase hago una pequeña pausa, en la que alzo la vista y abandono a la niña para dejar que recaiga sobre la dama. Una mirada de tal intensidad y comprensión se transmite entre nosotros que ninguno de los dos puede soportarlo mucho tiempo y tras unos instantes tenemos que apartarla. Un silencio agradable y grávido desciende a continuación. Me imagino que cada uno especula intensamente acerca de la índole de las intensas especulaciones del otro.

Sonrío para mí, y me giro una vez más para mirar por la ventana del carruaje, pero el perro o la potra que vi antes no aparece por ningún lado. Los árboles negros y sin hojas pasan raudos y veloces, permanecen agrupados como las cerdas del espinazo de un jabalí viejo.

El silencio dura hasta que llegamos a una humilde casa de campo, toda ella compuesta de una piedra entre marrón y gris y de un techo de paja de color marrón como los ratones, que se encuentra un poco apartada de la carretera que serpentea por la colina hasta Kendal. Aquí las Deene deben bajar. Ansioso por demostrar que aún me quedan fuerzas a pesar de los años, las ayudo a sacar del carruaje el poco equipaje que poseen, que, por lo que parece, sólo incluye una sencilla bolsa hecha de lona raída. Mientras se la paso a la mujer mis dedos pasan rozando, casi de manera accidental, la mano enguantada de la viuda.

Una muchacha desaliñada y robusta de unos quince años sale de la casa, el color de su pelo enmarañado es del mismo color insípido que el techo de la casa. Su expresión permanece impassible. Unos ojos que parecen denotar cierta lentitud de pensamiento y que quizás están demasiado lejos el uno del otro superan el obstáculo que supone una nariz chata, un plano sin relieve. Tiene una boca ancha y los labios muy llenos, en ciertas condiciones podría poseer una cierta sensualidad horrorosa. Se detiene apoyando una mano rellena y blanca sobre el pilar de la casa y contempla al carruaje sin expresión alguna en su rostro. Cuando miro más allá de ella hacia la puerta principal de la propia casa, veo a una ganapán repleta de arrugas por la edad que se ha arrastrado desde el interior de la casa y que se apoya en un bastón. No va más allá de la puerta, permanece ahí quieta con el marco lleno de manchas a su alrededor como si se tratara de un retrato repugnante. Sus mofletes y papadas son una única masa repleta de ondulaciones, todo esto viene a confluir con el contorno enorme y único de sus tetas y vientre. Con unos ojos enanos de un negro pegajoso, que parecen huesos de ciruela aplastados en grasa, permanece en pie apoyándose en su bastón y, al igual que la muchacha medio lerda que se reclina junto a la puerta (quien puede ser, me imagino, su hija), mira el carruaje sin pronunciar palabra ni mostrando expresión alguna que se pueda descifrar.

La viuda Deene me sonríe y dice, «Entonces, nos vemos mañana,» antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la casa con su hija a remolque. La muchacha de pelo revuelto que está encorvada y apoyada contra el pilar ahora echa hacia atrás la puerta de forma silenciosa, dejando así entrar a Nelly y a su madre a la que será su nueva casa. Mientras cierro la puerta del carruaje y me acomodo en mi asiento, tanto Eleanor como la señora Deene se dan la vuelta para despedirse justo cuando el cochero espolea a los caballos despertándolos de su letargo para llevarme lejos, a Kendal. Sonríe con ternura, y les devuelvo el saludo a medida que se van alejando de mi vista. Entonces, nos vemos mañana por la noche.

Paso varios minutos observando de manera infructuosa los campos de alrededor para ver si hay alguna señal de la bestia que contemplé anteriormente, y entonces el embarcadero estrecho y tortuoso de esta ciudad de Lakeland brota a nuestro alrededor y resulta que ya he llegado. El juzgado, en cuyo piso superior hay unas habitaciones en las que me voy a hospedar que fueron construidas con ese único propósito en mente, es un humilde pero digno maridaje entre el ladrillo y la madera, situado cerca del centro de Kendal. Tras abandonar el carruaje y caminar un rato sobre el empedrado del patio trasero del juzgado para que la sangre vuelva a circular por mis piernas, llamo a uno de los encargados del juzgado para que salga y suba mis maletas por esas escaleras de piedra desgastadas por las pisadas, y desde allí las lleve a mi dormitorio.

Subo por las escaleras ágilmente por delante del encargado, mientras que él, un hombre de mediana edad, camina pesadamente detrás de mí, resoplando y quejándose por mi culpa. Hay un descansillo a mitad de camino, con una ventana orientada hacia el Oeste. He llegado a Kendal cuando ya era tarde, de modo que el cielo que se encuentra más allá del cristal presenta un color rojizo ante el cual me sorprende la incómoda sensación de haberlo visto antes. Mientras me aproximo al descansillo, experimento una sensación de terror al pensar que me voy a topar con la joven Nelly ahí con su pelo en llamas, a pesar de que la he dejado allá atrás en el camino de Kendal. Por qué esta idea despierta tanto temor en mí no sé decirlo, pero cuando llego al descansillo lo encuentro vacío. Así que seguimos subiendo las escaleras.

Mi habitación es fría pero cómoda. El encargado me promete que avisará a los diversos oficiales del juzgado de mi llegada y que mañana conoceré tanto a los oficiales como al acusado. Deja mi equipaje dentro junto a la puerta, y se marcha, mientras, yo permanezco sentado en mi lecho envuelto en una quietud y en un silencio repentinos, que me resultan extraños tras tanto ruido y traqueteo en la carretera. Después de un rato me levanto y, dirigiéndome a la ventana, cierro las contraventanas horadadas por los bichos para dar la espalda a la noche que avanza. A falta de un pasatiempo mejor, me preparo para ir a la cama.

Pienso en estas habitaciones vacías que me encuentro siempre a lo largo del recorrido que he de completar: a veces creo que todas estas copulaciones frenéticas que practico no son sino esfuerzos que realizo por acallar a los malditos espectros de estas tumbas; de estas ausencias.

Me desvisto, mis pensamientos se centran en mi hijo, en Francis, que se encuentra allá en Faxton. Qué mala sombra persigue a este muchacho (aunque, al estar cerca del medio siglo, he de reconocer que ya no es un muchacho). Una miasma infecta del espíritu que parece haberle poseído y que ni siquiera su mujer ni su dulce hija Mary, mi nieta, pueden hacer desaparecer. Se pasa el día abatido y mirando al infinito. Algunas veces lee y parece no tener motivo alguno para vivir.

Puedo afirmar que Dee ha sido el culpable de todo esto, con la misma rotundidad que puedo afirmar que soy juez. Han pasado ya veinticinco años desde que Francis cayó víctima de un interés deplorable por las cosas taumatúrgicas y buscó por primera vez los consejos de aquel charlatán, marchó a Mortlake donde prometió al doctor cien libras si Dee le enseñaba a determinar la posición de la luna, junto a otras cosas tenebrosas del mismo calibre. Mientras la reina Bess vivía, Dee la orientaba y la gente acudía a él con asiduidad para tratar asuntos de hechicería, ya que tales prácticas horrendas eran entonces algo respetable, aunque ahora sea muy difícil encontrar a alguien que reconozca este hecho.

Casi un año después de su primera visita a la casa de Dee, algo ocurrió que marcó el inicio del cambio en Francis, situación que aún persiste y empeora a día de hoy. Los detalles de aquello no me quedaron del todo claros, pero por los retales de información que he sido capaz de reunir, según parece, Francis tuvo la oportunidad de estudiar detenidamente algunos documentos que hablaban sobre los antiguos experimentos y rituales del doctor, realizados cuando Dee tenía a su servicio a un tal Edward Kelly, un truhán sin escrúpulos que murió en prisión.

Aunque años después a menudo le he rogado que me revelara el contenido de esos documentos, mi hijo insiste en que sería mejor para mi alma que siguiera ignorando tales cosas. A juzgar por cómo se asusta y amedrenta cada vez que una ventana se cierra con estrépito y por su aspecto demacrado y atormentado, puede que tenga bastante razón al respecto. Lo poco que me reveló era más que suficiente como para dar rienda suelta a las fantasías más macabras, fantasías que trataban acerca de invocar a presencias abominables, para luego transcribir sus mensajes sombríos y crípticos. Según parece, Dee había recopilado con cierta exhaustividad una gramática de la lengua del espíritu, decía que aquellos «ángeles» como él los llamaba podían comunicarse con él y que él era capaz, a su vez, de traducir lo que decían. Estos tratos etéreos eran el campo de trabajo del doctor que más intrigaba a mi hijo y lo que más tarde acabaría causándole todos esos problemas, aunque a mí lo que más me interesaba eran las pistas que Francis dejaba caer sobre las transacciones más terrenales de Dee.

Entre los papeles que se le mostraron a mi hijo aquella fría noche de marzo de mil quinientos noventa y cuatro se describían rituales de una índole carnal repugnante, mientras que otros hablaban de un acuerdo, ordenado por los espíritus, que obligaba al doctor y su sirviente Kelly a compartir esposas. Si Francis pensó que con estas revelaciones Dee le estaba proponiendo de manera sutil a mi hijo que incluyera a su propia esposa en un acuerdo parecido, es algo que no sé. Lo único de lo que estoy seguro es de que Francis mostró su indignación de manera clara y rotunda, debido a lo cual un muro de ira se alzó entre el doctor y mi hijo, quien salió rabioso del estudio de Dee raudo y veloz y subió al piso de arriba donde una cama estaba apartada para él.

De este modo, mientras subía a su habitación con sólo palabras de furia sin pronunciar en la cabeza, Francis se encontró con la niña. Estaba de pie con la cara envuelta en sombras y el rojo sangre de la noche detrás de ella que atravesaba la ventana que daba al oeste, alzó los brazos con las palmas extendidas hacia delante, hacia mi hijo como para prohibirle el paso. Rodeada de un halo de llamas, habló a Francis en una lengua extraña, llena de vocales aspiradas y con apenas consonantes en medio que sonaba algo así como «Bahzo-deh-leh-teh-oh-ah» y así seguía y seguía; recitando una serie de tonterías paganas.

Francis estaba a punto de preguntarle quién era y qué asuntos pendientes tenía con él cuando, de repente, la niña se alejó del lugar frente a la ventana donde se hallaba para adentrarse en las sombras que se posaban sobre el suelo y toda la luz del sol que se ponía, que ahora ya no estaba bloqueada por su presencia, brilló ante sus ojos de tal manera que le deslumbró, de modo que tuvo que entornar los ojos y apartar la mirada. Cuando miró a continuación hacia la escalera ella ya no estaba, ni quedaba rastro alguno de su presencia salvo un aroma que a él le recordaba a la mirra.

A pesar de la discusión y del susto que se había llevado, Francis no parecía capaz de mantenerse alejado de Mortlake. Enseguida arregló sus problemas con Dee, realizando frecuentes visitas a la casa del doctor a lo largo de los seis años siguientes, y en más una ocasión obligando a mi nieta Mary a acompañarle, desoyendo así mis consejos.

Dee, en aquel momento de su vida, contaba con la ayuda de un tal Bartholomew Hickman tal y como anteriormente contaba con la de Edward Kelly, ya que necesitaba, o así lo parecía, alguien que escrutara el éter con una bola de cristal y le comunicara los mensajes que sus «ángeles» le transmitían. Todo esto terminó con el cambio de siglo cuando, si he de creer a mi hijo, el tal Hick resultó ser un fraude, o al menos un vidente que se había comunicado únicamente con espíritus falsos y falaces. De este modo el trabajo de casi una década perdió todo valor, y en septiembre de ese año tanto mi hijo como mi nieta estuvieron presentes en ciertas ceremonias amargas y abatidas celebradas en Mortlake donde los documentos acumulados durante los tratos de

Hickman con el mundo espiritual fueron reducidos a cenizas de una manera ignominiosa.

He de admitir que pensé que era algo maravilloso que un farsante hubiera sido desenmascarado de este modo, pero el desconsuelo se adueñó de Francis. Mi hijo consideraba aquel asunto como una catástrofe inconmensurable cuyas verdaderas dimensiones yo nunca alcanzaría a comprender. Incluso una sombra lúgubre parecía planear sobre mi nieta Mary, quien a veces me miraba asustada, como si de repente me viera bajo otra perspectiva, otra luz. Ninguno de ellos volvió a Mortlake después de aquello, ni tuvieron más trato con John Dee. Poco después el rey Jaime, un soberano de fuertes convicciones religiosas, ascendió al trono, lo que provocó que el mago se encontrara con que había caído en desgracia y así comenzó su caída. Dee no tardó muchos años en verse abocado a la miseria y entonces, poco después, falleció en Mortlake atendido únicamente por su hija, por lo que uno da por sentado que no hubo espíritus presentes en esa ocasión para ayudarle en su óbito.

Me pongo mi ropa de dormir y me encaramo al retrete de madera de la habitación de invitados para hacer mis necesidades, lo que me resulta difícil y doloroso. Una vez he acabado con estas tareas apago de un soplo la vela bajo cuya luz me he desvestido y me meto directamente a la cama, con las mantas hacia arriba cubriendo mis orejas, ya que sin su presencia para sofocar el ruido no puedo dormir desde que era pequeño.

Me enfado al descubrir que mis pensamientos aún siguen centrados en el Doctor Dee, ya que hay algo desconcertante en él a lo que no dejo de dar vueltas. Resulta difícil juzgar a un hombre como él, un hombre de gran talento para la ciencia y la política como para considerarle simplemente un necio, y aun así él creía que hablaba con los ángeles. ¿Cómo pudo una mente tan brillante encontrar cierta diversión durante tantos años en el hecho de copiar sílabas sin sentido en esas tablas sin fin, en esos diagramas y diarios? De no ser así; si por alguna extraña razón lo transcrito por Dee fuera real, entonces, ¿qué podemos hacer con un cielo poblado por ángeles incoherentes, que balbucean credos sin sentido en la lengua de los bebés? Vi una vez esa «lengua de los ángeles», copiada con mucho esfuerzo por mi hijo en su diario. Se trataba de una cuadrícula compuesta, por lo que a mí me dio la impresión, de mil cuadrados, cada uno con un símbolo o anotación escrito en su interior de modo que parecía en resumidas cuentas un auténtico mapa de la locura; ese continente envuelto en nieblas de cual muy pocos vuelven para contar lo que han visto.

Esta noche no he de castigarme más pensando en magos o astrólogos. La visión de un doctor cadavérico y de barba blanca tal y como mi hijo me lo describió baila de manera irritante tras mis párpados hasta que, con un gran esfuerzo de mi voluntad, soy capaz de disiparla y de poner en su lugar varias imágenes, de la viuda Deene en diversas posturas bochornosas, a las que enseguida vienen a sumarse los recuerdos que

guardo sobre la sirvienta de fuertes muslos que permanecía de pie junto a la puertas de la casa de campo y que me miraba fijamente con su mirada vacía y estúpida.

El vapor de mis pensamientos se condensa, forma gotas que son sueños frente a la frialdad de mi almohada, y una nube que musita desciende. Una grieta se abre en la noche para que entre en ella, y me deslizo por ella, me hundo, y me duermo...

Me despierto antes de que el sol se levante, y con el encargado que me ayudó ayer con el equipaje llamando a la puerta de mis aposentos para informarme de que el desayuno está listo en el comedor situado en el piso de abajo. Le doy las gracias con un gruñido y me levanto para vestirme como puedo en la oscuridad. Mientras me abrocho los zapatos, recuerdo un sueño que tuve anoche. Estaba en Mortlake con mi hijo y el doctor Dee, aunque en este sueño se llamaba doctor Deene. Sostenía un pergamino amarillento ante nosotros y nos decía, «he aquí un mapa de la locura», y cuando tanto Francis como yo nos acercábamos para examinarlo con más detenimiento nos dábamos cuenta de que se trataba de un mapa de nuestro propio condado, es decir, de Northampton. Aún más, me daba la impresión de que el mapa parecía no haber sido dibujado sobre papel sino que había sido tatuado sobre una sustancia mucho más parecida a la piel humana. Pensé en buscar Faxton en el mapa pero no pude encontrarlo en ninguna parte del plano, lo que me llenó de un terror vago y repentino. Entonces el doctor Dee o Deene se veía obligado a reconfortarme diciendo que todo iba a ir bien si él y yo compartíamos a nuestras parientas, aunque puede que dijera en vez de parientas, existencias. En ese momento, y sin razón aparente, me eché a llorar y después no recuerdo nada más hasta que me desperté.

Una vez ataviado adecuadamente para la ocasión y ya en el comedor, y justo cuando me encuentro frente a una comida consistente en pescado cocinado en pasta de avena, me presentan al alguacil jefe del juicio de mañana, un tipo fuerte llamado Callow cuya nariz tiene forma de fresa y que luce unas grandes patillas que rodean su cara de color rosa como si se tratara de un cangrejo. Mientras me saco espinas de la boca para colocarlas en una suerte de osario pequeñito situado junto a mi plato, me vuelve a informar de los detalles del caso que voy a juzgar. Se trata de un lugareño inútil llamado Deery que está acusado de haberle sustraído a su legítimo dueño una oveja y un carnero, este último lo vendió, a lo que hay que añadir que en su propiedad se encontraron trozos curados de la carne de la oveja así que está claro como el agua que es culpable.

El alguacil jefe Callow me dice que una vez termine mi desayuno, ambos podemos ir andando hasta la prisión de Kendal par: visitar a ese bribón en su propia celda, además de al resto de los delincuentes de menor entidad a los que también he de juzgar una vez dicte sentencia en el caso de Deery: algunos borrachos y putas; un tendero acusado de hacer trampas con el peso; varios alborotadores, y un sodomita.

Una vez fuera del juzgado, con el pescado y la avena descansando pesadamente en mi estómago y echando humo al respirar en el aire helado, camino junto al alguacil bajo un velo de sombras por las empinadas calles que se encuentran resbaladizas debido la escarcha. El cielo presenta una cinta azul como el mar y dorada en la parte oriental, al este aún quedan estrellas y de los terrenos a las afueras de Kendal llega una fuga paulatina compuesta por los cantos de los pájaros, cuyas voces son claras y perfectamente distinguibles unas de otras.

La prisión, construida a partir de bastas piedras grises, está situada en medio de la ciudad en donde se acucilla como un sapo monstruoso que se ha visto petrificado por su propia fealdad. Sus muros tienen grandes grietas y fisuras de forma que no hace más calor dentro que fuera, la prisión consiste únicamente en un espacio estrecho donde los carceleros están sentados y sacan punta a unos palos al tuntún, con varias celdas angostas apiñadas más allá.

Sentada en la primera de las mencionadas celdas, nos encontramos a una muchacha de trece años de pelo desvaído y revuelto que amamanta a su bebé, una cosita cadavérica y llena de manchas no más grande que una rata y a la que, por su aspecto, uno diría que no le resta mucha vida. Cada vez que intenta colocar su lívido pecho en forma de cono entre los labios de la criatura, ésta aparta su cara gris y arrugada para lloriquear. La madre alza la vista y me mira brevemente sin mucho interés, luego vuelve a dirigir su insulsa mirada hacia el niño. El alguacil me dice que hay cargos contra ella a cuenta de una trifulca, y seguimos adelante.

Deery se halla en la siguiente celda a la que nos aproximamos. Está sentado sobre una litera y mira fijamente a la pared sin expresión alguna en su rostro, ni siquiera nos mira cuando optamos por preguntarle directamente. Aún es joven, Deery tiene el aspecto de alguien que una vez fue guapo y bien formado pero que ahora está gordo, los fuertes huesos del rostro de su juventud aún se pueden percibir, incrustados en un blando ensanchamiento de grasa. Se sienta ahí, con los pies separados, con unos antebrazos que reposan sobre muslos con unas muñecas tan gruesas como la cintura de un bebé y unos puños grandes como jamones, tiene los dedos entrelazados formando un nudo marinero que descansa entre sus rodillas. Su quietud es total y estremecedora.

Le pregunto si sabe que le voy juzgar mañana, ante lo cual simplemente se encoge de hombros y sigue sin dignarse mirarme. Cuando le pregunto si es consciente de que la horca es el castigo por robar ganado sólo parece dar muestras de aburrimiento, y transcurridos unos instantes escupe una flema de un amarillo asombroso en una de las esquinas de su celda. Está claro que mantener una conversación entre nosotros es algo imposible, y tras un examen apresurado del resto de los reclusos encerrados, el alguacil Callow y yo dejamos la rancia miasma de la prisión para adentrarnos una vez más en el punzante aire de Kendal. Los cielos ahora están llenos de luz y la ciudad se encuentra ya realmente

despierta. El carro de un mercader de madera que muestra imágenes de santos y mártires pintados en uno de sus costados pasa junto a nosotros arrastrado por un caballo viejo. Los niños trepan al techo del panadero para disfrutar del calor y deleitarse con los olores que se desprenden del conducto de ventilación de su horno, y calle abajo un anciano camina encorvado rodeado de cajas de madera dentro de las cuales los gallos se quejan.

Sin nada de provecho que hacer antes de los juicios de mañana me despido del alguacil y paso la mañana inspeccionando Kendal, al mediodía paro en un mesón para comer empanada de carne de cordero y colinabo. Tras recuperar fuerzas de este modo, paso la tarde disfrutando de un placentero paseo sin rumbo por la campiña cercana. Un poco antes de volver a mis aposentos donde he de prepararme para el encuentro de esta noche con la viuda Deene, me percató de que me hallo en un estado de ánimo de tensa expectación cuya causa no es del todo esa señorita o sus encantos. Me doy cuenta, al fin, de que parte de mí espera vislumbrar el animal que vi ayer corriendo junto al carruaje, y me río bien alto por mi estupidez. Este lugar no está siquiera cerca del sitio donde atisé por primera vez a la bestia, ya que eso se encuentra al otro lado de la ciudad. Además, ¿qué me importa a mí algún sabueso perdido, o poni, o lo que sea esa criatura?

Vuelvo a mis aposentos, me visto con unos atuendos más elegantes y empolvo mi peluca. Espero hasta que la batalla nocturna y silenciosa de los cielos en el firmamento occidental haya completado su sangriento curso, entonces salgo furtivamente para encontrarme con las primeras nieblas malvas del anochecer, teniendo mucho cuidado de no ser visto por nadie relacionado con el juzgado y portando debajo de un brazo mi bastón de hierro por si me encuentro con ladrones.

Un azul pesaroso que rápidamente se transforma en gris desciende sobre las colinas de Lakeland con el crepúsculo, y al otro lado de los campos anegados un chalado se vuelve loco por la pena. Llego enseguida a las afueras de la ciudad, donde prosigo por el camino de Kendal que da a la casa de campo donde la viuda y su hija se alojan. El barro de color mostaza que ahora decora mis botas lustradas parece ser poco castigo comparado con las grandes recompensas que espero me aguarden. Una viuda con mucha experiencia en la vida marital y que aun así está deseosa de reanudar la parte carnal de dicha vida es toda una garantía a la hora de lograr una cópula más satisfactoria que cualquiera de las practicadas con una doncella de piel lechosa del servicio, y me atrevo a suponer que la autoridad que me confiere mi cargo puede ayudarme mucho a hacerla más receptiva a mis caprichos, a pesar de lo peculiares que puedan ser.

A cada lado del camino que se va oscureciendo las zanjas derraman líquido y gorgotean como un hombre al que han atravesado el corazón, y por todo alrededor la niebla se levanta de modo que crece en mí la ansiedad por ver la primera señal de las luces de la casa de campo en el camino que se halla ahí delante. La última vez que pasé por este

territorio iba montado en un carruaje y no estaba todo tan oscuro. Aunque me pregunto si no habré cometido algún error. ¿Ora la casa se encuentra realmente tan lejos de Kendal, ora la he pasado de largo bajo la luz del crepúsculo de modo que ahora se encuentra detrás de mí? Tras decidir que si no llego pronto a la morada de la mujer vieja y gorda, tendré que volver a mis aposentos aunque eso signifique que deba olvidarme de disfrutar de la compañía de la viuda, respiro con gran alivio cuando, al doblar una esquina, veo al fin el brillo macilento y receloso de un lámpara que atraviesa unas cortinas, en algún lugar más abajo del camino.

Con las imágenes de la viuda Deene como pronto me gustaría verla llenando mis pensamientos, salvo aquellos reservados a la querida Eleanor, apresuro el paso de modo que antes de que me dé cuenta me hallo junto a la puerta de la casa. Una oleada de emoción se me viene encima; un nerviosismo peculiar que conozco con anterioridad de cuando me he encontrado en situaciones similares: en parte se trata de lujuria, en parte de ansiedad por miedo a que haya hecho una montaña de un grano de arena y me lleve una decepción. Esta vez hay algo más: una sensación de aprensión que no puedo situar bien, pero tales temores hay que descartarlos. Si he de ahorcar a un hombre por la mañana, primero empalaré a una mujer esta noche, y de este modo camino vigorosamente sobre un sendero de piedras resbaladizas y con forma de molusco para acabar llamando con un golpecito a la puerta a la que habían dado una capa de brea.

Pasa un rato, suficiente como para rezar un padrenuestro, hasta que se descorre el cierre de la puerta y me topo con la chica medio lerda que vi haraganeando junto a la puerta cuando llegamos aquí ayer. Al encontrarme ahora con ella, estoy menos seguro de que sea realmente medio idiota, o si más bien se trata de que ha hecho de una tremenda lentitud, una forma de insolencia. Me mira fijamente en silencio durante un tiempo desmesurado antes de dignarse hablar, y cuando lo hace una sonrisa sarcástica y lujuriosa como señalando que sabe algo mancha, de manera similar a un lema revolucionario, el muro plano de su cara.

—Eres el juez, ¿no?

Su voz es espesa y resbaladiza como las algas, su forma de arrastrar las palabras de forma vaga es sugerente y pronto descubro que es algo constante y habitual. Cuando respondo que sí, y que, efectivamente, soy su señoría el juez Augustus Nicholls y que me gustaría saber su nombre, me devuelve una sonrisa que es, al mismo tiempo, insinuante y divertida, y mantiene sus ojos clavados en los míos durante unos momentos en los que se produce cierta tensión sexual antes de responder.

—Me llamo Emmy. Aunque supongo que querrás ver a Mary. Será mejor que pases.

Me conduce a un pasillo iluminado por lámparas tan estrecho que, cuando pasa junto a mí para cerrar la puerta principal después de que

entre, ambos nos quedamos encajonados por un instante, cara a cara, ahí dentro de ese vestíbulo angosto. Sus grandes pechos se aprietan contra mi abrigo, y se aplanan de modo que parecen desaparecer del mismo modo que la hoja de una daga de pega. Este aplastamiento sublime dura sólo *un instante, luego pasa a colocarse a mi lado. Mientras me doy la vuelta y camino hacia la habitación iluminada en el extremo más lejano del pasillo, escucho cómo cierra la puerta y echa el cerrojo.

Otra puerta, parcialmente abierta, surge del pasillo a mi derecha, al pasar junto a ella se me ocurre echar un vistazo a su interior. Aunque está iluminada sólo por la luz que se filtra del pasillo por el que andamos, puedo distinguir una gran colección de _vajilla y de figuras pintadas hechas de porcelana colocada sobre un tocador viejo y enorme situado dentro de la habitación, que parece conservada de manera inmaculada y en cuyo suelo hay una alfombra que muestra una gran riqueza de patrones. También puedo ver, haciendo compañía al tocador, un taburete decorado y una pintoresca mesita hecha de madera de cerezo pulida. Aunque no puedo ver en su totalidad esta habitación mientras paso, me da la impresión de que se trata de un espacio pequeño y cuidado de manera impecable que se encuentra tan lleno de reliquias familiares que se exhiben con orgullo que es imposible que pueda entrar alguien. Tiene un aspecto prístino y parece sin utilizar, lo que choca bastante con la desvencijada fachada de la casa. De todos modos, continúo andando hacia la luz que se encuentra en el extremo más alejado del corredor, y no pienso más en ella. Emmy camina detrás de mí, oigo sus pies planos y desnudos sobre las maderas. La oigo respirar.

El pasillo me lleva a una habitación tan diferente de la que acabo de ver, que podría tratarse de dos continentes distintos, separados no por unos metros de pasillos, sino por un océano. Paso de contemplar una habitación pulcra llena de objetos bellos, a ver un mugriento cuchitril donde el granulado de las paredes se ve ahogado por el hollín y por doquier hay un olor compuesto por moho, vísceras a la parrilla, y ese tufo que las mujeres ancianas desprenden, como a callos y a orina. Entiendo que es así como los pobres han de elegir vivir, con todo lo que tienen bello, de valor, o importante amontonado en una habitación para ser mostrado, en la que ni siquiera ellos entran, salvo para quitar el polvo o limpiar. Sus verdaderas vidas transcurren, detrás de esos santuarios abarrotados, en vertederos tristes como éste, ante cuyo umbral ahora me encuentro.

Un fogón de hierro que hace las veces de estufa y que se halla en la pared del fondo calienta la habitación, pero de una manera sofocante. Aparte de esto, en una banqueta cuyas patas están arqueadas y sobre la que está apoyado su bastón, se sienta la dama llena de arrugas y obesa que vi ayer, sus ojos que son como carbones metidos dentro de un grumo se fijan rápidamente en mí mientras entro agachando la cabeza para evitar las bajas vigas de roble. Al contemplarla más de cerca, me doy cuenta de que padece una enfermedad de pulmón, de modo que

respira con dificultad, bajo su mandil sus monstruosos pechos se levantan como la marea y un temblor recorre su carne formando ondas tal y como ocurre en un charco, atravesando sus mofletes y cuello, que parece víctima del bocio, con cada respiración.

Colocada en medio de esta fétida cámara se halla una mesa demasiado grande para un lugar tan atestado de cosas, es como si la casa hubiera sido construida en torno a dicha mesa, ya que es demasiado ancha como para pasar por la puerta, además de muy vieja, y tiene la superficie llena de arañazos de cuchillos que hace tiempo se quebraron en manos muertas tiempo ha. Hay colocadas cinco sillas alrededor de la mesa, dos de ellas ya están ocupadas por Eleanor y su encantadora madre, cuando entro en la habitación las dos alzan la vista y sonríen. Había olvidado lo verdes que eran sus ojos, así que decido que podré soportar esta miseria que nos rodea si se va a ver iluminada por tal belleza.

—¡Juez Nicholls! ¡Habéis venido tal y como prometisteis! —Quien habla es la viuda Deene, y la emoción y expectación que hay en su voz despiertan en mí una certidumbre petulante de que todo va a ir bien entre nosotros. Echa hacia atrás su silla raspando las baldosas de áspera piedra, se levanta de su asiento, y cruza la habitación para saludarme, después sitúa una mano frágil sobre mi codo mientras me guía a mi sitio, colocado frente al suyo. En pie apoyándose contra la jamba de la puerta del pasillo, Emmy sonríe burlescamente a los aquí reunidos. Mientras intento ignorar a esa muchacha, inicio una conversación intrascendente con la viuda y Eleanor hasta que la vieja gorda y llena de arrugas que se sienta junto al fuego deja de jadear por un instante para dirigirse a todos nosotros.

—Cenaremos ya. Emmy, deja de mirar con cara de boba al caballero y levántame para que pueda servir la comida. —Su voz, que se ve lastrada por un gran exceso de congestiones, burbujea como una ciénaga.

Emmy suelta un suspiro muy expresivo, abandona su lugar junto a la puerta, y cruza la habitación hasta llegar al fogón donde ayuda a ese montículo hinchado a levantarse del taburete. Ahora que ya estoy convencido de que son madre e hija, ambas proceden a servir con un cucharón el estofado, que extraen de un recipiente que han retirado del fogón, en unos grandes cuencos que colocan delante de nosotros. Emmy toma asiento, junto a mí, lanzándome muchas miraditas de soslayo de manera insinuante y solapada, mientras que la anciana, con cierta dificultad, hunde su masa jadeante en la silla situada en la cabecera de la mesa.

Cuando ya ha recuperado el aliento suficientemente, entona una bendición: «Señor, bendice esta comida que hemos preparado a nuestro invitado, y que tengamos éxito en todos nuestros actos».

La bendición, aunque algo ruda y poco convencional, no resulta inapropiada. Esta noche, si tengo suerte, me acostaré con la viuda

Deene, y espero triunfar a lo grande en esta empresa. Murmurando un «amén» realmente sincero, alzo mi tenedor y comienzo a comer, al mismo tiempo que esbozo una sonrisa que cruza la mesa hasta llegar a la viuda, quien responde a este gesto con una sonrisa también. Me imagino que en ese ademán hay algún secreto, que sólo entendemos nosotros dos. Animado por ello, ataco con Mayor deleite el montón de carne y verdura apilado ante mí, he de reconocer que me siento gratamente sorprendido por lo agradable que me parece su sabor.

Mientras picotean su comida, las mujeres reunidas en torno a la mesa me observan con atención mientras devoro mi plato, sin duda con cierta aprensión provocada por el miedo a que esa comida sencilla y basta no colme las expectativas de alguien tan cultivad() como yo. Deseoso de aliviar su inquietud, engullo grandes cantidades y, entre bocado y bocado, comento lo excelente que encuentro la cena, ya que en verdad está deliciosa. Contiene muchas especias y está sazonada con pimienta, y cada dentellada provoca que una película de transpiración surja en mi frente y labio superior; siento un picor en mi paladar que quiere decir que mi boca arde a fuego lento, como una caverna infernal de estalactitas molares sobre la que está concentrada hasta la más mínima pizca de mi conciencia. Para gente como yo, a la que le gusta la sensación de quemazón y de picor a la hora de comer, los rigores a los que uno se ve sometido para aguantar una comida tal forman parte de su atractivo. Los otros instrumentos de la percepción aterrados por las llamaradas que se producen en la lengua, parecen verse de igual modo arrastrados a un nuevo estado: te lloran los ojos o te pitan los oídos, todos los recovecos del cuerpo retumban de una manera solidaria. He pensado a menudo que ese estado debe de parecerse al que describen los místicos, donde todas las preocupaciones del cuerpo desaparecen ante la intensidad de la experiencia mística.

Pienso en Francis, con la mirada vacía y balbuceando, presa del miedo desde el abrupto fin de sus colaboraciones con Dee; comportándose como un hombre que ha sido condenado, pero que aún debe soportar una espera larga y dolorosa hasta que el patíbulo esté ya montado. No puedo evitar pensar que podría haber limitado sus propios experimentos con lo sublime a disfrutar de un plato tan simple Como el que tengo ante mí ahora, un plato que ya está medio vacío, puesto que grande es mi apetito.

Mientras me pierdo en mi ensoñación culinaria, las mujeres sentadas a mi alrededor comen en un silencio roto únicamente por el tañido del cuchillo sobre la vajilla, mientras intercambian muchas miradas entre ellas aunque también conmigo. Eleanor, a la que probablemente han servido una ración más pequeña que a los adultos, ya ha dado buena cuenta de su plato y, dándose la vuelta, lo sostiene hacia la anciana gruesa y asquerosa cual parásito que se sienta en la cabecera de la mesa, a la derecha de la niña.

—¿Abuela? ¿Puedo comer más?

Entonces, esa montaña de grasa desgastada por el tiempo gira la cabeza hacia la niña de una manera inquietante, su cuello está tan hinchado que parece no moverse, a pesar de eso sus rasgos se han desplazado de alguna manera por la masa de ese rostro hasta lograr mirar hacia el otro lado.

Se expresa de manera tajante y dura, de modo que la muchachita da un respingo y se echa para atrás, temerosa: «¡No soy tu abuela, niña del demonio!».

Ante la severidad de este reproche, un silencio incómodo se cierne sobre la mesa, que la viuda Deene rompe con habilidad, sonriendo de manera nerviosa, mientras intenta disculpar a su hija. «Claro que no lo es, ¿verdad, dulzura? Es sólo que ya que se ha portado tan amablemente con nosotras, se te ha ocurrido considerarla tu abuela. ¿No es así, Nelly?».

En este momento Eleanor, aún pálida y temblorosa por la regañina, asiente con la cabeza y se queda contemplando su plato vacío, hecho que parece apaciguar al dragón que resopla a su izquierda. El viejo leviatán marchito ahora se gira para hablar con Emmy, quien está sentada a mi lado, a la que ordena que se levante y vuelva a servir a quien quiera repetir.

Yo, por mi parte, declino de mala gana la oferta realizando un simple gesto de negación con la cabeza. Siento una pesadez en el estómago, de modo que temo haber comido ya demasiado. Si este letargo que me produce la sensación de estar lleno no mengua, temo por mi rendimiento con la viuda más tarde. No tendré fuerzas para montarla, puesto que apenas tengo fuerzas para llevarme otro trozo a la boca. Tras mi negativa muda a repetir plato, Emmy inclina la cabeza a un lado y me mira de forma enigmática, con un cucharón en una mano y una cazuela envuelta en un trapo bajo su brazo. Esos labios amplios y carnosos forman ahora una sonrisa lasciva antes de hablar.

—Creo que el juez ya ha comido suficiente. Mirad qué cantidad de sudor tiene en la frente, como si en esta habitación hiciera demasiado calor para él.

Coloca la cazuela y el cucharón sobre la mesa y a continuación se agacha un poco, sonriendo en todo momento, de modo que su cara se encuentra cerca de la mía. Las otras tres mujeres que están sentadas en la mesa parecen observar atentamente lo que ocurre, en todas ellas se deduce por su expresión que están absortas pero no se puede inferir nada más, de un modo muy similar a lo que sucede con la expresión de los pájaros. Me parece que se me han dormido las puntas de los dedos. Oigo un traqueteo distante que creo que debe de ser mi tenedor, que se ha caído al suelo. Al estar cerca, veo que Emmy tiene un cutis repugnante; unos puntos amarillos que se asientan en campamentos

densamente poblados, se refugian en los rincones de su nariz. Su voz es lenta y espesa como la melaza al derramarse.

—No os apuréis por el calor, juez. Mi madre dice que luego nos quitaremos todas la ropa para ti. Entonces nos alegraremos de que el fuego haya subido tanto la temperatura.

¿Pero qué dice? Desde el otro lado de la mesa, la viuda Deene habla ahora en un tono de reproche que no le había escuchado utilizar antes. «Permanece atenta, Emmy. Puede que no se encuentre tan mal como parece».

La adolescente parece hacer caso omiso a esta advertencia, yergue la cabeza para examinarme con más detenimiento, como para tomar una decisión antes de hablar. «Oh, no. Creo que ya ha tenido bastante. Además, sé cómo comprobarlo, lo sabremos enseguida».

Se endereza y se aleja de mí. Sin dejar de sonreír alza sus pesados brazos para situarlos detrás de su cuello donde se encuentran los cierres de su sayo, y entonces comienza a desabrochárselo. Nadie habla. La habitación está en silencio salvo por la respiración precaria de la anciana gorda. Mi mente va a la deriva, y me doy cuenta muy tarde de que aquí, en esta cámara sofocante, ocurre algo mucho más extraño de lo que creía.

Emmy ya se ha desvestido lo suficiente como para que ambos hombros hayan abandonado ya su vestido, a los que siguen un brazo y luego el otro. Al final, con una sonrisa triunfal, tira con fuerza de la ropa hasta llegar a sus caderas de modo que por encima de la cintura se queda desnuda. ¿Acaso estoy soñando? Los pechos de Emmy son grandes y densos, los coge y los sopesa con las manos. Unas aureolas planas, marrones y violetas, remontan cada teta, los pezones morados sobresalen como si fueran los pulgares de un bebé. Se acerca hacia mí, acunando una teta en cada mano y, con un desasosiego vago que a mí me parece remoto y distante, descubro que ya no me puedo mover. Los cánticos en mis oídos aumentan, aunque aún oigo a Emmy cuando habla junto a mi oído.

—Ahí tienes. ¿Qué te parecen? ¿Acaso no son adorables? Me apuesto a que te gustaría chuparlas si pudieras. Eso es lo le gusta hacer a los caballeros, o eso tengo entendido.

Ahora inclina su cuerpo acercándolo más a mí de modo que su aroma a almizcle me abruma. Levanta un pecho y coloca el pezón en mi boca laxa y abierta, rozando con él mi labio inferior lentamente adelante y atrás, de modo que se comba y arquea, y luego vuelve a ponerse erecto contra mis dientes. Intento cerrar la boca sobre esa flor escurridiza, pero no puedo.

—¡Basta ya, Emmy! —Grita alguien, se trata de la viuda Deene. Soporto estoicamente las costumbres de esta familia ya que formo parte de ella

por matrimonio, pero no todos queremos ser testigos de tu lujuria un día sí y al otro también.

En respuesta a esto, Emmy balancea su cuerpo de forma lasciva adelante y atrás de modo que su pecho entra y sale de mis labios dormidos e inmóviles. Según parece la anciana sentada al final de la mesa encuentra esto tan cómico que se echa a reír de forma estridente, una risa que parece surgir desde lo más profundo de sus pulmones emponzoñados y traqueteantes. La hilaridad es algo contagioso, la pequeña Eleanor es la siguiente en esbozar una sonrisa burlona mientras lanza unas miradas llenas de cautela a su madre, la viuda Deene, quien muestra la tensión en su rostro, como si le preguntara si le está permitido reír. Al final no se puede contener ya más, y su risa busca una salida a través de unos gimoteos que se le escapan de la nariz, es entonces cuando la viuda ya no puede mantener su actitud de disgusto y de agravio, y comienza a reírse disimuladamente también, de modo que ahora las cuatro se están riendo.

El regocijo dura un rato y luego va muriendo en cuanto Emmy me saca su pecho de la boca, quedando una perla solitaria de saliva ahorcada en un hilo de baba ahí en la punta de su patíbulo. Da un paso hacia atrás para poder verme mejor y su sonrisa ahora muestra desprecio, su sonrisa ahora está llena de desdén.

—No durará mucho. Podríamos empezar descuartizándole, una vez nos hayamos quitado la ropa para que así no se manche.

Ahora la anciana habla desde algún sitio situado a mi derecha. Tengo la cabeza paralizada y apoyada en el respaldo de la silla y no tengo fuerzas para girarla, así que he de escuchar el arpa de flemas que compone su voz.

—No seas boba, muchacha. ¡Mira cómo mueve los ojos arriba y abajo! Aún queda vida en él, si lo troceamos ahora la sangre volará por todas partes. Esperaremos el tiempo que haga falta hasta que haya muerto. Cuando la sangre ya no circula, el estropicio es menor.

Estoy asustado, a pesar de la niebla que me entumece y que parece cernirse sobre mí. ¿Han dicho que me van a trocear? Intento protestar pero no puedo articular palabra salvo un lamento ahogado. ¿Qué me ha pasado?

Al otro lado de la mesa, Eleanor se une a la discusión, al dirigirse a la matriarca que se sienta al final de la mesa. «¿Ahora te puedo llamar abuela?». La mujer tose un brusco asentimiento y Eleanor sigue hablando. «Abuela, hace tanto calor aquí dentro. ¿Puedo quitarme la ropa como ha hecho la tía Em? Dijiste que luego lo haríamos».

En este momento, su madre, la señora Deene, se apresura a decir. «No importa lo que haga la tía Emmy, no te voy a educar para que acabes comportándote como la familia de tu padre».

Ahora la madre de Emmy, entrando en mi campo de visión, inclina su gran masa hacia adelante en su silla para poder colocar así sus codos encima de la mesa y lanzar una mirada llena de resentimiento a la viuda Deene. «Tu Nelly está en esto igual que las demás. Eso es lo que decidimos, y así es como será. La razón por la que estamos haciendo esto es por su padre, tu marido. El hermano de Emmy, mi hijo. Por razón de tu matrimonio entraste en esta familia, antes eras Mary Deene, y ahora eres una Deery. Y los Deery permanecen unidos».

Se produce una pausa en la que la mujer más joven parece languidecer bajo esa mirada indómita. Desplaza la mirada hasta su regazo atemorizado, y la vieja regañona continúa hablando, dirigiéndose ahora una vez más a Eleanor.

—Si quieres quitarte la ropa como acordamos, entonces hazlo, de ese modo no se llenará de manchas ni de salpicaduras cuando comencemos con la carnicería. Aunque, desde luego, sería mejor que todas nosotras nos desvistiéramos. Habrá muerto antes de que me quite mis enaguas, ya veréis.

Ahora incluso respirar me cuesta un gran esfuerzo y unas olas tenebrosas se rompen y estrellan dentro de mí, unas olas que rechinan mientras arrastran sus zarcillos de espuma a través de los guijarros de mis pensamientos, agitando ideas enterradas que salen a la luz resplandeciente. Pienso en Francis, y entiendo por qué se asusta ante el chirrido de una puerta. Pienso en Dee. Pienso en Faxton, pero no puedo invocar una imagen de la ciudad en mi mente. Lo único que puedo ver son calles vacías que serpentean entre ruinas lastimosas antes de que incluso éstas desaparezcan y en vez de ellas me encuentre con un gran olvido formado por hierba, libre de marca alguna producida por una torre, valla, o surco.

Ahora, a mi alrededor las mujeres se están quitando sus prendas entre muchos susurros y risas. Eleanor pasa junto a mí sin prestarme atención, su cuerpo desnudo y sin vello parece casi desprovisto de género, para ayudar a su abuela en el dilatado proceso de revelar al mundo esa forma blanca y enorme; la tripa le cuelga en pliegues por encima del pubis casi lampiño donde los pocos pelos que quedan son de un color gris amarillento, como el sebo derramado y sucio de una vela. En el otro extremo de la mesa, apoyada en ella y desnuda se encuentra Emmy, sus nalgas blancas se encuentran situadas sobre la madera oscura y llena de marcas mientras ayuda a la señora Deene a peinarse su pelo castaño rojizo. ¿Se llamaba Deene? ¿O era Dee? ¿O Deery? No lo recuerdo.

Se sienta y me mira desde el otro lado de la mesa, completamente desnuda, y mientras Emmy comienza trenzar sus mechones castaños mantiene su mirada fija en mí. La habitación es como un horno, observo cómo un globo cristalino de sudor recorre la clavícula de la mujer que está sentada para acabar desapareciendo dentro del destello de luz que hay entre sus pechos. La escena me recuerda mucho a algo que he visto

antes, mujeres empapadas que se peinan unas a otras, pero rodeado como estoy por la neblina no soy capaz de situarla.

A mi derecha, la abuela de Nell abandona sin pudor alguno la maraña formada por las enaguas que se arremolina junto a sus pies. Ayudada por Eleanor, el querubín, saca una caja llena de cuchillos de algún lugar situado encima del fogón. Tras seleccionar unos cuchillos de la bandeja, ella y la muchacha pasan a afilarlos contra un ladrillo del fogón que no alcanzo a ver, sólo oigo el roce acompasado del hierro sobre la piedra. Siento un dolor atroz en el estómago que aun así percibo como algo distante, como algo que le estuviera ocurriendo a otra persona. Las olas de luces y sombras que parecen rodar por la habitación abarrotada me llegan ahora más rápido, como si fueran ondas en un estanque.

Aburridas de esperar a que cese mi respiración ahogada, las mujeres me ignoran. Se sientan en la mesa, hablan de cosas sin importancia como si no me estuviera muriendo ahí mismo entre ellas. Discuten sobre sus dolencias, y sobre el precio del grano, y sobre lo que harán cuando John haya salido de la cárcel. Sin sus ropas no parecen humanas sino más bien una suerte de grupo formado por unas hermanas extrañas; una suerte de hados o gorgonas surgidos de la leyenda. A su alrededor hay una vaporosa luminosidad que parece disiparse en colores más sutiles en sus contornos. El gesto más nimio deja su rastro en el aire, un brazo que se mueve hacia abajo se convierte en unas alas que titilan, al agitarse en el aire de forma esplendorosa. Hablan, pero ya no puedo entender lo que dicen.

Sus palabras pertenecen a un glosario de luz, sus labios se mueven silenciosamente como más allá de la bola de cristal y en mis oídos los cánticos han alcanzado una claridad total, ya puedo discernir las frases y los cánones que cantan. Sobre el rugido de las alturas cada sílaba extraña se vuelve brillante y resonante, sus extrañas honduras me resultan dolorosamente familiares, y un murmullo de múltiples capas resuena en todo lo que existe. Conozco esta canción.

La conozco.

Compañeras de juegos

1705 d. C.

Dentro de las cabezas de los búhos y de las comadreja se encuentran joyas que curan las fiebres y los cólicos. El relámpago es el orgasmo de Dios que golpea en un fresno, donde Su semilla crece, con la cabeza redondeada y el tallo delgado, entre las raíces. Una mujer o un hombre pueden introducir estos restos de orgasmo en la boca, y después tener la Visión, de esta manera pueden reunir todos sus pensamientos en un único fuego, para viajar en su humo hacia el cielo. Allí se encontrarán con la cigüeña o la garza que les llevarán hacia arriba hasta que la Gran Catedral, con sus perfectos techos abovedados formados únicamente por la Ley y el Número, pueda ser percibida. Yo me he tragado mi propio orín, he visto esas cosas.

No hará una hora, el Sr. Danks, el Pastor de Todos los Santos vino con la Biblia y los alguaciles a la celda que comparto con Mary, tras lo cual nos sacaron de allí y nos colgaron en el patíbulo situado en la puerta norte de la ciudad hasta que estuvimos casi muertas, con nuestros buches totalmente destripados. Tras descolgarnos, nos ataron a continuación a este lugar. Portamos las quemaduras producidas por las cuerdas como gloriosas cadenas que simbolizan nuestro poder, y nos sentamos medio inconscientes y resplandecientes sobre nuestro trono de leña.

Atada junto a mí, la mano pequeña y cálida de Mary reposa en la mía. No está más asustada que yo, puesto que una brisa que proviene de las terrazas invisibles le calma y la luz malva que empaña sus pastos de noche le apacigua. Aunque nuestras gargantas no estuvieran tan constreñidas por el linchamiento como para no poder hablar, no hace falta que crucemos palabra alguna entre nosotras puesto que ya sabemos cómo son estas cosas. Se trata del mismo Reino, de la misma idea de un Reino, donde la idea de un Reino es el propio Reino. Me van a quemar, y aún no tengo veinticinco años.

A lo largo de los campos helados de marzo, los pájaros están construyendo algo delicado y terrible a partir de las cuerdas del sonido, del juego del eco. Ambas somos las últimas que serán asesinadas de este modo, en una hoguera en Inglaterra. Esto nos lo han dicho los Duendes y las cosas de colores que moran en las ciudades superiores donde todos los días son uno solo, donde no existe el ayer ni el mañana. Después de esto, ya no habrá más grasa humana alrededor de una mecha de enaguas. Ya no habrá más mejillas hermosas tratadas con crueldad por las llamas.

Ahora levanto lentamente mis pesados párpados hasta que tengo ambos ojos abiertos, justo en ese mismo instante Mary hace lo mismo a mi lado. Al ver esto, el rebaño reunido más allá de nuestra pira se queda boquiabierto de asombro y da un paso atrás, sus caras, dignas de alguien que nació en una pocilga, están llenas de terror. La Viuda del Pico, quien afirmó que nos había oído hablar del asesinato de la Señora Wise, ahora hace la señal de la cruz sobre sus tetas marchitas y escupe, mientras, el párroco Danks comienza a leer en alto un texto de su libro carcomido por las polillas, sus palabras son como el hollín que se limpia por la mañana.

Si vosotros supierais, monos de granero, lo que habéis quemado aquí. No lo digo por mí, sino por Mary, quien es bella mientras que yo soy poco agraciada. Si pudierais contemplar las arrugas de sus ojos cuando dice algo gracioso, entonces la conoceríais. Si conocierais el fuerte sabor de su coño cuando aún no se ha levantado por la mañana, apartaríais la mirada por vergüenza y apagaríais vuestras antorchas. Capturada entre su vello, mi saliva se transformaba en joyas y cada una de ellas era una mansión pintada con acuarelas donde unos homúnculos enanos y brillantes moraban. Cuando sube unas escaleras se compone una canción, y cada vez que le viene la regla habla en el idioma de los gatos, pero ¿eso qué importa? Es como si todo esto no fuera nada. Quemadlo, convertidlo todo en cenizas, su cabellera pelirroja, los dibujos que traza.

He de admitir que hemos conversado con los nueve Duques que gobiernan el Infierno. He visto ese lugar y ya no me da miedo, porque es un lugar bello en cuya entrada hay piedras preciosas. Es la cara del Cielo para los crédulos y timoratos, y en todos mis tratos con sus embajadores, he descubierto que son unos auténticos caballeros, gente de unos modales magníficos y excelentes. Belial es como un sapo hecho de un cristal maravilloso con muchos ojos que forman un círculo en su frente. Es profundo e inescrutable, mientras que Asmodeo es más parecido a una telaraña exquisita de diferentes patrones que circunda una cabeza: irónico, fiero, y con gran talento para las matemáticas. A pesar de su ira y sus caprichos no son malos, simplemente lo son tanto como los demás con nosotras, y son más que hermosos a su manera, de modo que deberíais envidiar a aquéllos que contemplan tales maravillas de la Naturaleza.

Ahora un hombre de cejas pobladas que no conozco da un paso adelante con una antorcha en la mano, con ella toca los andrajos anudados y la paja colocada en el borde de la hoguera. Cerramos los ojos y suspiramos. No falta mucho, mi amor. No partiremos muy lejos. Los balcones invisibles ya no se encuentran tan lejos allá en las alturas que hay sobre nosotras.

Nos conocimos cuando yo tenía catorce años, iba desde Cotterstock a Oundle que estaba más arriba del camino porque mis padres querían deshacerse de mí. Mary tenía justo la misma edad, era de piel pálida y llena de pecas, y de piernas y brazos grandes. Durante aquellos

primeros meses fríos, me dejó esconderme en el patio trasero que era propiedad de su padre y en su habitación algunas noches, siempre que su hermana o su hermano no estuvieran allí. Dábamos vueltas por la ciudad y jugábamos. Cuando llegaba la noche, nos retábamos a quedarnos bajo el pasadizo empedrado del Hotel Talbot, que llevaba al oscuro patio situado en la parte de atrás. Habríamos _podido jurar que llegamos a oír al fantasma de la antigua Reina María, quien durmió en ese mismo lugar la noche antes de que la decapitaran, caminando por el rellano del piso de arriba con su cabeza colocada bajo el brazo. Chillábamos. Nos abrazábamos allí en la penumbra.

A veces nos aventurábamos más allá de las baldosas llenas de orín y cerveza del patio y pasábamos hasta la calle Drummingwell^[4], situada en la parte de atrás del hotel Talbot. Nos quedábamos ahí para escuchar el redoble de tambor de la propia calle, esa calle que emitió un sonido muy parecido al de un tambor la noche anterior a que el rey Carlos muriera y en otras ocasiones también, como la muerte de Cromwell. Afinábamos el oído y aguantábamos la respiración, aunque nunca llegamos a escuchar sonido alguno.

Corríamos por los campos para escondernos entre los laburnos silvestres, y en nuestra imaginación se transformaban en hombres salvajes con el culo azul procedentes de África, que gateaban medio desnudos con unas expresiones feroces y risibles ahí entre los tallos adormilados que daban cabezadas. Nos metíamos los dedos la una a la otra, y al principio nos reíamos, para después ponernos cachondas y serias. Encontramos una musaraña muerta, estaba tiesa y brillaba como si la muerte fuera una capa de barniz, y una tarde observé cómo meaba entre las prímulas, cerré los ojos ante aquella imagen de un chorro oscilante de oro trenzado que formaba un agujero empapado, allí, en el suelo bajo sus pies, aunque aún podía oír la música del murmullo de aquel líquido y ver su arroyo entrelazado en mis pensamientos.

Ya llega el primer beso del humo, como el besito cariñoso de un marido en la nariz, y al igual que sucede con el beso de un marido ambas mantenemos los ojos cerrados mientras dura. Tiempo más que suficiente como para que introduzca su lengua amarga y asfixiante hasta casi la mitad de nuestras gargantas. Un picor brutal y ardiente se acurruca detrás de nuestras acobardadas fosas nasales, espero que los leños no estén verdes y mojados, o que asimismo tarden en arder, porque cuando se forjó nuestro pacto, el Hombre de la Cara Negra dijo que no conoceríamos los fuegos del castigo. Un silencio que parece silbar invade mis oídos, como si algo inconmensurable se acercara, pero se desvanece con rapidez, avasallado por el fino crepitar que ahora nos rodea por todas partes. Calla, Mary Phillips, y no tengas miedo, porque tú y yo hicimos una promesa.

Encontramos un medio de ganarnos la vida que encajaba conmigo, y también encontramos una pequeña habitación en Benefield donde me alojé los diez años siguientes, aunque, prácticamente, no pasó un día sin que disfrutáramos de nuestra mutua compañía. Mientras crecíamos, la

gran aventura que teníamos entre nosotras parecía casi una barca, que nos llevaba con el tiempo lejos de aquel paisaje de laburnos, lleno de, fantasmas y juegos secretos, para llevarnos entre esas islas rabiosas que son los hombres.

Disfrutamos de ellos, de los hombres, durante aquellos años, ¿verdad, Mary? Aunque he de confesar que yo disfruté más que tú, tampoco es que tú te quedaras corta. Nos acostamos con cavadores de zanjas, sacristanes, cantineros, y verdugos que aún portaban la pestilencia de la muerte en las manos. Nos invitaban a una cervecita en el bar del Talbot; nos tomaban contra el muro del malecón del mismo modo que echarían una meada por el camino al volver, dando tumbos, a sus mujeres y hogares. Por eso, no dormía muy a menudo con ellos, pero cuando lo hice me sorprendí: si no están despiertos, son más suaves al tacto, y más parecidos a las mujeres. Qué pena, pues, que deban despertarse.

Aunque sí que se despertaban. Se levantaban antes que yo, se marchaban antes de que realmente abriera los ojos, y cuando los veía caminando un domingo con sus familias sólo sus esposas me miraban, poniendo mala cara. Si me veían más tarde en el mercado, reunidas en grupitos de dos o tres, decían según pasaba, «ahí va la muy puta», o si no enseñaban a sus hijitos a insultarme, gritando cosas como «Shaw la puta» y «Nell la ramera» allá donde fuera. ¿Cómo es posible que una cosa tan placentera y sencilla como el mete-saca pueda provocar tanto desprecio, tanta vergüenza y miseria? ¿Por qué tenemos que coger la parte más dulce de nuestro ser y convertirla en otra cosa con la que sacarnos los ojos?

Ahora pasa una cosa curiosa. Al moverme en mis ataduras, una vez más he abierto los ojos, para descubrir que todo se ha detenido. El mundo, el humo, las nubes, la multitud y las llamas que brincan, todo está quieto, nada se mueve. Todo se ha parado.

Qué extraño y encantador es este reino en el que ya no hay movimiento, qué perfectamente preciso. Al examinar las florituras propias de un dragón del humo congelado, observo que tienen una belleza que se pierde al ver las cosas normalmente, presentan filigranas más pequeñas e idénticas en su forma que florecen, como helechos, a partir de la retorcida espiral que las engendra. Y pensar que nunca me había fijado.

Miro hacia abajo, y me sorprende sólo un poco al darme cuenta de que estamos ardiendo, yo y Mary, las dos. Estas tristes faldas nuestras nunca han tenido mejor aspecto que ahora, repletas de fuego, luz, y color; pintadas de rubí por llamas que no se mueven. No hay dolor, ni siquiera calor, aunque observo que uno de mis pies está negro y chamuscado. En vez de dolor hay una tristeza pasajera, yo creía que mis pies eran la parte más bonita de mi cuerpo, aunque Mary dice que le gustan mis hombros y mi cuello. Cuando nos hayamos librado de toda forma, surgiremos realmente desnudas de nuestras cenizas, y no habrá parte alguna de nosotras que no sea hermosa.

Aunque se ahoga y no puede hablar, puedo oír la voz de Mary dentro de mí diciendo Elinor, oh Elinor, rogándome que mire con intensidad dentro de las llamas que, de algún modo, sin aparentemente haberse movido, han llegado hasta mi pecho formando una especie de blasón feroz.

Miro fijamente a estos carámbanos mutados de oro y luz, y en cada uno de ellos hay un momento, breve y completo, atrapado en ese ámbar brillante. Aquí está mi padre, golpeando con una correa a mi madre mientras ella se encorva sobre la mesa de la cocina profiriendo alaridos, he de decir que lo veo como si lo observara a través de una puerta abierta. Aquí está aquel sueño que tuve cuando era niña, sobre una casa sin fin repleta de libros, más de los que hay en el mundo. Aquí está el momento en que me corté el hombro con un clavo y aquí están las brujas muertas, envueltas en cera y congeladas.

Bajo la base de cada llama hay una ausencia clara y quieta; un espacio vacío misterioso entre la muerte de la sustancia y el nacimiento de la luz, con el mismísimo tiempo suspendido en este vacío de la transformación, en esta pausa entre dos elementos. Ah ora lo entiendo, siempre ha habido un único fuego, que ardía antes de que el mundo comenzara y que no se extinguirá hasta que el mundo termine. Veo a mis compañeros de llamas, los no natos y los muertos. Veo al niño con el cuello acuchillado. Veo al hombre harapiento que se sienta dentro de una calavera de hierro resplandeciente. Casi siento que los conozco, casi tengo la sensación de que sé qué es lo que significan, como si fueran letras de un alfabeto cruel.

Al principio todo era una broma, lo del dibujo pintado con sangre de cerdo y la vela. No podíamos imaginarnos que de ahí saldría algo, ni que fuéramos a lograr algo con una facilidad tan aterradora. Se dijeron en alto algunos nombres, y al final hubo respuestas que provenían de un lugar tenebroso; de una niebla con vida propia que descendió sobre nuestros pensamientos. Eso ocurrió en febrero del año pasado, cuando todos los charcos se encontraban congelados y cubiertos por una especie de membrana.

Nos acucillamos, tiritando desnudas, en mi angosta habitación y escuchamos las nuevas palabras que oíamos dentro de nosotras, aunque esta forma de escuchar era distinta a la que se realiza con los oídos, algunas veces era más similar a un cambio en el ánimo o a una visión que al habla. Y así se nos contaron muchas cosas.

Todos nosotros, cada uno de nosotros, somos los fragmentos dolientes y ensangrentados de un Dios que se vio despedazado por el sollozo del nacimiento de la Eternidad. Cuando todos los días hayan transcurrido, Ella, que es la Novia y la Madre que se halla dentro de todos nosotros, reunirá todos los retales del ser que se diseminó en un único lugar, donde volveremos a saber lo que sabíamos al principio de las cosas, antes de esa atroz división. Todo ser está dividido entre lo que es, y lo demás, lo que no es. De estas dos partes la última es la mayor, y tiene

más importancia. Sabed que el pensamiento mora en otro país. Que todo es real. Todo.

Al principio, era sólo una voz en nuestro interior, el Hombre de la Cara Negra sólo aparecía en pequeñas dosis. Al principio, teníamos la sensación de que alguien se sentaba en la silla vacía que se encontraba en una esquina de mi habitación, pero cuando mirábamos hacia allí no había nadie. Al fin, ambas podíamos distinguirlo si le atisbábamos con el rabillo de ojo, aunque si le mirábamos directamente, desaparecía.

Era alto y aterrador, su pelo y su bigote eran como los de una bestia, sobre la negrura iluminada y pintada de su cara sus ojos eran de un amarillo pálido y brillante al igual que los de un cabrito. Una luz oscura y púrpura lo rodeaba, y daba la sensación de que su carne estaba decorada por doquier con tatuajes, formados por líneas espirales como serpientes o por una nueva caligrafía. Unas cosas que parecían ramas o cuernos brotaban de ambos lados de su cabeza, y cuando hablaba dentro de nuestras mentes su voz era lo bastante profunda como para que el aire se helara. Nos dijo que debíamos extender las manos, pero sólo yo me atreví, Mary estaba demasiado asustada.

Me quedé ahí durante unos instantes con la mano extendida, al principio, no sentí nada, sólo me sentí como una idiota. Sin embargo, al poco tiempo, pude sentir el toque ligerísimo de algo que se parecía mucho a unos dedos que se cerraban sobre los míos, y que, para colmo, estaban muy fríos. Cuando habló, sólo se dirigió a mí, lo sé porque cuando Mary y yo discutimos sobre esto más tarde me confesó que en esos momentos no oyó nada.

Me dijo, «Elinor Show, no me temas, porque soy uno con la Creación, como lo sois vosotras».

Luego dijo algo que no entendí, y me pidió que le prestáramos alguna cosa durante un año y dos meses. No deseaba algo sólido, sino más bien algo inmaterial, por lo que, en un principio, me entró miedo, ya que creía que me estaba pidiendo mi Alma. Me tranquilizó, al decir que lo único que me pedía era la mera Idea de mi ser, la cual iba a utilizar para algún propósito que no alcancé a comprender, y sólo por un corto espacio de tiempo. Incluso en este día, el día de mi muerte, sigo siendo incapaz de entender cómo la Idea de mi ser puede ser de algún valor, o para quién.

A cambio, me prometió que nos contaría cómo se invoca a los Duendes y cómo se conversa con ellos además de cómo hacer que nos obedecieran. Aún más, nos prometió que no sentiríamos las llamas del Infierno o del castigo.

No estoy segura de qué lugar salió el pergamino en el que dejamos nuestras firmas con sangre para sellar el pacto. Durante un tiempo pensé que había sido cosa de nuestro visitante, aunque de dónde lo sacó, no lo sé, ya que estaba desnudo. Ahora me da la sensación de que

podría haber estado ahí en mi habitación desde tiempo antes de que él apareciera, totalmente olvidado hasta aquella noche en la que nos topamos con él. Insistió en que firmáramos con nuestra sangre, diciendo que toda función corporal humana y su fluido correspondiente poseen un asombroso poder, que atrae a aquellos espíritus que no poseen ellos mismos un cuerpo y que, por lo tanto, consideran tal sustancia una novedad. A continuación, dijo que cuando invocásemos a aquellos Duendes deberíamos dejar que se amamantaran de los jugos de nuestro sexo, lo que les aplacaría, y que, de este modo, nos darían sus favores. Lo dijo sin ninguna malicia, como si para él no hubiera nada de qué avergonzarse en tal acto, aunque yo me ruboricé, al igual que mi Mary cuando se lo conté.

Lo que sucedió a continuación no lo sé. En mi confesión he contado que el Hombre de la Cara Negra se fue a la cama con las dos, y nos poseyó, y es muy probable que tal cosa ocurriera, pero en un sentido totalmente distinto al que estamos acostumbrados. No estoy segura de si alguna vez él estuvo allí en la cama con nosotras aunque nosotras sí que estábamos ahí, en carne y hueso, o si las cosas que creíamos que nos hacía nos las hicimos nosotras mismas, la una a la otra, después de todo. Aunque ambas le sentimos ahí con nosotras en ese delirio de movimientos y enredos, en esa presencia intensa que no se parecía en nada a un hombre y que empujaba dentro de nosotras, fría como el hielo pero aun así excitante.

Nos encontrábamos con él fuera del tiempo. Nuestra cama era toda cama donde todo hombre o mujer habían nacido, fornicado, o muerto. Cuando Mary lamió mis nalgas pudo ver una curiosa flor de luz que se extendía desde ellas lo que nos hizo reír, pero en nuestras mentes su voz nos dijo, «ved esta Rosa de Poder. Hay una colocada junto a cada una de las puertas del cuerpo», tras lo cual nos sentimos menos embriagadas.

Cuando alcanzamos aquella inmensa Alegría hubo un momento distinto a todos los demás en el cual el mundo había desaparecido, ni siquiera había llegado a estar ahí alguna vez, en su lugar se encontraba la más perfecta de las blancuras, y nosotras éramos la blancura, y ambas éramos sublimes, y ambas no éramos nada. Después, si es que podía haber en verdad un después en tal cosa, dormimos hasta que llegó el día cuando nos despertamos y descubrimos que estábamos solas junto a una vela apagada y un pergamino lleno de sangre.

Ahora tengo los brazos y los hombros envueltos en llamas. Junto a mí, bajo las faldas de Mary, oigo el siseo y el chisporroteo de su vello del amor al ser abrasado; el distintivo animal secreto y sagrado de nuestro género. Qué aspecto tan glorioso debe de tener ahora, emplumado con unos fuegos espléndidos, como si fuera una visión. Frotaría mi cara contra él, me empaparía la barbilla con chispas en vez de flujo. Lo veneraría. Lo adoraría. Aún no siento dolor alguno.

Las cosas de las que nos acusaron, que hicimos, en apenas más de un año, supusieron la muerte de quince niños, ocho hombres, y seis mujeres gracias al empleo de nuestras diabólicas artes; de la misma manera, también libramos al mundo de cuarenta cerdos, cien ovejas, y treinta vacas, según mis cuentas eso supone que hechizamos una tres bestias a la semana. También se me olvidaba incluir a unos dieciocho caballos. Por los alrededores de Oundle, y llegando a sitios tan lejanos como Benefield y Southwick, no se pisaba un hormiga sin que se afirmara que nosotras éramos responsables de alguna manera del fallecimiento del pobre bicho. Cuando se quedaron sin crímenes de los que acusarnos, pasaron a enumerar nuestros pecados más leves, afirmando que éramos pareja y también «compañeras de juegos», lo que nos proporcionó grandes momentos de hilaridad.

¿A qué jugábamos con nuestra cera y barro? ¿A qué jugábamos con nuestros alfileres? Si he de ser honesta, aquello era poco más que un entretenimiento egoísta, en gran parte, hasta que supimos más acerca del Reino Superior, entonces cambiamos y nos volvimos más respetuosas. Aun así seguíamos riéndonos tontamente de nuestros juegos, seguíamos retozando con las maldiciones y encantamientos sin fin, seguíamos divirtiéndonos al transformar la palabra en milagro.

Si pudiéramos contarles siquiera la mitad de lo que sucedía, además de lo de los Duendes que invocábamos y lo de las criaturas similares de un orden superior. Como he dicho antes, si a uno le enseñan, la facilidad con la que pueden hacerse estas cosas da miedo. Podíamos invocar a cuatro clases de Duendes, todos con diferentes utilidades y colores. Algunos eran enrevesados y de color rojo, éstos tenían conocimientos tanto de Arte como de otras diversas materias. Algunos eran de un gris parduzco, y tenían forma de anguila decorada, o más bien como torsos que poseían colas, y aunque no parecían tan listos como los otros, entre sus inmersiones y fluctuaciones una podía oír los pensamientos de la otra, y sobre sus ondas podíamos enviar nuestros sueños a recorrer el mundo.

Algunos Duendes eran negros, tenían una piel brillante sobre la que Todas las cosas se reflejaban, como en un espejo. Tenían forma de hombre, aunque eran de un tamaño más pequeño, los utilizábamos para ver el futuro, o lo que sucedía en lugares remotos. Vimos en el brillo de sus frentes el tiempo de tinieblas que hubo antes, y supimos de los días que vendrán, aquéllos en los que el fuego caerá, en las escrituras de sus tripas de ébano.

Los Duendes blancos eran como hurones, o quizás como gatos delgados con unas manos enanas como las de los hombres ancianos, y en sus rasgos también había algo que recordaba a la cara de un viejo. Sólo servían para hacer daño. No hacíamos uso de ellos. Bueno, no muy a menudo.

Lo que ocurre con los Duendes es que hay que mantenerles ocupados todo el rato, si no, se aburren de la compañía mortal y se marchan.

Además, en justicia, deben ser recompensados por cada tarea que realizan, la gratificación que yo y Mary les dispensábamos consistía en ponernos tumbadas mirando hacia arriba dentro del círculo de tiza con nuestros sayos levantados y las rodillas separadas. Tras haber hecho esto, siempre nos sentíamos cansadas. No podíamos verlos mientras bebían a lengüetazos entre nuestros muslos, sólo a veces los sentíamos, chupando nuestros botoncitos.

(Aquella desgraciada noche en la que Billy Boss y Jacky Southwel, Policías ambos, fueron enviados a apresarnos, fuimos examinadas. Todos los hombres allí presentes contemplaron estos botoncitos, esos rincones donde dijimos que los Duendes nos habían chupado, y parecieron muy sorprendidos, como si no hubieran visto nunca antes tales cosas. Al describirlos decían que eran como pezones o trozos de carne roja alojados en nuestras partes más íntimas. Me compadezco de sus pobres esposas, si es que las tienen).

Aparte de los Duendes, invocábamos a unas criaturas muy peculiares, similares a unos perros monstruosos, a los que a veces se les llama la Perra Negra. Tienen unos ojos que parecen brasas, y algunas son muy antiguas. Viven cerca de los cruces de caminos, o en los puentes, en lugares donde las cosas aún están por decidir y donde el velo entre lo que es y lo que no es se halla desgastado y raído, y se desgarrar con facilidad.

Tienen una especie de cachorrillos, mucho más pequeños y mucho más difíciles de contemplar, que son negros y ciegos al mismo tiempo, y cuyas lenguas son largas y muestran mucho afán de explorar cosas. Su presencia hace que la atmósfera del lugar se llene de miedo, pero esto se condensa en un placer exquisito y sorprendente al tocarlos. Le mandamos un par de ellos a Bessy Evans cuando comentó que no tenía ninguna alegría en la vida, y mira cómo nos lo agradeció.

Aún recuerdo aquella mañana, me encontraba en su patio con Mary, Bessy hablaba y hablaba acerca de su John y de que no la había tocado desde hacía un año, y de que dormía en una habitación distinta lejos de ella. Le dijimos que era una necia al vivir tan miserablemente, ante lo cual nos preguntó si podíamos enviarle algo que le hiciera algún bien. Juramos que haríamos lo que estuviera en nuestra mano, y a la mañana siguiente, cuando nos encontramos con ella parecía una mujer diferente, nos contó cómo por la noche había soñado que dos cosas parecidas a topos se habían metido en su cama y le habían chupado los bajos, los de delante y los de atrás, según nos contó fue, de algún modo, algo aterrador y placentero al mismo tiempo. Más tarde, cuando proporcionó evidencias en nuestra contra, juró que estas visitas nocturnas le hacían tener tanto miedo que tuvo que mandar a buscar al Señor Danks el Pastor, quien acudió su habitación varias noches, con el fin de rezar juntos para que 1 criaturas pudieran ser desterradas.

¡Cuatro noches! Según ella misma admitió, ése fue el tiempo que aquella vaca desagradecida gozó de los sutiles cachorritos antes de que se le

ocurriera llamar al Pastor, y acudió a él únicamente porque no se los enviarnos más veces y deseaba un hombre en habitación que ocupase su lugar. ¡Cuatro noches!

He de decir que, aunque en general me gustan poco los hombres, hay veces que las mujeres me*producen desprecio. Cuando pienso en las cosas que hicimos por ellas por compasión porque éramos del mismo sexo, y en cómo todas ellas corrieron a acusarnos una vez que el tinglado se vino abajo. Cuando quedaban embarazadas sin estar casadas, o cuando creían que su marido se acostaba con otra, entonces era otra cosa. Entonces todo era «Nell, deshazte de él por mí», o «Mary haz que engorde como un cerdo y que vuelva a mí».

Curábamos de difteria a sus bebés y mediante embrujos hacíamos que surgieran verrugas en las pollas de sus maridos infieles. Mandábamos gemas azules de luz para calmar sus retortijones cuando estaban malas y les dábamos hechizos escritos para mantener alejados a aquéllos que violan y roban. Hablábamos entusiasmadas de su futuro, lo adivinábamos y lo leíamos en sus cagadas.

¿Pero matar?

Creo que lo hicimos. Al menos en el caso de la anciana Madre Wise y, sí, quizás con el chico de los Ireland. No puedo decir que no quisiéramos hacerlo, porque seguramente ésa era nuestra intención cuando lanzábamos nuestros conjuros, pero por mi parte ahora lo lamento. La ira, el resentimiento, el rencor y todos los estados de ánimo comunes y mundanos son unos lujos peligrosos que alguien que domina la Artes no se puede permitir. Vuelven a ti, como perros hambrientos. Y se lo comen todo.

A la Señora Wise la matamos porque no nos vendía el suero de la leche, aunque no fue sólo por eso. Fue porque se relacionaba con todas esas esposas asquerosas de la aldea que nos llamaban putas, y compartía esa opinión, y todo porque Bob Wise, su marido, me sobó las tetas y se puso a besarme cuando se emborrachó el Día del Arado, este último no, el anterior.

Ahora que lo pienso tiene gracia: iba disfrazado de Brujo para el Día del Arado, como siempre le toca hacer a alguien cada año. Llevaba la cara pintada de negro, y portaba unas ramitas y unos palos atados alrededor de la cabeza a modo de cuernos, porque así lo dicta la tradición. Le pregunté si llevaba aquellos cuernos porque su mujer estaba en el pajar con algún otro hombre, a lo que respondió que no le importaba dónde estuviera mientras me tuviera a mí a cambio, y tras decir esto me besó en la boca y me agarró de la teta un ratito. A pesar de que era gordo y vulgar y no era tan alto ni de lejos, ¿por qué no pensé en el disfraz de Bob Wise cuando invocamos por primera vez al Hombre de la Cara Negra? ¿Qué significado tiene este parecido, y por qué no me había dado cuenta hasta ahora?

No importa. Para colmo de males, cuando su mujer se negó a darnos el suero de leche me llamó de puta para arriba, de modo que me enfadé y me acordé todas las veces que había caminado entre los puestos del Mercado de Oundle con sus gritos y burlas resonando en mis oídos, con las orejas rojas y ardiendo, mientras yo me sentía demasiado asustada e iracunda como para contestar. Entré furiosa a casa, me metí en la habitación de Mary para despertarla como si fuera un tornado, y estaba tan enfadada que durante un rato no pudo entender nada de lo que decía. Cuando me calmé ya un poco, preparé una efigie de cera con alfileres clavados por doquier, y Mary invocó a un Duende blanco que se parecía a un armiño y cuyas manos eran como las de un bebé que respondía al nombre Chúpame-El-Pulgar, o a veces, cuando le apetecía, al de Jelerasta. Aparecía algunas veces hablando en inglés aunque hablaba más a menudo en un idioma que creíamos que era griego. Sorbió el néctar de la Rosa de Luz del bajo vientre de Mary y a continuación se le encargó hacer realidad esas heridas que aparecían en mi maniquí hecho de grasa, atravesado como un mártir, casi oculto a la vista en esa bola con forma de cerdo llena de clavos y agujas. Esto ocurrió por la tarde.

Esa noche, la Viuda del Pico vino a visitarnos. Aunque el nombre de su marido era Pearce se la llama la Viuda del Pico porque le había desaparecido el pelo en las sienes tal y como les pasa a los hombres a una edad madura, para acabar formando una punta en la frente. Había venido a preguntar si podíamos darle suerte con los hombres en Año Nuevo, ya que nos encontrábamos en Nochevieja, pero aunque escribimos un conjuro para ella no se marchó, y seguía sentada con nosotras cuando nuestra puerta se abrió de par en par al dar el reloj de la iglesia las campanadas de medianoche. Chúpame-El-Pulgar entró; volvía de aquel lugar al que le habíamos enviado, y se deslizó por el suelo para de un brinco posarse en el regazo de Mary, de cuyo calor y aroma disfrutaba.

La viuda miró fijamente con horror y fascinación al Duende y luego apartó la mirada como si no estuviera segura de qué era lo que estaba viendo, o de si incluso estaba viendo algo. Verla tan desconcertada nos hizo sonreír, ya que hacía rato que había sobrepasado el límite de tiempo en que era bien recibida en esa casa, y creo que Mary deseaba asustarla totalmente cuando dijo, señalando hacia mí, «¡Contemplad ahí, a la bruja que ha matado a la anciana Madre Wise creando primero una muñeca de cera, y luego atravesándola con alfileres!». La Viuda del Pico se marchó poco después, y ambas nos reímos de aquello, y no nos dimos cuenta de que podríamos haber dicho cosas mucho más prudentes.

Supimos al día siguiente que, tras dejarnos, la viuda había ido directamente a casa de la Madre Wise, y fue la primera en cruzar ese umbral aquel Año Nuevo, donde se encontró con la mujer sumida en un gran dolor, de modo que debido a él murió poco después de medianoche, que Dios tenga en su gloria su alma mezquina y frustrada. No lo sentí

tanto por ella como lo sentí por el pequeño Charlie Ireland, al que creo que había matado la semana anterior.

Ambas muertes estaban relacionadas. En el caso de la Señora Wise, Mary utilizó a Chúpame-El-Pulgar cuando no hacía falta ya que mi muñeca de cera y mis alfileres habrían cumplido su cometido ellos solos, sin ninguna duda. Lo hizo, y ciertamente estaba contenta de poder darle algo que hacer al Duende y tenerlo así contento, porque es un hecho comprobado que los Duendes se extravían o se vuelven irritables si no están siempre ocupados, además cuanto más ocupados están más fuertes se hacen. Al hacerse más fuertes, demandan más trabajo, y así sucesivamente. Una vez los has invocado, es difícil saber qué tareas les vas a asignar, una semana tras otra.

Mary había invocado por primera vez a Chúpame-El-Pulgar un poco antes de Navidades, cuando al igual que me sucedió a mí con la Señora Wise tuvo un arrebató de cólera. Esta situación había sido provocada por Charlie Ireland quien, con otros chavales de su misma edad, se dedicaban a rondar por el pueblo de Southwick, una zona que nosotras solíamos frecuentar. Mary había ido a Southwick a buscar un jamón que coceríamos para cenar, y al salir de la carnicería se vio rodeada por una pandilla de chicos, capitaneados por Charlie Ireland. Animado por sus compañeros, le llamó vieja bruja y puta y le preguntó si se tragaría su cipote por un cuarto de penique.

Nunca la había visto de tan mal humor como cuando llegó a casa esa noche. No dijo ni una palabra, pero entró en su habitación donde primero, después de cierto silencio, pude oírla haciendo ruidos como si estuviera masturbándose y luego la escuché hablando en voz baja, aunque no sabía a qué. Pasó algún tiempo antes de que abriera la puerta, presentándose en pie desnuda con aquella criatura similar a una comadreja blanca y brillante que susurraba en francés mientras se acurrucaba entre sus pies. Poco después salía a gran velocidad de la habitación y luego de la casa, desapareciendo de nuestra vista.

No volvimos a ver al Duende aquella noche, y Mary me contó que le había ordenado que viajara por aquellas callejuelas vacías y oscuras hasta encontrar la casa de los Ireland en Southwick, para causarle molestias en las entrañas al muchacho, provocándole retortijones y dolores. El pensar en su malestar calmó su ira, y ambas creímos que aquello ya se había acabado hasta que llegó la noche siguiente, cuando la criatura cuyos dedos eran como los de un bebé acudió una vez más a nosotras.

Paseaba y parloteaba en una multitud de lenguas distintas delante de nuestra chimenea, al principio parecía estar contrariado y luego se enfureció cuando no le asignamos ningún trabajo que hacer. Nos miraba encolerizado con una mirada llena de odio o tiraba de nuestras faldas con sus manitas calientes y suaves y no se iba a pesar de que le rogamos y ordenamos que lo hiciera. A continuación comenzó a vilipendiar en inglés, entonces nos dijo que debíamos llamarle ahora Jelerasta, y que

no nos dejaría dormir hasta que no le encomendásemos una tarea acorde con su naturaleza.

A las tantas de la mañana, con mi ánimo por los suelos, supliqué a Mary que se inventara cualquier encargo para tener ocupada a aquella bestia puesto que si no me volvería loca y, al verme en tal estado de claudicación, ella claudicó. Chúpame-El-Pulgar (o Jelerasta) fue enviado una vez más a mordisquear las entrañas de aquel desafortunado niño y, tal y como supimos más tarde, le obligó a proferir alaridos como si fuera un perro. Cuando a la noche siguiente la criatura volvió a visitarnos era más grande y más persistente, y no nos dejó otra opción que mandarla de nuevo a Southwick a casa de los Ireland.

Esta vez volvió casi de inmediato, ni una hora había pasado, y parecía furioso al mismo tiempo que disgustado. Nos contó, aunque a veces empezaba a hablar en otros idiomas debido la exasperación, que los padres del niño, sin duda advertidos por algún entrometido, habían llenado una jarra de piedra con el orín del chico dentro de la cual habían dejado caer unos alfileres y unas agujas de hierro antes de enterrarla bajo su chimenea. Chúpame-El-Pulgar, por razones que el Duende no acertaba a explicar, no pudo entrar en la casa gracias a esta protección, así que tuvo que volver para mantenernos en vela, toda la noche con pellizcos, tirones horribles, y frases quejasas en idiomas extranjeros.

Al día siguiente, fuimos con las legañas aún puestas y contritas a ver a la madre del muchacho, a la que confesamos nuestro crimen y le rogamos que desenterrara la jarra y nos la diera a lo cual accedió, de forma estúpida, una vez le prometimos que a su hijo no iba a sufrir ya daño alguno. Esa noche el Duende blanco Jelerasta mató a Charles Ireland en su cama mientras dormía profundamente como un bebé recién nacido. A la semana siguiente, utilizamos las alfileres y agujas que encontramos dentro de la jarra del pis con la Madre Wise, tras lo cual Chúpame-El-Pulgar pareció quedarse satisfecho, puesto que no lo hemos vuelto a ver desde entonces.

Ésos eran nuestros crímenes. De éstos me declaro culpable, pero de más no. No matamos al niño de los Gorham, ni dejamos lisiada a la Viuda Broughton porque no nos había querido dar guisantes. Ni tampoco acabamos con el caballo de tiro de John Webb cuando éste afirmó que éramos unas brujas, puesto que aquel caballo había muerto hacía ya mucho tiempo, antes incluso de que nos encontráramos con el Hombre de la Cara Negra por primera vez. Entonces no éramos brujas, ni éramos llamadas así, sólo nos llamaban putas. Aparte del hecho de que el caballo era viejo y estaba a punto de caerse muerto ahí mismo. ¿Quién se molestaría en usar la Hechicería para matarlo, cuando bastaba con un viento fuerte?

Por cierto, cuando Boss y Southwell vinieron a por nosotras, confesamos de buena gana todas estas cosas, como si tuviéramos alguna opción al respecto. Nos empujaron y nos hicieron llorar y nos

dijeron que si no confesábamos nos matarían, mientras que si aceptábamos nuestra responsabilidad en el asesinato de Lizbeth Gorham y algunos otros seríamos libres. Aunque no nos creímos la última parte de su promesa, sí que nos creímos la primera, así que relatamos con todo detalle todas nuestras andanzas, tanto las reales como las que no lo eran.

Más adelante hubo una especie de Juicio, aunque era tal la animadversión que se había levantado contra nosotras, con los lamentos de Bob Wise y de la madre de Charlie Ireland oyéndose de continuo en el corredor, que el veredicto estaba ya claro antes de que aquello hubiese comenzado, por lo que el asunto concluyó con una velocidad inusitada y fuimos enviadas a la Prisión de Northampton para esperar a que nos quemaran.

Para entones, no teníamos ninguna razón para fingir, ni para refrenar nuestros Poderes, así que mientras estuvimos encerradas maldijimos y reímos día y noche, además de provocar algún que otro espectáculo inquietante.

Ocurrió una tarde que dejaron entrar a unas personas para que visitaran la prisión y así contemplar aquellas bonitas vistas; para que se estremecieran y temblaran ante los presos y sus desgracias. Un hombre llamado Laxon y su esposa habían venido especialmente a ver a las famosas brujas que iban a ser quemadas. Ambos permanecieron algún tiempo fuera de nuestra celda y, aunque el marido no era hombre de muchas palabras, su esposa tenía muchos buenos consejos que damos. Nos dio una charla repleta de beatería acerca de lo equivocado del camino que habíamos elegido, y nos dijo que nuestra situación probaba que el Diablo nos había abandonado tal y como hacía con todos los que le seguían.

Como uno se puede imaginar fácilmente, enseguida me cansé de los consejos de la Señora Laxon, así que tuve que recurrir a murmurar ciertos nombres y herejías en la Lengua de los Ángeles, de modo que en un minuto o así las faldas y el sayo de la mujer se alzaron por el aire, a pesar de que tanto ella como su marido proferían grandes gritos e intentaban conseguir que dejaran de flotar hacia arriba de esa manera, hasta que toda la ropa se le dio la vuelta por encima de la cabeza quedando de este modo la mujer expuesta en toda su desnudez. Tanto yo como Mary nos reímos al ver este espectáculo, y le dije a la mujer que yo había demostrado que ella era una mentirosa.

Algunos días después, aún estábamos muriéndonos de la risa al recordar la cara que puso el señor Laxon y armamos tanto ruido que el Guarda de la Prisión acudió a nuestra celda, y nos amenazó con unos grilletes. Nosotras procedimos a invocar a Gorgo y Morgo, tras lo cual se vio obligado a rasgarse la ropa y a bailar desnudo en el patio de la prisión durante una hora o más hasta que cayó agotado con espuma blanca y seca en los labios.

Tuvimos nuestros momentos de diversión, y al final nos sacaron y nos quemaron hasta convertirnos en cenizas. Ellos poseían una Magia más fuerte. Aunque sus libros y sus palabras carecían de vida, eran aburridos, y no eran tan hermosos como las nuestras, tenían una mayor solidez, y al final nos derrotaron. Nuestro Arte comprende todo lo que puede cambiar o tener movimiento en la vida, pero con sus escritos sin fin buscan que la vida quede fijada, de manera que ésta pronto se verá asfixiada y aplastada bajo sus manuscritos. Por mi parte, prefiero el Fuego. Al menos éste danza. La Pasión no le resulta extraña.

Miro a mi alrededor y veo que ya es más tarde, el cielo ahora está oscuro, cuando hace poco era por la mañana. ¿Adónde ha marchado toda la multitud? Mary y yo casi hemos desaparecido; somos una mirada que echa chispas furiosa, sombría, y reducida a polvo entre las cenizas que se enfrían. Mañana, las niñas bailarán entre nuestras costillas, esos huesos arqueados calcinados y amontonados como las uñas desparejadas de unos gigantes nada pulcros. Cantarán, levantarán unas nubes grises y sofocantes que somos nosotras, y si el viento introduce los fragmentos que quedan de quienes fuimos dentro del ojo de alguien, entonces puede que surjan las lágrimas.

Las brasas se apagan, una a una. E inmediatamente, todo se acabó. Sólo queda la Idea de nosotras. Hace diez años en el campo de laburnos nos miramos a los ojos y contuvimos la respiración. Un escarabajo juguetea, allá abajo en la hierba. Mientras, nosotras esperamos.

El sol luce pálido en el muro

1841 d. C.

17 de noviembre miércoles, me despierto en casa mía y de Patty en Northborough siento mucho miedo aunque no puedo decir por qué o de qué, la llamo mi casa aunque para mí no es un hogar y no puedo considerarlo como tal, por la mañana he escrito una carta al Sr. Reid de Alloa y le he preguntado si me podría prestar algún Periódico Escocés ya que no he leído un Periódico desde hace algunos años estaría muy agradecido si pudiera leer algunos incidentes que me entretuvieran o algunas Noticias literarias pero no sé si será tan amable de enviármelo, dentro de la carta que le he enviado he incluido una Canción dedicada al Niño Harold pero creo que no es muy buena y puede que la deje fuera ya que el tiempo es muy malo, todo nubes vaporosas y tormentas que proyectan una luz melancólica sobre las cosas así que debo esforzarme y animarme si no quiero sentirme tan abatido como cuando estuve encerrado en la Prisión de Matthew Allens en el Bosque di un paseo junto al viejo Arroyo por la tarde y pensé en Mary porque en Verdad no pienso en nadie más aunque mi nueva esposa Patty Turner y nuestros hijos son muy buenos conmigo soy un hombre afortunado al tener dos esposas pero he de confesar que estoy preocupado al no saber nada de Mary durante tanto tiempo, no la he visto hará unos doce meses ni me ha contestado desde la última vez que le escribí cuando llegué a Northborough el pasado Julio tras mi atrevida fuga y posterior caminata a lo largo de un recorrido de casi 80 millas según me dicen temo que me haya olvidado mientras yo estaba en High Beech y me sentí triste al llegar a nuestro Lugar secreto junto al Arroyo donde nos sentamos juntos por primera vez hace 30 años cuando éramos jóvenes y estábamos en la Flor de la Vida el arbusto de Espino blanco tras el cual jugábamos ha crecido ya tanto que no puedo distinguir ya cuál es y aun así se me ocurre que mi Primera Esposa pudo haber perdido algún recuerdo cuando tantos años antes el éxtasis del amor nos embargó bajo su baldaquín oscuro, pensé que si apartaba los palos y ramas que formaban una maraña quizás podría encontrar un Cordón o una Hebilla aunque cuando lo intenté me vi cubierto hasta las rodillas por un barrizal frío y húmedo y me pinché el ojo con una espina lo que me hizo llorar y me dejó casi ciego *además* la Luz era muy tenue de modo que el Sol lucía de un color plateado a través del humo que se elevaba desde los Campos y se parecía más a la Luna, volví cojeando a casa con las botas caladas por dentro y algo de dolor en la pierna de la que aún cojeo bastante desde que llevé puesto aquel Zapato destrozado con media suela desprendida a lo largo de la Caminata que realicé desde Essex Patty había estado fuera lavando y demás y estaba cansada por lo que no se Compadeció de mí cuando volvió, le dije que había estado buscando la hebilla de Mary en el Espino Blanco junto al Arroyo y que me había hecho daño en el ojo pero estaba enfadada y no me hizo caso y empezó a decir lo de siempre que Ella era mi única Esposa y que mi

encantadora Mary nunca se casó eso La escuché decir añadió que no quería oír hablar del arroyo ni de lo que Mary y yo habíamos hecho allí y que si me había lastimado el ojo era culpa mía por andar en aquel seto cuando debería estar por ahí ganando dinero ya que éramos muy pobres me indigné y le dije que había escrito hacía tiempo a Matthew Allen preguntándole qué había sido del salario anual que mi hija la Reina Victoria me había prometido ya que me dijeron que el primer trimestre había comenzado antes de la última recogida del heno a menos que lo hubiera soñado entonces Patty lloró y se enojó sin ninguna razón como suelen hacer las Mujeres y dijo algo horrible sobre Mary que no reproduciré en estas páginas, a continuación dijo que no podía vivir así mucho más tiempo y que aquel Viernes deberíamos ir a la Ciudad de Northampton a ver un sitio en el que ella consideraba que me sentiría más a gusto que en aquel sitio en el que pasé una temporada en Essex ante cuya mención pude sentir como si una gran losa de angustia cayera sobre mí, le habría preguntado más cosas al respecto pero se fue a la cama furiosa y enajenada de modo que me he quedado aquí solo para escribir estas palabras bajo la luz débil y amarilla de la Lámpara que se derrama desde la estantería situada encima de la mesa así que me van a volver a meter en un manicomio ya que no hay ningún otro sitio en Northampton que consideren que es adecuado para mí, Bueno esto es lo que hay y no se puede *haser* nada aunque me siento apenado cuando pienso en todo lo que tuve que andar cuando me escapé de High Beech para acabar descubriendo que aquí en casa me esperaba otra prisión, puedo recordar aquel Domingo de Julio cuando me sacaron de mi confinamiento por un breve espacio de tiempo para dar un paseo por el bosque de Epping donde me topé con unos viajeros que tomé por gitanos como aquéllos con los que *combibí* una vez en mi juventud pero éstos eran de otro tipo se vestían con pieles y pellejos de vaca malolientes llevaban el pelo sin arreglar y el rostro pintado con dibujos primitivos, es algo que cuándo ahora lo pienso me parece raro pero entonces no me lo pareció, enseguida congenié con esta gente tan tosca y ellos me contaron en confianza que recientemente habían sufrido una pérdida ya que habían tenido que dar Sepultura entre los árboles a una de las mujeres que viajaban con ellos, me contaron que había tenido problemas en una pierna y me miraron de forma muy rara cuando dijeron esas palabras por lo que sentí miedo pero no por ninguna razón que sea capaz de concretar, después de un rato me señalaron a un muchacho retrasado de aspecto cetrino y triste que merodeaba por los lindes más lejanos de su campamento al que los otros *ninios* viajeros alejaban de manera cruel a pedradas Él lloraba e imploraba ayuda de manera lastimosa cada vez que le daban en la espinilla y mis compañeros de viaje me contaron que se trataba del hijo idiota de la mujer que hace poco habían enterrado quien era incapaz de mantenerse por sí mismo ni de trabajar por el bien común de modo que le dejaron atrás ahora que no tenía una Madre que velara por él sentí una gran lástima por aquel muchacho pero enseguida desapareció de mi vista entre los robles que allí se extendían ese verano y del que no se habló nunca más de acuerdo al código moral severo y brutal por el que se guiaba aquella gente aunque he de confesar que nosotros en nuestras Ciudades y Aldeas no somos muy diferentes ni menos duros a la hora de convertir a un hombre en un proscrito uno de los Gitanos pareció trabar

cierta amistad conmigo y se ofreció a ayudarme a fugarme del manicomio escondiéndome en su campamento me pareció una idea bastante buena así que acepté su ofrecimiento aunque le avisé de que aunque ahora no tenía dinero le daría cincuenta libras si me ayudaba a escapar antes de que llegara el próximo Sábado a lo que accedió de inmediato, aún no tengo muy claro qué fue lo que pasó después, a veces me da la impresión de que todos mis encuentros con los Gitanos tuvieron lugar aquella misma tarde de Domingo mientras que otras veces puedo recordar que pasó *toa* una semana antes de volver allí un Viernes para encontrarme con que mi nuevo amigo no parecía para nada entusiasmado con la idea de llevar a cabo nuestro plan de modo que no hablé mucho de ese asunto y volví allí dos días después para descubrir que habían levantado el campamento y que se habían marchado todos, si todas estas cosas ocurrieron a lo largo de *toa* una semana o en una sola tarde no lo sé pero de cualquier manera fue de nuevo un Domingo cuando me encontraba allí en pie entre los árboles que suspiraban con sólo el círculo negro de una quemadura sobre la hierba que me indicase que mis amigos Gitanos habían estado allí aparte de un viejo sombrero de ala ancha y un sombrerete de paja de lo que ellos llamaban de tipo de los que se hunden metí el sombrero en el bolsillo pensando que podría ser de *utilidad* cuando tuviera otra oportunidad que gracias a Dios así resultó ser es tarde y estoy cansado de tanto escribir, Patty seguramente ya está dormida y si tengo cuidado y no la molesto al meterme en la Cama no reñiremos Ella es buena conmigo a pesar de su lengua afilada aunque cuando me tumbo junto a ella desearía que fuera Mary Clare, quien una vez fue Mary Joyce soy un necio y me voy a dormir

18 de noviembre jueves, No he hecho nada

19 de noviembre viernes, Anoche tuve un sueño en el que volvía a Northborough y me lo encontraba vacío también descubría mi casa totalmente desierta y que mi primera mujer Mary había desaparecido A continuación en el sueño estaba casado de nuevo y vivía entre los juncos junto a un río con mi nueva Esposa Patty Clare quien una vez fue Patty Turner y nuestros hijos aunque de esa extraña manera en la que las cosas son en los sueños era como si mi segunda esposa y los niños fueran patos con ojos oscuros y plumas verdes hasta que en mi sueño grité con fuerza y los asusté de modo que huyeron de mí volando a través de las ciénagas y cuando me desperté tenía la cara llena de lágrimas fui en carruaje a Northampton con mi Segunda Mujer y nuestro Hijo John quien a sus quince años es todo un hombrecito iba vestido muy elegantemente y tenía una expresión que denotaba mucha seriedad, estaba orgulloso de él aunque me incomodó ver cómo tomaba el brazo de su Madre cuando *bajava* del carruaje ya que cumplía con el papel de Marido mucho mejor que yo, por toda la ciudad caía una llovizna desagradable que pendía suspendida como una sábana vieja y gris sobre sus prados aun así a mí me encantaba Este Condado te llama y cuando estaba lejos de aquí en la prisión del señor Allen entonces fui consciente de ello y escuché su voz dulce cantándose a través de los campos y millas que había entre nosotros y sentí que me *estremecía* por Dentro aunque he vivido en Essex y he visitado Londres en no menos de

cuatro ocasiones mi hogar sigue siendo este lugar y no preveo que nunca tenga el Coraje para dejarlo de nuevo ni tampoco la voluntad como para hacerlo, la Ciudad ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí y no se parece tanto a los gratos recuerdos que tenía de ella durante mi confinamiento, el Castillo Normando es ahora poco más que un montón de piedras y gran parte de la tierra comunal que lo rodea está ahora vallada y cerrada, aunque las viejas Iglesias están bien conservadas muchas de las esculturas grotescas e imaginativas de San Pedro han sido destruidas quería subir a la calle Sheep^[5] para ver su maravillosa iglesia redonda pero Patty estaba cansada así que en vez de eso nos sentamos en las escaleras situadas entre los pilares de Todos los Santos al final entramos en una Taberna para tomar algo de pan y queso y media pinta de *Serveza* de la que no recuerdo su nombre pero estaba situada al final de una callejuela donde las *Servezas* se guardaban y que no estaba lejos de la Iglesia redonda del Santo Sepulcro, en la Taberna se discutía voz en grito acerca de un timo que se había dado cerca de Kings Thorp donde la carretera sale de Boughton y una Mina se había excavado en la Tierra con la esperanza de encontrar carbón, según parece el Ingeniero era algo granuja y había dejado trozos de Carbón alrededor de la Mina para que los hombres los encontraran y que de ese modo pudiera vender sus acciones a un mayor Precio, esto no me sorprende ya que la Gente que se dedica al Comercio son siempre unos Tramposos y unos Mentirosos como Edward Drury de Stamford y el Editor John Taylor quien entre los dos me deben casi cincuenta libras cosa que no he olvidado a pesar de lo que digan acerca de los padecimientos de mi mente por la tarde cuando ya no podía posponerlo más dimos un paseo hasta el Manicomio situado en la Carretera a Billing y he de confesar que tiene un gran aspecto para ser lo que es este Lugar, posee unos viejos muros de piedra marrón que tienen un aire rústico y los árboles situados más allá de él han crecido por doquier aunque bajo la lluvia transmitían una sensación de tristeza conocimos a un tal señor Knight quien en mi opinión era un tipo de lo más serio que por todas las preguntas que me hizo mostró mucho interés en mí, lo que más *pareía* interesarle era mi Primera Esposa y me preguntó cuándo La había visto por última vez a lo que repliqué que hacía un año habíamos estado los dos en Glington ante lo cual me dijo que Eso no puede ser cuando has pasado cuatro Arios en High Beech entonces me sentí confuso y aturdido en mis Pensamientos y me dejó en Paz habló sólo con Patty durante un Rato mientras John y yo caminábamos por los Jardines, Caminamos juntos e íbamos de la mano y ninguno dijo Nada mientras contemplábamos los terrenos del manicomio hasta llegar a esa cinta *plateá* que es el Nene y todas las Aldeas que se encuentran Más Allá poco después Patty se Nos unió y nos dijo que ya estaba todo arreglado y que en un mes habrían encontrado acomodo para mí lo que me *Avatió* aunque di a entender que estaba *mu* contento por el bien de Patty y el Niño, dicen que podré salir a pasear cuando Quiera y que no seré un prisionero como ocurrió en Essex así que quizás no vaya a ser algo tan Malo aunque ya veremos mientras tanto pongo. Buena cara mientras la Fortuna lo permita no hablamos mucho durante el camino de vuelta a Northborough así que ahí sentado miré a través de la ventana del carruaje hacia los campos que se iban

oscureciendo de donde surgió el grito desgarrador de un Arrendajo que volaba en algún sitio por encima de los rastros *ennegrecíos* pasamos junto a una Posada donde los Hombres Cantaban un balada lasciva y aunque Patty se escandalizó y regañó al pequeño John por haberla escuchado a mí me hizo sonreír, Cuando escapé de High Beech aquel Martes de Julio tomé la ruta que mi amigo el Gitano me sugirió aunque enseguida me equivoqué de dirección y perdí el rastro de la senda que lleva a la ciudad de Enfield de modo que me encontré en la carretera principal de Enfield donde me topé con una Posada muy parecida a ésta junto, a la que el carruaje en el que íbamos montados yo y Patty ha pasado esta noche salvo por el hecho de que esta Fonda situada en la carretera principal de Enfield era más silenciosa y extraña en su aspecto, cuando la vi por primera vez creí que era una Ruina abandonada cuyo techo estaba derrumbado pero al acercarme enseguida pude ver que se trataba de una Taberna como cualquier otra del lugar el nombre de la posada que lucía en el letrero que allí colgaba era El Trabajo en Vano lo que me *paresió* peculiar y a todo aquél al que he preguntado desde entonces me ha respondido que no conocen un Lugar llamado así, cuando pasé junto a ella Una persona que yo conocía estaba saliendo por su puerta, resultó ser el joven Idiota al que había visto cómo mantenían alejado del campamento de Gitanos tenía una Herida muy fea en la rodilla que tenía aspecto de haberse infectado y su forma de hablar era tan confusa que no pude entender ni la mitad de lo que decía pero cuando le pregunté en qué Dirección estaba Enfield me señalaba y hacía gestos para que pudiera *de saber* lo que quería decir y seguí caminando lleno de alegría y confianza, así llegué al fin junto a la Carretera de York en dirección a Stevenage antes de que cayera la noche me encaramé a la puerta de un corral y algunas vallas más allá en un patio había un Cobertizo en cuyo interior se encontraba un montón de tréboles enredados que formaban una Cama para mí, me tumbé con la cabeza apuntando hacia el Norte de modo que no pudiera desorientarme cuando me despertase aunque dormí a ratos y tuve pesadillas inquietantes *cría* que Mi primera esposa yacía junto a mí con la cabeza apoyada sobre mi brazo izquierdo y luego me dio la impresión de que por la noche me la quitaban de modo que me desperté muy alterado al descubrir que había desaparecido aunque en cuanto me levanté oí a alguien decir «Mary» y aunque busqué no había nadie alrededor y agradecí a Dios su misericordia al proveerme de una cama aunque lo de la comida no pudo ser y una vez más partí hacia el Norte poco después de las siete cuando llegamos a casa estaba muy oscuro y el joven John se fue directamente a la cama junto a su hermano y no mucho después Patty y yo volvimos a discutir sobre Mary, no pienso mal de Ella por lo que dice ya que sé que está cansada y al Límite de su Paciencia debido a mis Fantasías Grotescas pero sus palabras no tienen ningún sentido para mí, me Dice John es que no Te vas a dar cuenta jamás de que nunca te casaste con ella que sólo la conociste cuando era una niña entonces Por Qué Dices que es tu Esposa cuando no tienes otra aparte de mí etcétera etcétera hasta que mi pobre cabeza está dando vueltas y una vez más se marcha a la cama sin mí y me quedo solo con la única compañía de la luz amarilla y las páginas *amariyentas* como consuelo pero no hay ninguno no hay ninguno

20 de noviembre sábado, me he pasado todo el día malhumorado así que he hecho poco aparte de echar un vistazo una vez más a la canción que Envié al Señor Reid la cual me parece mejor ahora que la última vez que la revisé

Pienso en vos al empezar el día

y me pregunto mi amor dónde podéis estar

y cuando las sombras del anochecer se vuelven grises ante mi vista O, en vos no dejo de pensar

Deambulo junto a la ribera del prado y junto al frágil cercado

Donde a mi primer amor el más anticipado

Espero volver a hallar

hay más pero estoy más o menos contento con el *inisisio* he de seguir y asegurarme que el Niño Harold está completo antes de ser confinado porque si no sé cómo lo acabaré por la tarde he vuelto a pasear por el prado y junto al Arroyo a pesar de saber que eso despertaría en mí la melancolía y me haría pensar más en las grandes injusticias que hay en la vida puesto que a los Hombres no se les ve con *vuenos* ojos si son de baja ralea aunque se ven aún más vilipendiados si buscan salir de esa situación cuando estaba en Helpstone yo era Johhny el que Tiene la Cabeza en las Nubes y cuando me creía superior al populacho en virtud de mi sincera idiosincrasia Poética se reían de Mí porque afirmaban que todo aquello eran ínfulas, aun así cuando me hice más famoso y me *llamavan* para Leer ante la Aristocracia una vez terminaba me enviaban a comer abajo en el Pabellón de los Sirvientes de modo que me da la impresión de que no puedo estar a gusto en ninguno de los escalafones de la Sociedad y por lo tanto en ningún lugar encajo incluso los padres de mi Mary estaban en mi contra y me da la sensación de que me consideraban de origen demasiado humilde como para casarme con su hija al ser ella de un abolengo mejor me dieron otras excusas falsas por las que no debía encontrarme con Ella y actuaban como si yo hubiera hecho algo malo pero ahora pienso que no era nada más que el Orgullo y el rencor lo que les hacía jurar que ella no me vería y les hizo mantenemos Alejados en lo sucesivo para nunca volvemos a ver pero entonces cuándo nos casamos no puedo asegurarlo mi Memoria no va bien y mis pensamientos a menudo me resultan confusos no voy a pensar en ello ahora cuando me desperté aquella Segunda mañana de mi viaje seguí hacia el norte y cuando había avanzado sólo un poquito en la parte izquierda de la carretera vi una oquedad bajo la ribera similar a una cueva donde un hombre y un Muchacho estaban acurrucados como si durmieran dentro de una tumba abierta, les saludé y entonces se alzaron cual Lázaro y durante un rato creí que el chico era el Idiota que habían expulsado del campamento Gitano al que había visto por última vez en El Trabajo en Vano porque en verdad ambos se parecían mucho y cuanto más lo miraba menos seguro estaba así que no

dije nada el hombre era mayor tenía un aspecto desaseado y cuando le pregunté por qué camino debía seguir me habló con un acento similar al que la gente tiene en Derbyshire y me dijo que la aldea situada al Norte de allí era Baldeck entonces le di las gracias y apreté el paso me dio la impresión de que había un olor como a quemado que envolvía a aquella pareja como si sus ropas estuvieran llenas de humo pero lo más probable es que fuera producto de mi imaginación y no me volví a encontrar con ambos de nuevo, seguí caminando un rato más y en algún lugar en el camino a Londres encontré un Mesón llamado El Arado donde un hombre que iba a caballo vestido con una Camisa sucia me lanzó un penique para que pudiera tomar media pinta de cerveza, no corrí la misma suerte cuando pasé junto a dos pastores que eran unos impertinentes y unos desconsiderados uno de ellos tenía un gran barrigón y ambos se comportaban de manera muy *amenasadora* de modo que *desidí* que no pediría un Penique más a nadie con quien me encontrara en el camino seguí adelante pasando por Jacks Hill un lugar que no es más que un bar en el que sirven *serveza* y algunas casas situadas en la colina aparentemente recién construidas en el que vi un mojón que decía que estaba a más de Treinta millas de Londres, a primera hora del día los mojones se sucedían rápidamente unos a otros pero a medida que caía la noche parecían alejarse unos de otros más y más y así crucé muchas Aldeas que ahora no puedo recordar aunque en Potton conocí a un campesino que me acompañó hasta que tuve que parar a descansar sobre un montículo de piedra cerca del borde del camino iba dando saltos ya que tenía una pierna fastidiada la gravilla se me había metido en un zapato del que ahora casi había perdido la Suela mi acompañante tenía que subirse a un carruaje que le estaba esperando en otro lugar así que se despidió enseguida y siguió caminando hasta perderse de vista, después seguí andando débil y hambriento con la esperanza de que pronto pudiera encontrar un lugar donde dormir pero no fue así de modo que caminé en soledad junto a las casas iluminadas que se encontraban allí en la oscuridad y contemplé las alegres escenas que sucedían en su interior lo que casi me hizo llorar cuando pasé junto a ellas muerto de hambre y sin ningún amigo a mi lado, enseguida dejé de saber si caminaba al Norte o al sur de modo que la desesperanza me embargó y casi me convencí de que estaba volviendo a High Beech y a mis carceleros hasta que de entre los árboles al borde del camino entreví una luz tan brillante como luna que cuando me acerqué resultó ser una lámpara que colgaba de la Barrera de Peaje de Tamsford de donde un hombre que portaba una vela salió y tras mirarme con detenimiento me dijo que cuando pasara por el Peaje debería encaminarme al norte y así fue como continué más animado e incluso con fuerzas renovadas mientras tarareaba Highland Mary no mucho después me encontré con una casa solitaria situada cerca de un bosque tenía una señal que no pude leer que permanecía dentro de una especie de artesa o canalón de un modo un tanto extraño aun así la propia casa *paresía* todavía más rara se trataba más de una choza monstruosa hecha de barro y cañas que de una casa y tenía una forma que yo nunca había visto antes, había una especie de soportal en la entrada y ya que estaba cansado me arrastré allí dentro y pude comprobar con alegría que podía tumbarme con las piernas estiradas los habitantes de la casa estaban durmiendo puesto que pude oírles

dando vueltas en la cama mientras yo yacía completamente estirado sobre las piedras del soportal donde dormí profundamente hasta que llegó el día entonces me desperté como nuevo y *bendige* a la Reina por mi Buena Fortuna como he de hacer ahora que estoy en Northborough con Patty y los *ninios* aunque aquélla a la que Anheló no esté Aquí

Con el rocío de la mañana en vos he pensado

y con vos camino bajo el mediodía soleado

y ahora bajo una luna en silencio

Solo y abandonado me encuentro

Pienso en vos y en nuestro mundo

En que hemos sido afortunados,

El sol luce pálido en el muro

y el telón baja porque el otoño lo ha ordenado

21 de noviembre, domingo, no he hecho Nada

22 de noviembre, lunes, *desidí* hoy que iría andando yo solo hasta Northampton para ver si me resultará fácil visitar a mi Segunda esposa y demás familia mientras estoy internado en el manicomio no pensé que esto supusiera un gran obstáculo para alguien como yo que ha caminado hasta tan lejos y estaba bastante en lo cierto aunque no había contado con esta cojera que tengo la pierna que de algún modo me retrasaba partí al alba antes de que Patty o los niños se levantaran y caminé a través de los campos que ahora están pelados y totalmente congelados a pesar de que tengan un aspecto tan oscuro y sombrío no están tan mal como para caminar pasé entre las aldeas y me estremecí al ver su vida sencilla saludar al día con sus niños que iban al colegio corriendo por las callejuelas y sus Galgos jóvenes y flacos persiguiendo a Liebres allí entre los matorrales, en los pastos a mi Izquierda vi a algunos Gitanos aunque no parecían del mismo tipo que aquéllos que conocí en el bosque de Epping ni de la clase que conocí después de Aquello en la Carretera Principal cuando me desperté el Martes por la mañana a las afueras de Tamsford me levanté y alejé unas cuantas yardas del soportal de piedra donde había pernoctado la noche anterior aunque cuando me di la vuelta para contemplar la extraña casa de cañas y barro donde me había refugiado me encontré con que no se la veía por ninguna parte ni siquiera el cartel que tanto había Intentado entender aunque sí que encontré una vieja artesa con un agujero por el que un brote crecía a través y concluí que quizás había considerado que se trataba de un cartel debido a la oscuridad desconcertado por todo esto continué cruzando San Neots donde descansé media hora o más en un montículo de piedra fue entonces cuando vi a una mujer Gitana alta y joven que salía de la Puerta de la Posada situada más arriba de la

carretera y que a continuación vino en dirección al lugar donde yo me hallaba sentado era una mujer joven con un semblante honesto y *paresía* muy guapa y alrededor de su cuello portaba un collar de cuentas azules y viejas hechas de una especie de Cristal gastado y turbio le hice algunas preguntas que respondió con rapidez y con buen humor aunque tras un Rato comencé a pensar que había algo taimado en su forma de actuar como si hubiera algo que tuviera que esconder, no obstante seguí caminando junto a ella hasta la siguiente ciudad ya que siempre me ha gustado disfrutar de la compañía de una mujer bella y mientras andábamos me contó que sería mejor sostener la copa de mi sombrero de ala ancha con algo rígido y dijo en voz más baja *de que* se fijarían en mí lo que una vez más me hizo creer que en esa mujer había algo malicioso y oculto así que no le presté atención ni le contesté al fin señaló a la pequeña torre de una iglesia a la que denominó la Iglesia de Shefford y me indicó que debería Acompañarla por un camino que ella conocía un atajo que nos podría ahorrar una Caminata de unas quince millas, para entonces tenía miedo de que su intención fuera Deshacerse de mí si la seguía y me apartaba de mi camino aunque sin duda todo esto era producto de mi estúpida Imaginación así que le di las gracias y le dije que temía que pudiera perderme y que luego no pudiera encontrar la carretera del Norte otra vez y que sería mejor que me quedara en la carretera ante lo cual me deseó un buen día y entró en una casa o tienda situada allí a mano izquierda seguí mi viaje y me encontraba tan desfallecido que no tengo recuerdo alguno de los lugares por los que pasé salvo que la carretera parecía tan estúpida como yo en algunos tramos y a menudo alzaba la cabeza Sobresaltado para descubrir que estaba caminando Dormido el día y la Noche se convirtieron en una sola cosa para mí ya que ya no podía distinguir entre el uno y la otra, había perdido la noción del Tiempo de modo que a menudo me daba la *imprecisión* de que estaba en Otro lugar o apenas recordaba mi nombre o ni siquiera sabía qué Año era pensaba en estas cosas mientras caminaba hacia Northampton bajo el frío de Noviembre, me detuve una sola vez para sentarme sobre un muro de piedra junto a un Molino y comí algo del Pan y Queso que había llevado conmigo en el bolsillo para tener algún sustento, al avanzar el día el tiempo mejoró de modo que las nubes grises se desvanecieron y dejaron que la luz del Sol cayera sobre el campo ante lo cual me sentí Feliz durante un rato hasta que me encontré con Su nombre en mis labios

No puedo esperar ahora encontraros

Cuando las crecidas del invierno han comenzado

Mientras a través de las ramas desnudas susurra el viento

Tan triste como mi corazón por dentro

Pienso en vos a través de las estaciones

En primavera cuando veo las flores

Ante la visión solitaria y desnuda del invierno

Sólo en vos Pienso

ya basta me levanté sintiéndome como nuevo y me dirigí hacia la ciudad a pesar de que la Pierna aún me causaba algunos dolores no fue difícil divisar Northampton cuando surgió ahí delante a plena vista gracias a todo el humo que pendía sobre ella como banderas en la severa brisa otoñal me detuve para beber algo en Becketts Well donde también se paró Tomás el Mártir quien fue juzgado y Condenado pero él tenía más motivos de queja que yo y a continuación pasé por la puerta de Dern para adentrarme en la Ciudad todos estamos condenados a nuestra Manera aunque con la mayoría de nosotros no se da un Juicio y somos Juzgados en base a criterios que no conocemos cómo pueden ovacionar a un Hombre por sus Versos y al instante siguiente dejarle caer como si fuera un carbón ardiendo cuando el viento soplab a su favor es algo que me desconcierta y se *requiría* a un Hombre mucho mejor que yo para responder a esta cuestión al tercer o cuarto día de mi caminata iniciada en Essex no sé cuál estaba tan *Hanbriento* que me comí la hierba que crecía junto a la carretera para aplacar el hambre lo cual consiguió tenía un sabor muy parecido al Pan de modo que pareció hacerme bien y continué más Animado que antes, tras Un tiempo recordé que tenía tabaco pero mi caja de fósforos estaba vacía y no tenía modo de encender mi pipa así que en vez de fumarlo masqué el tabaco y me lo tragué cuando no había ya nada más que mascar tras lo cual ya no tuve hambre continué atravesando Bugden y luego Stilton donde cojeaba ya tanto que me tumbé sobre un terraplén de gravilla y casi me dormí y mientras podía escuchar voces que tomé por las de Ángeles ya que al principio no entendía la lengua en la que hablaban Uno de ellos que parecía una mujer joven dijo pobre criatura luego otro mayor dijo O está fingiendo pero luego añadió O no finge En cuanto me levanté y partí cojeando, escuché las voces pero no miré hacia atrás y no vi a nadie que fuera el origen de las mismas así que seguí adelante de camino a Peterborough y a mi Casa más allá de los prados del verano una vez más ante este Diario sentado en los escalones del pórtico de Todos los Santos puedo ver bajo la colina de la calle Gold donde los prestamistas residen y más allá de la feria de Yeguas y de la aguja de San Pedro el lugar donde se erigen las ruinas lastimosas del castillo cerca del puente si es que se puede decir que algo se erige allí, tras llegar a la Ciudad por la Puerta Dern un poco después del mediodía di unas vueltas durante un rato y al descubrir que se trataba de un día de Mercado *desidí* hacer una visita a ese lugar no muy lejos de Drum Lane desde la iglesia donde ahora me siento y emborrono este diario bajo la luz del sol todos los comerciantes componen una escena alegre ofreciendo muchas rayas y colores en sus toldos y frutas y fardos de tejidos brillantes y nuevos expuestos en sus puestos y ojalá ahora pudiera recordar la mitad de las cosas que gritaban las tiendas y casas que rodean la plaza del Mercado son en su mayoría nuevas y se levantaron después del gran fuego que Hubo aquí cuando la plaza se vio envuelta por las llamas y toda la gente de la ciudad huyó a través de la puerta de la casa Galesa en la cual pagan a los pastores que vienen de

Gales poniéndose así a salvo allí fuera hay una buena Posada antigua donde paran los carruajes en esa misma plaza lleva ahí desde hace trescientos años y en ella aún pueden verse las lenguas negras del hollín que lamen la vieja piedra desgastada y doy gracias a Dios por su misericordia al salvar a todos aquéllos que no se quemaron aquel día, después de un rato tras cansarme del bullicio del mercado acudí al camposanto situado en la parte posterior de esta iglesia y caminé entre las lápidas un rato encontré una con el nombre de Mat Seyzinger el famoso cochero del Nottingham Times al que vi una vez y quien en su día tenía muchos seguidores, ya no hay gente como aquélla ni las personas tienen el humor o la personalidad que aquéllos tenían entonces, Jem Welby volcó su carruaje ante esta misma iglesia y cuando le pidieron una explicación dijo que El había volcado a sus pasajeros a la carretera para poder así contarlos Sin duda hoy en día pensarían que *estaba Loco* y le encerrarían como harán conmigo Me levanté para ir al manicomio situado en la carretera de Billing no mucho antes de que las Campanas dieran la tres en punto ahora estoy sentado junto a su puerta, De Camino aquí mis pensamientos eran Mary esto y Mary aquello y nada más salvo Mary En mi imaginación la he regañado por haber permanecido tanto tiempo lejos de mí y luego le he rogado que sea buena conmigo y me perdone porque me siento muy confuso en todo lo que respecta a mis sentimientos acaso tienen razón al decir que no nos Casamos, no puede ser porque recuerdo aquel día en el que bajamos al arroyo Ella y Yo y todo se hizo como debía hacerse y nos casamos ante Dios me arrodillé con ella bajo el baldaquín formado por los Espinos Blancos de donde se proyectaba una luz verdosa y dije he Aquí nuestra Iglesia por qué intentan apartarme de Ella y me cuentan historias extrañas así no es nada raro que me vuelva Loco O Mary mary por qué no me vienes a ver ahora que sólo conozco la Desesperación cuando vine cojeando hasta aquí desde Essex y con la cabeza dando vueltas por falta de comida crucé por Peterborough pasé cerca de Walton y luego por Werrington y me encontré entonces en la carretera principal y la casa de mi Primera Mujer no estaba muy lejos de modo que mi corazón dio un vuelco y cuando vi un carruaje que se me acercaba con un hombre una mujer y un muchacho en su interior ni le presté atención aunque cuando se encontró junto a mí se detuvo en ese momento la mujer baja del carruaje e intenta meterme dentro diciendo O John john no me reconoces Pero no la conozco así que pienso que está borracha o loca como yo, pero entonces el hombre sentado junto a ella dice Escucha john ésta es tu esposa así que miré de nuevo y se trataba de Patty y nuestro joven hijo Charles estaba a su lado, aunque me asustó que no la hubiera reconocido me embargó de Alegría saber que tenía una Esposa de nuevo y que de esta forma podría tener en breve dos y de este modo les pedí que me llevaran a Northborough para estar junto a Mary enseguida apareció ante nuestra vista la iglesia de Glington pero Mary no estaba ahí ni tampoco pude conseguir ninguna información más sobre ella aparte de la vieja historia de que llevaba muerta seis años pero no presté atención a este bulo ya que no había pasado ni un año desde que los periódicos habían informado de que yo mismo estaba muerto y enterrado o acaso tenían razón y esto era el Infierno llamé a las puertas de sus vecinos y dije que creía que Ella vivía ahí a lo que ellos replicaban Bueno te has equivocado como el Cerdo de Hob y me

daban con la puerta en las narices, me senté en los peldaños de la casa de Mary en Northborough y lloré mientras Patty y nuestro hijo me observaban y me Dijeron vamos John acaso no ves que no está aquí, cogí un guijarro del sendero que quizás una vez su dulce pie rozó y lo coloqué en mi boca y todo estaba perdido y Patty me metió en el carruaje De vuelta a nuestra casa a la que la gente de los alrededores llama la Casa del Poeta Patty se sentó a mi lado mientras yo lloraba y ella misma estaba casi a punto de llorar al verme tan destrozado y todo el rato me decía john qué es lo que te hace afirmar que era tu esposa La conociste cuando tenías catorce años y ella tenía diez y nunca la volviste a ver después de eso por qué dices eso por qué por qué por qué y no sé qué es lo que puedo responder ahora aquí sentado junto a la puerta del manicomio observo al sol estirarse sobre la gastada piedra marrón sobre la cual caen ramas tan pesadas como la pesadumbre que siento en mi Corazón todo se desvanece como el polvo ante el Viento y ya no hay certeza en nada, lamento que el seto mengüe y la Tierra quede encerrada y quedo desolado al ver los prados invadidos por los ladrillos, aun así en el Mercado y la Ciudad los mandiles y los toldos que penden sobre los puestos se parecen mucho a flores pero de otro tipo aunque pronto también desaparecerán el tiempo podrá con todos nosotros y ahora las sombras se mueven por el muro del manicomio con tanta celeridad que se puede apreciar su movimiento después me senté bajo el Espino Blanco con ella y dije he Aquí que ahora estamos casados y la obligué a *pometer* que no le Contaría a nadie lo que habíamos hecho me giro y entorno los ojos hacia el lugar donde la luz se derrama desde el oeste como si fuera fuego y por un momento veo a ese Dulce niño en pie de espaldas a él como Un ángel pero se trata de un saco de tela atrapado entre las vallas del manicomio y nunca más volveré a ser libre

Mientras la vida respire en esta esfera terrenal

Cualquiera que sea mi destino

en la esclavitud o en la libertad

en vos Mary no dejaré de pensar

Lo mío son los ligueros

1931 d. C.

Lo mío son los ligueros. Los vendo, no los llevo puestos. Con eso siempre consigo que se rían. A menudo te das cuenta de que unas risas son mejor que cualquier otra cosa para que las cosas echen a rodar, ya estés hablando con un cliente, o con una jovencita. O un agente de policía, si se da el caso. A menudo hago algún comentario en el vehículo que me lleva de un lado a otro por Angel Lane hasta el tribunal, ya sabéis. Sólo para bromear, como hace todo el mundo. El otro día pasamos junto a una jovencita que iba andando por la calle y honestamente, menuda cara tenía, nunca había visto algo parecido. La señalé con el dedo para que el joven al que estaba esposado la viera y le dije: «Ah, bueno, es de tontos mirar la repisa de la chimenea cuando el fuego quiere salirse». Como podéis suponer, con eso le arranqué una sonrisa. Es que son humanos, como todo el mundo. Me he fijado en que en que en la esquina que hay justo cruzando la calle desde el juzgado tenemos un baño de señoras que se apoya en esa gran iglesia que se encuentra ahí en medio, Todos los Santos. Bajas unos cuantos peldaños y sólo puedes ver la escalera que se curva y retuerce alejándose de uno, también ves que tiene unos azulejos blancos que llegan hasta la mitad de la pared. Me gustaría saber qué es lo que ocurre ahí abajo, os lo aseguro. Imaginaos que pudierais echar un vistazo, ¿eh? Cierro los ojos y puedo verlas, subiéndose las bragas por encima de sus culos grandes y estupendos. Hace tiempo, cuando era pequeño, soñaba con estar en el váter de señoras, ya sabéis. Incluso entonces yo ya le echaba mucho morro a la vida, como os podéis imaginar. Me encontraría con esa mugre verde creciendo entre los azulejos y quién sabe cómo podría oler eso. Como todos los chochos del mundo a la vez, seguro. Ahora que lo pienso, estoy seguro de que no encontraréis a un solo hombre en el mundo que no haya pensado en ello una o dos veces, si es honesto consigo mismo.

Hay muchas mujeres que vienen al juzgado y se sientan en la sala. Os sorprendería ver qué miraditas recibo. No debería decirlo yo, pero tengo unas cuantas seguidoras como si fuera una estrella de cine en ciernes; a ver, tampoco es que yo sea feo según el estándar normal. Claro que no conviene que las anime ya que tengo a Lillian sentada ahí ante el banquillo, todos los días, mirándome embobada. No quedaría bien, ¿verdad? Que me vieran haciendo ojitos a alguna muchacha de la última fila mientras mi propia esposa está ahí mirando. No después de todo el revuelo que se armó cuando los periódicos publicaron lo que le había contado a la policía acerca de cómo mi harén me mantiene lejos de casa.

Mi abogado el Sr. Finnemore considera que metí la pata con eso, pero no es lo que se dice un hombre de mundo. Según creo yo, a la mayor

parte del público le encanta los pícaros apuestos, y admira en secreto a un gran mujeriego. Si hubieran disfrutado la mitad de lo que yo he disfrutado, serían felices. Aun así, hacerme mucho el mártir no va a engañar a Lily por lo que he de tener cuidado y he de procurar que no me pille flirteando desde el banquillo. Hay una mu chacha morena, pequeñita y con mucho pecho, que a veces viene en el descanso que tiene para comer y se queda ahí de pie en una esquina mirándome. Me gustaría que llevara unos ligueros fabricados por la firma a la cual yo represento, y ya que la empresa no está muy lejos, en Leicester, es bastante probable que así sea. Se puede pensar que, en cierta manera, ya estoy dentro de sus faldas. ¿Qué os parece?

La gente se ha compadecido mucho de Lillian y le han dado trabajo en una tienda, aquí, en Bridge Street de modo que puede ganarse la vida mientras puede seguir asistiendo al juicio. La comisaría donde me custodian en Angel Lane da justo a Bridge street de modo que todas las mañanas pasamos junto a la tienda de camino al juzgado. Se trata de una pequeña pastelería, el lugar idóneo para un bomboncito como ella. Está loquita por mí y siempre lo ha estado. Nunca le ha gustado sentarse sobre mi regazo, y mira que ésa es mi postura favorita a la hora de abrazar a una mujer, pero, dejando aparte esos detalles, sigue siendo la mejor esposa que tengo.

Si se me hubiera ocurrido, le habría dicho que me trajera un cuarto de libra de eucalipto mentolado para ver si así se me calma un poco el dolor de garganta. Tanto hablar aportando pruebas se está cobrando su peaje. Si no tengo cuidado, me quedaré sin voz antes de que acaben conmigo, y ¿qué será de mí entonces? Hay mucha gente que piensa que soy el mejor barítono *amateur* que ha cantado en el Club Social de Friera Barnet en Finchley, donde mi interpretación de «Trompetista qué estás tocando ahora» siempre es todo un éxito. Tengo unas cuerdas vocales bastante decentes y no quiero que algo como esto las fastidie. Sé que, en general, los hombres a menudo la toman con un tío si tiene un tipo de voz más aguda de lo normal, pero la gran mayoría de las señoritas parece preferirlo. No quisiera hablar desde el banquillo con voz ronca y fastidiarla, ¿verdad?

Se retorció como una caballa sin aire, golpeando el parabrisas de mi Morris. No fue una cosa muy agradable de ver os lo puedo asegurar, y tampoco de escuchar. Imaginaos un gato escaldado. Creía que estaba inconsciente y que no se iba enterar de nada, pero fue el fuego. Le despertó. Para ser honesto, ahora mismo puedo oírlo. Fue tal el jaleo que armó que ni siquiera pronunció palabra alguna que pudiera entenderse. En cuánto abrió de una patada una de las puertas laterales, pensé: «Bueno, se acabó, Alf. Ya está hecho y no hay vuelta atrás». Lo único que, claro, ya tenía el humo y las llamas encima y su suerte estaba echada. Cayó hacia delante sobre el asiento delantero mientras una de sus piernas quedaba fuera del coche, y eso fue todo. Claro que, tonto de mí, ahí me quedé justo en la dirección en la que soplaban el viento y no tuve el buen juicio de moverme hasta que los ojos me empezaron a llorar. Qué estampa debimos componer ambos.

Vi la foto que publicaron en el *Daily Sketch* de mi Morris Minor y era para echarse a llorar. Se trataba de todo un coche de exposición, y no es que fuera tan viejo. Lo tenía asegurado por ciento cincuenta libras pero no espero que me paguen ahora mucho por él, ya que las cosas están como están. A juzgar por lo que se ve en la fotografía no quedó mucho de aquella maravilla. Los guardabarros estaban desparramados por ahí como si fueran costillas y se podía ver dónde la goma se había derretido en las ruedas dejando de esta forma las llantas desnudas. Si atrapo alguna vez a los tipos que lo robaron, pero no, espera; que eso no es verdad, ¿no? Eso me lo inventé. A veces, cuesta tanto recordar todo lo que has dicho.

Ésa era la peor parte de tener dos esposas a la vez, aparte del tema de los gastos que acarreaba. Recordar qué historia les había contado, a veces, suponía un gran estrés mental, os lo puedo asegurar. Todos los detalles insignificantes y triviales. A cuál de ellas le había contado tal cosa. Con Lillian no era tan difícil porque es bastante despistada por naturaleza y no suele darse cuenta si meto la pata, pero en el caso de Ivy, bueno, ésa es harina de otro costal. No hace ni seis meses que me casé con ella y a la mínima ya la tengo encima.

Me casé con Lil en noviembre de 1914, o sea hace más de dieciséis años. En todo este tiempo, si ha tenido alguna sospecha se la ha guardado para sí misma. Incluso cuando ha tenido las evidencias delante de sus narices, como cuando le traje el bebé que habíamos tenido yo y Helen para que lo cuidara (no el que murió, el segundo, el pequeño Arthur), incluso entonces, permaneció en silencio cual mosquita muerta y me dijo que me perdonaría cuando ni siquiera yo le había pedido perdón. El joven Arthur tiene ahora casi seis años y he de decir que he de alabar a Lillian, puesto que lo ha criado como si fuera suyo. Nunca le ha mostrado ningún rencor, que yo sepa. Como decía, está loquita por mí. Nada de preguntas. Resulta difícil de creer que hayan pasado dieciséis años. Con todo este cristo que hemos tenido, este noviembre, se me olvidó que era nuestro aniversario. Llamaré a uno de los polis y le diré que le compre algo, si es que me acuerdo. Mejor tarde que nunca, o eso dicen.

En lo que respecta a Ivy, no sé si lo nuestro durará siquiera dieciséis meses, y mucho menos dieciséis años. Cuando nos casamos en junio en Gellygaer me pareció una buena idea, aunque cuando digo una buena idea me refiero a que tenía un bombo de cuatro meses y se la veía ya enorme, como les pasa a menudo a las que están delgaduchas. Aunque, Dios, cómo se les ponen las tetas. Casi merece la pena tener una boca más que alimentar si a cambio obtienes unas tetas tan encantadoras para metértelas en la tuya. Otra vez, ¿veis? Otra broma. Y es lo que yo digo sobre la risa, es lo mejor que hay para romper el hielo. Todo el mundo se siente mucho más a gusto.

Aunque hablando en serio, con Ivy algo me decía que estaba cometiendo un error desde el principio. No es que haya algo en ella que no me guste, es sólo que, de algún modo, se podía ver que todo esto iba a ser, un

follón de la leche. Pongamos como ejemplo la última vez que la fui a ver, cuando me fui directamente a Gales, esa misma noche, tras mis «cinco minutos de diversión» en Hardingstone. Como os podéis imaginar, tras haber perdido el coche yo era un manojo de nervios. Salí de Hardingstone Lane y me quedé pasando el rato por ahí y mirando hacia atrás hacia el camino para intentar observar a los dos hombres que me habían visto salir del terreno. No les podía distinguir en la oscuridad, aunque mi Morris seguía ardiendo, allí entre los setos.

Ya sabéis cómo es esto a veces. Sientes que todo lo que haces debe parecer sospechoso, aunque la mitad de las veces te das cuenta de que nadie se ha percatado de nada. Me fui y me quedé junto a la carretera de Londres cerca de la vieja cruz de madera que tienen ahí, donde el cortejo fúnebre depositó a la reina Leonor en su camino de regreso a Londres, no pasó mucho tiempo hasta que haciendo dedo logré que un camión que iba precisamente en esa dirección se detuviera. Me inventé una historia acerca de que había quedado con un viejo amigo muy rico para que pasara a recogerme en su Bentley pero que yo había llegado tarde y mi amigo se había ido, el conductor del camión enseguida se la tragó. Me llevó hasta Tally Ho Comer en Barnet Road, llegamos alrededor de las seis y estaba despuntando el día.

Le dije a un tipo de la Oficina de Transportes que me habían chorizado el coche enfrente de una cafetería ya que, a decir verdad, para entonces estaba bastante somnoliento y se me olvidó lo que había contado sobre el Bentley. Aun así, tengo cierta mano con la gente, muchas personas lo dicen, y ese tipo no fue la excepción. Me metió en un autobús, el de las nueve y cuarto en dirección a Cardiff, de modo que llegué allí por la tarde y de ahí cogí otro autobús en dirección a Penybryn. Desde allí podía ir andando hasta la casa de Ivy en Gellygaer, adonde llegué aquella noche alrededor de las ocho.

Bueno, como decía, con Ivy siempre hay un lío montado. No es que sea culpa suya, es que siempre es así, y esa noche no fue la excepción. En primer lugar su padre, el anciano Jenkins, me sometió al tercer grado en el pasillo y me preguntó por qué había tardado tanto en llegar ahora que Ivy se encontraba a las puertas de la muerte debido a la enfermedad y a que mi hijo estaba en camino. Ya sabéis cuánto les gusta a los encantadores galeses darle a la vida un poco de melodrama de vez en cuando, según él Ivy era más que en ninguna otra ocasión anterior una especie de pequeña Nell^[6]. Le conté que me habían chorizado el coche en Northampton, la verdad es que me atrevo a decir que era algo que para entonces yo mismo me creía, puesto que había tenido que contarle un montón de veces. Tiene gracia, pero juro que en ese pasillo, en ese momento, se me había olvidado todo lo referente a ese pobre tipo y el fuego.

Tras sortear al padre, tenía que enfrentarme a la hija. Dentro de la habitación, Ivy yacía recostada sobre unos cojines y tenía muy mal aspecto. El bebé nacería en cualquier momento. En cuanto me senté en la cama, ya me estaba interrogando sobre cuándo nos íbamos a mudar

a nuestra nueva casa en Surrey. Para ser sincero, eso me pilló desprevenido y la miré desconcertado. Sé me había olvidado todo lo relativo a aquel asunto de Kingston-On-Thames que le había contado a ella y a su padre cuando estaba bebido en nuestra boda. Antes de que se me ocurriera algo bueno, ella ya estaba llorando desconsolada y diciendo que no la amaba, y afirmando que estaba segura de que me estaba viendo con otra. Que por qué me pasaba todas esas noches fuera, etcétera, etcétera. Os podéis imaginar cómo fue eso a grandes rasgos.

Lo cierto es que ellas no piensan en lo que tú puedes estar pasando, ¿verdad? Cómprame esto, cómprame aquello, vivamos en otro sitio. Gano quinientas libras al año en Tirantes y Ligas Leicester y podríais pensar que me va muy bien, pero de eso nada. Toda la pasta se me va en niños y mujeres antes de que llegue a ver un solo penique. La misma historia de siempre.

En realidad, aunque no se lo había comentado a Lillian, mi intención era vender la casa, y los muebles, que teníamos en Buxted Road en Finchley de modo que pudiera utilizar esa pasta para poder instalarme con Ivy y el bebé cuando éste viniera al mundo. Podéis llamarme lo que queráis, pero siempre he sido un sentimental con los críos, más de lo que debería. A Lilly y al joven Arthur también les facilitaría un lugar donde alojarse, naturalmente.

Claro que no podía contarle todo esto a Ivy sin que se enterara de la existencia de Lily y del tinglado que tenía montado en Finchley, así que actué como si estuviera realmente ofendido y armé un buen follón diciendo que me habían choricado el coche justo enfrente de la cafetería y que por eso había tardado dieciocho horas en llegar hasta Gellygaer. He descubierto un truco que a menudo funciona y que consiste en contestar más enfadado que quien tienes en frente. Cuando eres un tipo listo como yo nunca falla, enseguida tenía Ivy diciéndome cuánto sentía haberme abroncado, y que se trataba de que estaba nerviosa, puesto que el bebé estaba ya en camino y ella se encontraba en un estado muy lamentable. Le dije: «Vamos, Ivy, levanta, puedes agarrarte a mí», y cuando lo hizo metí la mano en la parte de arriba de su camión y la sobé. Su teta estaba dura y pesaba lo suyo, la parte final sobresalía como los tacos de una bota de fútbol. Esa noche dormí en la habitación de invitados y me empalmé pensando en ello, incluso después de todo el cabreo que me entró durante la cena, a cuenta de esa vecina y su maldito periódico.

A decir verdad, el sexo es mi mayor debilidad. Os aseguro que la mitad del tiempo no pienso en otra cosa, y cuando estás a tu aire mucho tiempo como es mi caso, conduciendo de un sitio a otro, la cosa empeora. Pasas un montón de tiempo soñando despierto cuando estás todo el día carretera arriba y abajo. A veces tengo que aparcar en un área de descanso para hacerme una paja para así poder pensar en otra cosa que no sea un chocho durante una o dos horas. Tengo un catálogo que llevo conmigo en el coche con fotos de modelos que muestran los

productos de la empresa. Son fotos pequeñas, unas cuatro por página, y sólo puedes ver de estas mujeres la zona que va desde el estómago hasta la parte de arriba de las piernas. Pensaréis que estoy como una cabra pero para mí todas tienen personalidades diferentes, por cómo posan puedes saber de qué tipo de chicas se trata. Algunas son de esa clase de chicas con las que sabes que te llevarás bien, y que además sabes que tienen una personalidad decente.

Hay una a la que llamo Mónica. Si miráis con detenimiento la foto se puede ver una especie de leve pelusilla en sus piernas, así que me imagino que será rubia. El tipo de chica que te puedes encontrar en un mostrador de la oficina de correos, con el pelo como lo llevan ahora, liso por arriba y rizado por la parte de atrás. Estaría muy bien vestida de azul claro. Su ombligo que es de los que son más largos que anchos, parece un agujerito en un melocotón. Lleva puesto uno de los corsés que hemos lanzado recientemente, en plan corpiño, que parece favorecer a las mujeres al dar la impresión de que poseen unas caderas más finas, lo que a mi entender me parece una sabia elección y demuestra que es una muchacha de personalidad reflexiva, de las que se preocupa mucho por cómo viste. Se puede ver por la piel que no puede tener mucho más de veinte años.

Ésa es la edad, os lo aseguro, cuando ya están cansadas y hartas de los chicos más jóvenes y empiezan a ver a los tipos mayores como algo interesante a nivel romántico. Si pudiera conseguir que Mónica me oyera cantar «La canción del zapatero» de *Chu Chin Chow*, entonces estaría bajándole las bragas en menos que canta un gallo. De todo mi harén, a veces, creo que Mónica es la mejor, ¿sabéis? No me cuesta ni un duro ni me mete en líos. Descargo en el pañuelo, cierro el catálogo, y me largo.

No siempre fui así con las mujeres. Preguntádselo a Lilly y ella os lo contará: cuando me conoció antes de la guerra, como mucho me atrevía a dar un besito de buenas noches, yo era así de tímido. No fue hasta que me alisté en la vigésimo cuarta división de voluntarios de la reina cuando encontré el valor necesario para ir donde una chica y pedirle que saliéramos juntos. El uniforme, ya sabéis. Es lo que marca la diferencia, os podéis reír, pero es cierto. He oído hablar y hablar a las mujeres de lo terrible que les resultan las luchas en las que se meten los hombres, pero una vez han visto las botas y las insignias se rinden a tus pies. Se despiden de ti, y después se quedan en casa y llaman cobardes a los objetores de conciencia. La mitad de los tipos que están en esas trincheras no estarían ahí si no fuera por el modo en que sus novias les miran cuándo van vestidos para la guerra. Negadlo si podéis.

Para ser sincero, Lily era la primera chica con la que salía, aunque estaba a punto de cumplir veinte años. La primera vez que me llevó a la cama estaba tan verde que me quedé encima de ella con las piernas abiertas durante un rato hasta que me di cuenta de lo que debía hacer. Honestamente he de decir que aquello no es que saliera muy bien. Buen:), no podía meterla y acabé sintiendo tanto asco de mí mismo, que

cuando Lily me dijo que no pasaba nada, la cosa fue aún peor. No lo llegamos a hacer en plan bien hasta una semana después de la boda. O sea, nos frotábamos y besábamos, pero eso era todo, y cuando al fin lo logramos, se acabó lo que se daba de forma muy rápida, aunque en ese aspecto la cosa fue mejorando a medida que pasaba el tiempo. Aunque, a decir verdad, no es que yo fuera la leche en la cama, aunque creo que, tanto yo como Lillian, éramos más felices entonces. Es una lástima que nunca tuviéramos la fortuna de tener niños, aunque desde entonces me, he desquitado.

Lilly y yo pasamos cuatro meses juntos, y al final de esos meses el mete-saca ya era algo estupendo. Estábamos muy enamorados pero, entonces, llegó marzo de 1915. Me enviaron a Francia. Dios mío, qué horror. No lo sabes hasta que lo vives. Vives metido en el barro y a tu alrededor tienes a tipos no mucho mayores que tú con media mandíbula reventada, y te olvidas de todo salvo de hacer lo que te mandan. He visto a un caballo sin piernas tumbado y estremeciéndose ahí en medio de la mugre como si fuera un blasón sangriento. He visto cómo algunos hombres ardían.

Sólo llevaba dos meses en Francia cuando recibí metralla en Givenchy. En la cabeza y la pierna. Según parece la cabeza es la que se llevó la peor parte, aunque este iluso que tenéis delante no puede recordar ni una puñetera mierda de aquello. Ni el momento en que aquello ocurrió, ni la mañana antes de aquello, ni lo que pasó después. Perdí el conocimiento. Me apagué como una vela. Lo primero de lo que fui consciente, tiempo después, es de que me encontraba en el hospital frente al plato a medio comer de la cena. Levanté una cuchara llena de un puré algo chungo y recordé que era Alf Rouse. Fue una sensación realmente peculiar, os lo aseguro.

No tengo los conocimientos necesarios como para explicarlo mejor pero el mundo me parecía diferente tras eso. No me refiero a que la guerra me abriera los ojos, como he oído decir a otros compañeros. Quiero decir que el mundo parecía diferente, como si fuera un mundo distinto, un sustituto del de verdad. ¿Cómo puedo explicarlo? Todo daba la impresión de estar mal. Mal no, pero como si se hubiera armado deprisa, como si se pudiera caer a pedazos en cualquier momento. La mejor manera en la que puedo describirlo es que se parece a cuando dibujabas en el colegio, y la señorita te daba un folio al principio en el que podías probar cosas y emborronarlo todo, porque no se trata del dibujo final y da igual. Cuando me desperté en ese hospital fue como si me hubiera despertado dentro del boceto, no en el dibujo final. Todo daba igual. Uno podía borrarlo todo y empezar de nuevo. Cuando me pongo a pensar en ello, llego a la conclusión de que me he sentido así desde entonces, aunque ahora me he acostumbrado.

En ese momento fue cuando me «dio» por el sexo débil. Claro que también se me presentaban oportunidades, puesto que ahí había enfermeras. A algunas de ellas, ni se os ocurriría mirarlas, pero ahí pasaban más cosas de las que cabía suponer a simple vista. Mirad, a

efectos prácticos eran las únicas mujeres que había por allí y podían elegir. Uno creería que no les apetecería demasiado hacerlo al pasarse el día viendo tipos medio reventados en pedazos, pero os podría contar alguna historia al respecto, creedme. Claro que un poquito de culpa sí sentía al pensar en Lillian, pero no hasta el extremo de que me abrumase. Como decía, para entonces las cosas habían perdido consistencia, y nada de lo que pensase o hiciera parecía importar demasiado. Sé que existe el bien y el mal, pero llegas a un punto en el que, honestamente, te importa bastante poco.

Recuerdo una vez en la que una enfermera bajita y gordita a la que le iba el aquí te pillo aquí te mato me la chupó mientras un pobre tipo sin manos que estaba tumbado en la cama situada junto a la mía se la pelaba. Les seguí la corriente, pero francamente no es que aquello me fuera demasiado, si os lo podéis creer. Había algo raro en esta enfermera que me desmotivaba, algo en la manera en la que actuaba. Se le había ido un poco la cabeza, esa impresión me daba. Había muchas chicas como ella.

Cuando me licenciaron al año siguiente, volví a casa, lo que no calmó para nada el tema de las faldas. Si acaso hizo algo, fue empeorarlo. Mirad, era la herida la que lo provocaba. Eso era lo que las atraía. Mi lesión. Lo que os decía hace un momento acerca de que a las chicas les volvían locas los tipos vestidos de uniforme, bueno, pues no era nada comparado con cómo se ponían si estabas herido o llevabas una venda. Incluso si ya no llevabas puestas las vendas, si simplemente hablabas de cómo te habían herido, con eso bastaba. Cuando me despedía de ellas, apartaba el pelo hacia un lado para que pudieran ver la cicatriz, y les dejaba tocármela si querían. Os lo aseguro, diez minutos así y ya estaba. Ya estaban jadeando. Las mujeres son unas maravillas extrañas. No puedo entenderlas, ni siquiera después de haberme acostado con un montón. He debido de estar con unas setenta u ochenta desde que empecé a viajar como comercial tras salir del ejército, pero siguen siendo un misterio para mí. Y espero que siempre lo sean.

La pequeña Helen no fue la primera chica que me llevé a la cama cuando empecé a viajar. Después de todo, llevaba ya cinco años viajando por aquel entonces, pero fue a Helen a la que cogí más cariño. Quería cuidar de ella. A fin de cuentas, era una niña, de modo que necesitaba que alguien la cuidara. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, cualquiera con un poco de corazón.

Helen era una niñita escocesa. Una criada. Solía tirármela en el asiento de atrás del Morris. Cuántos recuerdos había ahí, en ese asiento. Lamento que ya no exista. Supongo que si te pones a pensarlo, Helen era bastante joven. Sólo tenía catorce años, pero ya sabéis cómo son las chicas hoy en día. Muy maduras y muy desarrolladas. Si son lo bastante mayores como para tener la regla, son ya mayores para follar, eso es lo que yo digo. A que es una buena frase, ¿eh? La oí por primera vez cuando estaba en el ejército, y creo que es bastante graciosa.

La dejé embarazada, pero el niño murió poco después de nacer, fue un momento muy difícil. Como decía, me encantan los niños. De todos modos, seguí viéndola y dos años después, cuando tenía dieciséis años, se volvió a quedar embarazada. Helen, que si bien era joven podía ser muy pesada, esta vez metió la pata. Me dijo que debíamos casarnos por el bien del niño, y ante esa afirmación no había muchas respuestas posibles. Ya que le había contado que yo y Lily estábamos divorciados, no podía utilizar el hecho de que ya estaba casado para salir de esa situación, ¿sabéis? En menudo fregado me había metido, os lo aseguro.

Al final, lo que hice fue celebrar una boda de mentira con ella, para tenerla contenta, y luego llevé a ella y al bebé a un bonito apartamento en Islington donde podríamos vivir como marido y mujer. Le dije que iba a tener que estar fuera de casa mucho tiempo. Claro que, en Finchley, a Lily le conté lo mismo y, de este modo, todo fue bastante bien durante un tiempo. Aun así, Helen no era idiota, y al final empezó a sospechar que tenía una aventura extramatrimonial. Claro que ella no sabía que los protagonistas de dicha aventura éramos nosotros mismos.

Al final se descubrió el pastel y, Dios mío, tendríais que haber visto la que se montó. No sé qué habría sido de mí, si Lily no hubiera sido tan comprensiva. En todo momento dijo que aquello no era culpa mía, lo de que fuera un maníaco sexual, y que eso sólo me ocurría desde la guerra. Ella y Helen acordaron conocerse, después de que las cosas se hubieran calmado, y lo solucionaron todo tomando unos pastelitos en una cafetería de la cadena Joe Lyon. Ambas pensaron que era mejor que el bebé de Helen, el pequeño Arthur, tuviera un lugar decente en el que crecer, así que yo y Lily nos lo llevamos a vivir con nosotros a Buxted Road. Podéis pensar lo que queráis, pero no muchas mujeres harían eso por su maridito, ¿verdad? Me refiero a acoger al bebé de otra mujer y alimentarlo.

Ésa es mi Lily, una entre un millón. Recuerdo la noche anterior a que todo esto estallara, la última vez que vi Buxted Road. Yo, Lilian, y el pequeño Arthur nos sentamos ahí en nuestra sala de estar con las luces apagadas, observando cómo estallaban los cohetes y los fuegos artificiales carretera arriba, ya que era la noche de las hogueras^[7]. Le dije que tenía cosas que hacer en Leicester con la gente de la empresa de los ligeros y tirantes, así que cuando partí junto después de las siete en dirección a la Great North Road^[8] que recorre la parte central del país no le dio ninguna importancia. Dejé que recibiera uno de mis besos superespeciales como despedida, ya que sentía que las cosas iban mal entre nosotros y mi intención era dejarla.

Al salir de Buxted Road fui directo a casa de Nellie Tucker. Me avergüenza tener que admitir que no me había pasado por ahí desde que tuvo al bebé justo la semana anterior, así que se podría decir que llevaba acumulado cierto retraso. Ahora que lo pienso, ¿os he mencionado antes a Nellie? Me lié con ella en 1925, durante aquella fase problemática con Helen y nuestra Lily. Por aquel entonces yo

estaba sometido a mucha presión, como os podréis imaginar, así que me refugié en Nelly para tener a alguien con quien hablar del tema, más que nada. Naturalmente, una cosa llevó a la otra como suele pasar en estos casos, y en poco tiempo teníamos un bebé. Si Lily se hubiera enterado, me habría matado, así que lo mantuve en secreto, además le pagaba cinco libras a Nelly todos los meses para la manutención. Todo fue bien hasta que volvió a quedar embarazada, otra vez. Lo tuvo a finales de octubre, el 29 por lo que recuerdo.

Fui a visitarla después de dejar a Lily aquella noche y llegué ahí un poquito más tarde de las siete. Tanto el mayor como el bebé estaban en la cama en esos momentos, así que pudimos echar uno rapidito en el sofá. Me sentí un poco triste después, como se siente a veces uno tras el acto, y le empecé a contar todos mis problemas, le conté todo sobre las deudas que tenía. Nellie sí que sabe escuchar. Siempre ha sabido.

Lo que me pasa supongo que se parece a lo que ocurre en esa película *Una Mujer en Cada Puerto* de Victor McLaglan. ¿Conocéis esa peli? Es cojonuda. Fui a verla el año pasado con nuestra Lily, y las mujeres que salían en ella, bueno, menuda selección. Myrna Loy está bien. Y Louise Brooks también, aunque para ser honesto no me va tanto, por ese pelo que lleva. Parece demasiado lesbiana, ya sabéis lo que quiero decir. Aunque la verdadera estrella, a mi entender, era Sally. Rand. Tenéis que conocer a Sally Rand. «¿La chica de las burbujas?». Esa chica que bailaba en medio de unos ventiladores y unas burbujas gigantes, y he de decir que en lo que hace hay mucho arte. Detrás de esas burbujas está en cueros, aunque nunca se llega a ver nada. La canción que cantaba era «Hago burbujas eternamente», lo que encajaba a la perfección. Una chica encantadora.

Me quedé en casa de Nellie alrededor de una hora y marché justo después de las ocho. Debería haber meado antes de salir pero no lo hice, así que para cuando llegué a Enfield, en dirección a San Alban, estaba que iba a reventar. Vi un pub algo apartado de la carretera y pensé: «Bueno, tengo tiempo de tomarme un trago que me ayude a recorrer el camino». Y así también podré ir al baño. Tiene gracia, he estado por este sitio antes y aunque conozco la mayoría de los pubs de por aquí, éste no lo conocía. Creo que es por cómo das con él, justo al tomar una curva. La primera vez que vi el pub fue cuando mis faros viraron y lo iluminaron, además, al principio, me dio la impresión de que estaba medio derruido. Tendrían que arreglarlo un poco, en mi opinión. Sería un dinero bien gastado, porque al estar apartado de la carretera seguro que mucha gente se lo pasa de largo. Tiene un nombre extraño, por lo que recuerdo, aunque en estos momentos no recuerdo cuál era. Ya me vendrá a la cabeza, seguro.

Aparqué el coche en la parte de atrás y entré, e hice la primera parada en el lavabo de caballeros. Dios, qué alivio. Fue una meada de ésas en las que el chorro parece seguir y seguir durante horas. Bueno, estoy exagerando, pero ya me entendéis. Salí del váter, fui a la barra, y apenas había nadie ahí. Aquello estaba muerto.

El Trabajo en Vano. Eso es, ¿qué os acababa de decir? Sabía que tenía un nombre raro. Apoyado contra la barra estaba un gitano anciano con un extraño sombrero. Honestamente, me dio la impresión de que era medio idiota, así que procuré evitarlo. Logré que la chica de detrás de la barra me sirviera un brandy, y luego miré alrededor para buscar un lugar donde poderme sentar. En una esquina se encontraba sentado un tipo desaliñado que estaba hablando con un chaval que tendría unos diez años o algo así. Al principio pensé que se trataba de su hijo, pero luego el muchacho le dijo algo al hombre y abandonó el bar. No volvió, así que quizás no conocía de nada a este otro tipo: simplemente coincidió que cuando miré estaba sentado junto a él. Me apetecía hablar con otro tío para pasar el rato tras tirarme todo el día entre conejitos, así que cuando el chavalillo se levantó y se fue, me senté en la mesa situada junto a aquella cosa zarrapastrosa.

Al poco rato, entablamos conversación, y pude ver que quedó impresionado al ver mi tarjeta de visita. Por lo que comentó, él también se dirigía al norte. Me dijo que él era originario de Derbyshire, lo que no fue una sorpresa dado su fuerte acento. Me contó que allí tenía trabajo en las minas, pero que creyó que sería mejor buscarse la vida en Londres, tal y como muchos otros hacen, de modo que se dirigió al sur. Os sorprenderá saber que aquello no salió como esperaba, así que ahora volvía a Derby, esperando aún poder recuperar su antiguo trabajo en la mina.

Me han preguntado por qué me ofrecí a llevarle, como si tuviera que tener algún motivo, y no me creen cuando les digo que entonces, al principio, no tenía ni idea de lo que iba a hacer. Le dije que le llevaría hasta Leicester porque sentía verdadera lástima por aquel tipo, y eso es todo, no hay que darle más vueltas. Se puso pesado con lo de invitarme a otro trago antes de irnos, para mostrarme su gratitud, y se tomó uno aunque, para ser franco, ya se había tomado unos cuantos de más. Por su estado, se podía deducir que se había tomado unas cuantas antes de que yo llegara, y una vez entramos en el coche no conseguí entender nada de lo que decía. La mayor parte del tiempo se lo pasó durmiendo y roncando.

Las cosas podrían haber sido diferentes si hubiéramos conversado un poco como yo quería, para poder así quitarme los problemas de la cabeza. Pero me encontré con que la única persona que tenía como compañía estaba demasiado borracha como para conversar, por lo que no pude hacer nada salvo conducir y rumiar mis penas, mientras él dormía ahí atrás como un tronco. Cuanto más avanzábamos, más me cabreaba con él. O sea, ahí me encontraba yo rodeado de todos mis problemas, el bebé de Nelly que había nacido una semana antes y el de Ivy que estaba a punto de llegar, y Mientras tanto ahí estaba él roncando como un ceporro, babeando sobre la tapicería. No quiero decir que en este momento sienta algún tipo de animosidad en su contra, claro que no, pero así es como me sentía entonces. Subimos por la carretera romana hacia Northamptonshire, a la que entramos por Towcester. Tiene gracia, de qué cosas se acuerda uno, recuerdo en qué

estaba pensando cuando dejamos la aguja de la iglesia de Greens Norton a nuestra izquierda. No sé por qué, pero estaba pensando en la época que era un chavalillo y vivíamos en Heme Hill, un lugar situado ahí, carretera arriba si vas desde la taberna de Half Moon. Cuando era pequeño era muy curioso, como son todos los niños. Quería saberlo todo. Un día, yo no tendría más de siete años, recuerdo preguntarle a mamá acerca de Heme Hill y por qué la llamaban así. Me dijo que no lo sabía, pero que si eso me interesaba tanto lo podía buscar en la *Enciclopedia Pear*, y eso hice.

No sé si alguna vez cuando erais críos habréis abierto un libro y habréis visto un dibujo tan aterrador que tuvisteis que cerrar el libro y no os atrevisteis a mirarlo otra vez. Bueno, eso me pasó a mí. Abrí la enciclopedia por la página que quería, la letra H, y me encontré con este grabado antiguo en el que salía este tipo, que tenía unos cuernos como los de un ciervo que le salían de la cabeza. Sé que ahora no parece para tanto, pero yo estaba aterrorizado. Hasta entonces no había visto en toda mi vida un dibujo que me afectara de tal manera, y no sé por qué.

Cerré el libro y lo escondí debajo del armario de la habitación de mis padres, bajo algunos ejemplares de *Reveille* que habían acabado ahí. Estaba tan asustado que quería enterrarlo, ¿sabéis? No tengo ni idea de por qué pensé en ese tipo de los cuernos cuando pasé junto a la iglesia de Greens Norton, pero así fue. La mente es algo extraño. La mitad de las veces no sabes por qué haces las cosas, o al menos ése es mi caso.

Pongamos como ejemplo aquella noche en la que fui hasta la casa de Ivy en Gales, justo después de haber estado en su habitación y haberle metido mano. Sus padres habían sido muy amables al ofrecermelo para cenar una buena ración de beicon cocido y patatas, cuando estaba ya por la mitad de la cena alguien llamó a la puerta. Los Jenkins tenían una vecina tres puertas más abajo que parecía saberlo todo sobre ellos, y eso incluía lo mío con Ivy, me encontré con que era esa vecina precisamente la que estaba ahí de pie en el umbral de la puerta con un ejemplar del periódico local en la mano. Nos preguntó si habíamos visto esta foto de un coche que había sido encontrado en Northampton. Así sucede en los pueblos, ya sabéis, todo el mundo lo sabe absolutamente todo de todo el mundo. No llevaba en Gellygaer más de una hora o dos, y ahí mismo teníamos a alguien que ya sabía lo que yo le había contado al padre de Ivy acerca de que me habían chorizado el coche. Y lo peor aún estaba por llegar.

Le pidieron que entrara y que nos enseñara a todos ese periódico, me encontraba justo dándole un bocado al jamón cocido cuando lo vi. Os lo aseguro, es un milagro que no me atragantara. Ahí salía una foto de mi Morris Minor completamente quemado en los terrenos de Hardingstone. Había un párrafo a su lado donde se podía leer que se había encontrado un cuerpo humano entre los restos. Bueno, como decía, uno no sabe por qué habla o hace las cosas la mitad de las veces, pero cuando vi aquella foto solté directamente, sin pensarlo dos veces: «Ése no es mi coche». A

continuación seguí mascullando algo sobre cómo no se me había ocurrido pensar que los periódicos armarían tanto revuelo al respecto.

Al echar la vista atrás, creo que decir eso fue una estupidez de cojones. O sea, era mi coche, de eso no cabía duda. Se podía leer la matrícula, MU 1468, estaba claro como el agua. Era casi el único trozo que no se había quemado. Lo único que conseguí al decir que no era el mío fue que aquello oliera a chamusquina y que todo el mundo sospechara. Salí de aquel embrollo lo mejor que pude alegando que estaba cansado y me fui a la cama situada en la habitación de invitados, donde pensé en las tetas de Ivy y me hice una gayola rápida para quitarme esas cosas de la cabeza.

Normalmente, en cuanto me corro me quedo rápidamente dormido, pero esa noche no fue así. Oh no. No dormí nada de nada salvo por algún momento que pegué alguna cabezada y tuve algunas de esas pesadillas horribles que me despiertan casi antes de que hayan empezado. En ese momento me resultaron muy intensas, pero ahora no las puedo recordar, sólo sé que me desvelaron de modo que permanecí despierto hasta que el primer rayo de luz se arrastró por el papel con dibujos de azucenas de la pared opuesta.

Para cuando me levanté, ya había llegado el periódico de la mañana. Se trataba del *Daily Sketch*. Habían publicado la misma foto de mi Morris consumido por el fuego, sólo que esta vez también salía mi nombre, lo que pensé que era toda una suerte. Claro que eso acababa de un plumazo con todo lo que había contado a los padres de Ivy. Lo único que se me ocurrió decir es que debía de haber habido una terrible confusión y que me volvía a Londres hasta que todo se hubiera solucionado. Los Jenkins tenían otro vecino, que respondía al nombre de Brownhill, y que regentaba un modesto negocio de coches en Cardiff. Empezó a hablar y se prestó voluntario para llevarme de vuelta a Cardiff de camino al trabajo para que así pudiera coger un autobús a Hammersmith. No podía negarme, así que me despedí de Ivy y le dije lo que ella quería oír acerca de que pronto estaríamos viviendo juntos en Kingston-On-Thames. Su padre me dio la mano, aunque no sin que la madre de Ivy hiciera un gesto raro, y entonces nos marchamos.

Había un largo camino hasta Cardiff y no sé si fue eso lo que me enervó, pero por una razón u otra me encontré con que no podía callarme ni aunque me fuera la vida en ello. Seguí hablando y hablando sobre mi coche y cómo me lo habían robado frente a una cafetería, y este tío, Brownhill, simplemente, seguía mirando a la carretera que se hallaba frente a él y de vez en cuando decía, «¿Ah sí?» o «¿Es eso cierto?», pero aparte de eso había que sacarle las palabras con sacacorchos. Cuando llegamos a Cardiff insistió en acompañarme a la estación, donde esperó hasta que subí al autobús que llevaba a Hammersmith.

Claro que luego me han contado qué fue lo que hizo justo después: acudir directamente a la policía en cuanto se aseguró de que estaba en el autobús. Les dijo que iba de camino y que algunas cosas que le había

contado le resultaban sospechosas. Si os interesa mi opinión, el tipo sólo quería estar en medio de todo el fregado. Pasa lo mismo con toda la gente de pueblo, no hay cosa que les guste más que disfrutar de una pequeña dosis de escándalo. Aún así, me he preguntado si no pudo ser el padre de Ivy el que le dio la idea, la idea de llevarme en coche hasta Cardiff con intención de entregarme desde un principio. No me resulta muy agradable pensar que fue capaz de eso, pero tampoco lo descartaría. Al padre de Ivy nunca le caí demasiado bien. Su idea era que su hija había abandonado una buena carrera como enfermera por un tipo que consideraba que estaba en un escalafón social más bajo, como si hubiera alguien en Gellygaer que ganara quinientas libras al año.

Supongo que si soy totalmente honesto conmigo mismo, fue sobre todo el uniforme de enfermera lo que primero que me atrajo de Ivy. Es una «manía» que tengo, y una vez más lo único que se me ocurre pensar es que esto podría estar ligado a la guerra de alguna manera. A los hospitales y todo eso. A veces, incluso el olor del Germolene o de cualquier sustancia empleada para operar, me pone más rápido que un buen libro lleno de guarradas. Parecía que estaba un poco pirada con ese sombrerito y esas medias negras de lana que llevaba. Es una pena, pero no ha sido capaz de embutirse en su uniforme de enfermera desde los cinco meses de embarazo, y de eso ya hace algún tiempo.

¿Sabéis lo que os digo? Que hace mucho frío para ser enero, ¿no creéis? Angel Lane. Pues la verdad es que no he visto muchos ángeles por aquí en los últimos dos meses, sólo a un montón de polis con cara de culo. Si viera un ángel, lo reconocería. Como mujeres desnudas, así me imagino yo que son los ángeles. Eso sí que sería una cosa bonita que tener revoloteando alrededor cuando uno la casca, ¿verdad? Palmar rodeado de muchas tías desnudas. Así es como a mí me gustaría irme. Eso sí que estaría bien, hay formas mucho peores de abandonar este mundo, creedme.

El tipo de cuyo nombre no puedo acordarme que recogí en el pub a las afueras de San Albans seguía profundamente dormido cuando vi la primera señal que indicaba el camino a Hardingstone. Bill. Creo que dijo que se llamaba Bill. Aún seguía roncando, y en lo que a mí respecta por una parte estaba al borde del pánico pensando en cómo me las iba a arreglar para pagar tanta factura con tantas mujeres e hijos y por otra seguía pensando en ese tipo con la cornamenta de reno de la *Enciclopedia Pear*. No tengo ni idea de por qué. Como decía, la mente, a veces, es una cosa curiosa.

En medio de todo esto, se me ocurrió que debía tomar el desvío a Hardingstone cuando llegase a su altura. Lo que pasó después aún me resulta confuso. He contado tantas historias que ya ni yo sé cuáles son verdad y cuáles me he inventado. ¿Alguna vez os ha pasado? ¿No?

Realicé una declaración acerca de todo lo que había pasado a los caballeros de la comisaría de policía de Hammersmith que habían

estado esperando a que llegara mi autobús desde Cardiff, gracias a que el señor Brownhill se metió donde no le llamaban. A decir verdad, hice el idiota cuando me bajé del autobús y me los encontré esperándome, a los tres. No me lo esperaba, supongo que debería habérmelo esperado, pero no fue así. Me sorprendió tanto que dije lo primero que se me vino a la cabeza. Dije que me alegraba de que todo hubiera acabado, y les comenté que no había dormido nada. Les conté que iba de camino a Scotland Yard en ese mismo instante. Hasta entonces todo bien, pero antes de que pudiera contenerme fui y dije que yo era el responsable. No dije de qué, pero dio igual, me miraron de arriba abajo. No veáis cuánto me arrepiento, en la de problemas que me he metido desde entonces.

No sé si os lo he contado, pero hoy en el juzgado han intentado pillarme en un renuncio con eso, aunque he sido mucho más listo que ellos. Hay un dicho en Finchley que dice que uno ha de levantarse muy temprano por la mañana para poder atrapar a Alfie Rose. El abogado de la acusación, el señor Birkett, me ha preguntado por qué me costó casi dos días informar de lo ocurrido a la policía, lo que me descolocó un instante, pero enseguida me recuperé.

—Bueno —respondí—, tengo muy poca fe en los policías de pueblo como los que se pueden encontrar en las comisarías locales, las más pequeñas, así que pensé que acudiría directamente a las instancias superiores. ¿Acaso no dije que iba de camino a Scotland Yard cuando me detuvieron en Hammersmith?

Pude apreciar que esta respuesta, por la que no dejé que me cazara, no le gustó, así que lo que preguntó a continuación fue: «¿Ah, sí? ¿No dijo también que era responsable? ¿Qué quería decir con eso, buen hombre?». Ya sabéis cómo habla esta gente.

En ese momento me sentí bastante chulo, así que respondí de manera muy inteligente: «Bueno, creía que a ojos de la policía el dueño era el responsable de cualquier cosa que pasara dentro de su coche. Corríjame si me equivoco».

Arqueé una ceja cuando dije eso último, lo de «corríjame si me equivoco», para que el jurado y las chicas que estaban en la sala pudieran ver que estaba jugando con él, y creo que oí cómo un par de ellas se reían entre dientes, a menos que fuera cosa de mi imaginación. Están de mi lado, eso se ve. Una buena parte del jurado está formada por mujeres, así que todo va a ir bien. He atraído la atención de una o dos de ellas, y tengo bastante claro a cuáles gusto. Si me mantengo firme en lo que he dicho, no debería haber contratiempos.

Cuando dieron conmigo al bajar del autobús en Hammersmith, en Bridge Road, me llevaron a la comisaría de la localidad donde les conté, lo mejor que pude, qué había pasado desde el primer momento de aquella mañana del día seis. Les dije que recogí al tipo en la Great North Road, en las afueras de San Albans, lo que era bastante cierto, y que cuando nos acercábamos a Hardingstone creí verle manoseando mi

maleta de muestras, la cual guardo en los asientos traseros del coche, que era el lugar donde él estaba sentado. Más tarde, comencé a dormirme al volante, y un poco más tarde todavía escuché toser al motor y me percaté de que funcionaba mal como si me estuviera quedando sin gasolina, así que pensé en adentrarme en un terreno apartado de la carretera principal que se encontraba un poco más abajo del carril que seguíamos. Además, tenía que aliviarme, ya que había sido un largo trayecto desde San Albans.

Se despertó en cuanto entramos en aquel terreno, y le dije que iba a refrescarme. Le indiqué que si quería ser de alguna utilidad podía coger la lata de gasolina del asiento de atrás y llenar el depósito, puesto que parecía que nos quedaba poca. Levanté el capó y le mostré por dónde debía meter la gasolina, luego me preguntó si tenía un pitillo para darle. Ya le había dado unos cuantos así que le dije que no me quedaban, luego me alejé del coche un trecho para poder aliviarme en privado. Me había alejado cierta distancia de la carretera, y justo cuando tenía los pantalones bajados oí un gran ruido y contemplé la luz del fuego a mis espaldas. Me subí los pantalones y corrí hacia el coche pero era demasiado tarde. Pude verlo ahí dentro, pero no pude hacer nada. El muy imbécil debió de encender el cigarrillo mientras estaba sentado junto a la lata de gasolina. Pero qué cosas hace alguna gente.

Observaron que llevaba el maletín conmigo y me preguntaron si había vuelto para sacarlo del coche ardiendo, pero yo ya estaba preparado para esa pregunta. Había visto que manoseaba la maleta, por lo que se me ocurrió que podría robarla, así que me la llevé conmigo cuando dejé el coche. Les conté que me entró el pánico cuando vi el coche quemarse, como le pasaría a cualquiera, y corrí hacia la carretera donde dos jóvenes con pinta de ser unos chicos duros me vieron salir del seto. Les dije que desde entonces era un manojo de nervios, y que no sabía qué hacer, lo que era ni más ni menos que la verdad pura y dura.

Luego, la policía de Northamptonshire fue hasta Hammersmith para hablar conmigo, y luego me trajeron a Angel Lane. Les pregunté si podía ver a Lillian, y cuando me respondieron que podría verla un poco más tarde me avergüenza admitir que me dejé llevar por los sentimientos, al estar tan cansado, y les conté qué gran mujer era Lily, que era demasiado buena para mí, y que siempre me colmaba de atenciones. Les mencioné lo de que nunca se sentaba en mis rodillas, pero que aparte de esa pega era todo lo que un hombre podía desear.

Si me hubiera callado ahí, todo hubiera ido bien, pero estaba dispuesto a alardear y me encontraba ansioso por impresionar, así que seguí hablando y les conté que tenía un montón de amantes por todo el país, y que atender mi harén me obligaba a estar de viaje de continuo por lo que rara vez estaba en casa. De algún modo eso llegó a la prensa, aunque como he comentado, creo que será algo que funcione a mi favor más que en mi contra, a pesar de lo que el señor Finnemore pueda pensar. Es sólo un abogado. No tiene ni idea de mujeres.

Pobre tipo. Aún puedo verlo tal y como estaba cuando llegamos a aquellos terrenos, sentado en el asiento trasero y totalmente dormido. Lo único en lo que podía pensar era en las facturas, en los bebés, y en cómo todo se derrumbaba a mi alrededor. Salí del coche lo más sigilosamente que pude y me dirigí hasta el maletero para ver si podía encontrar el mazo que había estado guardando ahí desde que yo y Lil fuimos a Devon de acampada hace ya varios años. Supongo que lo conservé como medio de protección: cuando viajas tanto como yo puedes conocer a gente muy extraña. Me puse a revolver ahí detrás y supongo que debí de armar un poco de ruido, lo que probablemente le despertó.

En todo caso, lo siguiente que ocurrió fue que oí que la puerta del coche se abría ahí atrás y cómo aquel tipo salía de él. Me apoyé en el maletero abierto para poder echar un vistazo y ahí estaba él de espaldas a mí, intentando desabrocharse los pantalones por lo que parecía, para poder echar un buena meada en los neumáticos. Pensaba en Lil y en el muchacho de Finchley, en cómo se lo tomarían cuando vendiera la casa y los muebles, y en Nellie que ahora tenía otro bebé al que alimentar, y en Ivy y el puñetero Kingston-on-Thames y mi vida era como una pesadilla, peor que cualquier dibujo incluido en un libro. Ojalá todo lo ocurrido hubiera sido algo que venía en un libro, entonces podría cerrarlo y no tendría que pensar en ello ya más. En algún momento, mientras todo esto me pasaba por la cabeza, debí de echar mano del mazo.

La verdad es que los campos de Hardingstone tienen un gran aspecto. No se veía demasiado aquella noche, ya que estaba todo oscuro, pero por la foto en el *Sketch* tenían aspecto de ser unos auténticos campos como los que solía haber alrededor de Londres cuando nuestro padre aún era un crío. Agrestes y un poco frondosos a los lados, no como si fueran parques. En los parques hay un montón de arriates, jardines, y parterres. No hay nada natural en ello y me da la sensación de que es algo amanerado. Lo que un tío quiere hacer es arrastrarse entre los arbustos como un indio, o encontrar una pequeña madriguera, o algún lugar entre los juncos donde pueda sentarse él solo y no salir hasta que alguien le llame.

Se giró hacia mí justo cuando estaba sacando el mazo así que en vez de golpearle la cabeza por detrás como pretendía, le sacudí por encima de la cabeza por lo que se movió de lado a lado como una vaca a la que acabaran de sacrificar. Se cayó sobre el Monis y se resbaló hasta que se derrumbó de cara sobre la hierba. Emitió un sonido, sólo uno entre el barro, pero no se movió. Me quedé ahí en pie mirándole fijamente no sé por cuánto tiempo, respirando como cuando acabas de echar un polvo. La verdad es que hasta el momento no había pensado en lo que iba a hacer. O sea, no se me había ocurrido hacer nada de esto antes de llegar a Towcester. Lo miré, había estirado la pata ahí mismo bajo la luz que salía del interior del coche, bajo el brillo de la lucecita del techo, y supe que lo mejor sería pensar en algo y rápido.

Como vendedor, o viajante de comercio como prefiero llamarme, en lo que se refiere a pensar disfruto de una gran ventaja. Mi trabajo requiere de hombres que estén acostumbrados a pensar sobre la marcha. Os pondré un ejemplo. Hay una empresa en el norte que visito una vez cada trimestre, se trata de un cliente al que conozco desde hace años, un tipo mayor y agradable al que le gustan las jovencitas y tiene bastante pasta como para gastársela en una colección de novias. A lo largo de los años, le he hecho la rosca llevándole, de vez en cuando, algunos de los ligueros más picantes, de esos que tienen un montón de perifollos, como obsequios que podría regalar a su amante favorita. Bueno, un día llego ahí, y entró en su despacho con un puñado de ligueros de los más descarados que jamás hayáis visto en la mano, vamos, que parecía que hubiera hecho limpieza en un prostíbulo.

Lo que yo no sabía es que le habían dado la patada un mes después de la última vez que le vi por meter mano en la caja, así que me encontré ahí sentada a esta bruja con cara de vinagre que pasaba de los cincuenta y cinco años, con unas tetas como dos carretas. Me quedé completamente parado al verla, luego miré al montón de ropa picantona que llevaba en la mano. La idea se me vino a la cabeza rápida como un rayo. La miré a los ojos, y luego monté un buen numerito al tirar a la papelera del despacho, junto a los sobres rotos y demás, unos ligueros de los mejores que hay cuyo valor ascendía a diez chelines. Me miró como si me hubiera vuelto loco. Con mi mejor tono de voz le dije: «Señora, discúlpeme. Había oído que una señorita estaba ahora a cargo de este departamento y pensé complacerla ofreciéndole unas prendas que la hicieran más atractiva, pero ya veo que eso no es necesario».

También podría haber dicho que creía que eso era imposible, pero decidí mantenerme dentro de unos parámetros civilizados y la treta dio resultado, como sabía que iba a ocurrir. Después de esto, se convirtió en uno de mis mejores clientes. Lo que intento decir es que lo de improvisar ideas así, a bote pronto, forma parte de la vida del viajante de comercio.

Me agaché y le cogí por debajo de la tripa para poder levantarlo, e intenté llevarlo a la parte delantera del coche. Mirad, la idea era colocarlo en el asiento del conductor o cerca de él. Ni se me ocurrió intentar meterlo por la zona del volante así que lo arrastré por toda la parte delantera del coche hasta llegar al otro lado, lo que implica que lo arrastré por delante de los faros del coche que aún seguían encendidos. Por Dios, qué impresión daba al arrastrarlo bajo las luces de esa manera. Le salía sangre de un oído, y, por lo que parecía, le había aplastado el pómulo en el lugar donde le había golpeado con el mazo. Si he de ser sincero, creía que estaba muerto.

Pensaréis que debería saber la diferencia entre alguien vivo y alguien muerto, pero como dicen los jóvenes, no es lo mismo cuando has luchado en una guerra. En mi opinión la distinción entre la vida y la muerte queda muy difusa. Veis a un tipo con la cara enterrada en el lodo y con sólo medio brazo, y sí, supones que podría estar vivo, pero si no está muerto lo estará en una o dos horas, así que, en realidad, ¿para

qué preocuparse? Sé que suena duro, pero como pasa con muchas cosas, es algo a lo que te acostumbras. Yo lo hice. Yo fui un héroe de guerra, lo fui. Tengo una medalla y una cicatriz, cerca de la raya del pelo. ¿Os la he enseñado?

Tuve que dejar al tipo en el suelo para poder meterme dentro del coche y abrir la puerta de pasajeros que, por temor a los ladrones, mantengo cerrada como norma. Tras haber hecho esto, volví a salir y maniobré con él una vez más hasta que lo coloqué con la cabeza echada hacia delante en el asiento delantero, aunque presentaba una postura extraña al tener una pierna aplastada debajo de su cuerpo. Pensé en sacar la maleta con muestras del coche ya que estaba debajo del asiento del conductor. Mirad, es que tenía el catálogo dentro. No quería que Mónica acabara mal.

Luego busqué a tientas la lata de gasolina que guardaba ahí, en el asiento trasero, y empecé a derramada dentro del coche, gran parte del líquido cayó sobre esa cosa que yacía en la parte frontal. Justo cuando estaba haciendo esto me pregunté qué había sido del mazo, no me acordaba de dónde lo había dejado, y entonces, de repente, hizo un ruido. Pareció murmurar algo, pero no se trataba de ningún idioma que yo hubiera podido escuchar alguna vez. Me puso la carne de gallina, os lo aseguro. Cerré todas las puertas tras dejar un rastro de gasolina que llegaba hasta el coche, y luego pensé en echar un vistazo bajo el capó para poder aflojar el manguito de la gasolina y quitarle la tapa al carburador. Mirad, yo sé de coches, sé lo que hago y todo eso. Eso era el toquecito genial necesario para que pudiera parecer que había sido un accidente.

Eché un vistazo alrededor pero no pude encontrar el mazo, así que volví al lugar donde había dejado la lata de gasolina para marcar el final del rastro, y después encendí una cerilla. Las llamas corrieron por la hierba como hormiguitas que marchan en fila, luego se produjo un ruido parecido a un gran suspiro, y el fuego rodeó el coche por todas partes. El fuego rodeó a mi pequeño Morris Minor.

Fue entonces cuando se despertó y empezó a gritar y a retorcerse hasta que de una patada abrió la puerta del coche, pero para entonces, como decía antes, su suerte estaba echada. Aunque os diré que había algo que no encajaba: una de sus piernas sobresalía del coche y no sé cuánto tiempo debí de quedarme ahí mirando, pero se quemó completamente. La pierna chamuscada se cayó y se quedó ahí en la hierba. Para ser franco nunca he visto una imagen parecida.

En la más absoluta de las confianzas, he de confesar que lo que todo el mundo piensa que fue lo más inteligente de toda la operación, fue algo en lo que ni siquiera había pensado hasta que todo estuvo ya hecho. La prensa dijo que actué en la noche de Guy Fawkes para asegurarme de que el fuego no atrajera la atención, y he de admitir que, ciertamente, es una idea muy inteligente. Ojalá se me hubiera ocurrido antes de ponerme a hacer nada. La verdad es que, cuando se me ocurrió aquella

idea, esa noche, ahí en ese campo, me vino en una especie de *flash*, como surgida de ningún sitio. Supongo que así es cómo suceden estas cosas a veces. No fue hasta más tarde, al mirar fijamente las llamas, cuando me di cuenta de que era la noche de las hogueras. Entonces pensé: «Bueno, qué apropiado».

Tras permanecer ahí un buen rato y ver cómo el humo me hacía llorar, se me ocurrió pensar que sería mejor que me moviera. Caminé a través de aquellos campos hasta llegar a un lugar donde había un hueco en cerco formado por los setos y que llevaba hasta Hardingstone Lane. Por azar, en cuanto salí del sendero me fui a encontrar con estos dos tipos, los dos borrachos por la impresión que me dio, que volvían a casa tras estar en alguna fiesta de Guy Fawkes en el palacio de la localidad. Creo que he oído llamarlo El Salón de Danse. A medida que me acercaba, me di cuenta de que ambos podían ver el coche en llamas allá en el campo, y creo que les escuché hablar sobre ello.

Pensé que sería mejor echarle morro y tirarse un largo, así que dije: «Parece que alguien ha hecho una fogata» o algunas palabras similares con esa intención, ya que para entonces ya me había dado cuenta de que era la noche de Guy Fawkes. Ambos me miraron fijamente y no dijeron nada, así que apreté el paso en dirección a la carretera principal situada más arriba.

Era una noche clara. Fresca y vigorizante, lo que era muy adecuado. La luna había salido y mostraba con mucha claridad la cruz de la reina muerta que se encuentra junto a la carretera de Londres. Todo olía de manera excitante y aterradora, a humo y pólvora como en una guerra. Me picaba la cicatriz así que permanecí ahí en pie rascándome la cabeza como si fuera alguien que simplemente hubiera salido a dar una vuelta. En una mano llevaba una maleta llena de cosas inconfesables y en la otra una caja de cerillas de la marca England's Glory. Yo era otra persona, con toda la vida por delante, y estaba tremendamente asustado pero me sentía estupendamente.

Estoy ansioso por salir de aquí. Lo voy a celebrar. Voy a llenar el mundo de bebés, de canciones, y de ropa interior maravillosa. Trataré a mi Lily como una reina y me acostaré con muchachas corrientes y molientes por ser cariñoso. Después de todo no soy malo, y creo que el jurado lo sabe. Oh, a veces soy un granuja, por supuesto, avispado al que no es fácil engañar, pero todo un carácter, un hombre con un corazón lleno de romanticismo que le mete en problemas. Desde el banquillo los miro y sé que tengo ya un pie fuera gracias a ellos, Por cómo me miran. Es cosa de instinto. Uno siempre sabe cuándo dudan, ya sabéis.

Se lo están tragando.

La escalera de incendios de Phipps

1995 d. C.

Se lo están tragando.

Las últimas palabras del capítulo anterior, escritas en una luz gris, permanecen ahí en el escenario oscuro del monitor, bajo el menú de ayuda rotulado en el arco del proscenio. El cursor parpadea, un aplauso visible y lento en el negro auditorio desierto.

Llegamos al acto final: no más suplantaciones. No más juegos de prestidigitación con las voces ni más trajes de época. Las pelucas, pieles, y vestidos que yacen ahí abandonados desaparecen. Las máscaras descartadas y las caras sin vida como cáscaras vuelven a atrezo y penden de sus colgaderos. La calavera mordisqueada de Francis Tresham pende junto a la careta de cera de John Clare, con las cejas arqueadas cual luna creciente y una mandíbula que sobresale con un aspecto demacrado. Un molde de Nelly Shaw, con los labios dejando al descubierto los dientes por la agonía provocada por las llamas, se apoya contra la mejilla de papel maché de Alfie Rose, al que da un beso sin querer.

En el proscenio, aunque el decorado permanece igual, el escenario ha cambiado en cierta forma. Se han borrado algunos de los edificios de los años treinta pintados en el telón de fondo y se han añadido otros nuevos; Caligari se alza como una masa enorme frente al cielo claro de noviembre. Año 1995. Las luces se apagan. Las filas vacías aguardan el monólogo final.

Me alejo de la pantalla, del texto, del cursor y de su hipnotizante pulso de música trance. Me doy cuenta de que los ojos me pican, de que la mesa rebosa de cosas. Un cenicero hueco por dentro con la forma de una rana que bosteza, una cascada burda de colillas y piedra pómez estropeada que se derrama desde su garganta de porcelana. El dedo índice de la mano derecha pende dispuesto encima de las teclas. El autor teclea las palabras «el autor teclea las palabras».

De pie, siento la energía que abarrota la habitación, una corriente que fluye hacia atrás en el tiempo proveniente de todas esas lecturas futuras, de toda esa gente y de los diversos grados de inmersión de cada uno de ellos, su conciencia se encuentra medio sumergida dentro del texto y medio desprendida del momento, del continuo, y por lo tanto se puede llegar a ella. Inspiro una gran bocanada de eso mismo, de sus brasas y su crepitar. Siento que todo va bien y que aquí hay una energía poderosa. Todo sucede de modo correcto.

A mi alrededor, los libros de referencia acerca de la ciudad se amontonan formando torres; se convierten en una reproducción a pequeña escala de la propia ciudad. Ahí tenemos *Witchcraft in Northamptonshire - Six rare and curious tracts dating from 1612* (*Brujería en Northamptonshire: Seis tratados raros y curiosos que se remontan a 1612*), y una selección de la obra poética de John Clare. Ahí tenemos a los coritani^[9], a los cruzados, los compendios de la vida y muerte de los santos que conforman una topografía de la historia convertida en algo sólido, acantilados de palabras con una extensión de cuarenta siglos que deben sortearse para llegar a la puerta, a las atronadoras escaleras sin moquetar situadas más allá. Bajo por ellas como una avalancha medicada más de la cuenta hacia el salón; la televisión y el sofá.

La historia como calor, agobiante y agotador. Caigo más que me siento en esa reliquia de sofá riesgoso e intento localizar el mando a distancia a tientas, manoseando la capa de hielo perenne formada por revistas y tazas de té vacías que esconden la alfombra, por su propio bien. Resultaría mucho más fácil echar un vistazo, pero también más deprimente. Los dedos se cierran sobre el artilugio, una barrita de chocolate con frutas imaginada por una forma de vida basada en el silicio, y localizo el botón requerido. Una ligera sacudida procedente del sur enciende las noticias del canal cuatro. La historia como calor. Zeinab Badawi por las noches sostiene en alto el crisol ennegrecido para que lo inspeccionemos.

La conferencia sobre el alto el fuego en los Balcanes se presenta en bocados de siete segundos gracias a una cámara maternal y servicial, para reducir así el riesgo de atragantarse. Los representantes de ambas partes parecen sentirse avergonzados, palidecen al ver la luz de los flashes. Unos camorristas de patio de colegio a los que obligan a dar un paso al frente, para que se disculpen, y se den la mano con un resentimiento de ya nos veremos después de la escuela que ya se nota en su mirada y su voz. Dejemos ya de hablar de campos de concentración donde hay violaciones o de limpieza étnica. Volved a vuestros pupitres.

Las próximas visitas a Irlanda del Norte del presidente Clinton esperan centrar la atención sobre un proceso de paz que con celeridad se va transformando más bien en un proceso de embalsamamiento. Clinton sigue la estela de Kennedy si uno juzga las cosas en términos de corte de pelo y mamadas, ha anunciado que no irá a Irlanda sólo para acabar encendiendo las luces de navidad, aunque si para entonces el congreso le corta el teléfono y la corriente eléctrica de la Casa Blanca, puede que se lo piense. Dos familias de Clintons de Irlanda, una a cada lado de la frontera, se pelean por el honor de incluir al descendiente presidente en su árbol genealógico, pero con un poco de suerte la cosa no acabará con un brote de violencia sectaria.

Un análisis económico de última hora, que presenta la conclusión de que el efecto más probable de todo esto resulte en que el diez por ciento de la gente rica acumule aún más riqueza, y los pobres mejor que se

mueran. El gobierno nigeriano ha ahorcado a Ken Saro Wiwa por protestar contra la sodomía medioambiental practicada sobre una tierra traumatizada por las temeridades realizadas por la industria petroquímica; neurosis de guerra. Una blancura momentánea bajo las lagunas de Mururoa.

En las viejas ediciones del siglo XVII del periódico local, el *Mercury & Herald*, encontramos un listado con una serie de muertes, entonces recientes, producidas en Northamptonshire debidas a causas que hace mucho se consideran totalmente imposibles: luces en el cielo, el púrpura^[10]. Aquí pone que un hombre recibió «un golpe por parte de un planeta». Me siento boquiabierto bajo el aura catódica de este Armagedón fotogénico, la frase parece que llega tarde para el *revival*. Bajo el implacable ataque de estas imágenes pasmosas que machacan nuestros paisajes interiores hasta convertirlos en llanuras, como un bombardeo por saturación de la mente. Se trata de la lengua de un mundo que nos abruma. Nada se comunica aparte de la sensación subyacente de que el paisaje se encuentra en su estado más inestable, flexible como gelignita que se calienta. La historia como calor, como un fuego lento ante el cual el planeta llega ahora al punto de ebullición, nuestra cultura pasa del estado líquido al gaseoso entre la agitación caótica y violenta de la fase de transición. Aquí, en el vapor que sube, este proceso se acerca a su momento de crisis, un proceso que se ve interrumpido únicamente por el intermedio que da paso a los anuncios.

De manera sorprendente, entre esta serie de emociones, vertidos, y extinciones globales hermosamente moduladas, surge una mención a Northampton, algo sin precedentes: los inquilinos de las casas sociales del ayuntamiento de Pembroke Road, cuyos jardines dan a la línea de ferrocarril, intentan llamar la atención sobre una nueva serie de casos de leucemia. Si sopla el viento del oeste, se puede oír el chillido y murmullo espectral del mercancías de la noche que pasa por la otra punta de la ciudad. Mike, mi hermano, el más guapo, y a veces el más divertido, aunque francamente no tiene el mismo carisma que uno ni de lejos, vive al lado de Pembroke Road con su mujer Carol y los niños. Quieren mudarse, pero mostrar a los potenciales compradores el lugar vestidos con trajes y cascos antirradiación no va a facilitar las cosas.

A decir verdad, todas las urbanizaciones desde Spencer hasta King's Heath tienen un aspecto posnuclear desde los sesenta. Justo una década antes, King's Heath había ganado premios por su diseño, se la consideraba un modelo perfecto para la Inglaterra del futuro lo que, desgraciadamente, se convirtió en una realidad. Llegados los años setenta incluso la tienda de golosinas tenía persianas de acero, y los perros abandonados se unían en manadas aterradoras para cazar, como en la edad media. La discoteca local parecía decorada por un escaparartista esquizofrénico que había ido al cine por última vez cuando proyectaban *Barbarella*, o quizás *Repulsión*, con maniquíes demacradas emergiendo desde los muros y los pilares, anoréxicas y conmocionadas, para lanzarse sobre un espectáculo de luces vomitivo. La juventud de King's Heath enciende cigarrillos en los pezones de

escayola, pasándose unos cigarrillos Sovereign, y bebiendo hasta que les entra la amnesia o las ganas de bronca bajo el brillo de color biryani^[11] que gira en forma de espiral de un spray de limpieza defectuoso, más tarde la mayoría de ellos se quedan preñadas o entran en chirona según el género al que pertenezcan. La ciudad se encoge de hombros, dando así una respuesta desgastada por el paso del tiempo a su propio declive físico: ella no esperaba algo mejor.

Apago la tele, derrotado momentáneamente. Oculto en parte por tres semanas de ejemplares sin leer de *New Scientist* y por envoltorios vacíos de galletas, hay un borrador del anterior capítulo. Aquella tienda de Bridge Street en la que trabajó Lily Rouse aún no tengo claro si se trataba de una pastelería o no, pero al final decido dejarlo así primando los caminos que recorre la ficción sobre los caminos menos sólidos de la historia. Lily se queda entre tarros llenos de cataratas de azúcar; proclama la inocencia de su marido con una lealtad que le provoca dolor mientras pesa los caramelos. Lo sacan de la prisión de Bedford, la cárcel que para Bunyan se convirtió en su segunda casa, y se dirige a la horca, los liqueros definitivos, con el nombre de ella en los labios, lo que no resulta una proeza de la memoria desdeñable cuando se piensa en todas las esposas e hijos que pudieron pasar por su cabeza en ese instante. ¿De qué va todo esto, Alfie?

Bunyan: el primero en cartografiar la tierra del espíritu y la imaginación que yace bajo la parte central de Inglaterra, hacía mapas en el terreno alegórico de los verdaderos viajes realizados en el reino de lo sólido. Asimismo, parece que la intención de su trabajo consistía en despertar la aprehensión de un paisaje visionario que se halla bajo las calles y campos subyugados; dar fuego a un sueño incendiario para que la materia aburrida y pesada de los condados y los municipios ardiera con un nuevo significado, y se vieran transformados. En septiembre de 1681 el conde de Peterborough decretó un nuevo fuero para Northampton, estos hechos se reflejaban en el libro *Holy War (La Guerra Santa)* de Bunyan al año siguiente, pero reubicados en la ciudad alegórica de Mansoul^[12]. Con este alias, la sensación de peso e importancia mítica esgrimida por el lugar y sus habitantes queda subrayada, la centralidad enorme e invisible de la ciudad queda confirmada.

Una de las grandes ventajas de *El progreso del peregrino* como artificio narrativo sobre esta misma obra radica en su estructura, la peregrinación avanza hasta llegar a un final necesario basado en la redención. Aquí, sin embargo, no hay una resolución tan clara a la vista. Se trata del mismo territorio, pero aquí no tenemos a un solo peregrino salvo quizás el autor, o el lector, y sólo hay un avance dudoso. Y aunque la redención no se descarta, se trata de una posibilidad remota en el mejor de los casos. No se trata de uno de los temas principales de los que hemos hablado hasta ahora.

La clave radica en el capítulo final. Constreñido a una narrativa en primera persona en el tiempo presente, no parece que quede más

remedio que hacer una aparición personal, lo que a su vez requiere una aproximación estrictamente documental: no valdría sólo con inventarse las cosas. Se trata de una ficción, no de una mentira.

Aunque, claro, eso tiende a colocar la carga que supone la responsabilidad de acabar la novela sobre los hombros de la propia ciudad. Si todos sus temas, motivos, y especulaciones se han de resolver, entonces se resolverán a través del propio ladrillo y la propia carne. La confianza en el proceso que conlleva la ficción, en que la interrelación oculta entre el texto y los acontecimientos debe resultar inquebrantable y total. Este lugar mágico, este lugar loco que se encuentra en el hueco que hay entre las chispas, entre mundo y mundo. Todas las energías sutiles pasan por aquí en su viaje hasta la forma. Dirigidas adecuadamente, nos proveerán de las cesuras que esta narración exige: los terribles perros negros volverán. Habrá fuegos, y cabezas cortadas, y nos encontraremos con la lengua de los ángeles. Se necesita lograr una armonía improbable entre el incidente y el artificio, que puede requerir la localización de ciertas referencias. No queda otro remedio que dar un paseo.

Fuera, la lluvia cae con fuerza sobre la escalera de incendios de Phipps, dando lugar a una estática constante y ámbar a través del resplandor Lucozade^[13] de las farolas de sodio. El empresario cervecero Pickering Phipps levantó todo este barrio a finales del XIX, principios del XX, como un último intento desesperado de alcanzar la salvación espiritual. Algo poco probable, por lo que parece.

Montó una fundición en Hunsbury Hill desde donde se dominaba la ciudad e hizo un agujero en los restos del asentamiento de la edad de hierro adyacente para buscar el hierro necesario para construir la vía férrea. Gran parte de lo que pagaba a sus trabajadores volvía a él a través de las barras de sus tabernas la noche de viernes, el día de pago. Northampton tenía muchos pubs por aquel entonces. Podías empezar en la parte de arriba de Bridge Street, y aunque sólo te tomaras media pinta de cerveza en cada parada del camino, nunca conseguías llegar al hotel Plough que se encontraba al final del todo, ya que para entonces se había alejado hasta el infinito.

Phipps pensaba que sus antros para beber podían considerarse tentaciones que se habían puesto en el camino recto de los justos y desde esta perspectiva un tanto negativa el Todopoderoso seguramente le condenaría a las llamas del infierno. Tal y como él lo veía, su única oportunidad consistía en hacerle la pelota al creador para ganarse su favor al construir un barrio que tuviera cuatro iglesias y ni un solo pub. Al dejarle caer este modesto soborno a Dios, o dicho de otra manera al representante del distrito municipal de Northampton, el empresario cervecero pensó que de este modo evitaba un horno que consideraba bastante más horrendo que el que él había erigido en Hunsbury Hill. Aunque llamada «Phipps-ville» en los documentos oficiales, la gente del lugar enseguida acordó rebautizarla como la Escalera de Incendios de Phipps. Mi hogar en los últimos diez años, en una casa u otra.

Parece haber una cierta predilección en la localidad por expresar los contornos del mundo espiritual en términos de piedra y mortero, la materia en su forma más densa, más duradera. Phipps construye un laberinto árido y austero, cuyas calles llenas de adosados se convierten en los peldaños de su ascenso al paraíso. Simon de Senlis construye una iglesia redonda como un pictograma templario que simboliza el martirio y la resurrección. Thomas Tresham codifica la Sagrada Trinidad proscrita en esa locura expresada en su cabaña de tres paredes. Testamentos de ladrillo, párrafos de gran densidad escritos en el propio mundo y que, por lo tanto, sólo Dios puede leerlos. El resto de nosotros, los que no levantamos edificios, expresamos los secretos arcanos de nuestras almas en escritos más efímeros, más inmediatos en el instante si éste se mide a escala humana: con conjuros con los que perdemos el tiempo o con la cháchara incansable propia de un vendedor. Con la letra traidora. Con la prosa, o la violencia.

Esforzándome por ver a través de la oscuridad y la llovizna, salgo de Cedar Road en dirección a Collingwood, el chaparrón ahora se transforma en un chisporroteo constante de un color platino apagado que cae sobre las irregulares baldosas de la aceras. Paso junto a una hilera de tiendas pequeña e insegura en la que se encuentra una oficina de correos donde han mangado tan a menudo que ha conseguido tener toda una legión de seguidores entre la audiencia de *Crimewatch* ^[14], en su mayoría se trata de criminales que sintonizan el programa para enterarse de las noticias del gremio y de los cotilleos. Sigo caminando, paso por las bocas de los callejones que se abren por el gáznate largo y sin luz de las salidas traseras, los charcos forman ondas en las fosas sépticas y sumideros de unos adoquines que ya tienen un siglo de antigüedad, un musgo iridiscente se acumula entre las romas piedras grises. Aquí ha habido violaciones, y han sido estrangulados muchachos en edad escolar, aun así estos pasajes miserables y patéticos ni siquiera aparecen en la guía de la localidad. Nuestras calles más reales, nuestras calles más inconfundibles aparecen cartografiadas sólo en la memoria y la imaginación.

Giro a la derecha, hacia Abington Avenue, siento la fría bofetada de sus corrientes de aire y siento la lluvia que se ve empujada por ellas. Cruzando la calle tenemos la Iglesia de la Reforma Unida, uno de los cuatro pilares en los que se apoyó el salto a ciegas hacia la redención de Phipps. Francis Crick vino aquí a catequesis allá por los años veinte, resulta evidente que quedó tan impresionado por las historias de la Biblia acerca de que la Creación se hizo en siete días que por eso descubrió el ADN. La doble hélice, el flujo de la interacción humana da vueltas en espiral alrededor del edificio recientemente remozado: broncas a la hora de cerrar, y copulaciones. El amor, el nacimiento, y el asesinato forman parte de la vorágine habitual.

Katterring Road, y los emporios basura cuyas aguas estancadas van a dar a los afluentes de la ciudad, unas algas formadas por el reloj y la máscara de gas del abuelo. El palacio abandonado de Laser-Hunter-Killer con sus ventanas jabonosas donde el futuro cerró pronto debido a

la falta de entusiasmo de la gente del lugar. Más abajo, varado entre el flujo del tráfico de Abington Square en los límites del centro de la ciudad, se encuentra la estatua de Charles Bradlaugh, con el dedo levantado y señalando con resolución hacia el oeste, hacia los campos más allá del área urbana, ayudando de este modo a los compradores domingueros a los que se les ha olvidado cómo llegar al Toy''R''Us.

Charles Bradlaugh, primer diputado laborista de Northampton y el primer ateo al que se le permitió la entrada en el parlamento, aunque no sin un gran debate previo. La noche en la que se le admitió en la Cámara de los Comunes se produjo una manifestación en Market Square a la que se envió a la policía antidisturbios para administrar la bofetada de un gobierno firme. Su figura no se vio libre de polémica, se relacionó con Annie Besant, teosofista, cerillera, y reputada agitadora social gracias a la distribución de una «publicación obscena», según parece la información sobre anticonceptivos se consideraba en general como algo que las esposas o las criadas no debían conocer. Entre los políticos locales no tiene mucha competencia salvo quizás por Spencer Perceval, primer ministro británico muy singular por dos circunstancias: primero, por su condición de oriundo de Northamptonshire, y, segundo, porque lo asesinaron. Bradlaugh se sienta sobre el montículo cubierto de hierba y señala de manera acusadora a la calle Abington, a la zona de las tiendas, al final del siglo XX.

La calle Abington, convertida en peatonal hace algunos años, presenta cestos con flores que penden de los colgadores de las farolas que imitan a las de tiempos pasados consiguiendo un efecto a lo Dickens, con una estremecedora estética sub-Docklands^[15] que se hace evidente gradualmente en sus fachadas. Como cuando la democracia y la revolución llegaron por fin a Trumpton, el antiguo régimen corrupto del alcalde y su ayuntamiento salieron de allí con ayuda de la CIA y acabaron reubicados aquí, para imponer brutalmente los valores de su junta de chiste en esta antiguamente encantadora vía pública.

Hace unos cincuenta años se llamaba Bunny Run, el chakra sexual de la ciudad, donde las chicas de las fábricas que reían nerviosas chillaban y sufrían el acoso de la testosterona llena de buenas intenciones del vecindario. Ahora, en 1995, la alegre lujuria se ha transformado en dolor y frecuentes magulladuras, la violencia se manifiesta en la propia arquitectura de la calle, que se filtra de manera inevitable hasta encontrar su válvula de escape en los seres humanos. El suntuoso y majestuoso New Theatre, el primero que cayó demolido en 1959. Los ecos apagados de George Robey, Gracie Fields, y Anna Neagle languidecen entre los compungidos escombros. Luego le tocó a Notre Dame, un colegio de monjas de ladrillo rojo, un receptáculo gótico en el que confluyeron los deseos de los muchachos en edad escolar durante noventa años, y luego, en último lugar, los soportales amarillentos de estilo *art déco* de la Co-Operative Society: una bella reliquia con un ligero aire egipcio que presentaba una avenida central que descendía en pendiente como si la hubieran diseñado para que por ella rodara la

piedra final que emparedaría vivos a los esclavos que se encontraban mirando el Homecare Centre.

Aquí se encuentra, desenmascarado, un proceso que distingue a este lugar como una encarnación de la era industrial. Los montones de ladrillos, las grúas frente al cielo, he aquí los únicos elementos comunes que se observan en las colecciones de fotografías de interés de la ciudad. Como un Saturno que picotea y que se ha quedado sin jóvenes, la ciudad se devora a sí misma. Todo lo que teníamos de magnífico, lo hemos destrozado. Nuestros castillos, nuestros emporios, nuestras brujas, y nuestros gloriosos poetas. Los machacamos, les prendimos fuego y los metimos en un puto manicomio. Dios.

En el extremo más lejano de la calle se alza a la derecha el desierto y fantasmal Market Square, mientras que la mole de nobles formas de Todos los Santos se erige amenazante y poco iluminada a la izquierda. Una hilera de taxis Hackney se refugia en el flanco de la iglesia, encorvados y relucientes como cuervos. Los escaparates de las tiendas de enfrente, en Mercer's Row, invitan a hacer otra lectura de la ciudad: sólo se han modernizado las plantas bajas, como si el momento presente se tratara de una calima de eventos tumultuosos que acabasen a cinco metros por encima del nivel de la calle, con los pisos situados más arriba arrendados a los siglos anteriores. Si subiera a la carnicería, Sergeants, el Geisha Café aún permanecería abierto, con sus espectrales camareras deslizándose entre las mesas vacías y llenas de murmullos mientras llevan sándwiches triangulares y espirituales. Bram Stoker compartiendo un té para dos con Errol Flynn entre las representaciones del Repertory Theatre.

Sigo chapoteando, alrededor de la parte delantera de Todos los Santos y de su pórtico protector. Aquí hay una placa en recuerdo de John Bailles, un fabricante de botones que existió durante los siglos XVI, XVII, y XVIII, el mayor intento del condado hasta la fecha por plasmar la inmortalidad de manera fehaciente y seria. Casi ciento treinta años: eso supone mucho tiempo invertido fabricando botones. Aunque las cremalleras y el velcro acabaron con él.

La iglesia mira fijamente con un desdén inexpresivo y anglicano hacia la estrecha fisura de la Gold Street; el impasible resentimiento protestante se dirige a cualquier sombra semita que quede en ese antiguo refugio de prestamistas. En el siglo XIII lapidaron y expulsaron a los judíos de la ciudad, los acusaron de sacrificar a bebés cristianos durante el transcurso de la celebración de arcanos ritos cabalísticos. Se trata de uno de los primeros incidentes antisemitas de carácter violento en Europa que puede denominarse como tal, la ciudad se mostraba tan ansiosa y precoz por realizar su exterminio judío como renuente a dejar de quemar brujas.

Durante la segunda guerra mundial, un bombardero se estrelló en la parte de arriba de la calle, un gran ángel de hojalata con una herida en el pecho por la que entraba el aire que llegó como caído desde el juicio

final. Arrastrado hacia el suelo de forma inexorable por rayos de tracción de magia simpática que emanaban de la taberna clandestina que se encontraba situada bajo la panadería de Adam que se encontraba detrás de la iglesia, un maravilloso espacio olvidado diseñado para reproducir la forma y los asientos de un aeroplano enterrado. El ruido imaginario del motor por encima de los chorros de aire fríos como la piedra, los estratocúmulos de barro, que parecían llamar a la unión que aquellas dos formas semejantes, arrastrando al bombardero que volaba allá en lo alto embelesado en una caída en picado ante la que no se podía hacer nada. No hubo heridos, excepción hecha de un ciclista que se rompió el brazo debido a que el impacto le tiró del sillín. Estas calles muestran una vez más una misericordia sorprendente y caprichosa. Uno a uno los ciudadanos desfilan a través de la Casa Galesa para salir del Market Square en llamas. El ciclista se levanta aturdido y herido de entre los restos y contempla estupefacto a una Jane Russell que hace pucheros, y que alguien pintó sobre el fuselaje ahora hecho trizas.

Desde Gold Street paso por el doble carril de Horsemarket, por donde ahora circulan más caballos en estampida que nunca antes, donde si giráramos a la izquierda nos toparíamos con la fábrica de cerveza de Carlsberg, ese horror a lo Fritz Lang. En la rama de Copenhague de esta empresa el físico Niels Bohr formuló por primera vez su axioma de que todas nuestras observaciones del universo sólo pueden considerarse, en última instancia, meras observaciones de nosotros mismos y de nuestros propios procesos mentales: Un concepto perturbador, difícil de descartar como la consecuencia de haber tomado demasiadas cervezas y tan cierto cuando nos referimos a las observaciones realizadas sobre una ciudad como cuando hablamos del cosmos, o de las partículas cuánticas que yacen ocultas.

Cruzo Horsemarket hasta llegar a Marefair donde nos encontramos con el adusto mausoleo de la oficina central de control de crédito del Barclaycard a nuestra derecha. Tiene cara de póquer, y la mirada oculta tras unas ventanas negras y opacas, que no revelan nada. Northampton, antiguo centro del negocio del calzado, que se forró con la guerra, y que vio en la larga y desesperada caminata de John Clare una oportunidad de vender un par de zapatos más, se ha convertido en la sede de Barclaycard y Carlsberg, unos iconos perfectos de la era Thatcher, un claro reflejo de nuestras líneas principales de exportación: el macarra cervecero, y los estragos producidos por los créditos. Allá vamos, allá vamos. Allá vamos.

Cruzando la calle vamos a dar con las oficinas del ayuntamiento donde se dice que Cromwell durmió y soñó aquella noche de 1645 antes de cabalgar hasta Naseby para ayudar en el parto sangriento y rompedor que supuso el nacimiento de nuestra actual democracia parlamentaria, que ya como adulta aún se presenta claramente pervertida y traumatizada por esa natividad atroz. Después llevaron a los prisioneros monárquicos a Ecton y los metieron a todos juntos en un prado que se hallaba junto a la posada del Globe Inn la noche antes de dirigirse a

Londres, al juicio, el confinamiento, o la ejecución. Muchos de los heridos murieron ahí en el terreno situado detrás de la posada. Un siglo después William Hogarth, un cliente habitual, se ofreció a diseñar y pintar un nuevo rótulo para el Globe, y cambió su nombre por el de World's End (El fin del mundo) y dibujó una imagen que mostraba el planeta ardiendo en llamas. Los rótulos de los pubs del condado forman una baraja de tarot secreta, esta carta se presenta como la más siniestra, el tema recurrente de este lugar, el fuego, se impone en su aspecto definitivo y aterrador.

Sigo caminando, la iglesia de San Pedro se encuentra ahí iluminada por los focos, tiene un color dorado bajo los últimos coletazos de la lluvia, se trata de un edificio sajón reconstruido tras la invasión normanda. Aquí se celebró el funeral por el tío Chick, todo un pícaro en muchos sentidos, el miembro de la familia que siempre andaba metido en el mercado de negro, perdió una pierna ya anciano pero no perdió su sentido del humor espléndidamente desagradable, ni su mirada maliciosa y cómplice de sapo etéreo con diamantes en la frente. El vicario lo elogió y dijo de él que se trataba de un hombre decente y respetuoso de la ley, decente en todos los sentidos. A lo largo de la misa, Papá y el tío Lou se miraban el uno al otro desconcertados sin tener ni idea de quién hablaba.

Aquí también nos encontramos con el conjunto del idiota y la mendiga tullida junto a la puerta. Con los huesos de Ragener, desenterrados bajo una luz para nada terrenal. Con los hermanos santos, Ragener y Edmund; con sus tumbas remotas de noviembre y sus milagros distantes.

Cuando hallaron la cabeza decapitada de Edmund, ésta se encontraba protegida por un fiero perro negro que no les dejaba acercarse. Tenía las encías rosas llenas de florituras, encogidas a lo largo de los dientes pálidos y amarillos; el santo asesinado tenía la mirada moteada de moscas, su pelo, un bocado de hojas muertas, que recobraba la vida gracias a las hormigas; he aquí los iconos de la heráldica secreta de este lugar, los palos crípticos que marcan la baraja de Northampton: Llamas, Iglesias, Cabezas, y Perros.

Bajo por Black Lion Hill, aún sigo caminando por el sendero sugerido por el dedo de Charles Bradlaugh, y me dirijo hacia el cruce de caminos y el puente situado más allá, hacia el corazón antiguo de la comunidad, donde todo comenzó. Según la descripción que de las Perras Negras hace el folclore del lugar, se cree que prefieren los cruces de caminos o los puentes que se alzan sobre los ríos, aquellos lugares donde la separación que hay entre nuestro mundo y el lugar que se oculta debajo se diluye. La ciudad, por supuesto, se ha cristalizado alrededor de estos mismos rasgos característicos, por lo tanto tiene lo que se merece.

St. Peter's Way se curva hacia el sur a partir de aquí, y al norte se extiende St. Andrew's Road, el lugar de mi infancia y la frontera oeste de los Boroughs, el barrio más antiguo y extraño de esta ciudad, que

surgió en el lugar donde el camino neolítico del Sendero Jurásico que se extendía desde Glastonbury a Lincoln cruzaba el río Nene. Hubo un tiempo en el que el castillo de Simon de Senlis se alzaba aquí junto al puente, el mismo donde se juzgó y condenó a Becket, el castillo corrió una suerte similar no mucho después. Ahora en este lugar se levanta la Castle^[16] Station, la puerta de atrás del castillo, a la que se cambió de sitio, se muestra como el único fragmento que queda del anterior edificio al igual de que si se tratara de la oreja de un hombre muerto cuyo asesino guardó como recuerdo.

En la esquina se encuentra el Railway Club, el destino al que me dirijo esta tarde. Desde la muerte de mamá hace cuatro meses se ha convertido en el lugar para reunirme todas las semanas con mi hermano; un punto de encuentro ahora que ya no hay más cenas de domingo con mamá. Más allá de las puertas de doble hoja por las que se accede a la entrada desde la calle, hay una única sala grande y de techo bajo que se encuentra iluminada como para practicar neurocirugía. En el extremo más lejano hay un escenario pequeño donde a veces el locutor del bingo se sienta, imbuido con el *glamour* arcano y la autoridad que le confiere su profesión, ante un público atento y que contiene la respiración ante cada sílaba como si se tratara de las palabras de una divinidad, o un numerólogo.

Aparte de los niños, resulta raro ver a alguien aquí que tenga menos de cincuenta años. El ambiente colectivo se encuentra nublado, aunque se vea iluminado de manera abrupta por la descarga de corriente estática de una risa ahumada. Se trata de una atmósfera estable, tranquilizadora, y familiar. Se trata de gente que siempre ha permanecido aquí, junto al castillo desaparecido, junto al puente. Las palabras han cambiado pero no la voz, ni tampoco la mayor parte de sus quejas.

Mi hermano ya se encuentra aquí, en la mesa habitual con su hijo Jake de seis años, quien ya tiene plena posesión de sus facultades o se encuentra simplemente poseído. Pedimos lo que vamos a tomar y la conversación, que fluye fácilmente, se centra en los hechos acaecidos durante la semana. Mike, después de cinco años, ha descubierto dónde acabaron las cenizas de papá; el mismo lugar adónde mamá va a ir. No se trata de que no se hayan buscado durante todo este tiempo, por supuesto. Simplemente resultó que nadie en el crematorio parecía tener ni idea de cómo encontrar el Jardín de las Rosas B; incluso llegué a afirmar recientemente, aunque de manera errónea, que el Jardín de las Rosas B no existía. Esto dio lugar a que surgieran de forma breve una serie de sospechas inquietantes: el Soylent Green se hace con personas. Por suerte, el asunto se resolvió y descubrieron la placa de papá por casualidad entre los senderos de rosas, entre las hileras de hombres y mujeres transformados de modo milagroso en pétalos, aromas, y espinas.

Tras concluir su relato mi hermano da un sorbo a su cerveza, y limpia la espuma de las antípodas de su labio superior antes de hablar de nuevo. «Bueno, ¿y tú qué has hecho?».

—He trabajado en el libro, nada más.

—¿El libro sobre Northampton?

Asiento con la cabeza, a lo que sigue una descripción superficial de la obra, antes de que los imperativos profesionales se impongan ellos solos y la inevitable búsqueda de material comience; busco la veta en la mina de toda conversación, una palabra, un hecho desconocido o una frase. Mike se ve sometido a una tediosa letanía interminable: ¿Cuántos años tiene el Railway Club? ¿Quién lo construyó? ¿Alguna anécdota? ¿Hubo algún asesinato hace años? ¿Algún famoso del pasado pasó por aquí? ¿Alguna vieja historia familiar? Medita con un ojo pendiente de su hijo mayor, el cual se encuentra ocupado en la otra punta del club organizando a los otros chavales en escuadras de Power Rangers.

—Una vez el tío Chick se llevó una caja de botellas de cerveza de la sala donde guardaban las bebidas, ésa que da a Andrew's Road. La arrastró por St. Peter's Way hasta la casa de la yaya en Green Street. Celebrábamos la Nochebuena. Había nieve por todas partes. Si no hubiera bebido tanto, se habría dado cuenta. Los polis sólo tuvieron que seguir el rastro hasta su casa. La única vez que las fuerzas del orden se presentaron en Green Street para buscar a Chick. Después de eso tuvo más cuidado.

La referencia a Green Street provoca una serie de asociaciones en mi mente. La casa de la abuela paterna, la yaya, su casa olía a humedad, a vejez, y a manzanas marchitas. La rama de la familia de mamá también empezó ahí, antes de que el ayuntamiento los enviara a Andrew's Road. La cuesta verde que había detrás de la iglesia de San Pedro que da a los adosados del fondo que conforman sus límites, una barricada contra la industria y el asfalto que invaden todo lo que había más allá. Ya no hay ninguna casa. Nada se interpone entre la pequeña parcela de hierba menguante y desprotegida y los usurpadores bloques de oficinas que de manera callada y educada se acercan cada vez más arrastrando los pies, carroñeros que se comportan lo mejor que saben.

Hace treinta años, Jeremy Seabrook escribió su influyente obra acerca de la pobreza en Gran Bretaña, la tituló «*The Underprivileged*»^[17], y se centraba atinadamente ni más ni menos que en exponer lo que suponía Green Street y lo que significaba ese conjunto de vidas, de incidentes, y de deseos. Green Street se convirtió en el emblema de una clase sin derechos; en un ruego apasionado que pedía que tanto la calle como su gente se rehabilitaran. La respuesta consistió en echarlo todo abajo en ambos sentidos.

Resultaría casi imposible siquiera formular ese ruego hoy en día, esos emblemas y esos arquetipos hace mucho tiempo que se han ido desgastando por el uso, convirtiéndose en clichés y parodias. ¿Cómo vamos a hablar, sin reímos, sobre la puta del lugar que se acostó con un cliente para que la yaya pudiera comprar marmite^[18] a los niños? Una fulana de buen corazón, una familia más pobre que las ratas, ñoñerías y gilipolleces de Northampton. Y aun así una muchacha cuyo nombre se ha olvidado se acostó con un extraño en el patio trasero de su casa y de este modo consiguió dinero para los niños de su vecina, ¿cómo hemos llegado a esta situación en la que ya no tenemos un lenguaje que comprenda estas cosas?

De vuelta en el Railway Club, la conversación se centra en un patrón que se mantiene y que orbita la masa jupiteriana del tío Chick, una gravedad que carece de sustancia corpórea pero que no ha disminuido. Mike recuerda el primer trago que se tomó con Chick después de que le cortaran la pierna. Habían tomado algo con papá y el tío Gord en el Silver Cornet, se habían parado al volver para comprar un periódico ese domingo en el kiosco. Mike se quedó en el coche con Chick, preguntándose con cierta incomodidad cómo iba a afrontar el tema de la pierna que ahora le faltaba al tío, del muñón apoyado sobre la palanca de cambio.

Mientras esperaban en silencio, se percataron de que desde el extremo más alejado de la calle una figura solitaria se acercaba a ellos con una lentitud penosa, mientras se acercaba dicha figura daba paso a la silueta de un hombre desdichado y abatido que tenía un pie deforme y una joroba prominente. Chick observó cómo el hombre pasaba cojeando junto a ellos, con los ojos estrechándose en las cuencas que parecían de pasta de hojaldre poco hecha, al fin rompió su silencio para decirle a mi hermano: «Oye, Mick. Ve y pregúntale a ese cabrón de ahí si quiere pelea».

Risas. Otra ronda. Al final la charla da una vuelta completa, cierra el círculo y vuelve a la posición inicial.

—Entonces, ¿de qué va el libro?

Acerca del mensaje vital que los labios quietos de los hombres decapitados aún pronuncian; acerca del testamento que los perros negros y espectrales escriben en orín a través de nuestras pesadillas. Acerca de alzar a los muertos para que nos cuenten lo que saben. Se trata de un puente, un cruce de caminos, un lugar desgastado en la cortina que existe entre nuestro mundo y el inframundo, entre el mortero y el mito, la realidad y la ficción, una gasa raída no más gruesa que una página. Trata sobre los poderosos cánticos repetitivos y sin sentido de las brujas y su revisión mágica de los textos en los que vivimos. Nada de esto puede explicarse.

En vez de eso, lanzo una evasiva deliberada y con una mirada de reptil: «Bueno, hasta que no lo acabe, va a resultar difícil de explicar».

Bebo lo que queda en el vaso: Jake se queda quieto y con gesto serio mientras le ayudan a ponerse su abrigo de invierno, la sotana de un cardenal enano. Fuera, caminando hasta la entrada de la estación para coger un taxi, se detiene junto a la puerta de detrás del castillo ahora reubicada, e insiste en que se le lea en alto la placa que ahí se encuentra. Según su padre, muestra unos síntomas preocupantes y tempranos de la obsesión familiar con los lugares y sus antecedentes. La ciudad como un virus hereditario. Las calles desaparecidas y los patios antiguos se convierten en algo implícito en la sangre.

Doy un paseo en taxi hasta St. Andrew's Road hasta llegar a casa de mi novia. Los Boroughs se alzan desde aquí hasta el Mayorhold, un recinto triangular donde la gente del lugar celebraba, una vez al año, una elección de mentirijillas y elegían a algún borracho local o a algún pirado como alcalde del vecindario, un gesto anual de desprecio dirigido al sistema social que los excluía. Mayorhold ahora se reduce a un cruce de carreteras, inhóspito y feo; el puesto de alcalde lleva vacante algunos años, el medallón de latón que le acreditaba como tal se perdió hace tiempo, se olvidó. Sólo búscala, y una ciudad más antigua, más verdadera se enciende envuelta en llamas de significado a partir de estas brasas, de estas paradas patéticas.

Me bajo en Semilong, una especie de índice a los Boroughs, que se compiló más tarde. Me despido apresuradamente de Mike y Jake antes de que el taxi siga su camino con ellos hacia King's Heath. La colina de Baker Street baja hasta el zumbido intermitente de Andrew's Road, y llega hasta Paddy's Meadow y el Nene, la zona de carga y descarga que se extiende más allá. El prado toma su nombre de Paddy Moore, un ex miembro del ejército irlandés que trabajó como socorrista en la zona de baños de este río lento y fauno. Vigilaba a todos, a los niños, a las serpientes de río, y a veces a las nutrias que venían de río arriba. Daba clases de natación a grupos de chicos desnudos, los cuales sin duda se veían animados por el palo corto que portaba debajo del brazo y por sus ocasionales muestras de violencia corporal con el último chaval que saliera del agua. Cuando cerraron la zona de baños y le pusieron a barrer las calles se le rompió el alma y eso lo mató. Estos recintos componen un coral formado por esos días y esas vidas que han acrecido.

Por la carretera que hay al final de la calle, justo a la vuelta de la esquina, se encuentra el lugar donde un conocido se desangró hasta morir el año pasado, víctima de un apuñalamiento. Fred el fiero, que conocía mejor a la víctima, andaba por aquí haciéndole una reforma en el desván de su novia cuando la brigada de homicidios le arrestó, todos ellos unos ansiosos actores suplentes para la próxima producción de Lynda La Plante^[19]. Le pregunté si él formaba parte de «La conexión Amsterdam». Aquello le resultaba incomprensible: simplemente se encontraba cerca del lugar del crimen el día que ocurrió. Si vives aquí

bastante tiempo, llegará el día en que acabes doblando la esquina de la atrocidad.

Aquí, en el lugar más alejado tierra adentro, el ombligo de la nación, todo el rencor se acumula, las erupciones no son infrecuentes y se dan más casos de crímenes violentos por habitante que en ciudades de más notoriedad. Estas manchas de actividad solar sangrientas parecen motivadas únicamente por las fluctuaciones en el campo magnético de la ciudad: un turista sexual que acababa de llegar de Milton Keynes al que le rebanan el pescuezo un par de chaperos. Se pusieron a dar vueltas en el coche con él dentro bajo el pretexto de buscar un hospital mientras su identidad se filtraba por la tapicería de atrás. El motivo, robo, según los tribunales: un mechero Ronson, que vale tres libras y cuarenta peniques. Un niño al que encontraron mutilado, quemado, y devorado parcialmente en un garaje, hace quince años. Un muchacho retrasado al que guardaban en un cobertizo, tratado como un perro por su madre avergonzada hasta que él la mató con el cuchillo para el pan.

Las tinieblas ocultas tras las cortinas. La locura. El dolor. Incluso al inspeccionar de pasada el lienzo de Northampton, uno se da cuenta de que estos colores predominan. Resulta innegable que el milagro, la melancolía, y humor mordaz se encuentran presentes, pero la sangre acaba centrando la atención. ¿Por qué aquí? ¿Por qué tanta? ¿Acaso hay algún episodio primigenio olvidado en el pasado prehistórico del condado, un patrón que siguen todos estos sucesos que vinieron a continuación? «La Meca del crimen de la parte central del país», así la llama David J, el padrino del gótico que vive junto a la puerta norte de la ciudad entre las cabezas de los traidores y las cenizas de mujeres quemadas.

Mientras tanto, de vuelta en Baker Street, mi novia se encuentra en casa. Melinda Gebbie, dibujante underground originaria de Sausalito, California; modelo de *bondage* en el pasado que recientemente se ha transformado en boxeadora del peso *quark*. Como muchos otros, se ha visto atrapada por este agujero negro urbano, completamente invisible para la televisión, sólo presente como una ausencia por el modo en que la luz de los medios de comunicación se dobla a su alrededor; por la devastación que se encuentra en sus perímetros. Se extravió y se acercó demasiado a este horizonte final, donde las líneas de la A45 convergen, y quedó atrapada. Aunque su percepción del mundo se mantiene frenética, para los observadores situados en un lugar hipotético fuera de la ciudad, parece que no se mueve, que ha quedado congelada para siempre en el borde de esta singularidad devoradora. Nada sale de aquí sin verse arrastrado dentro otra vez. La enorme velocidad de escape requerida resulta casi imposible de alcanzar, una contradicción con respecto a las leyes especiales de la relatividad que rigen este lugar.

Una gravedad a la que los americanos parecen más que propensos, quizás en respuesta al tirón atávico de este sitio, del barro del que surgieron. Las familias Washington y Franklin emigraron de Sulgrave y desde el fin del mundo^[20] situado en Ecton, posiblemente escapaban del

resultado de la guerra civil. El blasón del pueblo de Sulgrave presenta barras y mújoles, barras y estrellas, elementos que volvieron a aparecer en la bandera de las presuntuosas colonias. Este vínculo provoca espejismos siniestros de vastos rascacielos de cristal que se alzan por encima de las aldeas dormidas, de taxis amarillos que dan empujones para buscar un hueco entre los carriles empedrados. Este paisaje conforma la placenta perdida de América, descartada pero aún tenebrosa y brillante y llena de nutrientes. Atraídos por un rastro ancestral, a los pródigos del condado se les llama para que vuelvan, brincando río arriba a través de las grandes olas del Atlántico hasta llegar a la tierra que los engendró.

Tras unos momentos tiritando en el umbral de Semilong, mi llamada a la puerta obtiene respuesta. Me pide que entre en un pequeño universo *fauvista* de color, lleno de productos para pintar, y que presenta una acumulación desquiciada de *souvenirs* peculiares, y ornamentos, y una colección de lápices que desafía a la imaginación y que cubre todo el espectro de colores, algunos sólo visibles para los perros y las abejas. En el piso de arriba, hay un retablo de Action Men transexuales y Barbies caprichosas, aumentadas quirúrgicamente mediante el uso imaginativo de Fimo^[21]. Mike, mi hermano, anduvo por aquí una vez para regar las plantas; recibió un susto de muerte gracias a una figura de cartón tamaño natural de la señora Doubtfire y un perro disecado, según parece en el dormitorio principal; no ha vuelto desde entonces.

Me siento como un Gulliver alucinado entre los robots, trolls, y mutantes liliputienses. Me relajo de inmediato, como en casa. Bebo té y lleno su habitación de humo. Digo cosas horribles y aterradoras a su gato cuando ella no se encuentra en la habitación. Olvido la novela por un rato, aunque sólo eso, un rato.

Me dice que ha soñado con perros: en uno de sus sueños llevaban un cachorro de Perra Negra sin pelo y ciego a su cama; en el otro desenterraban el gran cráneo de un perro espectral, que se podía identificar por sus cuencas enormemente abiertas y monstruosas. En la mente se ejercitan y no necesitan espacio más, amplio que marcar con su olor. Aunque se exponen a sufrir los incontables y tediosos repasos de cada obra en la que trabaja, esto es lo único con lo que Melinda sueña, con los sabuesos enormes y negros que sólo ladran en sueños y se manifiestan en los márgenes de esta ficción, como presagios aún por desentrañar.

Me quedo una hora o dos y vuelvo a casa en taxi. Subo la escalera que da al dormitorio del ático, decorado con unos harapos de verde océano con vetas doradas. Hay un altar colocado en el vidrioso hueco de ladrillos de la chimenea, atiborrado con figuritas de sapos y deidades extrañas; con una imagen del hermoso y antiguo dios romano serpiente que adoro en la actualidad. El aroma de la mirra. Una luz verdosa infecta sobre los lomos agolpados de libros sobre el chamanismo y la cábala, Spare y Crowley, el Dr. Dee y la hueste enoquiana, llaves del mundo crucial de lo Irreal. Hace cinco años, esta narración comenzó

contando las historias de unos brujos locales con cornamentas, sin sospechar que acabaría involucrado personalmente en tal actividad. El texto, de modo predecible, se mezcla con los acontecimientos. El chico del neolítico y su madre muerta recientemente. El crematorio y sus patios de rosas elusivos a media milla de los campos crematorios de la edad de bronce. Me despierto con un diente que se me ha caído reposando en la lengua.

Aunque a veces resulta enervante, esta intención siempre se encontró presente, la de borrar la línea entre lo irrefutable y lo inventado. La historia, revisada y reinterpretada una y otra vez, si se examina se observa que se trata simplemente de otro tipo distinto de ficción; que se convierte en peligrosa si se toma como poseedora de una verdad innata más allá de su naturaleza. Aun así, se trata de una ficción en la que debemos habitar. Al carecer de un territorio que no tenga un carácter subjetivo, sólo podemos vivir en el mapa. Todo lo que queda entonces se resume en saber en qué mapa elegimos vivir, si vivir dentro de los textos monótonos del mundo o si bien los reemplazamos con un lenguaje más poderoso de nuestra propia invención.

Dicha tarea no resulta inconcebible. Hay puntos débiles en las fronteras del hecho y la invención, cruces donde el velo de lo que existe y lo que no existe se rasga con facilidad. Id a los cruces de caminos, y dibujad las líneas necesarias. Haced las invocaciones y recitad los nombres bárbaros; el Gorgo y el Mormo. Invocad a los perros, a los espíritus animales, y encended fuegos imaginarios. Caminad a través de las paredes para llegar al paisaje de las palabras, convertíos en un personaje más que habla en primera persona dentro de la extraña progresión de la narración. Haced de lo real una historia y de la historia una realidad, convertíos en el retrato que lucha por devorar al modelo.

Obviamente, este intento de matrimonio entre el lenguaje y la vida; esta gilipollez abracadabrante se trata de un modo de actuar no exento de riesgos. Siempre existe el peligro de que se dé un giro sorprendente y uno acabe con un billete al sanatorio mental de St. Andrew; que todo acabe en un declive lento y doloroso en compañía de la sombra desamparada de John Clare.

La asociación con Clare me lleva a otro tema. Hay un pub en la ciudad, que antiguamente se convirtió en el lugar de reunión de los artistas de la zona, de los bohemios, y de los abobados por la química que se remodeló y reformó recientemente rebautizándolo como el Wig & Pen^[22] con la esperanza de atraer a los picapleitos y magistrados que solían pasar por la ciudad, hecho que, de algún modo, nunca se materializó. El dueño del bar encargó una decoración del techo al estilo de la Capilla Sixtina que presentaba una selección de figuras importantes de la localidad interpuestas entre los abogados y jueces. La obra resultante muestra al autor en la esquina superior, sumido en una conversación profunda con John Clare. ¿Qué consejo le ofrece? ¿«No te pases con el tema de la clase obrera» posiblemente? Aunque con toda probabilidad todo se reducirá a un «búscate otro trabajo».

Una cama cómoda y una habitación en un ático tranquila, otra de las reformas de Fred el fiero. El gran John Weston hizo el enlucido en las paredes, se sintió tan henchido de orgullo que llegó a firmar su creación con un cincel en la parte inferior derecha, sobre el rodapié. Weston, un ex yonqui y, más recientemente, un antiguo ex bípedo, una anomalía peligrosa colocada en este planeta sólo para joder el récord de supervivencia de los fósiles: techador epiléptico; y, antaño, un ladrón de esos que entran por las claraboyas. Le advirtieron de que aquello iba a acabar mal. Se rompió ambas piernas al entrar por el techo de un almacén y eso que la puerta del piso de abajo se encontraba abierta en todo momento. Hubo una ocasión en la que se precipitó en picado de cabeza desde un tejado a una altura de tres plantas al darle un ataque de apoplejía, aunque tuvo suerte ya que su cráneo se encontraba ahí para detener la caída.

Lo que peor quedó fue la pierna, la primera vez. Las venas se colapsan, se encogen cuando se las va a pinchar, y la circulación falla. La extremidad se hincha hasta convertirse en un muñeco hinchable que daba risa y provocaba agonía, que extraía sustancia del cuerpo hasta que Weston se quedó como un gigantesco esqueleto de ángel que intentaba buscar la salida desde dentro de una bolsa de papel marrón. Las visitas al hospital se convirtieron en una experiencia horrorosa. Su tolerancia a los opiáceos impedía encontrar una dosis lo suficientemente fuerte que le calmara el dolor sin matarlo de la misma. De algún modo sobrevivió con todos los miembros intactos y se curó. Se mantuvo limpio un mes o dos, y luego se ofreció a vigilar la farmacia de un amigo. Su mujer René se dio cuenta de que la había vuelto a cagar cuando se cayó en la mesa durante la cena, con la cara por delante, haciendo burbujas en el puré. Dijo que últimamente se sentía un poco cansado.

Cuando le volvió a fallar la circulación a primeros de año no pudieron salvarle la pierna. Ha acudido a desintoxicación y rehabilitación desde entonces, sigue vivito y coleando mientras aún quede algo con lo que vivir y colear, y las perspectivas parecen prometedoras. Espera poder surfear por Internet un día de éstos. Haciendo cabriolas sobre la tabla.

La curiosa proliferación de piernas con heridas o completamente mutiladas dentro del presente texto ha surgido sin preverlo, al igual que la fijación con noviembre, a partir de las propias historias. La monja lisiada, Alfgiva, y el cruzado cojo, Simon; los problemas en el pie de Clare en su caminata desde Essex, y la pierna achicharrada que sobresalía del coche de Alf Rouse. Después de un tiempo, uno se da cuenta de la gran cantidad de rótulos y murales que hay en esta ciudad llena de botas y zapatos que muestran una pierna o un pie fuera del contexto de un cuerpo. Podemos ver estos miembros dañados o perdidos como unos jeroglíficos que nos advierten colocados sobre el pergamino del lugar, trampas marcadas de manera codificada que nos indican las dificultades y peligros del sendero.

Lo de las cabezas cortadas resulta más difícil de resolver; un motivo más crudo y recurrente y reiterado con mucha más frecuencia. La efigie

recién acuñada de Diocleciano o la más real de María Tudor. Francis Tresham, el capitán Pouch, y la misteriosa cabeza reverenciada por los caballeros templarios. Ragener, y Edmund con un Cerbero negro gruñendo que le llevaba de la oreja al inframundo. Las cabezas, los huevos suaves y con ojos de los que emerge la calavera retoña. Los emblemas sangrientos de una información, definitiva acerca del inframundo, que exige un precio. Cuando Odín pidió obtener sabiduría de la cabeza de Mimir, lo pagó con un ojo: este conocimiento lleva consigo un cercenamiento de la percepción, o al menos una reducción. Se pierde la visión de profundidad.

El tiempo pasa, la continuidad en la vida y en el manuscrito se ve interrumpida de manera nerviosa. Mi hija mayor, la más bajita, viene en el tren de Liverpool para pasar la Navidad, se encuentra en un estado de embriaguez para cuando llega a Castle Station. Ahora lleva pendientes en las cejas, las orejas, la nariz, el labio inferior, como si su gran cabeza completamente afeitada se hallara llena de bolsillos con cremallera ocultos. Leah. Todo el mundo pensó que se trataba de un nombre encantador. En hebreo significa «vaca». En un día o así la hermana menor, la más alta, Amber, la seguirá, una muchacha gótica de quince metros de altura cuyas mayores influencias son Morticia Adams y el World Trade Center. Dejó la escuela hace seis meses y acojonó a varios representantes de educación y bienestar social sólo con la mirada hasta que se doblegaron ante su atroz voluntad y la dejaron ir a clases nocturnas. Disfrutar de la compañía de estas mujeres tan guapas y amenazadoras lo considero un gran privilegio.

Me encuentro atrapado en el trance espiritual de este último capítulo y voy en busca de un desenlace, de una salida, de una escalera de incendios, según parece el realizar una última expedición se presenta como algo inevitable, necesario. Enganchamos a Fred el fiero para que haga de chófer; Leah le acompaña. Parto cuando ya cae la tarde hacia Hunsbury Hill y hay nieve en la calle, con la nueva racha de optimismo de Fred como compañía. Se sacó el carnet en una autoescuela autorizada, y todos sus coches anteriores los despedazó él personalmente, como tenía que hacer. Tiene la piel llena de tatuajes y un pendiente en la oreja, ojos de lunática bajo las demoníacas cejas pelirrojas, una pesadilla horrenda inventada por la clase media para aterrorizar a sus niños. Se ríe como Pig Bodine de *Gravity's Rainbow* : Jua-jua-jua. Tiene el valor que le dan sus convicciones y las penas que le dan sus condenas, ambas de un grado excepcional.

Fred se encargaba de la puerta la noche que Iain Sinclair y su hipnotizante golem Brian Catling hicieron una lectura en la iglesia redonda del Santo Sepulcro. Realmente parecía que queríamos buscamos problemas al unir deliberadamente a dos presencias chamánicas llenas de energía en este lugar aún sin explotar debidamente. A mitad de la lectura de *Catling de The Stumbling Block* se produjo una interrupción, un arrebató de un chalado de fama local. Un ultra de la poesía. Se le expulsó con rapidez, Fred se lo llevó a un bar cercano y le ofreció un trago apaciguador. A continuación, llegó la

explosión. Los cristales rotos. Una embestida de unas mandíbulas llenas de espuma cruzando la mesa hacia la yugular de Fred. Dos dientes fuera, sangre por todos lados. Su atacante le sacó del bar, hacia la calle, donde Fred se encontró mirando fijamente al cañón tembloroso de una pistola y esperando no morir ahí, entre el Labour Exchange y el Inland Revenue, una víctima más de la especialidad local, el tiro al viandante. De algún modo logró salir de aquella situación. Durmió en el piso de abajo con una espada aquella noche, atrapado de manera inconsciente bajo el aura del cruzado de la iglesia y del acontecimiento.

Estos ataques repentinos de violencia, conforman las mareas que se mueven en el inconsciente de Northampton, que se transforman en una realidad sangrienta a la menor provocación, estas fuerzas ocultas existen bajo la superficie, debajo del barniz pavimentado del pensamiento consciente y la racionalidad. La ciudad como una mente que se expresa en el hormigón, su inconsciente enterrado en las partes más profundas donde los miedos y los sueños se acumulan. Este inframundo existe realmente, aunque permanece oculto: una maraña de túneles enlaza la tierra que se encuentra bajo el asentamiento, unas madrigueras que se remontan a los primeros días de la ciudad. Las grandes iglesias se supone que se encuentran unidas de esta manera, corren rumores de que existe un pasadizo que corre bajo el río hasta llegar a la abadía de Delapré.

Aunque vislumbrado a través de la memoria viva, en entradas de ladrillo descubiertas en los sótanos de la infancia, este dominio subterráneo pertenece ahora al terreno de la leyenda, ya que el ayuntamiento niega que tales catacumbas existan. Una vez más, hecho y folclore se acercan: un estrato vital y oculto de la psique del condado se suprime, se rechaza.

La avidez con la que las autoridades han borrado este mensaje secreto entre líneas de la historia del condado resulta sospechosa, además de haberlo resuelto todo de un plumazo: la cripta debajo de la iglesia redonda del Santo sepulcro de De Senlis que representa la tumba de Jesús en Getsemaní se sabe que existe, aunque no hay entrada a ella y nadie la ha visto desde que se erigió, hace siglos. Cuando unos trabajadores que desempeñaban su labor en la cercana Church Street atravesaron la pared de la zanja en la que se encontraban para dar con un espacio lleno de corrientes de aire más allá, no me queda ninguna duda de que se habían encontrado por casualidad con la cripta olvidada. El párroco, muy emocionado por el hallazgo, marchó a toda prisa a Church Street a la mañana siguiente para descubrir que se había llamado por la noche a la gente del ayuntamiento para que taponara con hormigón la entrada.

La ciudad subterránea no conoce límites. El plan de contingencias de defensa civil tanteó este espacio sagrado: para emplazar los búnkeres de los burócratas exentos de la guerra nuclear, los camerinos desde donde subvencionarán el Apocalipsis. Ya no podremos levantar las losas para descubrir los cadáveres de santos asesinados, los huesos llenos de

una luz atroz. La certeza fría reemplaza a la especulación visionaria. Al verse desplazada, el alma secreta del paisaje se mueve a otro lugar, a una posición a la que retirarse, que pueda defenderse con más éxito. El misterio se guarece detrás de sus bastiones más viejos; busca el terreno más alto.

En el barrio de Briar Hill justo debajo de Hunsbury Hill se descubrieron restos del neolítico, más antiguos que los restos de la edad de bronce y de hierro que se encontraron más lejos, ladera arriba. El vehículo de Fred apenas despierta sospechas, se arrastra por las carreteras estrechas y sinuosas que hay entre los bloques de edificios; evitando las zonas donde las pegatinas amarillas de la Patrulla Vecinal abundan más, para acabar aparcando en una calle silenciosa.

Cruzamos a pie el barrio y subimos hacia el campamento de la edad de hierro, con Leah andando a zancadas por delante en la nieve, su rostro traquetea y repica, una música lúgubre en la oscuridad.

Habla de un sueño que tuvo hace semanas en el que se encontró su dormitorio ocupado por una colosal perra negra como el carbón, su figura, del tamaño de un caballo, se dejaba caer sobre una cama demasiado pequeña como para albergarla, resollaba y hacía grandes esfuerzos en medio de la agonía del parto aunque se encontraba demasiado enervada como para dar a luz. Tuvo que meter la mano dentro y sacar a los monstruosos cachorrillos de Perra Negra, en ese momento el sueño cambió y se vio en un hospital, acababa de dar a luz ella misma a esos horribles seres ciegos y a pesar de ello se sentía invadida por un orgullo maternal y un amor abrumador por aquellos niños repulsivos. Se los mostraba a la gente que venía de visita, quienes miraban a la cuna sin decir palabra alguna debido a la angustia. Muerte súbita. Sus perritos negros recién nacidos yacían todos quietos y fríos. Se despertó con lágrimas de impotencia provocadas por la pena de la pérdida.

Los perros negros olisquean alrededor de la periferia del libro, husmean a través de las pesadillas de aquéllos más cercanos al autor a medida que el texto y sus sabuesos fantasmales se acercan más al borde de la realidad. Las Perras Negras se ven rara vez fuera de los sueños hoy en día. Sólo ha habido un avistamiento desde los años setenta: un motorista en la A45 se encontró con un perro enorme negro como una sombra y tan grande como un poni que corría a la par de su veloz vehículo cruzando los campos situados junto a la carretera. Aunque, desde entonces, ni un simple atisbo. Quizás se trate de una criatura salida del bestiario de Borges, medio real, o sólo sólida de modo intermitente, que camina pesadamente entre los páramos cambiantes que se encuentran en las fronteras de la forma, mientras en su ojo llameante arde la luz de un fuego perpetuo.

Las casas de Briar Hill constituyen un laberinto bajo el crepúsculo que desciende, y resultan poco familiares al encontrarse espolvoreadas por la nieve. Al fin el gran círculo blanco del campamento desenterrado se

nos presenta, rodeado por zanjas y fresnos amenazantes, desnudos frente a la luz que se difumina. Un silencio espeluznante. Nada se mueve en las casas apiñadas más allá de la línea que forman los árboles. Quizás se haya ido todo el mundo.

¿Por qué los habitantes de la edad de hierro abandonaron este lugar con tanta celeridad de modo que dejaron todas sus piedras nuevas para moler el maíz detrás? No por causa del fuego. Ni por la peste, ni por inundaciones, ni por el ataque de bestias salvajes. Ni por los romanos. Algo pasó aquí, un asentamiento de unas sesenta personas se desmorona de la historia para nacer en el mito, más víctimas de ese territorio fronterizo preocupantemente endeble que separa ambos estados.

A lo lejos en el crepúsculo, hay hombres riendo. Algo baja desde el borde de la zanja levantada y se sienta sobre la nieve, allí en el campamento vacío.

Entorno la mirada, como un miope, y luego pregunto a Fred. «¿Qué ves ahí?».

Frunce el ceño, intenta enfocar la vista a través de la tenue luz, con sus cejas rojas entretejidas. «Un perro».

—¿De qué color?

Realiza un examen más detenido de la forma que permanece sentada e inmóvil, que ni ladra ni gruñe.

—Negro, por lo que parece.

Dos hombres surgen de entre los árboles, corren riendo mientras bajan la pendiente donde la forma les espera sin moverse. Uno de ellos lo levanta y se sube el peso inerte y sin fuerzas del animal al hombro, como un saco. La pareja después se aleja corriendo y riéndose entre dientes a través de este lugar helado, envuelta por las sombras en el extremo más alejado, perdiéndose de vista. ¿Se trataba de un perro? Si no, ¿cómo ha podido correr colina abajo y nueve metros campo a través? A veces las cosas cambian y se transforman en otra cosa. Aquí, en esta tierra de nadie crepuscular que divide la noche del día, se encuentra la sima entre lo que sucedió y lo que nunca ocurrió. Las certezas de la historia se derrumban, desaparecen totalmente. Sólo la anécdota, sólo el relato permanecen.

Al final, partimos del lugar desconcertados. Pasando los árboles, vamos a dar con una vista clásica de la ciudad yacente, la vemos desde el lugar donde las primeras líneas del grabado que conforma la ciudad se ejecutaron, aunque el sujeto ha cambiado mucho a lo largo del tiempo. Entonces, la aguja de la iglesia dominaba un pequeño racimo de edificios bajos. Ahora, tenemos un campo de estrellas de color

Pernod^[23] , una constelación desafortunada castigada por un tiempo inclemente.

Hacia el este se encuentra el resplandor de las nuevas urbanizaciones que han duplicado el tamaño y la población de Northampton en quince años. Blackthorn y Maidencastle^[24] , bautizadas así de manera nostálgica en virtud de cualquier característica natural que allí se hallase y que se pavimentó para crearlas. Bellinge, Rectory Farm y Ecton Brook^[25] . Un antiguo bloque del este que ahora hierve a fuego lento con malicia: crack, armas, y coches quemados.

Hacia el oeste, se halla el epicentro desilusionado del aura terrenal de Northampton, del lugar de impacto desde el cual grandes ondas lentas de ladrillo y mortero se extendieron. Todo se ve desde aquí. Si alzas ambas manos ante tu rostro a cada lado, podrás abarcar la ciudad, sus luces ensartadas en una maraña de hilos que se cruzan entre los dedos extendidos. Pubs y adosados. Cines desatendidos, adaptados, y transformados. El tráfico se mueve, como una toxina persistente, a través de las arterias sobrecargadas. El corazón frío y brillante vacila, coágulos de neón se acumulan en sus válvulas, pero sigue adelante, la coronaria se evita de momento, aunque se trata sólo de una moratoria.

De vuelta a casa en coche, me pongo a trabajar aquí en la Escalera de Incendios de Phipps. Hace cinco años que empecé este libro. Cuando la sonda Galileo partió hacia Júpiter, las primeras imágenes emitidas llegan ahora a nuestras pantallas: he aquí el fenómeno gaseoso nunca visto esclavo de una gravedad monstruosa. Atrayendo a los cometas que le provocarán cicatrices. El paisaje que tanto deseábamos ver al fin se nos revela.

Algunos capítulos más atrás, apareció el concepto de chamán con la ciudad tatuada en su piel, los límites de la urbe y las espirales serpenteantes del río se convierten en parte de él de modo que él a su vez se convierte en la ciudad, una asociación mágica con el objeto delimitado entre las líneas que lo representan: líneas de tinta o líneas de texto, eso no supone ninguna diferencia. Se trata del mismo impulso: delimitar el lugar en palabras o símbolos. La perra y el fuego y el fin del mundo, hombres y mujeres cojos o sin cabeza, monumento y montículo. He aquí nuestro léxico, un alfabeto escabroso para en marcar en él el encantamiento: conjurar el mundo perdido y a sus habitantes invisibles. Restaurar el esqueleto fracturado de la leyenda, una necromancia desesperada que levanta los edificios putrefactos para que anden y hablen, llenos de las voces de los muertos resucitados. Nuestros mitos se encuentran pálidos y enfermos. He aquí un pequeño plato, lleno de sangre, puesto por escrito para alimentarlos.

El tiempo de sueño^[26] de cada ciudad, la esencia que precede a la forma: En la maraña de bromas, recuerdos, e historias reside la infraestructura vital sobre la que se asienta el plano sólido y material. Una ciudad de pura idea, erigida sólo en la mente de la población, he

ahí nuestra única y verdadera base. Si dejas que la visión se desvanezca o muera de hambre o se desmorone, los ladrillos y el mortero de verdad se desmenuzarán con rapidez poco después, he aquí la fría y eterna lección de estos quince años; el legado de la virgen de hierro. Tú únicamente restaura la canción y la estructura del mundo se arreglará gracias a ella.

Este lugar permanece indiferente a todo esto, se sube el cuello con la primera brisa del siguiente milenio, e intenta restarle importancia a sus ansiedades. La población aumenta, se derrama sobre las cajas de cartón y las entradas marcadas por el pis. Las cámaras de vigilancia en cada esquina registran la realidad de la ciudad de modo duro y realista, algo admisible como evidencia. Si vamos a refutar esta realidad brutal y reducida, se requiere una ficción más intensa, más convincente, extraída de los muertos que conocieron este lugar y dejaron sus huellas en sus piedras.

John Merrick, sentado y pintando junto al lago en Fawsley, con la silueta de su cabeza monstruosa de ángel fetal frente a las aguas plateadas que deslumbran más allá. Hawksmoor en Eastern Neston, líneas encorvadas y entrecerradas de tinta a través de su teodolito; todo ella se alinea con la aguja de la iglesia de Greens Norton aunque nadie sabe seguro el porqué. Charles Wright, el muchacho de la granja O'Bell, conmoviendo a todos hasta las lágrimas con su recital de poesía en el Mutual Improvement Hall. Los ladrones, las putas, y las víctimas en las cunetas inundadas. El brujo, el concejal y el loco, el magistrado y el santo. Desbordamos las fábricas demolidas de zapatillas y las galerías comerciales para acabar convergiendo en las calles de Faxton, en las calles de las aldeas que simplemente desaparecieron. En pie recitamos la parte que nos toca cuando nos corresponde, y alrededor de nosotros los fuegos del tiempo y el cambio se avivan y extienden sin restricción alguna. Las palabras se prenden en nuestros labios, y en cuanto se pronuncian se convierten en cenizas.

Se trata de la última noche de noviembre, el mes resulta una fría extensión de humo, cordita, y señales celestiales que se encuentra ya detrás de nosotros. Ha llegado el momento de finalizar y sellar esta obra; de completar el sendero de historia con la absoluta inmersión del narrador en la misma, con un compromiso y un sacrificio. El momento de concluir el ritual llega, se anuncia a sí mismo con un cambio de estado de ánimo y de luz, con una sensación de posibilidad sin forma. Arriba en la bruma del contraste marino del espacio del ático, un círculo de velas ceremoniales se encuentra encendido para deslumbrar y derretirse. En este tartamudeo entre el brillo y la sombra, los contornos sólidos del lugar se vuelven más ambiguos, el mundo se relaja aún más. La información bajo esta luz parpadeante proviene de cualquier siglo.

Se trata de un rito sencillo, dentro de su modalidad, su finalidad consiste sólo en convertirse en un punto de referencia, en una plataforma conceptual sobre la que colocarse en medio de la velocidad

y los remolinos de este terreno engañoso: unas serpientes imaginarias se colocan en los puntos cardinales para protegernos contra las trampas que esas direcciones simbolizan, mientras que al mismo tiempo se hace un llamamiento a virtudes igualmente simbólicas. Las ideas se presentan como la única moneda de cambio en este dominio, y toda idea existe como idea real. Un lenguaje denso se engendra y se emplea para fijar estas imágenes a modo de boyas de referencia de la mente, este encantamiento y la novela progresan hacia el silencio elocuente y lleno de suspense de su culminación. Así hacemos aquí las cosas, como se han hecho siempre.

El vino, la pasiflora, y otras sustancias de la tierra. Formas que se pintan con los dedos retorcidos en el espacio vacío. Trastornado, por supuesto, pero se trata de un trastorno buscado. Hablar del deseo en términos tanto lúcidos como diáfanos. Escribirlo para que no se olvide cuando lleguen los espasmos. En lo más profundo del estómago siento ahora el hormigueo de que se aproximan éxtasis horrendos. Un nombre y una invocación, y luego silencio. Fracaso. Nada ha pasado, entonces sufro un arrebató. La pérdida repentina de calor. La subida apresurada y con la cara lívida por la escalera de un desván que se convierte en una escalera de Escher^[27], consigo llegar a la luz fluorescente ultravioleta del baño cuando el veneno sale en tropel para derramarse sobre la bostezante porcelana.

Temblando y alucinando, con un *glamour* opalescente que ha descendido incluso sobre los hilillos que marcan el rastro de la bilis de color sepia. Serpientes pálidas de luz nadan a través del aire enredado. La barba perlada por el vómito, y los ojos en blanco parpadeando. Siento la necesidad de escupir, de beber, y de limpiar los ácidos hirviendo de mi garganta castigada.

En el piso de abajo, la atmósfera se espesa, la densidad de la presencia aumenta a medida que los párrafos finales de la invocación se aproximan. Estas palabras, aún sin escribir, se encuentran presentes de un modo incipiente en el aire cargado. La televisión se encuentra encendida. A la deriva en la pantalla luminosa e insistente, una imagen del nuevo juzgado de la corona, en Campbell Square, situado detrás de la iglesia redonda de De Senlis, penetra en el resplandor y el delirio. Se trata del desenlace de un juicio por asesinato, el crimen ocurrió meses antes, un residente de Corby al que asaltaron en su casa con consecuencias fatales, todos los detalles se habían ocultado hasta ahora. Los finos pelos de la nariz se erizan. La habitación se enfría mientras el velo comienza a rasgarse. Algo lo va a traspasar.

Planos de los familiares, afligidos y desasosegados mientras abandonan el juzgado. Algo acerca de la cabeza de la víctima: no pudieron encontrarla en el lugar del crimen. Perdida durante semanas hasta que la descubrieron debajo de un seto. La encontró un perro negro. La arrastró a través de la hierba y el pavimento, a través del crepúsculo morado de las calles de Corby, las mandíbulas oscuras cerradas sobre un pliegue de mejilla que presentaba la palidez de la cera. Las imágenes

se alzan, frías y relucientes, como el rocío. Uno de los ojos del trofeo se encuentra mutilado, medio cerrado, el pelo gris se halla cubierto de barro. El aliento del labrador, un susurro cálido y apremiante sobre el oído frío y sordo. Labios negros de chacal que se retiran hacia atrás, que transmiten el conocimiento a gruñidos de Anubis, la información sobre cómo viajar para los muertos recientes. La cabeza rebota a través de la basura de la cuneta, asiente con un gesto de afirmación solemne ante este sombrío conocimiento, y sabe lo que los santos saben. Redonda y llena de sangre, se trata de un punto final escrito por una mano más importante.

Un océano de estática se alza, rugiendo en mi mente. Mis manos se levantan, en señal de alarma, dentro del campo de visión. Miro fijamente a personajes y palabras incoherentes que parecen arrastrarse a través de mi piel desnuda, como una poesía de la epidermis. El brillo de la lámpara se oscurece y queda tintado, como si se encontrara filtrado por el humo. Necesito aire.

Me tambaleo por la cocina hasta llegar a la puerta trasera y al patio situado más allá, salgo trastabillando para acabar sobre la hierba y bajo la luz de las estrellas, calmándome poco a poco bajo la brisa de la noche despejada, bajo las ruedas lentas y distantes de las constelaciones. Las mismas luces antiguas. Su persistencia perfecta y sombría. Se mecen sobre La Escalera de Incendios de Phipps, el santuario prometido del siglo que vendrá, una terraza que cruje y resulta algo insegura, que ya no se encuentra tan lejos allá en lo alto. Las tierras de los años que pasaron yacen ahí abajo a través de nubes turbias, estos pisos inferiores se pierden totalmente entre las chispas o el pánico y ya han sido devorados. En lo alto, grandes harapos de cirros se enganchan en el arco de la noche, un atisbo intermitente de gracia a través de los velos del humo y el hollín.

He aquí los tiempos que tememos y que tanto deseamos. El murmullo del horno de nuestro pasado crece a nuestras espaldas, con una cadencia más clara. Ahora casi resulta inteligible, sus sílabas se revelan. Nuestro mundo se enciende. La canción mana, a partir de una luz irresistible.



ALAN MOORE. Nacido el 18 de noviembre de 1953 en Northampton (Inglaterra), es uno de los guionistas de cómic más aclamados por la crítica y el público en todo el mundo. Ha recibido numerosos galardones por trabajos como *Watchmen* , *Swamp Thing* o *From Hell* , entre otros.

También es el autor de las novelas *Voice of the Fire* y *Jerusalem* .

Notas

¹ *Pouch* significa bolsa en inglés. (N. del T.) <<

² «Remember, remember the fifth of November». «Recuerda, recuerda, el cinco de noviembre» así empieza una canción popular inglesa que cuenta el intento, frustrado, de volar el parlamento inglés por parte de Guy Fawkes. (N. del A.) <<

³ El primer patíbulo con carácter permanente en Inglaterra se levantó en Tyburn en 1571, estaba situado al oeste de Londres. Era una gran atracción turística que convertía a los condenados en celebridades. (N. del A.) <<

⁴ Drummingwell: drumming (tocar un tambor) well (bien). (N. del T.) <<

⁵ Sheep: oveja. (N. del T.) <<

⁶ Little Nell es un personaje de la obra de Charles Dickens «The Old Curiosity Shop». (Almacén de antigüedades), en ella Nell y su abuelo se ven obligados, por su situación de extrema pobreza, a abandonar Londres. Al mismo tiempo, son perseguidos por el malvado Mr. Quilp. La obra termina de forma muy trágica, un final que impactó a los lectores de la época. (N. del T.) <<

⁷ La noche de las hogueras o la noche de Guy Fawkes es una fiesta que se celebra el 5 de noviembre en el Reino Unido en la que se conmemora el fracaso del complot de la pólvora, un plan ideado por un grupo de agitadores católicos (entre los que se encontraba Guy Fawkes) que consistía en intentar volar el parlamento de Londres la noche del 5 de noviembre de 1605. (N. del T.) <<

⁸ La Great North Road, también conocida como la A1, es la carretera más larga del Reino Unido (658 km). Une Londres con Edimburgo. (N. del T.) <<

⁹ Antiguo pueblo británico anterior a los romanos que se asentó por las zonas de Lincolnshire, Leicestershire, Nottinghamshire, Derbyshire y Northamptonshire. Su capital se encontraba en Leicester. (N. del A.) <<

¹⁰ El púrpura: enfermedad que se diagnosticaba en la antigüedad caracterizada por manchas en la piel debidas a la sangre que ha abandonado los vasos sanguíneos y que provocaba pérdida de tono muscular y dolor en las extremidades. (N. del A.) <<

- ¹¹ Plato indio que contiene carne, pescado, o verdura y arroz condimentado con azafrán y curry. (*N. del T.*) <<
- ¹² Mansoul: alma del hombre. (*N. del T.*) <<
- ¹³ Lucozade es una bebida energética que contiene glucosa y cafeína muy popular en Inglaterra. (*N. del T.*) <<
- ¹⁴ Crimewatch UK es un programa de televisión británico de la BBC donde se realizan reconstrucciones de crímenes sin resolver, además el espectador puede participar aportando información para así poder resolver los casos. (*N. del T.*) <<
- ¹⁵ Docklands es el apodo que recibe una zona del este de Londres que comprende varios barrios: Southwark, Tower Hamlets, Newham y Greenwich. (*N. del T.*) <<
- ¹⁶ Castle Station: la estación del castillo. (*N. del T.*) <<
- ¹⁷ The Underprivileged: Los No Privilegiados. (*N. del T.*) <<
- ¹⁸ Nombre de una marca de comida consistente en una especie de pasta de color marrón oscuro que se prepara con levadura y extractos vegetales, es muy popular en el Reino Unido. (*N. del T.*) <<
- ¹⁹ Escritora de novelas policíacas y productora de series de televisión muy conocida en el Reino Unido. (*N. del T.*) <<
- ²⁰ Aquí el autor juega con el significado del nombre de la posada situada en Ecton, World's End: el fin del mundo. (*N. del T.*) <<
- ²¹ Nombre comercial de una pasta moldeable. (*N. del T.*) <<
- ²² Wig: peluca (como la que llevan los jueces en las cortes inglesas); pen: pluma estilográfica o bolígrafo. (*N. del T.*) <<
- ²³ Pernod Fils, la marca de absenta más popular en Europa antes de su prohibición. (*N. del T.*) <<
- ²⁴ Blackthorn: endrino, espino negro; Maidencastle: el castillo de la doncella. (*N. del T.*) <<
- ²⁵ Rectory Farm: la granja del párroco; Ecton Brook: la rivera de Ecton. (*N. del T.*) <<

²⁶ El tiempo de sueño, el tiempo de la creación del mundo en la mitología australiana aborigen, un tiempo en el que pasado, presente, y futuro coexisten. (*N. del A.*) <<

²⁷ Escher fue un artista conocido por sus obras con las que trataba de representar construcciones imposibles, explorar el infinito. Buscaba combinaciones de perspectivas y patrones que se transformaban poco a poco en formas totalmente diferentes. En este caso se trata de una escalera infinita. (*N. del A.*) <<

